"EL TRATO QUE LO CAMBIARÁ TODO"



DIVINO DEMONIO

FANNY MAS

Para quienes no se entretienen en leer la letra pequeña. Para aquellos humanos condenados.



FANNY MAS

Copyright © 2026.
ISBN: 978-84-09-81613-2
Fanny Mas
Todos los derechos reservados.
Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Ilustraciones: Matie D'Córdova
Maquetación: Fabián Tapia Quintero

NOTA DE LA AUTORA

El infierno y los demonios planteados en este libro están puramente sacados de mi imaginación, no siguen el funcionamiento descrito de ninguna religión. Las localidades mencionadas también son ficticias, pero se ubican en el mundo que conocemos. *Divino demonio* puede contener escenas de violencia, lenguaje explícito y mención al suicidio y a las autolesiones.

Dicho esto, bienvenidos, damas y caballeros… Bienvenidos a esta historia imposible.

DIVINO DEMONIO'S PLAYLIST



Make the angels cry
[Chris Grey]

Let the world burn
[Chris Grey]

Muse [Isabel la Rosa]

Die With a Smile [Lady gaga,
Bruno Mars]

Right Here [Chase Atlantic]

Stay [Ari Abdul]

Can't Help Falling in Love
[Elvis Presley]

I'm In Love With a monster
[Fifth Harmony]

Always Been You
[Chris Grey]

Fatal Attraction [Reed
Wonder]

Moth to a Flame [Swedish House Mafia, The Weeknd]

House Of Memories [Panic! At The Disco]

Young and Beautiful [Lana del Rey]

Todas las ideas de Gibran Alcocer

MINI PLAYLIST DE DEMONIO



Sway [Michael Bublé]
Feeling Good
[Michael Bublé]
Wicked Game [Chris
Isaak]
Put Your Head On My
Shoulder [Paul Anka]
My Way [Frank Sinatra]
Hit The Road Jack
[Ray Charles] Devil in
disguise [Marino]

UNA CARTA DEL INFIERNO

Querida Dalia Miller,

escribo esta carta porque aún no descubrí cómo manipular el aparato moderno que me diste para poder comunicarnos. Tampoco creo que sea el mejor medio para decirte algo importante.

Y también porque no se puede usar en el infierno, así que...

En fin.

Haré algo que no suelo hacer: Iré al grano.

Si estás leyendo esto, es porque he vuelto a donde pertenezco.

Estarás de acuerdo en que todo lo que has pasado va totalmente en contra de tu estilo de vida, un estilo de vida tranquilo y pacífico. Un estilo de vida que yo te arrebaté en cuanto aparecí, e hicimos ese trato que acabó siendo tu perdición.

En aquel entonces no era consciente de nada. Quería conseguir lo que fuera a la fuerza. Una niebla me enmascaraba de la verdadera verdad, y cuanto más la negaba, más cruel me volvía. Menos humano me sentía.

Pero, Dalia...

Contigo he sentido. He reído. He descubierto, he aprendido. He recordado, he aceptado. Hasta he llegado al punto de ser un demente enamorado. No sabes cuánto me costó organizar los miles de sentimientos desorbitados que surgían con tan solo oír un pequeño decibelio de tu voz, observar un rayito de luz rebotar contra tu iris o simplemente tenerte.

Es criminal describir lo mucho que he enloquecido por ti... Por el amor de Lucifer, mis manos no paran de temblar.

¡Maldita sea...!

El caso es, que me has hecho volver a sentir una persona. Gracias a eso sé lo que tengo que hacer. He encontrado un objetivo de verdad, y aunque

pueda durar mucho tiempo, tengo que dedicarme a él para que todo esto termine.

Sin embargo, si es posible, deberás hacerme un pequeño favor:

Dile a la señorita Harris que nunca deje de lado su esencia alocada; la palabra de los demás no tiene que definir su forma de ser.

Dile a la señorita Castle que lo siento, que continúe con la búsqueda de su caballero ideal. Sería un honor para mí pasar la eternidad con otra mujer.

Dile a la señorita Oakley que trate de pasar página.

Superar una traición tan grave es complicado, pero en ningún caso inhumano.

Y dile al señorito Valentine que, por esta vida, puede quedarse contigo. Pero que si es necesario soy capaz de aparecer en cualquier momento para arrancar sus entrañas y ponerlas en un frasco.

Eso es todo.

Quiero que tengas una vida plena y feliz, la vida que tú deseabas, Dalia.

Pero no al lado de un demonio.

Para que puedas empezar, te he otorgado este pequeño obsequio. Así podrás estar rodeada de lo que siempre habías querido.

Y por mi parte, te estaré esperando... Haré lo posible y lo imposible para volver a verte. Aunque deba acabar con todo sin dejar rastro.

¿Podrá esperarme, señorita Miller?

Atte: D

PD: Te he comprado unos tulipanes nuevos; los blancos, por supuesto.

Están en el balcón. Mis más sinceras disculpas por el incidente del otro día, no volverá a ocurrir.



CAPÍTULO 1: MALDITOS HUMANOS

"El infierno está vacío. Los demonios están aquí".

—William Shakespeare.

Juniper, cuidado o se te caerá el capuchi…

Desafortunadamente, ya es demasiado tarde.

Abro los brazos y observo el café caliente chorrear gota por gota sobre mi nueva falda. Lo de esta chica es increíble. No puede estar ni un minuto quieta en su silla, incluso si está estudiando en la biblioteca para uno de los exámenes más importantes de su carrera.

—Santo cielo —Juniper se levanta de golpe y observa el desastre que ha provocado—. ¿Dalia, estás bien?

«Quema. Cómo quema.»

—Solo un poco empapada. —Sonrío de manera forzada.

Es inútil que coloque el vaso derecho de nuevo, el contenido ya está impregnado en mi ropa. Su prima, Emma, aparta mis apuntes de botánica aplicada para que no sigan mojándose.

—Es increíble. —La regaña—. De verdad, increíble.

—¡Ha sido un accidente!

—Te lo he dicho *miles* de veces. No pongas la bebida encima de la mesa, una pata está coja. No pongas la bebida encima de la mesa, una pata está coja. ¿Y qué es lo primero que haces?

Juniper hace jarras con los brazos, orgullosa.

—Es que tenía miedo de que se cayera si lo ponía en el suelo.

—Por eso preferías que cayera encima de ella, ¿no?

—De acuerdo, de acuerdo. —Acepta la derrota—. Voy a buscar un trapo.

—Será mejor. Y rapidito.

La chica de pelo rosa abandona la mesa.

—Tranquila, Emma. No era necesario tanto escándalo. —Intento tranquilizarla—. Tiene razón, ha sido un accidente. No es como si fuera la primera vez que pasa.

—Con lo movida que es debería ser más consciente de estas cosas. —Mi amiga de ojos azul verdoso saca un pañuelo e intenta disimular la enorme mancha de mi falda—. Hay que ver.

—Espero que marche lo suficiente para no hacer el ridículo.

—Será difícil, has escogido un mal día para llevar ropa blanca.

Libero un suspiro.

—Por cierto —recuerda, sigue insistiendo con el pañuelo—. ¿Qué tal tu nuevo trabajo? No te lo había preguntado.

Me froto la nuca con incomodidad, pues unos adolescentes cerca de nuestra mesa chismorrean acerca de nuestra curiosa posición.

—Genial. —Carraspeo—. Los niños son un amor.

—A mí también me gustan, pero trabajar en un comedor tiene que ser agotador. No me imagino tener que recoger las sobras manipuladas y limpiar lo que no les sentó bien, si sabes a qué me refiero.

—Depende, no tiene por qué ser así. —Ahogo una carcajada —. ¿Sabes? El otro día un niño me dijo que le recordaba a la leche con chocolate que bebe cada mañana. Estoy segura de que fue por mi color de piel.

—¿En serio? —Niega con la cabeza— Estos críos.

—Algunos no tienen ni un poco de vergüenza.

—De todas formas, será difícil tener que combinar el trabajo con los estudios, y más en época de exámenes.

Antes de que pueda responder, se oye:

—¡Chicas! —exclama Juni, quién se acerca con un trozo de tela —. ¡No tenían ningún trapo, pero he encontrado esto!

—¡Estamos en una biblioteca, no grites! —Se contradice Emma.

—¡Venga ya, tú también estás gritando!

«Nos van a sacar a patadas.»

La gente sentada alrededor nos inyecta fuego con la mirada, y con razón. Ir con estas dos siempre termina siendo un espectáculo de circo, pero no podría estar más satisfecha de tenerlas en mi vida. Precisamente ellas son las que me obligan a salir de la monotonía, aunque prefiera no hacerlo demasiado.

—Lo has sobrecargado con demasiada agua —protesta Emma.

Soy amiga de Emma Castle desde primero de la secundaria. Las dos acabamos excluidas: A ella la dejaron de lado las más populares del instituto, y a mí todos me etiquetaban de aburrida. No nos quedó de otra que hacer piña y crear un nuevo lazo, el cual perduraría hasta ahora.

—Ya se secará. Tenemos que cambiarnos de mesa.

A Juniper Harris la conocí en la universidad hace poco, Emma me la presentó como una querida familiar. Tiene dos años menos que nosotras, pero eso nunca construyó un muro para que no pudiéramos disfrutar de su compañía. La gente la conoce por ser la chica hiperactiva que se cambia de color de cabello cada semana.

A mí, en cambio, me conocen como la chica mestiza fanática de la jardinería. No saben nada más; y la verdad, prefiero que siga siendo así. Si bien admiro a aquellos que tienen lo que hay que tener para mostrar su mérito ante el mundo, siempre he preferido pasar inadvertida como una más de las ocho billones de personas que

habitan en el planeta. Con un trabajo estable, algún objetivo puntual, una pasión que me llene y buenas personas a mi alrededor.

A menudo me pregunto si mi necesidad de que nada cambie tiene origen en las experiencias pasadas que me marcaron.

Sea como sea, ahora solo son ideas que quieren distraerme del trabajo. Me propongo a estudiar para evadir estos pensamientos y, sin darme cuenta, ya son las nueve y cinco de la noche. La gente se levanta para abandonar la biblioteca.

—Chicas. —Juniper empieza a agrupar sus cosas—. He quedado con mi novia para cenar, debería irme ya. El tránsito a estas horas es un coñazo.

—Espero que os lo paséis bien. —Le dedico una sonrisa.

—¿No queréis venir? Hoy toca sushi.

—Yo tengo una cita en el Crown's Buffet esta noche. —Emma también hace el ademán de recoger.

La de peli rosa ríe con sorna.

—Qué novedad. Esperemos que tengas suerte esta vez, primita. ¿Cuántas citas llevas ya?

—Cinco este mes y nada. Ojalá este hombre sea diferente, los demás no hacían otra cosa que no fuera hablar sobre mi aspecto o hacerme preguntas incómodas como mis posiciones favoritas al momento de acostar.

—Eso es lo que tiene ligar por aplicaciones de citas.

Emma le lanza una mirada rabiosa, provoca que Juniper se aleje lentamente.

—Tu cabeza va a salir rodando un día de estos. ¿Lo sabes, no?

—¡Buenas noches, chicas! —La ignora con cariño.

La biblioteca necesita unos segundos para recuperar la paz que se había escondido detrás de las estanterías. Mi amiga emite un sonido de cansancio.

—Yo también me iré ahora, Dalia. —Agarra su mochila—. Tengo que ir a arreglarme.

—Está bien, yo me quedaré un rato más.

—¿No vas a salir esta noche? —pregunta, conociendo la respuesta —. Mañana tienes día de descanso, puedes aprovechar.

«Otra vez no.»

Sé perfectamente hacia dónde pretende ir. Y no me gusta.

—Emma.

—Sí, ya sé que no te gusta que insista.

—Es que ya lo hemos hablado muchas veces.

—¡Pero a veces me preocupas! —espeta al final—. Te pasas todos los días asfixiada entre el trabajo y los estudios. Actúas como un robot, Dalia.

—No es eso —protesto—. Es solo que no me gusta salir. Hablas tal si fuera un delito, hay mucha gente que prefiere quedarse en casa.

—Y eso no es malo.

—¿Entonces?

—No puedes decir que no te gusta salir porque no lo has probado. ¡Podrías hacerlo! Yo puedo acompañarte. Quizá te guste, y…

—Basta —digo lo más serena posible, poniendo el puño sobre la mesa—. Agradezco tu interés por mi bienestar, pero no lo haré. Simplemente me gustaría que todo siga estando igual que ahora... ¿Lo entiendes, verdad? Tengo mi afición, mi casa y vosotras. Es más que suficiente.

Emma me conoce muy bien, hasta el punto de saber lo cabezota que soy y lo desastroso que me resulta probar cosas nuevas, por ello no me lo discute. Sería una pérdida de tiempo.

—Está bien. —Acepta—. Recuerda que tu vida no tiene que cambiar por probar algo nuevo alguna vez.

—Ya lo sé.

—Y los cambios no tienen por qué ser malos.

—Lo sé.

Relaja su expresión.

—Ten cuidado al volver a casa. Ya ha anochecido.

Me quedo sola en la biblioteca, con apenas la recepcionista tecleando en el ordenador. Libero una larga bocanada de aire... Aprecio a Emma como una hermana, pero estoy harta de que siga insistiendo una y otra vez igual que un pájaro carpintero.

Tengo veintiún años, por el amor de Dios. Sé manejar mi vida.

Aprecio de corazón que se preocupe por mí, pero no hace falta. Estoy genial. Quizá algún día llegue el momento en el que anhele abrirme al mundo, sin embargo, por ahora me gusta mi estilo de vida. Estaría el doble de genial si pudiera respetarlo.

No obstante... hay algo que no le estoy contando.

Y es que cual toda persona —que no es un robot—, tengo algún que otro secreto.

Ya tengo todo lo necesario para abordar el próximo examen, no he decidido quedarme por eso. Lo cierto es que hoy es miércoles, casi las nueve y cuarto de la noche. Eso significa que es cuestión de segundos para que *él* entre en la biblioteca.

¿Y quién es *él*? Sinceramente, ni siquiera lo sé. Pero ya ha llegado.

Es un chico flaquito. Quizá un poco más alto que yo, parece un año mayor. Saluda a la recepcionista, quién lo atiende con las manos abiertas. Se despide y rebusca en el sector de astronomía. La biblioteca es bastante pequeña, así que no hay mucha variedad. Toma el libro con la portada más atractiva, en su caso con el título más grande, y se sienta en una mesa. Antes de empezar a leer siempre se recoloca las gafas y rasca la punta de su nariz.

Ahora sí, desconectado del espacio-tiempo.

Los más sensatos me juzgarían por observar cada minucioso movimiento como una acosadora. En realidad, no quiero hacerlo; nunca le he dicho nada, evito mirarlo a toda costa para que no se sienta incómodo. El tema es que hay algo en él que me atrae con la fuerza de un imán. Mi mirada lo busca sin que yo lo quiera, y mi cuerpo me obliga a quedarme hasta las tantas solo para verlo disfrutar de sus lecturas. No sé qué rábanos me está pasando.

No lo conozco de nada, y precisamente no es la encarnación de Chico Lachowski.

Aun así, es esta fuerza inescrutable la que me hace querer presentarme. Hablarle de mis locuras. Tener una conversación profunda y explicarle todo tipo de anécdotas. Compartir conocimientos e ir a contemplar las estrellas en medio de un campo abierto, mientras señala dónde habita cada una.

¿Sin embargo, de qué sirve fantasear tanto si no tengo el valor de decirle nada?

Estoy perdiendo la cordura. Esta no soy yo, no soy una soñadora compulsiva. Si me acercara a hablarle tan de repente, probablemente saldría corriendo por ser una rarita de turno. Debería olvidarme de una vez y dejar al pobre en paz, el cual quiere disfrutar de su soledad en la biblioteca a las nueve de la noche. Agarro mis cosas y decido volver a casa, así puedo meditar por el camino.



Las farolas centelleantes me brindan luz en las oscuras —y gélidas — calles de la ciudad, llamada Saint Rosette, situada en el norte. El casco urbano se caracteriza por el estilo tradicional de sus edificios y plazas. Hay una profunda cultura del arte y celebraciones milenarias, eso siempre me ha fascinado.

Aunque yo no nací aquí.

Si es verdad que la ciudad necesitaría un poco de mantenimiento por las grietas en la acera, siempre intento acelerar el paso. Las calles de noche nunca son favorables para una chica solitaria, incluso si lleva puesto un abrigo cubriéndole las rodillas.

En realidad, mi intención para este momento de quietud era reflexionar y crear una estrategia para olvidarme del chico de la biblioteca; pero hay algo que me mantiene en alerta. Algo que me hace agilizar la caminata con discreción.

Se trata del sonido de dos pares de pisadas.

«Hay más gente en las calles, Dalia, muchos vuelven de trabajar. No te apresures.»

Intento meterme todo tipo de motivos en la cabeza para no preocuparme, pero no sirven ni para distraerme cuando me doy cuenta de que las pisadas pertenecen a dos hombres.

Están a solo unos metros de distancia, murmurando y riendo entre dientes. Volteo disimuladamente la cabeza.

«Eh… Seguro que estarán contando algo que les hace mucha gracia, o recordando aquella vez que vieron a esa camarera tan

guapa. Cambiaré de rumbo y arreglado.»

Voy por otro camino cuyo va en la misma dirección y, para desgracia a los latidos de mi corazón, ellos me siguen. Mis muelas se tensan por la angustia... No puede ser lo que creo que es. No es posible. Mi velocidad que antes se mantenía en una constante se apresura el doble, con ello el paso de los hombres.

«Mierda... ¡Mierda!»

Es indiscutible. Me están persiguiendo.

Sin pensármelo dos veces, me lanzo a correr como una liebre en apuros intentando no mirar atrás. Mis ojos se llenan de lágrimas por el temor y no me dejan ver qué dirección estoy tomando. Ni siquiera me importa; tengo que correr, escapar, correr, huir hasta encontrar un lugar donde esconderme y llamar a la policía. Las ráfagas heladas chocan contra mi rostro descubierto. Cada vez están más cerca, obligo a mis piernas a que usen toda la gasolina que tengan en reserva.

Ha pasado un eterno minuto desde que he empezado esta carrera por mi vida, y parece que he conseguido marcar una gran distancia entre nosotros —gracias Emma por obligarme a correr cada mañana —, pero la lógica ya me había avisado de que esto acabaría mal. Al girarme para ver si siguen detrás, no veo la gran grieta de la acera y me hace tropezar.

Me he dado de lleno en el nervio de la rodilla.

No puedo evitar gemir de dolor.

—Joder, chica. —Con la respiración agitada, uno de los dos se planta delante de mí—. Haces mucho ejercicio.

Lo que viene ahora sé que me marcará de por vida. El hombre, despiadado, me agarra con fuerza del abdomen y me tapa la boca para que no grite. Con la ayuda de su compañero me desplazan a la fuerza al callejón más cercano, forcejear ya no es una opción. Las luces parpadean y la pared está llena de moho pegajoso. Me estremezco todo lo que puedo, pero ya es demasiado tarde.

Estoy encasillada contra la pared.

—No grites. —El que me tapaba la boca me suelta y estudia mi cuerpo con lujuria—. Mírala, John. Te he dicho que de cerca se vería mucho más buena.

Tras escudriñarme, el aludido asiente repetidas veces.

—Al final tenías razón.

—Prefiero a las blancas, pero admito que sus labios se ven apetecibles. Quiero que sean solo para mí.

Irritado, su compañero lo empuja hacia un lado.

—No te pases, recuerda que esta vez prometimos compartir.

—¿Y cuándo he dicho yo que no lo haríamos?

—Solo digo que me dejes algo para mí, que te conozco.

—Que sí, que sí... —Resopla con desdén.

Estoy acorralada, siento sus sucios alientos a unos centímetros de mí. Esos ojos apagados por la falta de luz rebozan de morbo... No puedo ni siquiera gritar. El miedo me asfixia, me envuelve el asco y una agonía que congela hasta el último de mis músculos. Me imaginé muchas veces lo que debería hacer en estos casos. En mi imaginación, estaba segura de que podría darles una patada en los huevos y salir pitando para pedir ayuda.

Pero la realidad es muy diferente.

Es inviable ser valiente. El aire accede por mis fosas, pero no llena mis pulmones, no puedo respirar.

—Está bien, preciosa. —El más alto de los dos empieza a desabrocharme los botones—. Vamos a ver qué sabes hacer.

—Por favor... —balbuceo—. No lo hagáis.

—Shhhh. —Impide que siga—. Será mejor si te quedas calladita.

—Nos lo vamos a pasar muy bien.

Empiezan a tocarme.

Es uno de esos momentos en el que miles de dudas te sofocan hasta el punto de preguntarte si todo ha valido la pena. ¿Quizá este será el final de mi estabilidad mental? Sus manos recorren mis pechos. ¿De mis ganas de vivir? ¿De mi vida tal como la conozco? Una vida corta que ya nunca podré traer de vuelta. A partir de ahora estará sucia, manchada, me daré asco a mí misma. Ojalá las lágrimas rebeldes que no puedo detener me ahogaran ahora mismo…

Quiero que me ahoguen.

Que me ahoguen.

Que me ahoguen.

¡Que me ahoguen...!

—Válgame, caballeros. Esto es demasiado desagradable incluso para alguien como yo.

Los tres nos giramos a la vez.

Alguien está interfiriendo en mi nuevo y trágico destino.

A nuestra derecha y sin previo aviso, se nos presenta un chico de aspecto muy peculiar, el cual me distrae de lo que estaba viviendo hace apenas unos segundos. Lleva un traje grisáceo acompañado de un sombrero *trilby* del mismo color, me recuerda a los hombres de los años cuarenta. Complementa su apariencia con el cabello negro tirado hacia atrás, y esos ojos son tan oscuros que ninguna luz se refleja en ellos. Es flaco y muy alto, similar a un *Slenderman* pero con rostro —una belleza que podría aparecer en tus sueños más retorcidos—. Su expresión refleja tanta seguridad que me provoca una sensación extraña. Todo en este hombre es extraño, incluso su forma de mostrarse ante ellos.

Renuncian a los tocamientos para fijar su atención en él.

—Pero qué —señala el más bajo—. ¿Y este bicho raro?

—¿De qué mierda va vestido? —pregunta el otro.

—Ahora sí que lo hemos visto todo.

Los acosadores se mofan en su cara, pero él los observa como si fueran adorables conejitos de feria. Su presencia me da la impresión de que no es tan caballeroso como parece a simple vista.

—El asilo está por ahí, abuelo.

—Podría decir algo parecido de usted. —El joven no erradica su sonrisa—. Los niños que no se saben subir los pantalones deberían estar en la guardería. ¿No le parece?

El hombre se mira abajo y descubre que, en efecto, los tenía bajados con los calzones al aire. Eso lo hace cambiar de actitud.

—Eh, oye. —Se mosquea—. ¿Vienes en busca de problemas?

—Si querías una perra para pasar el rato hubieras tenido los huevos de buscar a una para ti. Esta es para nosotros.

«Asqueroso.»

Hasta ahora les tenía miedo. Pero mira por dónde, ahora solo me producen náuseas.

—Yo no carezco de atención femenina, no he venido aquí por eso. —Aclara la garganta—. Estoy aquí porque necesito hablar con ella. Y por ello, ustedes, neandertales, van a volver a casa de su madre —ruego por ella— para que podamos tener un poco de privacidad.

«¿Hablar conmigo?»

—¡Qué más quisieras! —Vuelven a reír.

—Tendré que insistir que…

—Será mejor que te largues y vuelvas al siglo de donde has venido.

—No deseo hacerlo por las malas. Es conveniente que sepáis que mi paciencia es tan corta como vuestro intelecto, el tiempo es valioso.

Se miran entre sí, de pronto sus venas están al borde de estallar.

—De acuerdo. —El bajo agarra el chico por la corbata y lo tira hacia él—. Se acabó. ¿Ves este puño que tengo aquí? Ya me has hartado, te borraré esa sonrisa que me saca tanto de quicio.

—Vamos, —Lo anima—. Reviéntale el cráneo.

El extraño suelta una carcajada divertida y, luego de liberarse sin hacer ningún esfuerzo, subraya:

—Supongo que quién avisa no es traidor.

—¿Perdona? ¿Qué insinu…?

Lo que empieza a suceder nos deja con la mandíbula rozando el suelo, al punto de creer que me han inyectado algún tipo de droga alucinógena.

Este chico misterioso que tenía los pies en el suelo, ahora empieza a levitar. En medio de un destello fugaz sus ojos adoptan el tono de un volcán en erupción; Si antes parecía que te podían abducir, ahora podrían quemar hasta tus peores pecados. El sombrero se le cae dejando paso a dos robustos cuernos de color sangre, y su seguridad se multiplica a niveles inhumanos.

Los tres nos quedamos petrificados. Es un demonio.

Literalmente, un maldito demonio.

Creo que es un gran momento para poner a prueba lo que me enseñaron en clase de religión.

—Eh... —masculla el bajo, inseguro— ¿Esto es algún tipo de montaje, verdad?

El alto, escéptico, chasquea la lengua.

—Pues claro que sí. —Se endereza y le toca uno de los cuernos con plena confianza—. ¿Ves? Se nota que es falso. Querían asustarnos para darnos una lección, debe ser algún tipo de proyección. —Arruga la frente—. Serán imbéciles.

—Oye…

—¿Qué coño pasa ahora?

Elevamos la vista: el hombre grita como un alma en pena al darse cuenta de que, de pronto, tampoco está tocando el suelo.

—Odio que me toquen —sostiene el demonio.

Y tras esas palabras plagadas de furia, estremece su mano venosa haciendo que el acosador derrame litros de sangre por la boca. Es tan impactante que me veo en la obligación de alejar mi vista por un momento. Cuando termina, deja el cuerpo en el suelo cual una muñeca de trapo.

—¡Joder! —Su compañero observa el cuerpo magullado y se le deforma la expresión—. Joder, joder, joder, joder. Yo me largo de aquí.

Trata de correr, pero no sirve de nada.

—¿Adónde vas, pequeñín? —Sin pizca de resentimiento, el demonio lo atrae con fuerza sobrenatural y lo estampa sin piedad contra un contenedor verde. Provoca un gran estruendo que hace tambalear el callejón—. La basura debe estar en su sitio, hay que cuidar del planeta.

El hombre se queda inconsciente en medio de los desechos. Se hace el silencio.

Todo ha pasado muy rápido. No puedo explicar lo mucho que me revuelve el estómago contemplar este escenario... Me hace recordar la última vez que vi un cadáver tan de cerca, con la diferencia de que ahora son dos, y con un aspecto más impactante por la sangre derramada. Estoy temblando, completamente paralizada. Tengo una espesa capa de sudor estando a solo nueve grados invernales.

Y él, ni se lo piensa: tras volver a su forma humana, el demonio se aproxima a mí y me dedica una encantadora sonrisa.

¿Podría matarme a mí también para despertar de esta pesadilla?
—Buenas noches, señorita Miller. Creo que deberíamos hablar.



CAPÍTULO 2: LA PROPUESTA

Orden y calma.

Paz y estabilidad.

Desde hace dos años, eso se suponía que debía construir mi vida. Los cuatro pilares esenciales que hacen que todo a mi alrededor funcione según debe funcionar, que cada pieza del rompecabezas siempre esté en su lugar. Para tener mi día a día bajo control, sin que nadie pueda estorbar su ciclo.

Lo más gracioso es que, en solo un momento, he roto los cuatro como quién derroca las paredes de un edificio.

Primero, dos hombres me persiguen. Luego, me retienen e intentan usarme de juguete sexual. Justo cuando la situación parece desesperada, un joven apuesto aparece de la nada. Descubro que es un demonio que ha venido exclusivamente para hacerme una

propuesta. A mí, Dalia Miller. Me salva de los acosadores extorsionándolos con superpoderes malignos y, ahora, como si no hubiera sido suficiente, ¡me lo estoy llevando a mi casa!

—Sabe, estas calles eran muy diferentes, menos caóticas. —No ha dejado de generar palabras una tras otra desde que hemos abandonado el callejón—. Y mire que no hace mucho tiempo de eso, pero me acuerdo de que…

«No estoy escuchando absolutamente nada.»

No cuando acaba de derribar a dos hombres de forma perturbadora delante de mis narices, aunque esos mismos hubieran querido derribarme a mí también. Por suerte para él, una de mis mayores virtudes es que soy agradecida. Y para compensárselo, por mucho que venga del mismísimo infierno, decidí escuchar lo que se supone que debe proponerme. Lo cual, según él, necesita de extrema privacidad.

—¿Señorita, me está escuchando?

«Casi sufro de un ataque cardíaco y me vienes con curiosidades del siglo pasado, esto es...»

—Sí, sí. —Esbozo una sonrisa.

Lo único que quiero escuchar es la razón de esta aparición, y ya más vale que no me ponga en problemas con el más allá. Entre más curiosidades y risas —por supuesto no mías— al fin llegamos delante de mi apartamento, situado en un edificio corriente en los alrededores de Saint Rosette. Me dirijo a la puerta mientras busco las llaves con las manos temblorosas, no tardo en darme cuenta de que el demonio se ha quedado absorto viendo uno de los balcones.

—Qué barbaridad. —Observa la única terraza plagada de plantas y flores—. Estas ancianitas de hoy en día deberían irse a vivir a la selva, en lugar de rociar el edificio de insectos y suciedad. ¿No piensan en los vecinos?

Sin mirar siquiera el balcón, frunzo el ceño.

—Ese es mi apartamento.

—Y usted tiene un gusto muy exótico. —Se acerca—. Me gusta.

«Inhala, Dalia Miller. Ahora exhala.»

Subimos las escaleras beige y cruzamos un estrecho pasillo; no lo veo, pero sé que está observando el lugar como si fuera parte de

una investigación. Me hace replantear haber accedido a traerlo. ¿Quién ha tomado el control de mi vida en el día de hoy? Alguien que se ha excedido con el cubata, de eso estoy segura.

Prendo la luz del recibidor y dejo las llaves en la cajonera principal, mi casa suele irradiar un leve aroma a Romero y estiércol. El demonio vuelve a observar cada detalle del espacio, aunque esta vez con asombro.

—Esta decoración no se ve en todas las casas —señala, viendo mi colección de móviles colgantes pegados al techo.

Siempre he sido una fan del maximalismo. En mi caso, uso una estética naturalista para llenar cada rincón de la casa. Plantas que brotan por las paredes, variedades de flores en distintas macetas, cuadros de animales exóticos, una estantería llena de libros pesados…

Sería imposible describir todo lo que complementa mi apartamento y que no deja ningún espacio vacío. A mis amigas se les hace muy extraño que conserve tantas cosas cuando soy tan exigente con el orden, aunque qué debo decir. Es algo que heredé de mi padre.

Y nada desentona, que nadie se confunda.

Luego de quitarme el abrigo en mi habitación, me siento en la cama y, con mi permiso, él se sienta en la silla escabeche del escritorio. Nos quedamos viendo fijamente, al igual que un terapeuta y su paciente —¿Quién sería quién?—. Aunque el individuo esté completamente plácido, la tensión que circula en la habitación convierte el oxígeno en vidrio.

«Tengo un demonio sentado en mi escritorio.»

—Señorita Mill...

—Antes de nada, déjame decirte algo. —Lo interrumpo—. Si estás aquí es porque me acabas de salvar de dos acosadores, y tenía que compensártelo de alguna manera. Pero me gustaría que supieras que, seas lo que seas, no voy a hacer ningún trato con el diablo. Tengo mucho miedo. De hecho, me estoy arrepintiendo de haberte traído aquí. No sé lo que quieres, no sé qué intenciones tienes, seguramente quieras matarme, sabes la dirección de mi casa, yo...

—Señorita Miller.

—¡Déjame hablar! —grito.

—¿Sabe que tiene una enorme mancha de café en la falda?

Me olvido de deshincharme, pues recuerdo el vergonzoso accidente de esta tarde. Con las mejillas coloradas, agarro mi manta de topos y me la extiendo encima de los muslos. El demonio parece disfrutar de mi vergüenza.

—No se preocupe —dice en un tono tenebrosamente agradable—. No tengo ninguna intención de hacerle daño, ni de proponerle algún trato maligno. De hecho, todo lo contrario.

—¿Y entonces? ¿Qué quieres de mí?

—Quiero ayudarla.

«Sí, serías de gran ayuda si pudieras retroceder en el tiempo para hacer que decida ir a comer sushi con Juniper y su novia.»

—No recuerdo haber invocado a ningún demonio para algo así.

Aunque, ahora que lo pienso, podría haber sido el resultado de cantar esa canción en húngaro que emitieron mientras quitaba el polvo de los estantes. Es difícil saberlo.

—Perdone, me he expresado mal. —Cruza de brazos—. Más bien *tengo* que ayudarla.

—Oh, ve al grano.

—¿Conoce los servicios comunitarios?

—Por supuesto que sí. —Arqueo una ceja.

—Bien, en el infierno es una poderosa herramienta para los demonios como yo, que tienen muy pocas posibilidades de redimirse. Para que lo entienda... Los humanos que hemos cometido demasiadas atrocidades en nuestra vida no solo somos enviados al infierno, también nos convierten en demonios. Ya lo sabe, esos seres malignos que se encargan de torturar a aquellos que no han sido buenos chicos. Por contradicción, estos tienen mucho más lujo, estamos en un rango superior. Asimismo, también es mucho más difícil que podamos ir al cielo. Las probabilidades son increíblemente bajas.

—Espera un momento. —Trato de ingerir una información que escapa de mi comprensión—. ¿Si los demonios tienen tanto lujo como dices, por qué quieren ir al cielo?

—Cuando hablo de lujo, me refiero a que podemos movernos libremente fuera de los límites celestiales. En esencia, podemos escabullirnos, aunque estar aquí tampoco nos provoque bienestar. Pero el infierno sigue siendo el infierno. Un espantoso paraje en el que nada está cuerdo, en el que los rayos de esperanza se evaporan en la atmósfera y blah, blah, blah. Créame, ni el más cruel de los dictadores desea estar ahí.

Ladeo la cabeza.

—¿Entonces...?

—Hay una forma en la que los demonios podemos redimirnos: Y esta es haciendo un servicio comunitario. En nuestro caso, nos asignan una tarea para ayudar a algún humano de forma individual. Algunos tienen que cuidar a un anciano, otros, ser el cuentacuentos de un niño. Siempre estamos vigilados por la corte celestial. —Amplía la sonrisa—. Adivine cuál me tocó a mí.

Me muerdo el labio cuando un escalofrío agita mis huesos.

—No sé si quiero saberlo.

—Tengo que ayudar a una joven a encontrar su amor verdadero.

Era evidente, predecible, tenía que ver con el dichoso romance de las narices. Siento escarabajos en el estómago. No sé si lo más sorprendente es que me esté proponiendo algo así, o que crea que siquiera me lo pensaría. Ojalá fuera una cámara oculta. Tengo demasiadas dudas y muy pocas ganas de conocer las respuestas.

—De acuerdo, sé por dónde va todo esto, y ruego que no vayas por ahí. —Niego con la cabeza—. Además, ¿por qué yo? ¿Acaso me has visto con cara de solterona?

—Por favor, no me haga decirlo. Arrebato almas, no autoestima.

Mi expresión cambia de nerviosa a desafiante.

—En todo caso fue escogida aleatoriamente —continúa, cambiando de posición—. No debe preocuparse por nada, señorita Miller. Nada de esto es obligatorio. Simplemente es una propuesta.

—Perfecto, porque no pienso aceptarla.

—¿Por qué no? —Divertido, finge tristeza—. ¿No le parezco lo suficientemente apropiado como su cupido personal...?

—¡La verdad, no! —Me levanto de la cama—. ¡Tengo tres mil razones para no aceptar esta propuesta!

—Tengo tiempo.

Mis caderas reposan de nuevo.

—La razón se resume en que no pienso hacer un trato con un demonio, y menos cuando acaba de asesinar a dos personas.

—La he salvado. —Me recuerda.

—Aparte de eso, me acabas de decir que en tu vida humana has hecho muchas atrocidades. ¡Y porque no, caramba! ¡Porque no me pareces nada confiable! ¡Y porque no necesito que nadie me ayude a buscar pareja!

—No sé por qué creo que lo último no es cierto.

La imagen del chico de la biblioteca emerge de mis recuerdos, y también cuando declaré que no iba a hacer nada para entrar en su vida. Relajo la expresión. Aún no sé nada sobre este demonio, pero este sabe mucho de mí, más de lo que me gustaría. Lo noto. Hay algo que me provoca una molesta presión en el pecho, la misma que me hace permanecer en silencio.

—Mire, como he dicho antes, no pienso obligarla. —Se levanta y me escudriña con esos ojos opacos—. Únicamente le pido que se lo piense. El trato es la manera que tenemos los demonios para expresar nuestra voluntad a un humano, piense que si quisiera hacerle algo ya se lo habría hecho desde el principio... y no precisamente a usted. Es algo profundamente importante para mí, algo que nos beneficiaría a los dos.

Cierro los párpados. Es demasiado para una chica que hace relativamente poco ha superado una experiencia que la marcará de por vida. Por fin he encontrado mi lugar después de aquello y, sea lo que sea esto, puede hacerlo tambalear hasta caer. Es una insensatez. No debería haber traído a este ser a mi piso, pero ya que lo he hecho, mi obligación es pararle los pies.

—Lo siento. No puedo. —Sueno entrecortada, como si una parte de mí no creyera lo que digo—. No puedo arriesgarme a entrar en un mundo tan peligroso solo para conseguir el corazón de un chico.

El demonio se queda pensativo de forma sospechosa antes de concluir:

—Lo comprendo.

Parpadeo varias veces.

—Espera. ¿Lo estás aceptando sin más?

—Es su palabra la que cuenta —recupera su compostura jubilosa y se aprieta la corbata—. Si es eso lo que desea, me iré de su apartamento.

—¿De verdad? —Me permito respirar—. Gracias al cielo, pensé que me obligarías a hacer el trato.

—Oh, señorita, ya le dije que no.

Sé que he tomado una sabia decisión. Solo el más demente se expondría al servicio de un demonio.

Tras levantarse, el hombre hace el ademán de irse. Sin embargo, antes, se detiene y se da vuelta.

—Un momento, déjeme recordar cuál era la próxima mujer de la lista. —Apoya los dedos en el labio inferior.

Arrugo la frente.

—¿No has dicho que era aleatorio?

—¡Ah, sí! —Me ignora—. Una tal Emma Castle.

Vacilo. Se me atora el corazón en la garganta.

«¿¡Emma!?»

—Una bella joven de su edad que ya lleva cinco citas este mes. ¿Puede creérselo? Necesita ayuda de un verdadero profesional. Si me disculpa, iré a...

—¡No!

El muy bribón quería incitarme desde el principio. He caído en este estúpido juego que no iba a parar a ningún sitio, y es que, ¿qué esperaba? Ni siquiera sabía que existían los demonios. Pero ahora que lo sé, reconozco que son tal como me los imaginaba. Es evidente que sabe que es mi amiga, no le cabe duda, y por eso lo utiliza para tratar de convencerme.

La ira brota por mis venas.

—¿Algún problema, señorita Miller? —cuestiona con picardía.

Aprieto los puños con indignación.

—No me vas a dejar otra opción. Debería haberlo imaginado.

—¿De qué habla?

—No nací ayer. —Suspiro—. ¿No vas a parar hasta que acepte, verdad?

Puedo sentir su vibra de maldad. Este se regocija.

—Veo que lo entiende. Aunque el trato sigue siendo el mismo: Yo la ayudo a conquistar al muchacho, usted hace que me redima.

—Dios, esto es…

—Un disparate. Lo comprendo. Y le aseguro que en cuanto haya cumplido con el servicio no me volverá a ver. —Me promete—. Soy un demonio de negocios.

Creo que no soy consciente de lo que estoy a punto de hacer.

¿De verdad lo tiraré adelante? ¿Aceptaré el trato? Debería ver esto como una milagrosa oportunidad. Quizá podría descubrir que hacer un cambio en mi vida no tiene por qué ser una catástrofe, al contrario, podría ayudarme a evolucionar. Y oportunidades así solo aparecen una vez en la vida, de eso no cabe duda.

A quién quiero engañar.

Solo lo hago por Emma.

Estoy escribiendo mi testamento.

—Lo haré.

El demonio se enorgullece de esta arriesgada decisión, asimismo también le sorprende.

—¿Está segura? —insiste—. ¿Está segura de hacer un trat...?

—¡Que sí! ¡Di qué tenemos que hacer antes de que me arrepienta!

Eleva la comisura del labio.

—Está bien.

El joven que hasta ahora se mostraba humano, se transforma nuevamente en el demonio autoritario que en realidad es. Su figura se alza hasta estar a unos centímetros de tocar el techo, a un centímetro de hacerme caer la lámpara. Trago saliva ante la imponente presencia.

—Lo haremos de forma tradicional. —Baja hasta mi posición y extiende su mano venosa—. Un simple apretón de manos.

Entrecierro la vista.

—¿No habías dicho que no te gusta el contacto físico?

—Es la *única* excepción.

Cuanto más me lo piense será peor, así que, maldiciendo cada célula de su cuerpo carente de gravedad, le doy la mano. Nos quedamos quietos antes de estrecharla.

—Espero que las paredes de este apartamento sean de calidad.

—¿Por qu…?

No puedo acabar la palabra que ya me está estrechando la mano, y con ello todo el piso empieza a temblar al nivel de un terremoto de escala cuatro. Sus ojos carmesíes se iluminan con intensidad mientras mis pies retumban en el suelo. Las luces fluctúan con rabia, el aire se vuelve irrespirable. Escucho algún que otro cuadro abandonar la pared y agrietarse hasta reventar, espero que mis vecinos piensen que la tierra se está moviendo en la ciudad.

Por suerte, dura menos de lo esperado. El temblor disminuye sin prisa. Cuando finalmente cesa, el demonio vuelve a su atractiva forma humana de un chasquido ruidoso.

«La cabeza me da vueltas.»

—Supongo que ya está hecho —digo, recuperando el aliento y tratando de no gritar por el desorden de mi habitación.

El demonio se sacude las mangas.

—Correcto.

—También supongo que ya no hay vuelta atrás.

—No. No la hay.

Retrocedo un paso involuntariamente.

—Si quieres hacerme algo a partir de ahora, que sepas que no tengo nada para ofrecerte.

—Soy yo quién está a su disposición. —Se coloca correctamente su característico sombrero, me doy cuenta de que nunca me había sentido tan vulnerable—. Y bien, ¿por dónde empezamos?



CAPÍTULO 3: A SU MERCED

Me despierto al sentir el frío acariciar mi piel mestiza; esta noche ha refrescado tanto que ni las sábanas pudieron protegerme de los escalofríos. Me costó mares dormir.

Con la borrosidad dificultando la visión, me giro para observar el reloj marcar las siete de la mañana. En mis días laborales es la hora a la que me levanto para ir a correr, pero una sonrisa moldea mis labios al recordar que hoy tengo día libre. Puedo descansar como un bebé.

«Espera.»

Un recordatorio espantoso me hace incorporar de golpe.

«Oh... ¡No, no, no!»

Mis días de serenidad se han desintegrado por la llegada de un nuevo personaje en mi vida. Un tsunami de memorias del ayer fluye por delante de mis ojos. ¿De verdad hice un trato con el mismísimo diablo? ¿Yo? Y no un trato cualquiera, uno tan estúpido como obtener su ayuda para conquistar a un chico al que ni siquiera conozco. El corazón me bombea tan fuerte que rebota contra mi pecho, aun así, trato de relajarme para recordar cómo acabaron las cosas ayer. Cuando concluimos el trato, el demonio se marchó sin darme ninguna explicación respecto a qué pasaría a partir de ahora. Desconozco incluso su nombre.

En fin, qué se le puede hacer... Al menos, hasta que no aparezca, tengo tiempo para reflexionar sobre mi decisión, o desear que todo haya sido una pesadilla provocada por este resfriado que me hiela hasta las cejas. Pongo los pies en la alfombrilla y añado a mi aspecto dominguero unas zapatillas de margaritas.

Es cuando hago un estiramiento de espalda, que oigo un ruido metálico en la cocina. Aprieto los labios.

«No puede ser.»

Avanzo con inseguridad por el corto pasillo hasta mirar por la puerta medio abierta de la cocina. El demonio vuelve a estar en mi casa, con una confianza cual si fuera la suya misma. Está tarareando la canción de *Everybody Loves Somebody*, de Dean Martin, mientras satisface mis fosas nasales con el olor de distintos tipos de fruta, entre ellas la mandarina, el plátano, el melocotón y las uvas. Me quedo perpleja observándolo ir de un lado a otro hasta que se da cuenta de mi presencia.

—¡Vaya! Buenos días, señorita Miller. —Se voltea con ilusión, lleva puesto el mismo traje que ayer y mi querido delantal de petunias—. No hacía falta que se levantase tan temprano, hoy tiene día libre.

«Porque se duerme muy tranquila sabiendo que hay un demonio merodeando en tu casa.»

Sin responder, me fijo en el manjar que llena la mesa. En mi sitio está preparado un bol con apetitosa macedonia variada, viene acompañada de dos galletas de jengibre y un jugo de naranja.

—¿Has venido tan temprano solo para prepararme el desayuno? —pregunto, con el temblor en mi voz—. ¿Cómo has entrado en mi casa?

«Y todavía más importante, cómo has osado a entrar sin mi permiso.»

—Aunque sé que posee una gran independencia, no pude evitar complacerle el primer día con un apetitoso desayuno. Iba a marcharme para respetar su privacidad, pero se ha despertado antes de que lo hiciera. —Deja una cuchara al lado del bol—. Para acceder tengo la habilidad de teletransportarme.

Claro está que tiene todo tipo de poderes para hacer lo que se le venga en gana. No sé nada sobre él y, ciertamente, ya que vamos a pasar una temporada juntos —se me revuelven las entrañas de tan solo recordarlo—, me gustaría saber más o menos qué lleva entre manos. Me siento en la silla y, con aún más incertidumbre, doy el primer sorbo a la macedonia.

—¿Qué me dice? —pregunta mientras lo saboreo—. No hay veneno, puede estar tranquila.

Fastidiada, me concentro en el gusto.

—En realidad sabe muy bien —me cuesta aceptar, es tan dulce que hace festejar mis pupilas—. Aunque no hacía falta que lo hicieras. El trato no lo incluye, ¿verdad?

—Cierto. Sin embargo, ahora estoy a su merced, señorita, así que si necesita alguna otra cosa aparte de cumplir con el objetivo siempre puedo hacer un hueco.

Se sienta delante de mí y me hace comer con tensión.

—Ehmm. —Doy un mordisco a la galleta—. He pensado que, ya que estás aquí, debería saber algunas cosas sobre ti.

—Naturalmente —subraya—. ¿Qué quiere saber?

—Primero, algo básico. Di tu nombre.

—No revelo mi nombre humano por razones personales. Pero las personas que saben de mí suelen llamarme El cupido oscuro arrebatador de posesiones.

La sombría entonación en sus palabras me hace atragantar con la galleta. Extiendo la mano antes de que se ofrezca a ayudarme.

—Solo te llamaré Demonio. —Toso por última vez—. ¿Te parece bien?

—Cualquier nombre es válido si así lo quiere.

—¿Cuál es tu nacionalidad?

—Soy británico.

—Ya veo. —Continúo saboreando el desayuno—. ¿Y tu edad?

—Me gusta esta temática de interrogatorio. —Ironiza—. Tengo veintitrés años.

—Tu físico lo aparenta, pero en cambio, tu personalidad...

—Es que morí con veintitrés años.

—¿Que…? —Lo miro de arriba abajo—. ¿Cuándo?

—En el año 1946. Nací en el 1923.

—¿¡Cómo!? —Dejo la comida aparte—. ¡Entonces tienes ciento un años! ¡Tranquilamente podrías ser mi bisabuelo!

—No se equivoque, señorita Miller. —Apoya el codo contra la mesa—. Mi mentalidad no ha evolucionado desde que fallecí, tengo los mismos pensamientos y comportamientos que un veinteañero. Solo que de otra época.

—Ya, ya. Esto es bastante extraño.

El demonio ríe entre dientes.

—Entonces —sigo, entrecierro la vista—. ¿No quieres saber nada de mí?

—Oh, sé lo necesario.

—¿Y no quieres comer algo? Tengo galletas y cereales en el cajón, aunque creo que ya lo has visto por ti mismo.

—Los demonios no comemos. —Se le enfría la expresión—. Tampoco bebemos ni dormimos. Eso es para los humanos. Si lo hacemos es por puro placer, a pesar de que nos resulte insípido.

—Suena bastante duro —admito.

—No íbamos a dormir en hamacas doradas ni danzar con los delfines. Recuerde que se trata de un castigo.

«Un castigo.»

Durante el resto del desayuno intento extraer más información sobre su situación, y no sé cómo, pero siempre consigue descambiar un tema que no es de su agrado por otro la mar de ingenioso. Es

curiosa su capacidad para tener respuestas para todo, es un diccionario con corbata.

Tras terminar de comer, me levanto para llevar la vajilla al fregadero.

—Ha sido un buen desayuno —digo a regañadientes—. Gracias.

—Espere, déjeme ayudarla a llevar los utensilios.

Pero es al agarrar mi vaso, que me doy cuenta de que él ya lo estaba haciendo. Nuestros dedos se entrelazan.

«Cielos…»

Los vellos se me erizan como un pez globo al recordar su declaración ayer, cuando dijo que odiaba el contacto físico. Y lo puedo apreciar al sentir su respiración, de repente acelerada. Una llama de furia se esconde bajo esa expresión normalmente confianzuda, la cual hace alterar mis sentidos y desear saber la razón de esta enigmática reacción. Despego mi mano lo más rápido posible provocando que el vaso casi se rompa en pedazos filosos.

—Lo siento —murmuro, con la cara encendida de vergüenza.

—No se preocupe. —Y su tranquilidad aparece de nuevo—. ¿Lo dejo en el lavaplatos?

Me lo tomo como un comienzo de cómo serán las cosas a partir de ahora: Incómodas, sorprendentes, extrañas y probablemente arriesgadas. Pero no puedo quejarme. Después de todo, yo lo escogí, la última palabra fue mía. Tendré que hacer un pequeño esfuerzo para que transcurra rápido y pueda enamorar al chico de la biblioteca, luego todo volverá a la normalidad —si es que esta palabra sigue apareciendo en el diccionario de mi vida—.

Al terminar de recoger mi desastre, nos dirigimos al salón y buscamos asiento; yo me siento en el sofá, él en el sillón. Esta habitación comparte el mismo estilo maximalista que las demás, un pequeño televisor delimita el centro. A la izquierda permanece mi preciado balcón floral.

Presto atención. Se ve que el demonio tiene algo que darme.

—Muy bien. —Saca un papel doblado de su camisa y lo deja en la mesita transparente—. Échele un vistazo.

Lo abro para ver qué contiene, leo la información escrita en letra cursiva:

Ian Valentine
Dainwood Street, num. 18, Universidad CAI

—Espera. —Lo detengo—. Estos no serán los datos de...

—Sí, lo son.

Cruzo de brazos.

—Así que realmente me has estado espiando. Sabías cuál era el chico que me interesaba.

—Un joven con miopía interesado por la astronomía. —Me estudia con la vista—. Serían un tanto diferentes, pero la química surge cuando menos te lo esperas.

—Aun así, ¿qué quieres que haga con esto, aparte de parecer el doble de acosadora? ¿Plantarme delante de su casa y decir *yo te he visto antes*?

—Esta información nos sirve para que sepamos dónde suele estar ubicado y dónde debemos actuar. ¿Quiere que le diga la hora exacta de entrada y salida? También tengo otros lugares de preferencia.

«Qué miedo me da.»

—No, así está bien.

—Perfecto entonces. Como ya sabrá, primero deberá encontrar el momento ideal para entablar una conversación de forma no forzada.

—¿Hablarle así tan de repente? —Un escalofrío de nervios me electrocuta.

—No, si quiere esperamos a que otra mujer lo haga por usted —añade con sarcasmo—. Ya es adulta. No debería tener ningún problema, no estamos hablando de besarlo ni nada por el estilo.

—Lo sé, lo sé. ¿Pero cómo lo hago sin que parezca forzado?

—Use la imaginación. Puedo acompañarla y ayudarla, darle consejos antes de que se encuentre con él a solas. —Me señala—. Pero será usted quien lo conquiste.

Esto me viene muy de golpe. Hasta ahora lo único que podía hacer era observarlo a distancia, apreciar su lenguaje corporal. Será un nuevo reto tener que entrar en su mundo por primera vez,

teniendo en cuenta mis fastidiosas habilidades sociales. Pienso en mi respuesta de un momento a otro y dejo ir:

—Bien. Pues vamos.

—Qué fácil. —Se sorprende—. Pensé que entraría en un estado de inseguridad, ya me estaba preparando los argumentos.

—¿No he sido yo quién ha aceptado? —Me levanto del sofá—. Cuanto más rápido acabemos, mejor.

Su expresión se retuerce en una sonrisa.

—Así me gusta.

No miento, esa parte de mí que deseaba poder conocer al chico de la biblioteca se siente sutilmente satisfecha al saber que estoy de camino al primer paso. Eso sí, desde que me he levantado mis músculos están más tensos que el cemento, y mi pequeño resfriado tampoco será de gran ayuda. Me encierro en mi habitación para vestirme con un poco de gracia: unos pantalones tejanos con una flor dibujada al estilo de los 2000 y un jersey blanco de cuello alto. Me miro en el espejo para analizar el conjunto. La moda nunca ha sido lo mío, pero vestirme bien siempre me hace el día.

—Ya estoy lista —indico mientras me aproximo a él.

—Bello atuendo, señorita Miller.

No tengo tiempo de reaccionar ante su halago cuando me concentro en lo que lleva puesto. Tiene el mismo traje que ayer, pero sin el característico sombrero.

«Veo que siempre va elegante. Supongo que así se vestían los chicos en su época. Le favorece, pero para ir a la calle necesitaría algo un poco menos... chillón.»

—Oye, Demonio. —Me aparto un mechón negro de la cara.

—Dígame.

—¿No deberías cambiarte de ropa?

—¿Yo? ¿Por qué piensa eso?

—Ya sabes... siglo veintiuno.

Repasa su traje de arriba abajo y hace una mueca.

—No le veo ningún problema. —Arquea una ceja—. No soy yo quién debe impresionar a un chico.

—Impresionas mucho, créeme. Por eso te lo digo.

Mueve la cabeza en señal de acuerdo.

—Entiendo por dónde va... no quiere que llame la atención. Pero nunca he cambiado mi forma de vestir. ¿Es realmente necesario?

—Si me vas a acompañar vas a tener que cambiarte.

Incluso si es un demonio retorcido ese traje le queda como un guante, pero no vendría mal que se adaptara al ambiente actual. Me lo llevo a la habitación de invitados —donde dormía mi padre— y empiezo a hurgar en su armario. Las motas de polvo acumuladas me hacen estornudar.

—Salud —dice a mis espaldas.

Lo ignoro y sigo abriendo cajoneras. Hacía tanto tiempo que no lo hacía que, incluso estando curioseada por ver a Demonio vestido diferente, mi expresión decae sin querer.

Por suerte, consigo recuperarme al instante.

—Te he preparado un nuevo atuendo. —Coloco sobre la cama una camisa de cuadros rojos, un jersey gris y unos pantalones deportivos.

Admito que es gracioso verlo tratando de disimular su sorpresa.

—Así que… —Observa la ropa con repudio—. ¿Debo ponerme esto?

—Sería lo mejor.

—Me veo en la obligación de volver a preguntar si es realmente necesario.

—Será solo para ir a la calle. —Suplico con la mirada—. Al menos por ahora. ¿Podrías hacerlo por tu clienta...?

Analiza el atuendo con insistencia y respira hondo.

—Si usted lo quiere, que así sea —se esfuerza a decir.

—¡Bien! Te espero en el pasillo.

Viéndolo así hasta podrías olvidar que proviene del infierno.

Mentiría si dijera que no parece una persona totalmente diferente, mucho más joven y rebelde. La camisa encaja a la perfección con su clavícula marcada. Los pantalones son bastante largos, combinan perfectamente con sus piernas estiradas. Demonio está parado como

si estuviera rodeado por un grupo de pirañas, tocando la tela una y otra vez.

—Señorita Miller... —tartamudea con voz grave—. ¿Está totalmente segura de que así voy a encajar como un joven común?

Asiento.

—Los chicos de hoy en día se visten mucho peor. Estás genial.

Recupera la compostura.

—Entonces supongo que puedo perder la dignidad por un día. —Trata de sonreír.

Estamos preparados. Estoy preparada.

Antes de agarrar el bolso para dirigirnos a la ciudad, decido bajar y pasarme por la entrada del apartamento. En esa zona el casero me dio vía libre para plantar unas bellas hortensias moradas, ya que en el balcón no me quedaba más espacio. Agarro la regadera hasta arriba de agua y alimento la planta poco a poco, observo los pétalos caídos por la época del año.

Lo capto con retraso, pero alguien viene caminando desde lejos. Se para delante del apartamento. La estudio por el rabillo del ojo; es una mujer con una sudadera negra de talla grande. Está tan tapada que parece un esquimal en pleno día de verano, apenas le doy forma a su rostro.

Por su fijación en mí, intuyo que tiene algo por preguntarme.

—Buenos días. —Me acerco y la saludo con afabilidad—. ¿Necesita algo?

La mujer tarda en responder.

—No tienes ni idea de en dónde te has metido. Yo de ti tendría mucho cuidado.

Y se marcha como un ente, tal como ha llegado.



CAPÍTULO 4: PRIMER PASO

—Señorita Miller, estoy confundido. ¿Podría explicarme por qué sigue comiendo si ha dicho que no podía más?

Mi estómago me suplica de rodillas que deje de tragar fideos de una vez, o amenaza con dejarlos ir todos sobre el reluciente suelo del restaurante japonés.

Debe comprenderlo, no puedo traicionar mis principios.

—No lo entenderías. —El tenedor tiembla mientras meto a la fuerza más pasta en mi boca—. El plato está riquísimo. Sería una gran falta de respeto para los cocineros dejarlo a medias, aunque esté llena no soy capaz de hacerlo.

«La cantidad de comida por plato en este tipo de restaurantes supera mis límites.»

—¿Y por qué no? ¿Tan complicado es decirle al mesero *estaba delicioso*, *pero me he quedado llena*?

—Para los extrovertidos como tú es muy fácil, Demonio.

—Oh... —Deja ir un suspiro intencionado—. Que le ha pasado a la humanidad desde que me fui. Ahora cualquier cosa es un desafío.

Dejo el cubierto con resignación y lo miro fijamente.

—De acuerdo, a lo que explícame tú. ¿Podría saber, por la madre naturaleza, por qué has pedido un café a noventa y cinco grados?

Cuando la camarera ha venido a tomarnos nota se ha quedado con cara de póker. Incluso los que están a nuestro lado han abierto los ojos como lunas al ver cómo nos traían un café hirviente, semi burbujeando, y lo peor es que Demonio se lo ha bebido cual si fuera una horchata para pasar el calor. No creía ni que algo así pudiera ser legal.

—Nuestros nervios corporales apenas actúan, somos cadáveres vivientes. —Observa su taza vacía—. Tenemos que pedir algo fuerte si queremos ocasionar una simple chispita de sabor.

—Lo he entendido, bien. Aun así, si es posible, deberíamos llamar la atención lo menos posible.

Resopla.

—Lo peor que puede pasar es que piensen que tenemos graves problemas.

—Créeme, eso ya lo hacen. —Me llevo las manos a la cabeza.

Aunque parezca lo contrario, no he olvidado lo que me ha dicho la misteriosa mujer esta mañana. He estado pensando en ella de manera compulsiva desde que he salido de casa, en su voz entrecortada, en su mirada atemorizada. Advirtiéndome de que tenga mucho cuidado. Sin embargo, sea lo que sea que deba pasarme, ya no puedo revertirlo. Tampoco creo que él quiera.

Me remuerde la consciencia no haberla detenido para preguntarle de qué estaba hablando. ¿Sabe que he hecho un trato con un demonio? ¿Y si es así, cómo? Desafortunadamente, no tengo tiempo de pensar en eso ahora. El plan para enamorar al chico de la biblioteca —el plan para liberarme de mi cupido demonio— no ha hecho más que empezar.

Demonio se estremece a cada rato.

—Este atuendo es demasiado incómodo.

—Deja de quejarte y céntrate —protesto—. Hemos dicho de ir a ver si lo encontramos. ¿Pero hoy no es domingo? No hay nadie en la universidad.

—Debería confiar un poco más en mi palabra. —Sube la comisura del labio—. Investigando, me he dado cuenta de que muchos alumnos vienen los fines de semana para repasar el temario. Según lo que he observado, el señorito Valentine saldrá de ahí a las cinco de la tarde.

Miro a través de la ventana.

—Espero que el tiempo aguante. —Las nubes se concentran cada vez más, y más grises—. Ya sé que me has dicho que tengo que conquistarlo yo, evidentemente. Pero ten en cuenta que nunca he hablado con nadie con esas intenciones. No sé qué decirle de buenas a primeras.

—Es bastante sencillo. —Reposa en su silla—. Cuando se lo encuentre accidentalmente, le dice... «Perdona... ¿Nos hemos visto antes, verdad? En la biblioteca. Mi amiga estudia en esta universidad, la estaba esperando».

—Eso sería mentir.

Mis dos amigas estudian en mi misma universidad, la universidad Altamira. Emma estudia biología marina, su pasión desde adolescente, y Juniper bellas artes.

—¿Y?

—No tendría lógica mentir a quien estás intentando agradar.

—Pues adelante, dígale la verdad de por qué está ahí, a ver cómo lo conquista. —Libera una carcajada egocéntrica.

Tras pagar la cuenta, salimos del establecimiento y desprendemos calle abajo. Gracias al tiempo no hay mucha multitud circulando en la acera, pero el consistente sonido de los vehículos sigue presente.

—En cualquier caso, lo haré a mi manera. Bueno, todavía no tengo una manera de hacerlo, pero poco a poco la iré encontrando.

—Estoy ansioso por ver cómo se las apaña. —Se pone las manos en los bolsillos.

—Y ahora que lo pienso —medito en voz alta—. También le preguntaré por las redes sociales, así podremos seguir en contacto.

—Las cartas son más románticas.

—Demonio…

Cuando pasamos cerca de grupos de chicas jóvenes, estas murmuran en privado y observan con deseo al chico que me está acompañando. No las pongo en duda. Incluso sin el traje, Demonio sigue teniendo esa seguridad en sí mismo que lo convierte en alguien digno de merecer tu atención, aparte de que su altura lo hace destacar.

«Su armonía facial es increíble. De acuerdo. Siento la necesidad de preguntárselo.»

—Oye. —Me avergüenzo por lo que voy a decir—. Tú... ¿Tú te has enamorado alguna vez? Ya sabes, en tu vida humana.

—Me resulta interesante este repentino interés —comenta, burlón.

—Tú responde.

Niega con la cabeza.

—Aunque tuve algunas pretendientas que captaron mi atención, nunca tuve la oportunidad de salir con ninguna de ellas. —Mira al horizonte—. Estaba enfocado en otros asuntos.

—Me alegra saber que no soy la única veinteañera que todavía no se ha enamorado.

—Señorita Miller. —Se detiene en medio de la acera.

—¿Qué pasa? ¿Por qué paras?

—¿No es esa su amiga, la señorita Harris, quien nos está observando fijamente?

Mi piel palidece.

«Juniper.»

Teníamos que topárnosla de camino, seguro que ya estaba escrito en alguna parte. Está parada a unos metros de nosotros bajo un semáforo en rojo. Deja caer sus auriculares sobre los hombros y se acerca, dejando claro que está intrigada.

—¡Dalia! Qué casualidad. —Muestra una sonrisa interesada—. Nunca te había visto por la calle un domingo.

Luce una sudadera blanca con la ilustración de un payaso bastante aterrador. Lo conjunta con su bolso negro plagado de

chapas de sus grupos favoritos, entre ellos Guns N' Roses, Slipknot y Backstreet Boys. No cabe recalcar que es una friki de los noventa.

—Hola, Juni. Estábamos yendo a comprar al supermercado —miento.

—Así que a comprar, eh. —Se voltea hacia Demonio—. ¿Tú y...?

«Piensa, Dalia, piensa.»

—Scott.

«¿Scott?»

—¿Scott?

—Scott.

Demonio ni siquiera se inmuta. La sigue mirando con gracia como si no lo hubiera acabado de bendecir con el típico nombre de chico de instituto estadounidense.

—Es mi primo. —Miento de nuevo, antes de que saque sus propias conclusiones.

—¿Tu primo?

—Sí, mi primo.

—No me habías dicho que tenías un primo.

—Es que es muy lejano, hacía mucho tiempo que no lo veía. —Realizo un gesto de liviandad—. Viene del Reino Unido.

—Con estas nubes deberá sentirse como en casa.

Demonio se acerca a ella.

—Encantado. —Estrechan las manos de forma fugaz—. Soy un familiar lejano de Dalia, estaré aquí por un tiempo.

—Mucho gusto. ¡Eh! Si tenéis tiempo, antes de que vayáis a comprar, podemos ir a tomar algo. Así tenemos la oportunidad de conocernos mejor.

—Suena genial. —Me adelanto—. Aunque ya nos íbamos.

Demonio concuerda antes de añadir:

—Tenemos que pasar por otros lugares antes de volver a casa. Pero será un honor quedar con uste... contigo un día de estos.

Lo fulmino con la mirada.

—Muy bien, supongo. —La de cabello rosa se ve intrigada y perpleja a la vez—. Ya nos veremos.

—Nos vemos mañana, Juniper —me despido.

Cuando me aseguro de que estamos lo suficientemente lejos, es mi momento para inhalar hondo y explotar.

—¿¡Quedar!? —Hago un esfuerzo para no estrangularlo, ante todo porque no serviría de nada—. ¡Sabes que no quiero meter a mis amigas en esto!

—No estamos metiendo a nadie en nada, señorita Miller —subraya, más contundente—. Sus amigas deben acostumbrarse a mi presencia, y qué mejor forma de hacerlo que realizando las típicas actividades humanas: Como ir a tomar un café.

—Pero es que es eso, tú no eres humano.

—¿Acaso deben saber que no lo soy?

—Mira, ya hablaremos de esto. —Me recoloco el abrigo y avanzo sola—. Ahora no quiero más interrupciones.

El objetivo de que mis amigas no se involucren en este panorama paranormal seguirá en pie mientras mi cordura siga presente. Ellas salen, se divierten, viven el momento. No quiero que se les arrebate nada de eso, no con todo lo que han hecho por mí. Seguimos adelante para localizar la universidad CAI, la cual está muy cerca del núcleo de la ciudad.

Avanzamos alrededor de la manzana manteniendo la distancia hasta que un edificio moderno aparece en la derecha. Aquí está. Es más pequeña que la mía, se compone por tres edificios situados en el mismo recinto. Se conectan gracias a los pasillos estrechos que sobresalen al exterior, me recuerdan a los puentes de las historias fantásticas. Tal vez... me da un poco de envidia.

—Excelente, ya estamos aquí. —Nos paramos junto a una valla de alambre cerca de la entrada—. ¿Sabe lo que tiene que decir cuando se lo tope… accidentalmente?

Jugueteo con la hoja de una enredadera.

—Más o menos. —Me aprieto los nudillos, nerviosa—. Quiero improvisar.

—Afloje esos músculos. Por fin tiene la oportunidad de hablar con su amor platónico, necesita relajarse y saborear el momento. La seguridad en uno mismo es la clave.

—Espero no hacer nada extraño.

Mientras esperamos semi arrinconados, dos jóvenes, un chico y una chica, salen por la puerta de cristal a varios metros de distancia. Desde nuestra posición parecen una parejita de enamorados normal y corriente, caminando juntos en sintonía. Pero a medida que se acercan a la calle, siento que algo no va bien. Nada bien. Y por el ceño fruncido de Demonio, presiento que él lo percibe también.

La chica camina con temor, al mismo tiempo que el chico parece guiarla. Sus robustos dedos se incrustan en el pálido hombro de la mujer, como si la estuviera dominando, como si ella fuera de su propiedad. Sé perfectamente que nada funciona en esa relación. Con los ojos enrojecidos y el moretón granate en la mejilla, la rubia hace todo lo posible para dar un paso tras otro sin caer rendida. Aprieto el puño por la indignación.

Me recuerda a mi situación ayer.

«Qué debería hacer... ¿Llamo a la policía? No puedo meterme directamente, podría empeorar las cosas. Es horrible saber lo difícil que es para una mujer agredida ir a denunciar.»

Los observo preocupada avanzar por la carretera, estoy a punto de agarrar el teléfono. Sin embargo, inesperadamente, algo sucede.

Algo le sucede al chico.

—Cariño —tartamudea la mujer, sorprendida al ver a su pareja hiperventilar—. ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

Trata de acariciarlo, pero el abusador la aparta por instinto.

—No me toques, zorra de mierda. —Se aprieta el cuello—. ¿¡Por qué de repente no puedo respirar!?

De un momento a otro, el chico pasa de sufrir una especie de ataque asmático a estremecerse en el suelo. Es como si una bestia en su interior quisiera romperlo para liberarse. Con todos los gritos desoladores resonando por doquier, su pareja se aparta para dejarlo sufrir. Ni siquiera se molesta en llamar a una ambulancia. Lo mira carente de emoción sin hacer absolutamente nada, incluso detecto un vestigio de satisfacción. No es hasta que el chico escupe una bocanada de sangre carmesí, que no me doy cuenta de que tengo el autor del acontecimiento justo a mi lado.

—¡Demonio! —exclamo, asustándome al ver que vuelve a estar en su forma demoníaca.

Este ni me mira, estremece la mano como la última vez. Tiene toda su atención entregada a los gemidos del abusador, entregada a que siga gritando y sufriendo de dolor hasta que se agoten los decibelios en su voz. No hay rastro de la sonrisa señorial que me hacía olvidar de lo que realmente era, únicamente un rostro implacable comprometido a que el chico desaparezca. Seguramente, su verdadero rostro.

Tras el espanto, retrocedo unos pasos.

No sé qué hacer.

Estoy aterrada.

No debería haberlo hecho. No debería estar aquí.

No puedo parar de maldecirme una y otra vez.

Pienso en correr. En escaparme, irme a vivir a un país muy lejano. Típicos pensamientos que te vienen a la cabeza cuando estás metida en un embrollo de problemas. Pero no estamos hablando de un percance tradicional. Él me encontraría. Podría hacerme algo incluso peor, por traicionar nuestro trato, por traicionarlo a él.

A un demonio.

No estoy preparada para eso... e incluso si lo estuviera, creo que no viviría para contarlo. Así que cuento hasta tres... uno, dos, tres... y con la inseguridad a flor de mano, bajo suavemente el brazo de Demonio, quién se retumba al notar mi tacto.

—Ese no es tu trabajo —murmuro, hago lo posible para que no se note el miedo adherido a mi voz—. En la tierra no lo es.

Como persona adulta, tengo que aprender a llevar las riendas de una situación aunque me abrume. Sea terrenal o paranormal.

Pequeñas gotas empiezan a remojar la escena, se deslizan por sus cuernos. Con la frente arrugada y el iris aún flameante, se queda mirando cómo agarro el brazo que estaba usando de arma. Una parte de mí había pensado que me esperaba un infierno luego de haberlo interrumpido, pero, para mi sorpresa, solo se relaja.

De un momento a otro vuelve a ser el joven humano del cual las chicas chismorrean, pese a que no dice nada.

De modo que retiro la mano lentamente.

El agua que antes solo nos acariciaba ahora choca con intensidad contra nosotros. Viendo como la rubia sigue mirando al agresor

marchitarse, empezamos a caminar con rapidez en busca de un taxi, pues ya no podemos ejecutar nuestro plan. Entre las calles empapadas de la ciudad me llamo estúpida por no haber agarrado el paraguas si el cielo nos había avisado desde el principio; con eso tampoco puedo hacer nada, así que me limito a cubrirme los ojos con las manos para poder ver entre el diluvio.

Es al instante en que Demonio se quita la camisa de cuadros y me la muestra, que me doy cuenta de que me la está ofreciendo.

Nos detenemos bajo una terraza.

—Espere. —Sin tocarme, me la envuelve en la cabeza—. Cúbrase con esto. No quiero que se resfríe más de lo que ya está.

Estamos empapados; parecemos recién salidos de un pantano.

Cuando llegamos a mi piso, dejé una toalla a Demonio para que pudiera secarse el cabello desordenado. Los dos nos cambiamos de ropa: Yo me he contentado con una sudadera de estar por casa y, en cuanto a él, ha vuelto al salón con su preciado traje oscuro.

Permanecemos sentados alrededor de la mesita cristalina con la lluvia penetrando en las ventanas, apenas hemos soltado una palabra desde que nos hemos acomodado. Únicamente apreciamos el repiqueteo del temporal en silencio, ya que a los dos nos resulta reconfortante.

Gracias a la incomodidad, decido girarme hacia Demonio, quien abre la boca para acabar con la muralla china entre nosotros:

—Señorita Miller.

—¿Sí? —respondo, y mi vista vuelve al frente.

—El orgullo es algo que suele impedir que me disculpe. No obstante, esta vez debo exigirme: Siento haber ocasionado este infortunio. Tenía razón, castigar no es mi trabajo en el mundo de los vivos. —Inspira—. Debería haberme contenido.

Abandono parte de la tensión.

—Sé que puede ser difícil para ti, pero debes adaptarte a nuestras formas de actuar o acabaremos en graves problemas —apunto—. ¿Lo entiendes, no?

—Es más complicado de lo que cree. De todas formas, no es excusa para lo que he hecho.

Se me escapa una sonrisa discreta.

—Bueno. Si te sirve de consuelo, opino que ese chico se lo merecía —arriesgo, nunca pensé que lo diría—. Gente así debería arder en el infierno.

—Solo he interferido en el plan.

—Ha interferido la lluvia —enfatizo.

Nuestras miradas se cruzan; la suya sigue sin mostrar ningún destello de vulnerabilidad. De hecho, no parece haber nada en esos ojos negros obsidiana: Ni resentimiento, ni pena, ni esperanza. Negror pura y desierta, un pozo insondable de miseria.

—En todo caso le aseguro que en casos así, trataré de controlarme y actuar más humano.

«No trates de hacer algo cuando sabes que no está a tu alcance.»

—Eso espero.

Me envuelvo en una manta morada para combatir las bajas temperaturas del apartamento. La calefacción está levemente dañada y no funciona como debería, provoca que el frío sea un componente más. Espero poder arreglarla pronto.

—Por cierto. —Cambia de tema y mira a su alrededor—. ¿No es este lugar un poco frío para una chica humana?

—La calefacción está hecha polvo. —Expiro—. Luego encenderé una pequeña estufa.

Mi pequeña salvadora durante el invierno.

—Tiene una chimenea aquí mismo. —Señala al frente—. ¿Por qué no la utiliza?

Arrugo la frente antes de murmurar:

—Prefiero no usarla.

—¿Cuál es la razón?

—No tengo por qué dar explicaciones.

—Pero es eficiente y no gasta electricidad, si quisiera podría ir al bosque y traerle leñ...

—Demonio, *odio* el fuego.

Bajo la mirada, no quería decirlo con esa intensidad. La verdad es que nada me apetecería menos en este instante que tener que dar

explicaciones.

El hombre permanece impasible. Tras asentir, se levanta del sillón y se acomoda la corbata.

—Perdón por entrometerme de esa manera. —Se disculpa de nuevo—. Lo mejor será que vuelva a mi hogar, usted debería descansar. Tenga una bella noche, señorita Miller.

Cuando se gira para dirigirse a la entrada, me doy cuenta de un detalle perturbador: tiene una larga cicatriz rectilínea en la zona de la nuca. Demonio abandona el apartamento en silencio, y yo, resguardada entre la calidez de la manta, me quedo absorta en mis pensamientos.

«¿Qué tan humano podría llegar a ser un demonio?»



CAPÍTULO 5: EN MIS MANOS

13 años antes

Una casita rocosa en el campo.
Un jardín rociado de vegetación.
Un padre genial.

¿Qué más podía pedir?

—¡Papá! —Corrí hacia casa con una flor en la mano, durante esa época era indiferente si me manchaba los zapatos de barro.

Y ahí estaba él. Un hombre de tez morena, siempre risueño, que llevaba el jersey sucio de trabajar en la tierra. Me aguantaba las ganas de reír cada vez que el sol mañanero se reflejaba en su calvicie.

Recuerdo aquel pequeño estanque que se mostraba entre los matorrales, un banco de peces residía en esas aguas que limpiaba cada día como si se tratara del pozo de los deseos. Había un pez carpa; lo llamaba pirata porque tenía un ojo negro. Ese día, mi padre permanecía sentado reposando en la vieja silla de madera. Era mayo, por lo que estábamos en temporada de lluvias.

—Dalia. —Me planté delante de él y vio decenas de abrojos pegados en mi ropa—. Te dije que no te metieras entre los arbustos. Mírate, pareces un árbol de navidad.

Revisé mi ropa y me reí al comprobar que era cierto. Arrancó las bolitas de mi jersey de lana una por una, era tan velludo que apenas las noté.

—Es que tenía que enseñártela. —Le mostré la flor—. Mira qué bonita. No tenemos de estas en el jardín, ¿sabes su nombre?

—Déjame ver. —La tomó con delicadeza para examinarla—. Esto es un lirio del valle.

—Lirio del valle —repetí, contemplándola con asombro.

—Tendrás que lavarte las manos luego de ir a dejarla. Esta flor es conocida por su belleza, pero contiene una sustancia tóxica que, si te llevas las manos a la boca, podría hacerte mucho daño.

Sin una miga de preocupación, agarré la flor de nuevo.

—Tendríamos que plantarlas en el jardín. Prometo no tocarlas, las alimentaré y las cuidaré como a las demás. Yo no soy como Lechuga, no me las voy a comer.

Lechuga era una ardilla que le gustaba colarse por las noches en el jardín y roer las plantas. En pocas palabras, mi mortal enemiga.

—Dalia, sobre eso. —De pronto, relajó su expresión—. ¿Podría hacerte una pregunta?

Me senté en el suelo de piernas cruzadas en forma de afirmación.

Mi padre entrelazo los dedos antes de decirme:

—¿Qué dirías si te propusiera de ir a Saint Rosette?

Rodé los ojos.

—Que ya hemos ido miles de veces. —Resoplé—. Estoy cansada de visitar siempre lo mismo, papá. Hay muchas otras ciudades divertidas.

—Me refiero a ir a vivir ahí.

Cuando esas palabras resonaron en mi oído me dieron un golpe de consciencia. El primero. Desconocía la razón, pero fuera cual fuera, mi forma de percibirlo seguiría siendo la misma. Mi diminuta mente de ocho años entendía que quería separarme del precioso santuario que habíamos construido durante años, una insinuación que no toleraría.

Me aferré a la idea de que tal vez estaba bromeando.

—Pues diría que te has comido un lirio del valle —reí, esperando que lo hiciera también.

—No es una broma —aclaró, bajó la mirada porque sabía que lo odiaría—. Quizá sería lo mejor para ti.

Pasé a enfurecerme.

—¡No!

—Dalia, escucha…

—¿Por qué dices esas cosas tan malas de repente? —Me levanté de golpe y no me molesté en contener las lágrimas—. ¿Por qué? ¿Es que ya no te gusta estar aquí conmigo?

—Estar contigo es lo que me hace levantar cada mañana, y seguirá siendo así vivamos donde vivamos. Solo he estado pensando... Eres pequeña. Necesitas aprender del mundo real, de las personas; deberías estar en una escuela. Tendrías amigos con los que hablar de tus plantas favoritas, ¿no te gustaría?

—Para nada. —Apreté el puño—. Los niños no quieren hablar de lo que me gusta. Cuando intenté ir a la escuela en el pueblo se rieron de mí…

—Eso es porque aún no has encontrado a la persona indicada. Allí hay muchos niños, muchos y muchos más. Estoy seguro de que encontrarás a alguien con tus intereses.

—¡No necesito amigos! —chillé, me sequé las lágrimas con la manga—. Te tengo a ti.

—Me refiero a niños de tu edad.

—Me da lo mismo. Coches, ruido, poco espacio, olores podridos... ¡Deh! Papá, no quiero irme a ese lugar. Quiero quedarme aquí, en casa.

—Cariño, no podremos quedarnos.

—¡Para! —lloriqueé.

—Déjame explicarte el verdadero motivo por el que digo esto.

—Nunca me iré. —Di pequeños pasos atrás—. No vuelvas a decir algo así *jamás*.

Eché a correr sin importarme cuál sería su reacción al respecto. No quería saber nada de él. Corrí hacia los arbustos, corrí hacia el campo, corrí y corrí con la intención de olvidar las dañinas palabras de mi padre, las palabras que amenazaban con cambiar mi vida tal como la conocía. Una vida inverosímil.

Siempre he sido así; aferrándome a mi propio universo.

Con el tiempo, entendí que no nos marchamos porque mi padre quisiera abrirme a un nuevo territorio más allá del paraíso. El mantenimiento de la casa era cada vez más caro, y aunque tuviéramos unos ahorros decentes no serían suficientes para cubrir la cantidad de gastos que conllevaba tanto espacio. Aunque al inicio fuera un reto, no me quedó de otra que tirar adelante en una nueva región, en una nueva realidad.

Fue como pasar del campo a la selva amazónica. Pero al menos mi padre me acompañó en el proceso. Éramos él y yo… contra el mundo.

A día de hoy

—Dalia. Tierra llamando a Dalia. ¿Estás ahí? —Emma pasa su mano por delante de mis ojos y me saca del ensueño.

Enderezo mi espalda de golpe.

—Sí. —Me froto la cara—. Perdona, me he quedado bloqueada.

«No he dejado de darle vueltas a lo que pasó el otro día.»

Ha llegado la hora de darse un respiro de la universidad, a las diez y media la cafetería abre sus puertas. Como es habitual, estoy sentada con mis amigas en la mesa redonda de la esquina, donde nadie quiere situarse por ser la zona más ajena a la calefacción. Hay tanta gente que es nuestra única opción, así que con un café con leche bien calentito —no al nivel del de Demonio— tiramos adelante en estos días congelados de marzo.

Espero que la cafeína haga su trabajo.

—Se te ve fatal —responde, preocupada—. ¿Has dormido bien estos días?

«No he dormido.»

—Sí, no te preocupes. —Disimulo mis ojeras de mapache con una sonrisa jovial—. Es este bendito resfriado.

Emma viste una blusa con la silueta de dos delfines mirándose entre sí. Su cabello castaño está recogido en un moño, con un cabello tan extenso es lo ideal al momento de estudiar. Juniper está acomodada a su lado, lee la revista universitaria.

—Este frío es insoportable, me gustaría quedarme inconsciente hasta que volviera el verano. —Emma mira su taza vacía—. Cuánto echo de menos ir a la playa. Y salir de noche sin chaqueta. Y hacer actividades al aire libre. También trabajar en el chiringuito... Los meses transcurren demasiado lentos.

—A mí me gustan los días lluviosos —menciono, para participar en la conversación.

—La verdad es que si estás en casa es lo mejor. Pero estos días solo me apetece salir.

—Vamos, primita, ya no eres una adolescente —añade Juni sin quitar la vista de las páginas—. Existen más cosas aparte de salir de parranda.

Para ella es fácil decirlo. Disfruta estar en casa leyendo cómics o devorando películas enteras tanto como salir los fines de semana, admiro su capacidad para aprovechar el tiempo de forma equilibrada.

—Ya lo sé. —Baja la cabeza.

Percibo su repentina falta de entusiasmo.

—Oye —Le toco el brazo—. ¿Todo bien?

Niega con la cabeza.

—Supongo que todavía estoy afectada por la cita del otro día y por eso quiero desconectar, sin duda fue la peor de todas. No lo entiendo, chicas... ¿Seré yo el problema? ¿Estaré haciendo algo mal? Empiezo a creer que sí.

—Si eres tú misma y no les gustas entonces el problema es todo suyo —señalo con firmeza—. La ciudad está llena de hombres que

no valen la pena. No tengas prisa, ya lo encontrarás. De todas formas, un novio no es tan importante.

Emma reflexiona sobre mi afirmación y se llena de valor.

—Tienes razón —llega a la conclusión—. A la mierda los hombres.

—Tampoco quería decir eso.

—Pero, Dalia, tú sí que conoces a un hombre que vale la pena… ¿Verdad?

Cuando Juniper dice eso, giro la cabeza lenta y metódicamente como La niña del exorcista. Espero a que capte el mensaje que trato de hacerle llegar.

«Ni se te ocurra ir por ahí.»

—¿Qué? —Emma activa su radar—. ¿De qué estáis hablando, chicas?

Juniper sonríe con discreción y me mira de reojo.

Su prima insiste.

—¿Hay algo que no me estáis contando?

Niego con la cabeza repetidamente, le imploro que mantenga la boca cerrada mediante mi lenguaje corporal. Al final, consigo que la peli rosa amplíe el doble la sonrisa y revele:

—Dalia tiene un primo súper atractivo.

«Voy a matarla.»

Lo ha dicho tan convencida que nuestros vecinos de mesa se han volteado y se han puesto a cuchichear, hasta mi profesora de horticultura que pasaba por ahí finge no haber escuchado nada. Siento mis mejillas arder por una mezcla de cólera y vergüenza, Emma lo procesa mientras Juniper se da cuenta del supuesto error.

—Mira quién es la adolescente ahora —suelto en su cara, por no decirle cosas mucho peores.

—¿Tienes un primo, Dalia? —Emma arquea una ceja—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Ha venido hace poco desde el Reino Unido. —Espero que no se me note el poco talento para mentir—. Es muy lejano. No sabía ni que lo tenía.

—Nos topamos el otro día en la calle —Juni deja la revista a un lado—. Tengo que decir que se me hizo muy extraño ver a Dalia con un chico, pero después lo entendí todo. Es alto, delgado, pálido al

estilo Conde Drácula y tiene el cabello tan negro que parece irreal. Ah, y se llama Scott.

—No sé por qué le pones tanto interés en la descripción. —Mi amiga de ojos verdosos podrá ser romántica, pero conoce bien los límites—. Es el primo de Dalia, no le tiraría los tejos así como así. Y menos si ella no quiere.

—Tampoco es eso —respondo—. Es que, ya sabes, como es nuevo por aquí... No sé si tendrá pareja o no. Antes de nada lo mejor es que se adapte al entorno.

«Y al siglo veintiuno. Y a la humanidad. Y a la normalidad.»

—Tranquila, puedes estar segura de que no le echaré ojo.

—Por ahora. —Su prima agarra de nuevo la revista.

Miro el reloj de muñeca y caigo en la cuenta de que faltan cinco minutos para que empiecen las clases de microbiología vegetal, así que luego de despedirnos en la salida de la cafetería, avanzo por los pasillos de la universidad para alcanzar mi clase. Entre tanto murmullo y variedad de aromas de perfumes, me digo a mí misma que, pase lo que pase, no dejaré que mis amigas forjen ningún lazo con Demonio.

Solo me faltaría eso, que Emma finalmente se enamorara de alguien y que ese alguien no fuera humano. ¿Salir con un demonio...? ¿Qué lunático querría salir con la personificación del mal? Cuanto más lo pienso, más me urge llegar a mi destino y empezar con la clase para que se me quite de la cabeza.

Con tan solo los estudios es imposible pagar la factura de la luz, el agua caliente o la poca energía que puede soportar la calefacción. Necesitaba un trabajo decente, y por fin, he encontrado uno que no supone llegar a casa a las diez de la noche con tres horas para estudiar y seis de regalo para conciliar el sueño. Sostengo que trabajar junto a niños que aún no conocen la vida real es sinónimo de descansar de ella. Únicamente tengo que repartir la verdura de la que siempre se están quejando, tirar los desperdicios y limpiar sus estropicios.

Puede sonar algo desagradable, pero he trabajado en sitios peores.

Por una vez decidí mirar el lado positivo: he hecho un montón de pequeños amigos que me cuentan sus pequeñas aventuras antes de volver a clase. Uno de ellos es Juan: un niño rechoncho al que le gusta jugar con cochecitos, me mostró su colección y la verdad es que es increíble. Otra es Amanda. Algunas veces vino enfadada a la cocina porque los chicos no querían jugar al fútbol con ella, y gracias a eso conoció a Elisa, quién estaba llorando por la misma razón.

Es sorprendente lo rápido que llegan a solucionar sus problemas, ojalá fuera igual para los adultos. ¿Me estaré dejando a alguien?

Creo que no.

A las cuatro y media, salimos a la entrada para que los padres vengan a recoger a sus hijos. Incluso si no es mi trabajo, me gusta acompañarlos para apreciar cómo se reencuentran y los abrazan cual si fuera un reencuentro apocalíptico. Consigue sacarme una sonrisa. Al ver que casi todos se han ido, me quito la redecilla de pelo y me lo peino con las manos para eliminar los nudos.

«Trabajo completado. Hora de volver a casa con el diablo.»

Es cuando me acerco a la basura para tirar una mata de pelo, que se oye:

—¡Leche con chocolate! —exclama un niño a lo lejos.

Está corriendo hacia mí.

Justo al momento en que volteo, este me abraza con una fuerza abismal. Es verdad. Me había olvidado del más relevante de todos.

—Oliver. —Me lo despego y, agarrándolo de los hombros, le pregunto—: ¿Aún no han llegado tus padres?

Baja la mirada.

—Soy el único que queda.

Me lo dice tan tranquilo, porque siempre se alegra de verme. Oliver es un niño pequeño que no conoce el espacio personal; le gusta abrazar a todo ser vivo como única ley de vida. He de decir que, aunque sea pegajoso al nivel de una garrapata, estoy empezando a cogerle cariño. Tiene el cabello rubio rizado y unas pequitas uniformes en la nariz. Adoptó ese mote que me dedica y creo que nunca lo soltará.

—No me digas. —Elevo las cejas—. ¿Tienen algún problema para venir?

—No lo sé... —Niega con la cabeza.

—¿Quieres que vayamos adentro y los llamemos?

—No. —Me agarra de la mano antes de mirarme fijamente—. Quiero que esperes conmigo. ¡Vamos a sentarnos!

Sigo sin tenerlo claro, pese a eso nos colocamos en el banco de la entrada. Adelante podemos contemplar un grupo de casas idénticas. Subo la cremallera del anorak de Oliver y, al cabo de unos minutos de espera, nos quedamos completamente solos. No hay ninguna otra alma merodeando salvo la de algún gato callejero.

Suspiro. Me pregunto qué estará haciendo Demonio en mi casa. No me gratifica en absoluto que se quede solo con mis pertenencias, de hecho, me pone de los nervios. Lamentablemente, una de las condiciones del trato es que el ayudado y el ayudante deben permanecer juntos. Además, da igual cuán eficiente sea la seguridad del apartamento, se las ingenia para entrar en un santiamén. Cuando vuelvo del trabajo suelo encontrármelo en el sillón leyendo el periódico al punto de parecer un viejo retirado. Es una pesadilla.

—Y bien, ¿qué has hecho hoy en clase? —pregunto al notar que el crío se empieza a impacientar.

Oliver resopla.

—Nada divertido. Nos han enseñado la multiplicación con el número nueve.

—¡Vaya! Qué complicado —exagero.

—En realidad es muy fácil. Mi amigo Elijah me contó una técnica secreta con la que la haces más rápido que los demás. ¿Quieres que te la explique?

—Por supuesto, espero saber hacerla.

Luego de una larga conversación matemática me doy cuenta de que ya han pasado treinta minutos, el sol se esconde detrás de las montañas y nosotros seguimos en el mismo lugar. El niño juega con las piernas, es evidente su inquietud. Yo también estoy ansiosa.

«Debo hacer algo.»

—De acuerdo, vamos adentro. —Me levanto del banco y le ofrezco mi mano—. Si consigo encontrar las llaves del centro

usaremos el ordenador para encontrar el número de tus padres.

El rubio se niega.

—Quiero esperar un rato más.

—Hace mucho frío, Oliver. —Agito mi mano para que me la dé—. Esto no es normal. Hay que llamar a casa.

Se queda un segundo en silencio.

—Espera un momento.

—Oliver...

—¡Ya viene! —Se incorpora como un relámpago y salta motivado encima del banco, clava su mirada en el camino de las casas idénticas—. ¡Leche con chocolate, ya viene!

Observo en su dirección, hay la silueta de una persona corriendo hacia nosotros. Está tan lejos que no alcanzo a ver su aspecto.

—¿Quién es? —pregunto, la silueta sigue aproximándose.

—¡Mi hermano mayor!

Ahora lo puedo ver mejor.

Es un chico con gafas.

Más grande que yo.

Con la sudadera de una estación espacial.

Castaño, similar a Emma.

De estatura media.

Con una vibra *irreconocible*.

Mis manos tiemblan. Mi pulsación se acelera. Mi respiración se descontrola. Pensé que el universo no quería que nos encontráramos; que este objetivo sería el motivo de estar ligada a un mar turbulento para poner una pizca de peligro en mi vida. Pero aquí está. Dibujando una enorme sombra en el suelo gracias a que el sol juega al escondite.

«¡Pero si es…!»

Ian Valentine. Conocido también como el chico de la biblioteca.

—Oliver, ¡perdóname! —Lo abraza con cariño—. Mamá y papá han tenido que quedarse en el hospital por una operación de emergencia.

Me llamaron para que viniera a buscarte, pero hubo un parón en la carretera por un accidente de camiones.

—No pasa nada. —Se separa de él—. Leche con chocolate se ha quedado esperando conmigo.

Ian ladea la cabeza.

—¿Leche con chocolate?

Nuestras miradas se encuentran. Por primera vez, lo hacen. Estoy tan nerviosa que no creo poder decir algo sin hacer el ridículo.

Agradecido, se acerca a mí.

—Así que tú eres la famosa Leche con chocolate. —Asiente mientras me analiza de arriba abajo—. Mi hermano me ha hablado mucho de ti, de la chica mayor que siempre visita en la cocina. Aunque, ahora que te veo, creo que te he visto en alguna parte.

—Nos hemos visto en la biblioteca —digo, avergonzada—. Eres el chico que viene a leer los miércoles.

—Caramba. Pues sí que me tienes controlado.

—¡No! Yo no... No es lo que...

—Tranquila, era una broma. —Sonríe y se recoloca las gafas. Su sonrisa es como un resfriado, se te pega fácilmente—. La cuestión es que a Oliver le caes de maravilla. Eres su monitora favorita.

—No es nada, solo hago mi trabajo.

—Dalia siempre se escabulle para no ponerme tomates —añade el rubio, se me eriza la piel—. Sabe que no me gustan.

—Oye, eso no es verdad —protesto, antes de que exponga lo que hago en secreto.

Ian cruza de brazos antes de reprenderlo:

—Eso está mal. La meterás en problemas y me voy a enfadar.

Oliver hace un puchero, el otro vuelve a dirigirse a mí.

—En fin, te agradezco que te hayas quedado esperando con este renacuajo.

—Tampoco iba a dejarlo solo.

—Sabes una cosa, he pensado que... ¡Ah! Sería una gran idea. Verás, hace días que estoy buscando una canguro para cuidarlo conforme yo y mis padres estamos fuera, normalmente de noche. No sé si tú tendrías un hueco para, algún día, cómo parecéis bastante unidos...

—Me gustaría mucho poder hacerlo —subrayo sin ocultar mi entusiasmo, no podría rechazar una oferta que me beneficia en

tantos aspectos—. ¿Tú quieres que venga, Oliver?

—¡Sí! —Me abraza de nuevo y procede a celebrarlo—. ¡Sí, sí, sí, sí! ¡Leche con chocolate en mi casa!

—Deja de llamarla así. —Riendo, el chico de la biblioteca saca el teléfono del bolsillo—. Intercambiemos números de teléfono para cuando deba avisarte. ¿Dalia, verdad?

Mi iris resplandece.

—Sí.

Luego de habernos despedido, voy corriendo a la estación de autobuses para que no se me escape como la última vez. Me doy cuenta del premio que me ha otorgado la vida en el día de hoy, el cual me hace dar un paso más hacia la salida. ¡Lo he conseguido! He encontrado la oportunidad perfecta para tejer un vínculo con el chico de la biblioteca, una responsabilidad grandiosa con la que, sin duda, daré muy buena impresión. Ahora la tengo en mis manos.

Terminando mi trayecto habitual, llego a mi casa. Mientras subo los escalones beige me imagino la reacción que tendrá Demonio apenas le informe de este inesperado encuentro, estoy deseando que cante victoria con ese acento peculiar que adorna sus palabras. Abro la puerta de mi apartamento a toda prisa y voy directa al salón, me olvido incluso de quitarme el abrigo.

Sin embargo, tras buscar por todas las habitaciones, la adrenalina baja de intensidad.

Porque Demonio no está en casa.



CAPÍTULO 6: ¡ARRÉGLALO!

Ya ha pasado una semana.

Por ende, debería estar agradecida. Demonio no ha dado la cara desde que conseguí hablar con el chico de la biblioteca, a duras penas pude explicarle la noticia que ya se había esfumado. No me dejó ninguna nota, no me lo dijo con anterioridad. Debería estar feliz por haber recuperado mi privacidad luego de días, he podido hacer mis quehaceres a mi ritmo sin sentir la presión de tener una criatura malvada a mi alcance. Incluso por momentos, en cuanto me sentaba en el balcón para hacer crucigramas, conseguía dejar mi mente en blanco y olvidarme del trato.

Digo debería, porque no puedo evitar estar inquieta. No por lo que podría haberle pasado, estoy segura de que es el típico hombre que lo tiene todo controlado. Más bien me atemoriza saber lo que

estará planeando para cuando regrese, eso sí decide hacerlo o abandonarme a mi suerte.

Ahora mi objetivo es dejar de pensar en él. Temo manifestarlo si lo hago. En cambio, ya que puedo estar sola en mi propio hogar, he invitado a Emma para que se quede a dormir al igual que en los viejos tiempos. Ella también necesitaba desconectar luego de las experiencias incómodas que tenía en colección, de modo que aceptó tan temprano como se lo propuse.

Y aquí estamos.

Son las nueve y media de la noche. A la vez que Emma se lava los dientes en el baño, yo estoy en el balcón enterrando una semilla para que mis nuevas orquídeas tengan cabida en la tierra.

—¡Dalia! —grita mi amiga desde el interior—. ¿¡Tienes cuchillas de afeitar!?

Río con ternura por esa confianza.

—¡Sí! ¡Mira dentro del cajón que tiene la pegatina!

—A ver... —Puedo oír cómo lo abre y lo cierra de un golpe—. ¡Las he encontrado, gracias!

Mi apartamento es pequeño y las paredes son delgadas, en consecuencia se oye hasta el mínimo rechinido.

Sería muy difícil mantener algún secreto en secreto.

Luego de acabar de aplanar el sustrato en la maceta, miro el horizonte iluminado y exhalo a modo de liberación. Con un poco de suerte ese hombre podría haberse olvidado de mí.

Solo queda esperar, desear que la esperanza no haya sido en vano, gozando de la serenidad que suele caracterizar mis días. Entro en el salón y cierro la puerta corredera dejando entrar una brisa de aire congelado. Esperaba que Emma estuviera en el sofá para continuar la película que teníamos en pausa, la de *Divergente*, pero sigue ocupada con sus necesidades íntimas.

«¿Por qué tardará tanto?»

Es justo cuando estoy a punto de sentarme para esperarla, que ahogo un grito al sentir la puerta reabrirse a mis espaldas. Aprieto los labios y presiono los párpados.

No me molesto en echar un ojo.

Lo admito, fue bonito mientras duró.

—Señorita Miller —musita el intruso que acaba de acceder por el balcón.

Respiro hondo, bien hondo.

«Tú tranquila.»

Lo penetro con una mirada furiosa, expresándole que sea conciso de una vez. No obstante, esta misma da un giro de ciento ochenta grados cuando veo que está en su forma demoníaca, teniendo en cuenta que hay alguien más en mi apartamento.

—Demonio. —Voy hacia él con la mano en el corazón—. ¿Qué haces en esta forma? ¡Vuelve a ser humano!

Todavía no me he habituado a verlo así. Incluso si ahora lo trato con más seguridad, la inquietud que me genera sigue estando presente.

—Escúcheme. —Es la primera vez que lo veo tan serio—. Debo comentarle un asunto bastante urgente.

—Escúchame tú. —Trago saliva—. Estoy segura de que debe ser muy importante para haber estado ausente una semana y no haber dado ninguna explicación al respecto, pero antes necesito que te transformes.

—Lo que debe saber es más importante.

—¡Hazme caso, transfórmate!

—¿Por qué está tan nerviosa? —pregunta inerte, como si no hubiera acabado de volver de la nada—. Tranquilícese un momento y se lo explico.

—¡No...! ¡No lo entiendes!

—Señorita, lo que trato de decirle es que…

—¡Emma está en casa!

No tardo en darme cuenta de que ya es demasiado tarde. Emma está de pie junto al televisor, atónita.

En pijama *babydoll* y con un cepillo de dientes en la mano.

Con los ojos flama de Demonio inyectados en ella, le ruego a mi amiga que trate de tranquilizarse. Que todo tiene una explicación lógica y que no tiene que ver con un mundo infernal que no comprendemos. Desafortunadamente, no sirve de nada. Ni siquiera parece que algo actúe en su cuerpo cuando se desploma en el suelo como un pañuelo recién usado.

—¡Mierda! —Me arrodillo junto a ella y, perturbada, le acaricio la frente pálida—. No puede ser. Ha perdido el conocimiento.

Suerte que se suponía que no debía verse involucrada.

Demonio la observa sin agacharse.

—Ahora lo comprendo. —Se tira el cabello hacia atrás—. Grave error. Creo que lo que debía decirle ya no tiene tanta importancia.

El miedo y mi esencia de buena chica se van por el garete. Me levanto de nuevo con intenciones de dedicarle mi impotencia.

—Tú, maldito... ¡Ya más vale que lo arregles!

—No se preocupe, me he encontrado con esta situación en más de una ocasión. Al despertar, las personas que se han desmayado piensan que fue alguna ilusión o los efectos del alcohol que no recuerdan haber tomado. Prefieren recurrir a la negación.

—Puede ser, pero tú no conoces a Emma. —Me dispongo a recordar—. Cuando ve algo extraño, esté en el estado que esté, se obsesiona como una maníaca. Una vez llegó borracha a mi casa, estaba tan fuera de sí que me dijo que había visto un ave fénix cruzando las nubes. Estuvo las próximas semanas pegada a unos prismáticos.

Parpadea varias veces. Hasta a él le sorprende.

—Lo admito, este es un caso aparte.

—¡Se enreda con cualquier cosa! Y cuando despierte no se detendrá hasta demostrar lo que eres, Demonio. Su duda constante será un peligro para nuestro plan.

—De acuerdo, de acuerdo. —Hace un gesto para que me relaje—. Si bien es verdad que una humana no supone ningún riesgo para mi identidad, no me conviene ponerme en problemas con la corte estando en medio de un trato. Aunque ya debe saber que los demonios resolvemos estos problemas de otra manera...

No hace falta que lo fulmine que ya cambia de parecer.

—Esta vez buscaremos otro modo —señaliza.

—Bien. —Camino de un lado a otro—. Entonces, ¿qué hacemos? ¿Qué dice tu experiencia de ciento un años?

—¿No es obvio? Debemos borrarle la memoria.

Se me ilumina la faz.

—¡Pues claro! No lo había pensado. Tienes poderes sobrenaturales.

—Pero yo no puedo hacerlo.

Se me apaga al instante.

—¿Cómo qué no? —cuestiono, decepcionada—. Pensé que podías hacer cualquier cosa siendo un demonio tan importante.

—Por muy importante que llegara a ser Nikola Tesla, nunca podría pintar un cuadro como Michelangelo Buonarroti.

Enarco una ceja.

—No entiendo hacia dónde quieres llegar. Son personajes totalmente diferentes, se dedicaban a cosas totalmente distintas.

—A eso mismo quería llegar. —Se retoca el traje—. Los demonios no somos tan distintos a los humanos, cada uno puede dedicarse a una rama distinta. En mi caso, soy un demonio tirano: únicamente me encargo de castigar. No tengo ningún conocimiento respecto a los hechizos negros, que es lo que necesitamos.

Bajo la mirada, observando el cuerpo desvanecido de mi amiga.

—Por suerte... —continúa, suelta una carcajada discreta—. Conozco a alguien que sí.

Haciéndome quedar con la duda, Demonio se prepara para algo. Agarra una pequeña vela que tengo en la estantería de libros y la coloca sobre la mesita cristalina. Tras frotarse las manos, hace un gesto para que el fuego flamee con más intensidad.

Me tiro hacia atrás del espanto, él lo nota enseguida.

—Oh, perdone, señorita Miller. —Le baja potencia—. Olvidé lo que me dijo el otro día sobre el fuego.

—Las velas no me afectan demasiado. Siempre he tenido en casa. —Me siento en el sofá, intrigada—. ¿Qué estás tratando de hacer?

—Voy a invocar a una vieja conocida.

Mi atención se agudiza.

—Te refieres a… ¿Otro demonio…?

—Se trata de una niña que conocí en mi vida humana, la cual tampoco escogió el mejor camino. Está especializada en brujería y hechicería negra. Ella vivió mucho más que yo, espero que desee ayudarme luego de tanto tiempo.

—Yo solo espero que no me destroce el salón —digo—. Si es la única solución, haz lo que tengas que hacer.

Las luces parpadean.

—En ese caso, prepárese.

Se cruje los dedos. No sé si debería taparme los ojos, desconozco lo que veré a continuación. Demonio toma concentración para hacer distintas poses con las extremidades, decido apartarme por pánico a lo que pueda suceder. De repente, empieza a susurrar palabras incomprensibles:

—Rosbo kh'ah samal itsgana, ri'kk sutoro corka mun'dahana…

La llama de la vela se mueve en sincronía a su voz creando destellos a su alrededor. No tengo ni idea de qué idioma es ese, si bien es lo último que me preocupa ahora mismo. De manera súbita, deja de murmurar. La pequeña vela se apaga de un soplido y ahí comienza el verdadero espectáculo: las paredes vuelven a temblar a nuestra derecha, aunque sea una sensación. El torbellino de aire que empieza a abundar en el centro hace volar todo lo ligero que absorbe, revolotea mi cabello oscuro a tal nivel que no veo nada.

La invocación dura menos de lo que pensaba.

Lo sé, porque ya hay otro demonio en mi casa.

—Buenas noches, Catarina. —Demonio se muestra receptivo—. Cuánto tiempo sin vernos.

La misteriosa aludida arruga la frente.

—No el suficiente —refunfuña.

—Siento haberla interrumpido de... lo que sea que estuviera haciendo en su tiempo libre, pero me gustaría que conociera a la señorita Miller. —Me señala—. Señorita, salúdala usted también.

«¿Lo hago, o le imploro misericordia?»

Contrario a lo que me imaginaba, no es una niña. Es una ancianita demonio. A simple vista no parece gran cosa, no parece ni la mitad de poderosa que Demonio, sin embargo, sería más adorable si no fuera por los cuernos puntiagudos y esa mirada siniestra. Está delante de nosotros apretando los puños. Una extensa túnica negra cubre su diminuto cuerpo, la arruga por estar haciendo jarras con los brazos.

—Me estás diciendo —bufa la anciana, tiene un tono de voz estridente—. ¿¡Me estás diciendo que me has hecho aparecer aquí, en esta casucha, solo para presentarme a una simple humana!? ¡Estaba en el bosque cazando ranas!

Miro a Demonio, pero él está concentrado en la *invitada.*

—Sé más que nadie que resulta una gran molestia que lo invoquen, y no. No es solo por ella.

Señala a mi amiga la bella durmiente.

La anciana se muestra indiferente.

—¿Y qué? —suelta, confundida—. ¿Es que me has visto con cara de enfermera? Deja de hacer como si no me conocieras, Sombra.

«Sombra.»

Me pregunto si será un apodo tétrico o su nombre real.

—Parece que la joven me ha visto en mi verdadera forma y, según lo que especifica mi clienta, si despierta podríamos tener algún que otro percance.

—Creía que eras tú el que se encargaba de llevarse las almas —protesta—. ¿Por qué tengo que hacerlo yo?

Mis ojos se abren cual dos lunas llenas.

—No queremos matarla —aclara Demonio, aunque su sobriedad indica otra cosa—. Querríamos borrarle la memoria, si es posible.

Los dos demonios hablan durante un buen rato, la anciana refuta la petición porque reitera que es un gasto innecesario de material —aparte de que no se lleva muy bien con él—. Pero Demonio sigue insistiendo y persistiendo hasta que, al final, lo acaba aceptando por testarudo.

La mujer se dirige a mí, lo que tensa cada una de mis articulaciones.

—Ya más vale que esto sea importante, chiquilla. —Rebusca entre los bolsillos interiores de la túnica—. Ya debes saber cómo hacemos las cosas si se nos agota la paciencia.

—No le robaré mucho tiempo. —Me rasco la nuca—. Muchas gracias por ayudarnos.

La anciana, con la ayuda de Demonio, prepara una especie de montaje brujo ancestral en medio del salón. Me ha pedido que aparte los sofás porque tiene que hacer una gran elipse de velas en el suelo. No me oculto, ver tantas con la cantidad de plantas que descienden de mis paredes me hace subir la guardia. Posicionamos a Emma en el medio agarrándola de las extremidades, acto seguido la mujer saca tres frascos: de ellos salen plantas aromáticas, trocitos de hueso de algún pobre animal y lo que parece ser sangre en conserva. El pijama que llevo puesto se ha ensuciado por el polvo, así que decido ponerme una bata por encima.

Al acabar la preparación, doy un vistazo al escenario y no me creo que lo esté permitiendo. Estoy en una condenada película de terror. Ojalá Emma nunca se entere de esto.

—Ya está todo listo. —La anciana se sienta en la punta de la elipse y agita las manos.

—¿Necesita algo más? —pregunta Demonio, fascinado.

Se queda pensativa.

—En realidad, sí.

Esperamos expectantes su respuesta.

—Necesito que desnudéis a la humana, la tela de la ropa podría interferir.

Carraspeo con intención. El demonio a mi lado finge no escucharme.

—Demonio. —Reclamo su atención.

—¿Ocurre algo?

—Deja de disimular y sal del salón. Me quedaré aquí a vigilar.

—Vamos, señorita, no lo dirá en serio. He visto a muchas mujeres en mis años... ¿Cree que voy a pensar en perversidades estando en medio de algo tan importante?

—¡No voy a permitir que veas a mi amiga desnuda!

—Tendrás que disculparlo —me interrumpe la anciana, impacientada por tanta tontería—. Pero este personaje debe quedarse aquí. Necesito la magia de un demonio tirano para concluir el hechizo.

Frunzo el ceño. Si no hay otra manera, tendré que mover algún hilo.

—Por el amor de... ¡Está bien, está bien! —Voy un momento a la cocina. Cuando vuelvo, traigo conmigo una venda de tela—. Pero ponte esto.

Se la doy para que se lo envuelva en los ojos, accede de inmediato.

Luego de desnudar a mi amiga de pies a cabeza —y de disculparme sin parar por ello— los demonios se organizan. Yo permanezco al lado de la anciana un tanto alejada. No nos entretenemos ni un minuto más. La demonio murmura unas palabras y coloca el contenido de los frascos sobre el abdomen de mi amiga; Demonio sonríe incluso con los ojos vendados, ansioso por que utilice su poder. Los susurros suben de intensidad hasta que reverberan en el espacio, es aquí cuando el cuerpo de mi amiga procede a levitar: decenas de cintas rojas provenientes de las velas entran en su frente como si las estuviera atrayendo, hacen que permanezca suspendida en el aire.

No puedo ver mi cara, pero imagino que debe ser un cuadro. Esto no es precisamente lo que me imaginaba para una noche de chicas.

«Lo intentaré.»

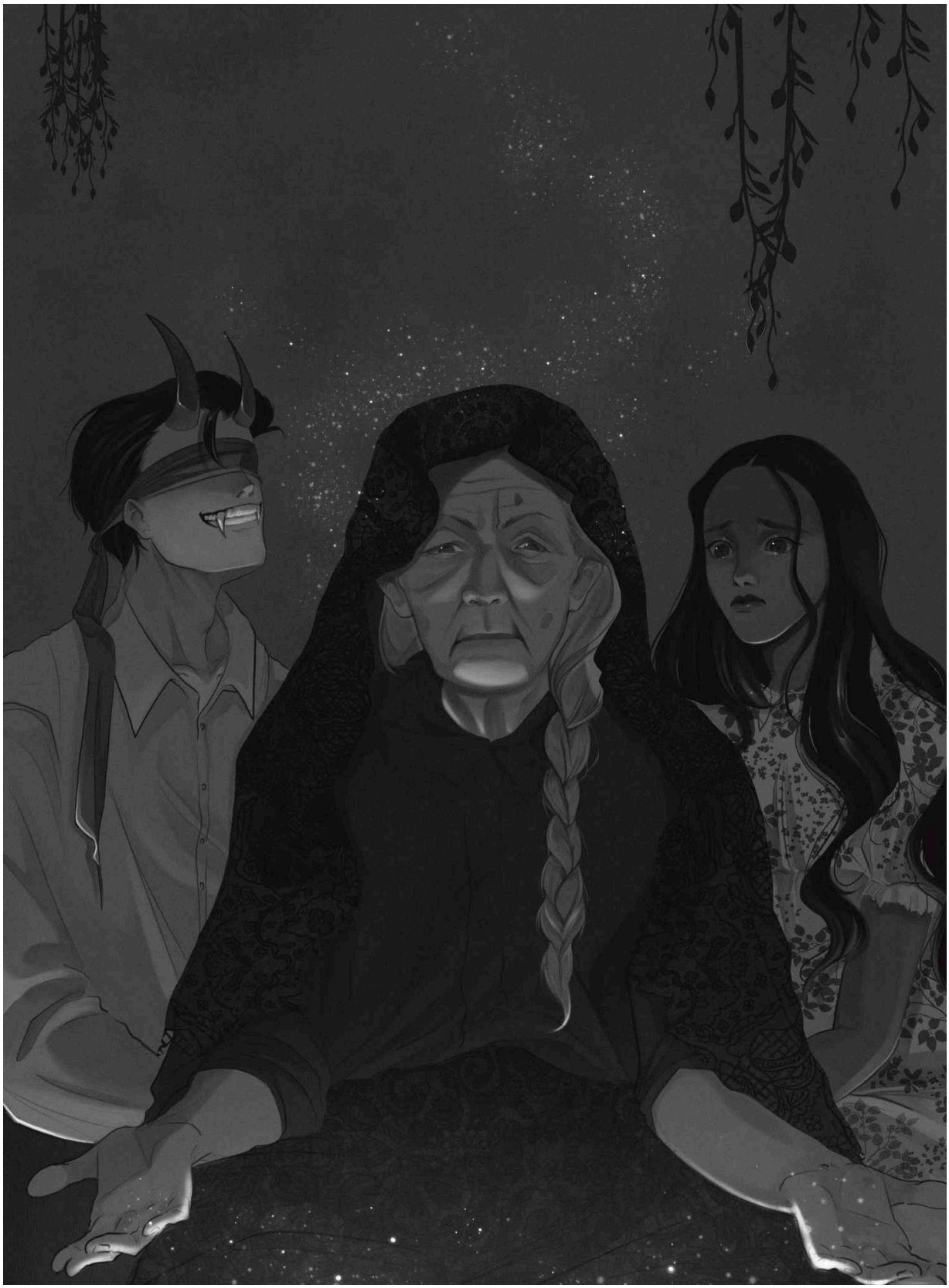
—Oh, Señor todopoderoso, guía nuestros pasos por el sendero de la luz y la verdad. Que tu sabiduría ilumine nuestros corazones y tu

misericordia...

—Pierdes el tiempo, chiquilla —me corta la demonio, su capa revolotea gracias al conjuro—. Me temo que ya has escogido bando. Nadie te atenderá si estás en el lado oscuro.

Me trago mis plegarias y continúo viendo a Emma envuelta en cintas rojas. Demonio, con sus labios a la vista, se estremece cuando una fuerza extrae lentamente una porción de su magia y es enviada al cuerpo. Una magia invisible para mí. El hechizo va acabando a medida que mi amiga va recuperando la gravedad, es al momento que me doy cuenta de que el salón está patas arriba.

«Me costará la vida ordenarlo de nuevo.»



La habitación se sumerge en el silencio.

—Anda. —La mujer se incorpora, cualquiera diría que acaba de hacer una sesión de yoga—. Ya está hecho.

—Ah, ¿ya está? —Miro a mi alrededor—. ¿Ha ido bien? ¿Emma está bien?

—Por supuesto que sí, solo le he borrado la memoria de los últimos cinco minutos en los que estuvo consciente. No sé qué esperabas. —Devuelve la sangre, los huesitos y las plantas a los frascos—. Despertará dentro de unos treinta minutos.

—Gracias a Dios...

La demonio me observa perpleja, intento arreglarlo enseguida.

—Digo. —Río nerviosamente—. Gracias a usted, por supuesto.

—Ya decía yo.

Mientras Catarina acaba de recoger todo el material, Demonio trata de quitarse la venda a escondidas.

—Señorita Miller. —Agarra la tela—. ¿Si el hechizo ya está hecho, podría recuperarme de la ceguera?

—Ni se te ocurra quitártela. —Con un poco de esfuerzo, arrastro el sofá hacia su sitio—. Aún debo vestir a Emma.

—¿Y no podría ayudarla?

—No.

Cuando he devuelto el pijama a mi amiga y la he tumbado en el sofá con delicadeza, doy permiso a Demonio para que se quite la venda. La anciana ya está a punto de marcharse, deseando no ver nuestras caras en el mayor periodo de tiempo posible. Está en el mismo lugar en el que apareció.

—Muchas gracias, Catarina —agradece Demonio con las manos en la espalda—. Le aseguro que algún día se lo compensaré.

—Preferiría que no. Hoy he hecho un esfuerzo por tu cabezonería, pero a partir de ahora no quiero volver a verte. Ya tuve bastante con que me dejaras sola cuando tenía apenas catorce años.

Subo las cejas ante la revelación, pero no digo nada. Me mantengo al margen de la misteriosa tensión que se ha levantado entre ambos.

—No la dejé sola. —Su expresión se enfría—. Fallecí, que es muy diferente.

—Te dejaste morir.

—No tuve otra opción.

—Era solo una adolescente.

—Muy independiente. Mírese, vivió durante noventa y dos años.

La anciana arruga la frente, mientras que él no pierde convicción. Tengo la sensación de estar escuchando algo que no debería, aunque eso no quita el hecho de que tengo la intriga a flor de piel. Desciendo la vista a mis pantuflas, un tanto incómoda.

Está claro que Demonio está plagado de secretos. Lo que no tengo claro es si sería prudente indagar demasiado en ellos.

Santo cielo, ¿en qué diablos estoy pensando?

Cumpliré con el trato y me libraré de él, tal como debe ser.

—Podría decirte mil cosas, Sombra. —La voz de Catarina adopta un tono más suave—. Pero no lo haré porque a tu jefa humana no le concierne.

—Entiendo —responde.

—Al menos hazme un favor y no vuelvas a reclamar mis servicios si no es por algo realmente importante, aunque ya veremos si en esa ocasión no te habré matado antes. —Indignada, vuelve a hacer gestos con las manos—. Ah, no. Espera. Ya estás muerto. Por cobarde.

Y tras desahogarse, desaparece de un soplido, sin causar ningún estropicio secundario.

Demonio se queda parado. Podría decir que está afectado, pero estaría arriesgándome; no muestra ningún signo de emoción. Su mirada es un folio en blanco, un pozo sin agua. Miro de reojo a Emma en el sofá, luego de tanta brujería siento un pequeño alivio al saber que lo hemos arreglado.

—Bueno, pues ya está. —Trato de despistarlo de las palabras de la anciana, ella tiene razón. Su pasado no me incumbe—. Lo hemos conseguido.

Demonio parece volver al presente.

—Correcto —murmura.

—Por cierto. ¿Sombra, eh? Es un apodo interesante. Siniestro, pero interesante. Te queda bien.

—Excelente, la ayudaré a poner lo que queda en su sitio. —Se moviliza de repente—. Su amiga conocerá al primo Scott en otra ocasión.

Después de evadir mi afirmación entiendo que no quiere sacar el tema. Lo respeto en su totalidad y coloco los libros en la estantería, uno por uno. La mayoría se han caído durante la invocación.

Hay uno que se ha roto.

—Un pajarito me ha dicho —comienza Demonio desde la otra punta del salón—. Que ha conseguido hablar con el señorito Valentine. ¿Es así?

Dejo el libro tumbado y me volteo de golpe.

—¡Sí! —me sorprendo—. ¿Cómo lo has sabido?

—Se lo he dicho, me lo ha contado un pajarito.

—Seguro —ironizo, sigo ordenando la estantería—. Y no solo he conseguido hablar con él. Le caigo bien a su hermano menor y me dio el trabajo de cuidarlo.

—A eso lo llamo matar a tres pájaros de un tiro. Felicidades.

Doy un gesto de satisfacción.

—Ahora estoy esperando a que me avise para ir. Ya ha pasado una semana, espero que no se lo haya repensado.

—Hablando de eso… —Observa mi teléfono en la mesita—. No tengo ningún conocimiento respecto a estas maquinitas modernas, pero el nombre de El chico de la biblioteca aparece en la pantalla de inicio.

Dejo lo que estoy haciendo para agarrar el teléfono a toda velocidad, me percato de que Demonio tiene razón.

Ian me ha escrito.

Hola, Dalia. Soy yo, el hermano de Oliver. ¿Te parecería bien venir a cuidarlo mañana por la tarde?



CAPÍTULO 7: LECHE CON CHOCOLATE

«¿Lo tengo todo, verdad? El monedero... las llaves... pañuelos, tiritas... el teléfono por si debo llamar a urgencias...»

Uno nunca sabe lo que va a necesitar si tiene que hacerse cargo de un crío de ocho años. Es demoledor el peso que te aplasta los hombros cuando sabes que su vida está en tus manos; cualquier cosa que le pudiera pasar, sería tu culpa.

Yo no estoy preparada para que este peso me conduzca al subsuelo, y menos cuando se supone que tengo que dar la mejor impresión. De modo que, de camino a casa del chico de la biblioteca, doy un repaso mental a todas las cosas que necesitaré durante estas tres horas en las que me haré cargo de Oliver. El ambiente en este sector de Saint Rosette es mucho más acogedor, así que puedo tomármelo con calma. No hay ninguna nube a la vista.

«Creo que no necesito nada más, en su casa tendrá todo lo demás. Sé el número de la ambulancia, el de los bomberos y de la policía. Estoy lista.»

Paso por debajo de una arboleda plantada de forma lineal; están desnudos, apenas poseen alguna que otra hoja superviviente colgando de las ramas. Entrecierro los párpados. Al final del camino, me parece ver a un hombre erguido observando uno de ellos con las manos en los bolsillos.

«Ese no es... ¿Demonio?»

Esboza una sonrisa cuando voy hacia él rebozada de intriga.

—Buenas tardes, señorita. —Una hoja seca roza su sombrero clásico—. Me alegra ver que va en dirección a la casa de los Valentine.

—Demonio —farfullo—. ¿Qué haces por aquí?

—He pensado que podría acompañarla hasta su destino, no tengo una tarde muy ajetreada. ¿Le importaría la compañía de este demonio?

Niego con la cabeza, un tanto divertida.

—Adelante. Ven si quieres.

Sigo con mi camino junto a este personaje que me sigue a todas partes. Por alguna razón, hoy no siento tanta tensión. Supongo que, incluso siendo como soy, me habré adaptado a lo inadaptable. Él se ve radiante en cada paso, yo no puedo ahuyentar una duda que me ronda por la cabeza. Decido romper el silencio.

—Oye —digo, Demonio gira la cabeza indicando que me escucha —. Ayer, cuando llegaste por el balcón, tenías que decirme algo importante. ¿Verdad?

Devuelve la vista al frente.

—Ah, por supuesto.

—¿Qué era?

—Un asunto que ya no tiene ningún tipo de relevancia. Tranquila, está todo bajo control. Podemos continuar con el objetivo sin interrupciones.

—Me alegro mucho de que se haya arreglado, pero sigo queriendo saber de qué se trataba.

—No creo que sea posible.

—¿Por qué no? Vamos —insisto, haciéndome la comediante—. No podré dormir si no me lo dices.

—Si no puede dormir, me quedaré con usted en la cama, la arroparé y permaneceré a su lado hasta que lo consiga.

Sé que es una broma y trata de cambiar el tema, pero solo de imaginarlo me viene una oleada de pensamientos que preferiría pasar por alto.

—Qué agradable eres. —Le sigo el juego—. Aunque creo que así tardaría el doble en dormirme, o directamente no lo haría.

—¿Sería de más ayuda que le trajera un vaso de leche? —ironiza, animado—. O... ¿Qué le diera un besito en la frente?

Gruño adrede.

—Lo he pillado.

—Antes lo decía en serio —sigue, recuperando la compostura—. No debe preocuparse por nada. Si se encontrara con cualquier inconveniente que pudiera tener en relación con el infierno, acudiría a usted en seguida.

Le doy vueltas a lo que acaba de mencionar.

—Me gustaría saber a qué inconvenientes te refieres exactamente.

—Creo que ya debe hacerse una idea. —Demonio se queda pensativo—. Pero si todo va según el plan, no debería tener ninguno.

—¿Y cómo puedo estar segura de que vendrías si... me pasara algo?

Hace una pausa.

—No puede —asegura—. Solo si supiera invocarme poseería esa seguridad.

Es bastante fácil saber hacia dónde quiere llegar, si bien hay partes que no consigo relacionar. Estas mismas son las que me llevan a preguntar:

—¿Invocarte? —Me detengo bajo un pino—. ¿Podría invocarte tal como hiciste con Catarina?

—Pensé que ya lo sabría, soy un demonio.

—Es que no me habías dicho nada de esto.

—Porque como ya escuchó ayer, no es muy de nuestro agrado. —Se mueve de un lado a otro haciendo mímica—. Imagina que está tan tranquila atando cabos sueltos en el infierno o castigando a un humano traidor. Y de repente, *¡Zas!* Aparece de sopetón en un lugar desconocido, interrumpiéndola de sus tareas.

Al ser una persona normal me cuesta imaginar un escenario así, sobre todo porque castigar asesinos, psicópatas o mafiosos no está entre mis actividades diarias de universitaria. Sin embargo, entiendo que para él debe ser una molestia, y más si suele tener compromisos pendientes. Afirmo con la cabeza.

—Suena realmente mal.

—Así es —afirma.

—¿Entonces, por qué lo has mencionado?

—Me gustaría que se aprendiera mi invocación —revela sin que me lo espere—. No me complace, es cierto. Pero si lo hace usted es diferente. Nosotros tenemos un trato, estoy a su disposición las veinticuatro horas del día, y debo cumplir con mi palabra.

—Así que… ¿Me enseñarás a invocarte?

—Tómeselo como si le diera mi número de teléfono. Aunque la tenga en el punto de mira regularmente, lo mejor es estar preparados.

Se le ve entusiasmado, aun así, desde que lo he visto hoy siento que está ocultando un Everest entero detrás de ese semblante encantador.

¿Saber su invocación por si hay alguna emergencia? ¿Cuando me acaba de decir que me tiene en el punto de mira? Algo me huele a chamusquina, y no es el humo que desprenden las chimeneas. De todas formas, nos apartamos del camino y nos paramos en el aparcamiento de una tienda de empeños. En la parte trasera no abunda nadie, es el lugar perfecto.

—Mire, no es muy difícil. —Se frota las manos—. Precisamente mi invocación no tiene ningún secreto.

—Lo he entendido. —Ansiosa, hago lo mismo—. Ve al grano. Aunque te aviso de que no sé si podré pronunciar el idioma que usaste con tu compañera.

—¿Habla del khanima? Solo se usa para la invocación de demonios hechiceros. No, no. La mía es mucho más sencilla. —Esboza una sonrisa astuta—. Lo único que debe hacer es entrelazar los dedos, apretarlos hasta que queden pegados y pronunciar las siguientes palabras: *Sombra te invoco hoy, sombra te invoco mañana. Que la flecha te guíe hasta mí, que tu penumbra se asome por la ventana.*

Cierro los ojos y repito la frase en mi mente repetidas veces.

—¿Solo eso? —Me extraño—. Parece el poema de un chico de quince años que está pasando por su etapa emo.

—Lamentablemente no escogemos nuestra invocación. Nos la diseñan según la impresión que tengan de nosotros.

—¡Ahora lo entiendo! Pues claro, sombra.

En realidad no entiendo nada. Debo dejar de actuar como si lo hiciera.

—Adelante, pruébelo. —Vuelve a su verdadera forma demoníaca —. Desapareceré y usted me invocará. Vamos a ver si es capaz.

—Lo intentaré.

Demonio se esfuma ante mis narices, intento recordar otra vez la invocación antes de juntar las palmas. Cuando ya me he mentalizado, respiro hondo y entrelazo mis dedos, tan fuerte que parecen pegados con resina. No me creo lo que estoy a punto de hacer. Nunca entraré al cielo después de esto, estaré vetada por la eternidad.

Dios mío.

Tres, dos, uno...

—Sombra te invoco hoy, sombra te invoco mañana. Que la flecha te guíe hasta mí, que tu penumbra se asome... ¿Por la ventana?

Al instante, una especie de escalofrío recorre mi columna vertebral, me deja una sensación poderosa, casi palpable. Pensé que habría fallado por haber dudado al final, pero no. Demonio reaparece unos centímetros arriba.

Parece orgulloso de mí.

—Perfecto, señorita Miller. —Muestra los dientes semi afilados—. Ya está lista para hacer de canguro.

Toco el timbre de la casa Valentine.

El *ding dong* es tan sutil que me pregunto si lo habrán escuchado.

Permanezco a la espera mientras me detengo a escudriñar el edificio, que precisamente no destaca por ser el más insignificante de la urbanización. Es espléndido. No tiene un jardín frontal, pero la puerta gigantesca decorada con enredaderas provoca la misma vibra natural. La casa tiene más ventanas que paredes, son tantas que con tan solo fijarme a través puedo ver un montón de mobiliario nuevo. Es todo tan moderno y sofisticado... Ninguno de los dos hermanos tiene pinta de vivir en un lugar así. ¿Me habré equivocado?

La puerta tarda pocos segundos en abrirse, no me he enredado con la dirección. Quién la abre es ni más ni menos que el chico de la biblioteca, me sorprendo al ver que lleva puesto un elegante traje negro decorado con una pajarita. Mentiría si dijera que no me pone un poco nerviosa.

Espero que no se me note.

—Buenas tardes, Dalia. Te estábamos esperando. —Hace un gesto señorial para que entre—. Bienvenida a nuestra humilde morada.

«Veo que tiene buen sentido del humor.»

Con la vista en todas partes, accedo al hall y me doy cuenta de que la modernidad abunda tanto por fuera tanto por dentro. Las paredes son blancas como el marfil, evocan aires de limpieza y frescura. La estancia está ordenada, sin contar algún juguete o pieza de Lego rebelde esparcido sobre el suelo relumbrante. Cuadros, estatuas, todo tipo de decoraciones desmoronan mi dopamina a alto nivel.

—Increíble —musito, miro hasta el tejado—. Si tengo que ser sincera, no me imaginaba nada de esto.

—Pocos lo hacen. —Pasa los dedos por una maceta decorativa—. Supongo que es el resultado del gran trabajo de mis padres. Y un

poquito de herencia, hay que decirse. Descendemos de una familia de médicos importantes en su época.

—Es un gran espacio. Hasta me da un poco de repelús tener que ser la guardiana por unas horas.

Niega con la cabeza, amable.

—Estoy seguro de que lo harás fenomenal. ¡Oh! —Se acerca—. Me olvidaba. Déjame poner tu abrigo en el colgador.

—Gracias, pero tranquilo. —Me lo quito por mi cuenta—. Ya lo hago yo.

Mi padre siempre me enseñó a ser caballerosa ante la caballerosidad, un punto clave para la primera impresión. Cuelgo mi abrigo blanco con cuidado para no hacer caer el mueble entero e Ian me conduce hasta el salón, es igual de imponente que todo lo demás. Nunca había visto una televisión tan grande, y la lámpara de araña confeccionada con cristales me hace sentir una condesa. Oliver está ahí, en el suelo de la amplia sala, jugando a los bomberos con un camión de juguete.

—Oliver —Ian capta su atención—. Mira quién ha llegado.

Su mirada infantil brilla como el sol.

—¡Leche con chocolate! ¡Has venido!

Tira el camión y corre hacia mí para darme un desesperado abrazo de los suyos. Trato de respirar por el estrangulamiento.

—Yo también, —Inhalo una bocanada de aire—. Yo también me alegro de estar aquí.

—Oye, ten cuidado, campeón. —Lo aparta juguetonamente al ver mi cara de sufrimiento—. O tendrás que venir conmigo al trabajo.

Subo la comisura del labio, me gusta la relación que comparten. Yo nunca he tenido hermanos, pero sé que normalmente suelen estar todo el día discutiendo por el simple hecho de compartir sangre. Oliver e Ian ponen esas expectativas en duda.

—Nunca en la vida. —Da una mueca de desagrado—. Lo que cocinan en tu restaurante es para pijos. No saben hacer ni una hamburguesa con patatas.

—En eso te doy la razón.

—¿Trabajas en un restaurante? —Me intereso, pese a que no tiene mucha lógica preguntarlo.

—En el Golden City, sí. Para tener un poco de experiencia laboral.

—Sé cuál es, ese restaurante de cinco estrellas que está en la avenida principal. Así que era eso... Ahora entiendo el porqué de tu traje.

—El uniforme no va nada conmigo. —Se lo ojea con pocas ganas —. Pero es lo que hay si debo servir cócteles a extranjeros adinerados. No lo entiendo, las ensaladas tendrán el mismo sabor indiferentemente de la ropa que lleve, ¿por qué debo forzarme?

Libero una carcajada.

—Verdad. De todas formas, te queda bien.

Ian se queda un momento en silencio. Aprieto los labios de la vergüenza aun si no he dicho nada fuera de lo normal.

—Genial —Ian se dirige al vestíbulo, lo seguimos por detrás—. Confío en que todo irá genial. Mi jefe no espera a nadie, así que será mejor que me vaya antes de que me despida.

Me sorprendo por la repentina rapidez.

—Trabaja tranquilo, todo va a ir bien —prometo lo que no le puedo prometer—. Nos lo pasaremos de maravilla.

—Estoy seguro de que sí. —Después de ponerse una chaqueta, Ian le toca el hombro a su hermanito—. Y tú, pórtate bien. No quiero recibir ninguna llamada despectiva que tenga que ver contigo.

—Me portaré superbién. —Le dedica una sonrisa de angelito—. Vamos, vamos, ve al restaurante. Los ricachones estarán hambrientos.

El chico ríe entre dientes y mueve el paño para abrir la puerta gigantesca. Nos dedica una última mirada.

—Buena suerte —se despide.

—Lo mismo digo.

Y cierra la puerta. Es curioso. Normalmente, cuando lo veía en la biblioteca, siempre mostraba una faceta confianzuda y afable. Algo así como la de Demonio, aunque la suya está en otro nivel. Pero ahora que hablaba conmigo he notado gotas de timidez, como si estuviera inseguro o incómodo a la hora de dirigirse a mí. Me quedo helada sin quitar la vista de la puerta. Oliver me devuelve a la realidad cuando me toma de la mano.

—Leche con chocolate, ¿qué haces aquí parada?

—Perdona. —Agito la cabeza—. Me había quedado bloqueada.

«Qué novedad.»

—Vamos, tengo que enseñarte mis lugares favoritos de casa. ¡Te van a encantar!

Sin que me deje siquiera responderle, me estira por los inacabables pasillos de su mansión. Subimos unas escaleras de caracol y entramos en la primera habitación, he estado a punto de chocar contra una reliquia de la pared. Es una sala espaciosa e infantil, destaca por el color escarlata de las paredes. Sin duda alguna es la habitación de Oliver.

—Aquí es donde duermo yo —me dice entusiasmado, y se tira en su cama de temática Rayo McQueen.

Carcajeo. No tiene nada que ver con mi habitación de cuando era niña, la cual era rústica y tradicional.

—Qué chulo tu cuarto, Oliver.

—Espera, esto no es nada.

De nuevo sin dejarme reaccionar, me estira a través de otro largo pasadizo, el cual carece de luz. Al final, hay una puerta repleta de dibujos infantiles. Oliver la abre y me quedo alumbrada por la luz que accede en la sala de juegos, es muy colorida y niñesca, aunque también bastante polvorienta.

—¡Mira! Esta es mi sala de juegos. —Corretea por el suelo de madera.

—Ya lo veo —digo, porque no hay nada más que juguetes y juegos de mesa—. Seguro que te lo pasas muy bien.

—Sí, aunque normalmente no tengo a nadie con quien jugar. Al final suelo aburrirme.

Bajo las cejas.

—¿Tu hermano no juega contigo?

—Solo cuando tiene tiempo. Está muy ocupado con la universidad y su querido observatorio.

Me quedo curiosa por lo último.

—Bueno, pues ahora yo estoy totalmente disponible. —Me siento de rodillas y produzco una mueca de dolor, no tengo la misma

elasticidad que él—. ¿Qué quieres hacer? ¿Tienes algún juego educativo?

—Eso es muy aburrido. —Se pone a pensar.

—De acuerdo, entonces... —Analizo los juguetes a mi alrededor—. ¿Quieres construir algo grande? ¿Una torre, quizá?

Rechaza con la cabeza.

—No. Se me ocurre algo mejor.

Volvemos a bajar por las escaleras de caracol y, esta vez, salimos al exterior. El patio no es tan grande como la casa, únicamente tiene un pequeño parque y una mesa para cenas veraniegas. Pensé que querría practicar algún deporte sobre la hierba húmeda, pero para mi sorpresa, va hacia unas escaleras que sobrepasan la valla trasera.

—Ven. —Me atrae con la mano—. Tienes que ver algo.

En este punto puedo apreciar el murmullo del agua y el viento acariciando los árboles.

Insegura por dónde quiere llevarme, bajo por los escalones con cuidado. Me doy cuenta de que conducen a un río, se encuentra cruzando las casas del barrio. Nunca había visto uno así, ni siquiera sabía que tenía uno tan cerca de mi piso. Pongo los pies sobre la plataforma rocosa y produzco un sonido de admiración: aunque el agua esté un poco activa, el canal se ve idílico con la bajada del sol tiñendo la superficie. Me fijo en el cartel verde que está a mi derecha;

«Río Arven, siente la naturaleza parte de tu hogar».

Los de esta urbanización están viviendo el sueño de muchos.

El frío circula por mis poros, pues no he agarrado el abrigo. Me arrodillo frente al agua y sumerjo mis dedos en la corriente transparente, los saco enseguida al notar lo congelada que está. Hacía tiempo que no apreciaba un paisaje como este.

Al fin y al cabo, tal vez sí que he estado un poco encerrada.

Me levanto y respiro el dulce aroma acuoso del lugar, me viene la idea de sentarnos en las rocas. Podríamos jugar a algún juego en silencio, si bien con lo movido que es no creo que al chiquitín le guste.

Arrugo la frente. Hablando del niño...

—¿Oliver? —Mi expresión se oscurece cuando miro a los dos lados del canal y no aparece en mi campo de visión—. ¿Oliver, estás aquí?

Al principio lo busco con la mirada, deseando con fervor que esté jugando al escondite de forma sin que yo sepa que estoy jugando; no obstante, mi respiración se va acelerando a medida que no lo veo en torno a mí. Me giro hacia atrás, no está. Al otro lado de la orilla tampoco. Ni detrás de los árboles, ni en el río, ni en la colina, ni en las rocas costeras. No hay rastro de sus rizos dorados.

«Mierda.»

—¿¡Oliver!? —Corro rápido con destino indefinido. La actividad del agua aumenta, haciendo que mi desesperación se desborde—. ¡Oliver!

Sin pensármelo dos veces, paso a trotar por todos los lados de la zona mientras exclamo su nombre sin cesar. No recibo ninguna respuesta, no percibo su voz aguda, solo mi extrema pulsación funcionando a diez latidos por segundo. No está. No está por ningún lado. Ha desaparecido.

Y es por mi culpa.



CAPÍTULO 8: DÉJAME INVOCARTE

Siento como la bola de cañón que acabó conmigo el 4 de agosto de 2022 emerge de nuevo. Suena egoísta pensarlo...

Pues la víctima ni siquiera fui yo.

He hecho todo lo posible para mantenerla alejada durante estos dos años. He llevado una vida equilibrada. He hecho amigas que me han empujado a convivir. He mantenido mi afición de terapia. He evitado cada tipo de estrés, momento incómodo o recuerdo funesto que amenazara con derribarme. Incluso estaba tan desesperada que busqué tutoriales en internet de cómo hacer todo eso, y al final lo conseguí. Lo admito, creo en la Ley del Destino. Creo que todo sucede por una razón. Pero simplemente no comprendo la urgencia de remover mi vida cuando al fin había conseguido ponerla en su sitio.

¿Qué se supone que debo hacer ahora?

Por ahora, me limito a parar de correr. Es inútil que lo haga, y conseguirá que mis probabilidades de sufrir un ataque de ansiedad no hagan más que incrementar. Eso sí que no ayudaría en nada. Dejo mis cosas sobre una roca antes de sentarme en la misma, pienso en diferentes soluciones tapándome la boca.

Antes de nada, lo más sensato sería llamar a su hermano mayor.

Sé que después de esto me detestará, que el dichoso plan caerá en picado.

¿Pero qué importa? Estamos hablando de la vida de un niño de ocho años, lo demás es insignificante. El pobre podría estar ahogándose mientras le doy vueltas al asunto.

Decidido, llamaré a los bomberos. Y luego a su hermano. Rebusco en mi bolso y tomo el teléfono mentalizada de lo que me caerá en cuanto haya realizado la llamada.

«¿Qué número era? Novecientos treinta y dos, o novecientos treinta y uno.»

Es cuando marco los números, que aprecio un grito lejano. Tan suave que me pregunto si habrá sido una ilusión por la ansiedad.

«¡Oliver!»

Los gritos persisten. Creo que son de verdad. Me levanto dejando mis cosas atrás y empiezo a seguir esa voz afilada que me llama repetidamente, me aferro a la mínima esperanza de que, al menos, esté bien. Los gritos provienen de un sector en el que no había buscado, un rincón tapado por árboles donde el agua está el doble de activa. En el medio del canal, hay una roca que sobresale de la superficie.

—¡Dalia! —exclama Oliver—. ¡Ayúdame!

El pequeño está sobre ella, empapado y asustado.

—¿¡Oliver!?

—¡Estoy aquí! —Atrae mi mirada con el brazo—. ¡Ven, corre!

Dejo ir una bocanada de aire. Gracias al universo, a Dios o a Lucifer, no lo sé, pero no se ha hundido en el núcleo del río. Eso sí, está en una situación un tanto apretada.

—Ahora vengo... ¡No te muevas! —digo subiendo y bajando las rocas costeras, intentando aproximarme sin resbalar en el intento.

—¡Rápido, rápido!

Consigo llegar a la orilla, delante de donde está estancado.

El pobre está tiritando. Se mueve al punto más céntrico y protesta:

—El agua no para de chocar contra la roca, ¡no para de mojarme! ¡Me caeré!

—No lo harás. Porque ahora vengo a por ti. —Busco la forma más segura de llegar hacia él—. Pero, ¿¡cómo se te ha pasado por la cabeza hacer algo así con lo agitada que está el agua!? ¿¡Y con el frío que hace!? ¡Y sin avisarme!

—¡Yo no quería! —protesta, abrigándose con sus propios brazos —. Pensé que estabas detrás cuando te estaba guiando hasta aquí, pero tú estabas viendo el río. Cuando me giré, tropecé, y el agua me arrastró hasta aquí. He pasado mucho miedo.

Presiono los labios.

Solo tenía un mísero trabajo. Tenía que vigilarlo, cuidarlo, estar al pendiente. Es tanta la culpabilidad que me atraviesa que, si fuera otra persona, no podría ni mirarme a los ojos.

—No me lo puedo creer. —Resoplo, furiosa conmigo misma—. Lo siento muchísimo, soy una canguro horrible.

—Te perdono. Pero ahora tendrás que venir a rescatarme.

—Por supuesto, no te muevas. —Me quito los botines y los calcetines, los dejo atrás para que el agua no se los lleve—. Ahora voy.

—¡Tú puedes, ánimo!

Pinchándome levemente con las piedras, pongo los pies en el agua. Un escalofrío electrocutante recorre todos y cada uno de mis músculos, pues el agua está tan fría que duele. Tendré que aguantarme. Sigo caminando hacia delante, el río empieza a cubrirme las rodillas, continuando por los muslos y subiendo por la cintura. Ya no siento nada del abdomen para abajo, es como si estuviera atrapada dentro de un glaciar. A mitad de camino, cuando casi toda mi ropa está anegada y el agua me besa el pecho, doy en el punto más hondo del canal: me hundo cuándo no hay nada bajo mis pies. Las olas están activas, cada vez más grandes, e intentan engullirme mientras intento llegar a la roca aprovechando que no nado desde hace años.

Por suerte, la fuerza de mis piernas es suficiente para poder tirar adelante.

Me impulso con los codos y subo a la roca aplanada. Trato de recordar cómo se respiraba, temblando de pies a cabeza, similar a un polluelo fuera del nido. Jamás había experimentado tanto frío.

—Bien. —Doy una fuerte respiración—. He llegado. —Doy otra fuerte respiración—. Aquí estoy. —Toso como un motor averiado.

Me aparto los mechones pegajosos y me envuelvo con mis propios brazos.

El pequeño se enorgullece de mi hazaña.

—Estás aquí. —Me da un abrazo, las gotas que se deslizan por nuestra piel terminan fusionándose. Estoy tan helada que hasta se lo agradezco.

—Sí. Al fin estamos juntos.

—Pensaba que te ahogarías.

—Menuda fe que me tienes, eh…

Nos despegamos.

—Ahora tenemos que volver a la orilla. —Oliver se centra en el punto más cercano—. ¿Cómo lo hacemos? Quiero volver a casa.

Es verdad. El viento de tarde es cada vez más prepotente, y las aguas cada vez más turbulentas. Creo que, si vuelvo a meterme con la poca fuerza que me queda, acabaremos los dos haciéndonos uno con las burbujas de oxígeno.

Tras frotar la espalda del chico, busco a mi alrededor algo que nos pueda servir de ayuda. Algo con lo que apoyarnos, algo como un...

«Tronco.»

Lo veo. El río arrastra uno largo y robusto, viene desde lejos.

—Creo que tengo una idea —murmuro sin despegar la vista del tronco—. Es un poco peligrosa, pero no tenemos muchas opciones. En circunstancias arriesgadas necesitamos soluciones el doble de arriesgadas.

No quiero esperar a que nos descubran, y mi teléfono se quedó entre mis pertenencias. Oliver se interesa al instante:

—¿En qué estás pensando?

—Mira eso de ahí. —Se lo señalo, no tardará en pasar por nuestro lado—. Será nuestro puente para salir.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Tú quédate quieto. Ya me encargo yo.

Tenso las rodillas y espero concentrada a que roce nuestra plataforma. No soy muy buena con las predicciones, así que no estoy segura de que funcione al cien por cien... pero hay que intentarlo. Cuando finalmente pasa por delante de mí, uso las migas de fuerza que me quedan y lo empujo con vigor hacia la orilla. Este se queda calado entre medio, creando así nuestra única vía de escape.

—¡Bien! —celebro, arropándome de nuevo con mis brazos. Inseguro, Oliver se coloca delante del tronco.

—No me digas que tengo que pasar por aquí —tartamudea—. ¿Estás segura de que no me caeré?

—No puedo garantizártelo, Oliver. —Lo agarro de la mano—. Lo probaremos los dos juntos.

—El tronco se irá si nos apoyamos a la vez.

«Cielos, tiene razón. ¿Cómo puede ser que un niño de ocho años tenga más uso de razón?»

—Olvídalo —continúa hablando, mirándome con confianza—. Me lo he pensado mejor, iré yo primero.

—Mmmh, no sé si…

—Tranquila, Leche con chocolate. Sujeta el tronco.

Si uno tiene que sostenerlo mientras el otro cruza para evitar posibles accidentes, lo más prudente es que sea yo quien haga el trabajo forzoso. Sin pensárselo demasiado, Oliver se tira en el agua y, agarrándose firmemente del tronco, trata de dirigirse a la orilla. Sujeto el árbol caído sin rechistar por muy rasgada que esté mi piel. Deseo y espero que llegue sano y salvo.

El pequeño roza el suelo con los pies, se mueve con mayor soltura entre las olas. Ha conseguido llegar.

—¡Bien hecho, Oliver! —lo felicito, deseando volver a tierra firme también—. Por si acaso, agarra el tronco desde ahí. Intentaré volver.

Tras celebrarlo, el chico me hace caso y hace la acción de sujetarlo. Se le ve decidido a no dejarlo ir por nada del mundo.

Sin embargo, al momento...

Hace algo que me descoloca por completo.

Le da una patada intencionada, haciendo que el tronco siga su curso en el pictórico río Arven.



Cuando pensaba que ya nada podría perturbarme más, ocurre esto. Tal vez fue por rezar mientras estaba en medio de un hechizo negro.

—Pero, pero... ¡Qué has hecho! —exclamo frustrada, observando mis últimas esperanzas de salir de ahí sin ser vista ser arrastradas por la corriente.

Empiezo a estar harta del día de hoy y de sus abruptos giros en la trama. He visto como lo ha pateado; y veo perfectamente como se queda impasible después de hacerlo. Me observa desde la otra punta, parado al igual que un espantapájaros.

—Sé lo que planeabas hacer —señala, con un tono de voz ajeno a su persona.

Ahora soy yo quién se queda petrificada.

—De qué... ¿¡De qué rábanos estás hablando!?

—¡Sé que solo quieres cuidarme para ser la novia de Ian!

El hecho de que su afirmación se acerque tanto a la realidad me pone los pelos de punta. Desconozco cómo habrá llegado a esa conclusión, pero ahora que lo menciona, me siento la rompe-hogares malvada de un culebrón. Lo que deba decir a continuación solo serán mentiras.

—Oliver.

—Lo he visto en las telenovelas de mi mamá —me corta, enfadado—. La canguro cuida del hermano pequeño para quedarse con el hermano mayor. ¿Eso es lo que quieres, no? Por eso estás conmigo.

—¡Pues claro que no! —miento, muy a mi pesar—. Es cierto que tu hermano parece una gran persona, Oliver. Pero no habría accedido a venir solo por eso.

—¿Solo por eso? ¡Así que lo admites!

—¡No, no! —exclamo con la voz entrecortada.

—Ojalá lo hubiera sabido. Eres una embustera, una ladrona.

—Déjame explicártelo, por favor...

—No me lo explicarás a mí. Se lo explicarás a mi hermano. —Se aleja lentamente—. Yo me voy a mi casa.

El chico se encamina hacia las escaleras por las que hemos bajado.

—¡Oye! ¡Vuelve! —sigo insistiendo al verlo marcharse—. ¡Me puede pasar algo grave si sigo aquí de pie, y no solo a mí! ¡No puedo dejar solo en casa a un niño de ocho años!

Se gira por última vez. Arrugando la nariz pecosa, me suelta:

—Tengo diez años.

Y continúa su trayecto hasta que lo pierdo de vista.

Me he quedado sola en la misma roca húmeda y rugosa. La oleada me salpica, mi ropa se endurece. Los pensamientos de antes vuelven a atormentarme; me digo a mí misma que se acabó. Creo que tengo los labios azules... Me pregunto si agarraré alguna pulmonía luego de bañarme a seis grados y exponerme ensopada a las brisas heladas. Podría intentar nadar con fuerza, el problema es que me impone demasiado temor. No quiero arriesgarme más, yo también desearía volver a casa. Entre lamentos y mucho, mucho frío, veo que solo hay una salida posible:

Tengo que invocar a Demonio.

Todo lo que pase de más en el día de hoy será superfluo, así que junto las palmas de mis manos arrugadas, entrelazo mis dedos oscuros y pruebo lo siguiente:

—*Sombra, te invoco hoy, sombra te* invocaré mañana*.* No era así*. Sombra, te invoco hoy, sombra te invoco mañana. Que la flecha te guie hasta mí, que tu penumbra se* alza... ¡No! Que tu penumbra se muestre. Que tu penumbra... ¡No me acuerdo, caray!

Tantas veces que lo he recordado y se me olvida cuando realmente lo necesito. Sigo generando múltiples intentos, esperando que acierte al menos por aleatoriedad. Solo después de realizar veinte intentos adicionales, una figura demoníaca muy conocida aparece encima de mí.

Esta me observa con ternura.

—¿Problemas en el trabajo, Nanny McPhee? —Se divierte desde las alturas.

Vuelvo a hacer jarras con los brazos, pero esta vez del cabreo.

—Bueno, al menos algo que he hecho bien en el día de hoy. —Frunzo el entrecejo—. He aprendido tu invocación.

Se pone a tres centímetros de las olas.

—Siento desilusionarla, pero he venido por mi cuenta en cuanto he sabido que su problema estaba rozando el siguiente nivel.

—¿De veras? Ya podrías haber aparecido antes —refunfuño—. Como puedes ver, tengo un poquito de frío.

—Ya sabe que me gusta ver cómo se las apaña usted solita.

Quiero tirarlo al río. Ojalá pudiera tirarlo al río.

—Qué agradable eres. —Hago referencia a nuestra anterior conversación—. Aunque lo serías aún más si... ya sabes... ¡Me sacaras de esta maldita roca!

Demonio mira a ambos lados para asegurarse de que nadie nos ve.

—De acuerdo, usted gana. Seguiré regocijándome de su mal día de trabajo en cuanto su temperatura vuelva a ser la de una persona viva. Descansa los pies sobre la roca y analiza el espacio. La inquietud me invade, porque la única forma en la que puede rescatarme me parece terriblemente embarazosa.

—Espera. —Tiro un paso atrás al verlo tan cerca—. No me digas que me tienes que coger en brazos.

—Sabe que no puedo hacerlo —aclara, frío—. Me estoy asegurando de que sea seguro lo que estoy a punto de hacer.

—Oh.

No tengo ni idea de que pretende hacer conmigo, y sin embargo, la idea de ser cargada en los brazos de un demonio desvía mi enfoque del momento. ¿Cómo sería?

¿Y por qué diantres me lo pregunto?

—Le aviso de antemano que le resultará un poco extraño —me advierte cuando se dispone a mover las manos—. Pero no le pasará nada. Se lo prometo.

Una sensación de ligereza toma el control de mi cuerpo. Es tan extraño, como si de repente estuviera liberando toda la presión que

lo mantiene retenido en el suelo. Al cabo de un segundo entiendo por qué: Ya no estoy encima de la roca. Mis pies arrugados la están abandonando lentamente.

Produzco un grito silencioso.

Estoy volando. ¡Estoy volando de verdad!

—Intente no tambalearse —me recomienda Demonio, quién conduce mi cuerpo carente de gravedad—. La llevaré a tierra firme.

No encuentro las palabras; es emocionante y terrorífico al mismo tiempo. Estoy violando las miles de leyes que me enseñaron en clase de física, recreando la escena de centenares de películas fantásticas.

Aturdida, escudriño el sol casi invisible siendo sustituido por su compañera nocturna. Estoy tan impactada por el acontecimiento, que no me doy cuenta de que Demonio me mueve por el aire a su antojo como si fuera una cometa.

«De acuerdo, tengo ganas de vomitar.»

Incluso si me parece una eternidad, pronto acaba conduciéndome a mi destino. Mi cabello se agita en todas direcciones.

—Creo que ya puedes bajarme —digo, pues tengo el terraplén debajo de mis pies.

Demonio desata una carcajada silenciosa.

—Faltaría más.

Y me deja con delicadeza junto a la orilla. El uso de sus poderes no ha tenido nada que ver con lo que vi la otra vez en el callejón, lo cual fue brusco e insensible para castigar a mis acosadores. Más bien, ha sido... Relajante. Reconfortante. Ni siquiera he notado mi cuerpo levitar.

—Tome. —Con mi mente todavía en las nubes, Demonio muestra mi abrigo—. No sé por qué será, pero creo que lo necesita.

Su sarcasmo me empuja desde lo más alto.

—Muchas gracias —ironizo, me lo pongo enseguida—. Ahora sí. Creo que ya he tenido suficiente. He invocado a un demonio, he perdido a un niño en el río, el mismo me ha dejado abandonada y he desafiado la gravedad. No creo que me falte nada más.

—Solo un detalle sin importancia. —Se transforma en humano—. Me temo que aún no ha aclarado el asunto con el mocoso.

Dejo escapar un jadeo de sorpresa.

—Caramba, es verdad. —Recuerdo lo sucedido—. Oliver ha ido a casa, seguramente pretende llamar a su hermano para contarle lo que piensa. ¿Y si Ian se lo cree?

—Oh, ya me he ocupado de eso.

—¿Cómo? —Arqueo una ceja.

—El pequeño Valentine está encerrado en su habitación. Me he asegurado de que no sea una carga para nuestro plan.

—Dices que lo has... ¿¡Encerrado!? —me sorprendo—. Eres demasiado brusco.

—Porque dejarla sola en medio de un río activo no es para nada brusco. Es adorable.

Recapacito.

—A quién quiero engañar. El angelito cariñoso ha resultado ser un niño inconsciente con la realidad alterada.

—¿Y quién había dicho que sería fácil?

—Yo lo había pensado.

—Usted piensa demasiado. —Se rasca la barbilla—. Está claro que somos bastante diferentes, señorita Miller.

En miles de aspectos. Miles de millones de aspectos.

—Seguro. Si me disculpas, tengo que pensar en una buena excusa para que el pequeño maníaco no nos lo tire todo por la borda. —Recuerdo lo que me ha dicho Demonio anteriormente—. Espera. Está encerrado, ¿verdad?

—Sí.

—Y está solo en casa.

—Por su bien, todos esperamos que también.

—Eso significa que puedo... ¡Ah! —Se me enciende la bombilla—. Creo que lo tengo.

—La veo muy decidida. —Su sombrero se manifiesta.

—Qué no te engañe. Si algo sé con seguridad, es que desde que has aparecido en mi vida no tengo ni idea de lo que hago.

Niega con la cabeza.

—No sabe lo que hace. Y aun así, se dispone a hacerlo. Los humanos evolucionan tarde o temprano. —Mira el río—. Piense en ello.

Contemplo los rayos del sol aún visibles y reflexiono sobre su reciente afirmación. ¿Realmente estaré cambiando desde que ha empezado esta parafernalia? Desde hace ya un tiempo, me he convertido en una persona reacia a cualquier tipo de cambio, aferrándome a la estabilidad como si fuera un salvavidas en medio de una tormenta. Pero quizá, este podría sorprenderme más de lo que quisiera querer. Podría desvanecer para siempre la bola de cañón...

O atraerla más hacia mí.

Me cuesta incluso pensar. Ahora mismo lo único que necesito es un poco de calor hogareño, tengo que regresar a la mansión de los Valentine antes de que el pequeño convierta la puerta de su habitación en un trágico recuerdo.

—Debería ir a convencer a Oliver de que no quiero robarme a su hermano mayor. —Preparo mi bolso para ir dirección escaleras—. Mejor me voy.

—Buena suerte, canguro extraordinaria. —Da un paso atrás—. Invóqueme si debo salvarla de ser asfixiada, mutilada o envenenada. Eso si puede, naturalmente.

Afirmo con la cabeza, aterrada a la vez que divertida.

—Ya nos veremos, Sombra.

—Por favor, no me llame así. Solo los demonios me llaman con ese apodo.

—Entonces ya nos veremos, *Cupido oscuro arrebatador de posesiones.*

Tantas veces que Demonio sonríe, y esta es la primera que parece auténtico.

—La esperaré en casa.



CAPÍTULO 9: LA GRIPE DEL SIGLO

Tengo poderes mágicos.

Agradezco que Oliver deje de arrojarme peluches contra la cara. Sigue furioso y exasperado como un toro con la rabia, pero al menos ha decidido escucharme.

—Eso es mentira —suelta, decidido.

«Te lo vas a creer lo quieras o no, niño del diablo.»

—Estoy diciendo la verdad.

—No lo haces, pesada.

—Qué sí.

—Qué no.

—Te digo que sí.

—¡Mientes, mientes, mientes! ¡Eres una mentirosa traicionera!

Me tira otro peluche de Dumbo, esta vez cerca del abdomen. Después de presenciar lo que es capaz de hacer me lo tomo un regalo.

—Escúchame, Oliver. —Agarro el peluche, tengo que sacar la artillería pesada—. ¿Si no tengo poderes mágicos, cómo explicas que te hayan encerrado si no había nadie en casa?

De repente, el pequeño se queda ensimismado. Por muy cabreado que esté no puede hacer nada contra su ingenuidad infantil.

—Ahora que lo dices —Me mira directamente a los ojos—. Tienes razón.

Subo la comisura del labio.

—¿Ves? Te lo he dicho.

—¿Pero es verdad? Tienes… ¿Superpoderes?

—Así es. —Esbozo una sonrisa postiza.

—¿De qué tipo? —Encantado, se acerca a mí—. ¿Puedes mover cosas con la mente? ¿Es telequinesis, o psicoquinesis? ¿Eres la hermana secreta de *Matilda*? ¿Me enseñarías?

—Eh, eh, para el carro. —Lo detengo—. Es difícil de entender para un niño de diez años.

—Entonces hazme una demostración.

Chasqueo la lengua.

—Todo a su tiempo. —Me arrodillo y me pongo seria—. Antes creo que me debes una disculpa. Lo que has hecho está muy pero que muy mal, lo sabes, ¿verdad?

Baja la mirada, arrepentido.

—Lo sé —murmura—. Y lo siento.

—Con una disculpa no es suficiente. Tienes que prometerme que no volverás a hacerlo jamás. Ni a mí, ni a nadie.

—Te lo prometo. Te lo prometo, en serio.

—Bien.

—¿Me lo enseñarás ahora?

Expulso un largo suspiro y niego con la cabeza.

—Eso cuando pueda confiar en ti. —Me enderezo de nuevo—. Aparte de lo que te acabo de decir, debes prometerme que no se lo dirás a tu hermano. Nada de lo que ha pasado hoy.

—No lo haré.

—Por último, me gustaría que supieras que Ian podrá tener relaciones en su vida —le sermoneo, aunque no espero que lo entienda—. Y no por ello debe excluirte de ella. Podrá cambiar muchas veces de pareja, pero tú siempre serás su hermanito.

No parece que lo haya hecho reflexionar lo más mínimo.

—¿Eso quiere decir que quieres ser la novia de Ian?

—Me temo que no es asunto tuyo. —Sonrío—. Sabes, lo mejor ahora es que nos olvidemos de este panorama y nos demos una ducha bien calentita.

—¡Sí! —Da saltitos—. ¡Vamos a ducharnos juntos!

—No, no, no —refuto, este niño acabará sacándome de mis cabales—. Estoy hablando de ti. Yo lo haré en mi propia casa.

Resopla.

—Qué aburrido.

Tal como dije hace una semana, los niños tienen la increíble habilidad de olvidarse de los problemas tan rápido como los peces. Pueden haberte hecho algo terrible y ser mínimamente conscientes de ello, que ese recuerdo acabará perdiéndose en los confines de su memoria. Oliver la recuperará cuando sea mayor, y quizá, en ese entonces, se disculpe con franqueza y no por mero interés. En cuanto a lo de volver a ser su canguro...

Hay otras formas de conquistar a un chico, no solo hacerse cargo de su hermanito el lunático.

La última hora transcurre sin imprevistos; Oliver se da una ducha de treinta minutos a la vez que le preparo huevos revueltos con especias, mi especialidad culinaria. La cocina es más grande que mi apartamento. Mientras doy vueltas con la espátula caigo en la cuenta de lo mucho que mi cuerpo se está debilitando, incluso con el abrigo puesto no paro de temblar, los ojos se me cierran cual persianas y siento la Primera Guerra Mundial en el estómago.

El pequeño catarro está mutando en algo peor.

Lo mejor será que vigile con la comida y no me acerque a Oliver. Aunque después de lo que me ha hecho, tampoco me sentiría tan culpable.

Al cabo de media hora, estamos los dos acomodados en el sofá. El chico ya ha terminado de comer, está viendo una película de Disney cobijado en su pijama estampado de demonios —las casualidades pueden llegar a ser retorcidas—. Cuando al fin siento que me he recuperado de la catástrofe en el río, escuchamos la puerta chirriar: Unas pisadas se acercan desde el largo pasillo.

Los dos levantamos la cabeza del cabecero.

—Ian —Oliver se entusiasma—. ¡Ian!

El chico de la biblioteca nos halaga con su llegada.

—Ya era hora de volver a casa. —Se libera de dos bolsas cargadas de libretas escolares y productos de limpieza.

Los dos hermanos se sumergen en un abrazo. Me levanto del sofá medio atontada, me mentalizo de que deberé ocultar mi malestar.

—Dalia. —El joven de uniforme deja a su hermano—. Muchas gracias por quedarte. ¿Ha ido bien?

Me preparo para responder correctamente.

—De fábula —digo en tono enfermizo—. Maravilloso. Nunca me lo había pasado tan bien en mi vida.

«Ha sonado espantoso.»

Maldigo entre dientes, Ian nota mi falta de sosiego al instante. No solo por lo que he dicho, mi aspecto en sí mismo grita *tráeme un cubo para derramar todos mis pecados.*

—Deja que lo ponga en duda —contesta, abandona la euforia—. ¿Seguro que va todo bien? Te veo un pelín apagada.

—Estoy genial. No, bueno, en realidad no. —Trato de rozar la realidad—. He cogido un pequeño resfriado.

—Te entiendo perfectamente. Yo también estoy harto de este tiempo.

—Del tiempo. —Entrecierro los ojos—. Claro.

Nos dirigimos a la entrada para despedirnos.

—Abrígate bien al volver a casa —me induce, afable—. Te haré la transferencia en cuanto hayas llegado. Envíame un mensaje para saber que has vuelto sin problemas.

Mis mejillas se pigmentan de rojo.

—Está bien. Gracias.

—Oliver, ¿qué se dice? —Ian le da una palmadita en el hombro.

El aludido da un paso al frente.

—Gracias por quedarte conmigo —me agradece, no puedo ver más que los pequeños demonios dibujados en su pijama—. Me lo he pasado muy bien. Espero que vuelvas pronto, Leche con chocolate.

«Faltaría más. Aunque deja que consulte mi agenda... Tendrás que esperar hasta el treinta de febrero del año que viene, aunque ya veremos si para entonces todavía estoy disponible.»



Expulso el vigésimo primer estornudo del día y me soplo la nariz. Sabía que la terrible experiencia de ayer me pasaría factura, lo que no imaginaba era que implicaría estar al borde de enviarme derechita al hospital.

Pero que nadie se asuste: solo es la peor gripe de mi vida.

Los pañuelos con aroma a menta y los medicamentos con receta son mis únicos compañeros en el día de hoy; y Demonio, que ronda por la cocina cantando *Sway*, de Michael Bublé, mientras prepara la comida que claramente le había pedido que no cocinara. Incluso al borde de quedarme aturdida por mis treinta y ocho grados de temperatura, se me pega la canción cual si un gusano musical me tarareara al oído. Ahora que lo oigo bien, este hombre no canta nada mal. De hecho, no ha desafinado ninguna nota desde que ha empezado con esta canción versionada.

—*When marimba rhythms start to play, dance with me…*

Me gustaría preguntarle si en su vida humana fue cantante, y apuesto mis ahorros por ello, sin embargo, no tengo fuerzas ni para gesticular. En su lugar, me giro en el sofá hacia el lado visible y pienso en encender la televisión. Veré algún documental sobre aves amazónicas o plantas venenosas.

O puede ser que no. Porque una escoba que barre el salón sin que nadie la sujete, me está tapando la vista.

Grito hasta hacer temblar los muebles.

—¡Demonio, Demonio! ¡Ven ahora mismo!

Deja de cantar y corre hasta mi posición.

—¿Sucede algo, señorita Miller? —pregunta con mi delantal puesto, en situaciones normales sus pintas me harían reír. Preocupación es lo último que muestra.

Con una mano señalo la maldita escoba y con la otra aprieto mi manta con fuerza.

—Dime qué diantres es eso antes de que me desmaye.

—Ups. —Da un movimiento seco, la escoba vuelve a ser un objeto inanimado—. Culpa mía. Pensé que podía tomarme la libertad de usar mis habilidades en casa, considerando que ya está acostumbrada. Viendo su reacción, intuyo que todavía no.

—Es que nunca podría acostumbrarme a algo así. Por favor... —Produzco un suspiro y vuelvo a pegarme en la funda del sofá—. Pensé que era un sueño de la fiebre.

Demonio cruza de brazos, igual que una madre reprendiendo.

—Disculpe, pero, sabe, es muy difícil tener que hacer tantas cosas a la vez —subraya en tono teatral.

—Agradezco que me ayudes con las tareas del hogar. —Resoplo —. ¡Pero nadie te ha mandado a hacer de criada! En todo caso deberías ser tú, Oh gran demonio del infierno, quien me obligara a hacer... tareas duras del inframundo.

—Nunca le haría algo así a una humana tan sensible.

Mis venas se hinchan.

—Anda, gracias por tu sinceridad —añado, sarcástica—. ¿Es mi turno para compartir lo que opino sobre ti?

—Lo digo porque tiene gripe severa, sé de sobra que es una mujer muy capaz. Me lo ha demostrado en más de una ocasión —subraya—. Pero seamos realistas, señorita. Hoy es la excepción.

Lo reconsidero y ensancho los ojos.

—O sea que en cuanto me encuentre mejor, voy a realizar esas tareas.

—Soy su cliente, ciertamente no tendría mucho sentido.

Esbozo una mueca de fastidio.

—Nada de esto tiene sentido. —Me abrigo hasta el cuello—. Ni siquiera estar aquí, terriblemente enferma. No lo había estado desde que agarré parásitos intestinales por comer tierra a los seis.

Demonio se desata el nudo de mi delantal, lo deja suavemente sobre el sofá.

—Y por ello debería dejarse cuidar, señorita Miller.

Me hago la incrédula.

—¿Perdona...? —suelto.

—Está enferma, y soy el único al que no puede contagiar.

—No necesito que nadie me cuide. —Miro el techo—. Me he estado cuidando sola todo este tiempo. Te recuerdo que soy adulta.

—Eso no tiene nada que ver. Aunque pocos lo admitan, todo ser humano necesita que lo ayuden alguna vez.

Arreglo lo dicho antes de que empiece con sus lecciones filosóficas.

—Está bien, no te estoy poniendo de patitas en la calle, solo digo que si estás aquí trates de ser un poco normal. Si me trago otro espanto por culpa de tus poderes tendrás que limpiar de verdad, y te aseguro que no será nada agradable.

—Haré lo que haga falta para poder seguir aquí.

Me tumbo hacia el otro lado.

—Ahá.

—Y me contendré de usar mis habilidades si eso la hace sentir más cómoda.

—Genial.

Se oye un pitido proveniente de la cocina

—¡Anda! —se anima—. Su sopa de berenjena está lista, no se mueva.

Tampoco pretendía hacerlo.

Huelo el olor a verdura fresca impregnado en cada rincón. Pensaba que no quería comer nada, sin embargo, los ronquidos de mi estómago me demuestran que era una falsa premonición.

Sé que Demonio usa la excusa de quedarse aquí para no tener que ir al infierno, y sé que quiere ayudarme en cosas secundarias para hacer tiempo en la tierra. Continúa cantando esa dichosa canción... Quién hubiera dicho que estaría tan confiada al lado de un ser inhumano,

aunque cómo no estarlo: me ha salvado la vida en dos ocasiones y me trata como alguien superior a él cuando, por lo visto, es justo

lo contrario.

Me pregunto cuánto me llegará a deslumbrar el demonio que vi por primera vez como una máquina de matar. Por ahora sé que le gusta cocinar, parlotear hasta quedarse sin voz, la música de época y las tareas del hogar. La primera capa de la cebolla ya está suelta.

La punta del iceberg.

Al momento, mi teléfono vibra desde la mesita de cristal. Hago el esfuerzo de incorporarme para agarrarlo.

«Qué querrá Juniper ahora.»

1 Mensaje de "El chico de la biblioteca"

Hola, Dalia. Soy Ian.

Mi corazón da un vuelco.

¡No me lo puedo creer!

Los cánticos en la cocina dejan de llenar el lugar, me fijo en la sopa de berenjena ya encima de la mesa. No le doy importancia y pienso en una respuesta clara.

Hola, ya lo sé. Te había agregado.

«Tal vez demasiado clara.»

¿qué tal estás? ¿Mejor del resfriado?

No. Mucho peor. Tengo gripe severa.

«Genial, ahora voy a preocuparlo.»

¡No me digas! Dalia, ¿ayer te sentías mal por esto?

Aún no sabía que la tenía.

Si lo hubiera sabido te habría acompañado al médico.

No pasa nada, estoy en casa. Todo bien.

¿Estás segura?

Sí.

¿No quieres que te traiga algo caliente? ¿Voy a buscar algo en la farmacia?

De verdad, estoy bien. Solo necesito reposo y beber agua.

Pues claro, hidrátate mucho.
Si necesitas algo, dímelo.

«Vamos a aprovechar la oportunidad».

Quizá... Charlar un poco para olvidarme.
Justo hoy me ha pasado algo increíble.
Te lo contaré.

Sonrío instintivamente.

Me siento como una adolescente.

—Así que intercambiando mensajitos con el señorito Valentine. Esto promete...

El hombre apuesto aparece justo a mis espaldas, donde reposo la cabeza. Suelto otro grito de batalla.

—¡Demonio! —He estado a punto de tirar el móvil por los aires—. ¿¡Qué te había dicho sobre asustarme!? Al final vomitaré de verdad, segundo y último aviso.

Con una sonrisilla de las suyas, se aparta.

—No he usado ninguna habilidad. —Aumenta su plenitud. Lo ha hecho intencionadamente.

—Ya sabes que es diferente —digo, frunciendo el ceño.

—Usted lo ha dicho. Le asustaba que usara mis habilidades, no las he usado.

—Deja de jugar conmigo. —Le dedico mi atención, empezando a enfurruñarme—. Adelante, dime qué narices te pasa.

—¿A mí?

—No, se lo pregunto a las flores.

—A mí no me ocurre nada. —Se hace el indiferente.

«Está más extraño que de costumbre.»

—Si no me lo vas a contar, vete a merodear por ahí. —Suspiro y vuelvo a teclear en la pantalla—. Tengo un plan por ejecutar. *Nuestro* plan. —No me entretengo a pensar en el motivo de su rareza—. Y yo que pensaba que esto del espacio personal era tan sagrado para ti.

No saco la mirada del teléfono, pero oigo una larga respiración.

—Entiendo. —Se aprieta la corbata—. Creo que me iré durante unas horas, así puede descansar sin molestias. No abuse del teléfono y coma la sopa que le he preparado.

Sin tiempo a responder, la puerta del balcón se abre. Me quedo en completa solitud.

«Es un demonio, lo superará.»

Sigo chateando con el chico de la biblioteca durante el resto de la tarde. A través de cada mensaje que intercambiamos nos conocemos un poco más, reímos, reflexionamos, y aprendemos curiosidades nuevas del otro. Todas las emociones que experimento consiguen calmar el malestar, pronto vuelvo a pensar como una persona cuerda. Miro el reloj de la pared: ya son las ocho de la noche. Luego de tanta charla, dejo el teléfono aparte.

Ian es tal como me lo imaginé: Atento, simpático, amable y tierno. Apenas hemos hablado en persona, así que estoy deseando encontrar un día para dedicarlo a él.

Miro hacia el lado visible, esperanzada, y descubro que todavía no me he comido la sopa de berenjenas que me ha preparado Demonio.

Sigue en la mesa desde el mediodía acumulando polvo.

Ahora que vuelvo a razonar con claridad, me muerdo mi labio inferior. Me sabe mal haberle hablado así antes.

La caliento en el microondas y vuelvo a sentarme en el sofá, cualquiera diría que no he comido en meses. Cuando termino, lavo el bol, y justo cuando lo meto en el lavaplatos la puerta del balcón se abre. Me apresuro a colocarlo todo en su lugar para que no se dé cuenta.

—Señorita Miller. —Cierra la puerta a sus espaldas—. ¿Cómo se encuentra?

Me siento en el sofá en la misma posición que antes.

—Hola —saludo—. Mejor. Mucho mejor.

Demonio afirma con la cabeza, satisfecho.

—Me alegro. Solo he venido para comprobarlo con mis propios ojos. —Encarnados, pues está en su forma demoníaca—. Tranquila, volveré a marcharme.

Una presión en el pecho me molesta.

—No. —Lo detengo, para mi sorpresa—. Un momento.

No tenía derecho a tratarlo de esa manera. Tiendo a tratarlo con dureza porque mi lógica se aferra a que los demonios no merecen un trato humano. Los ve como seres fríos, macabros, nefastos, malos. Es lógico que la sociedad nos lo haya inculcado. Después de apreciar la insensibilidad de Demonio, todavía estoy convencida de que hay mucho más detrás de toda esa caballerosidad. No apareció en el infierno de casualidad.

Pero también creo en su humanidad.

La he visto. La he tenido delante.

Por eso creo que no he sido del todo justa con él.

—¿Le ocurre algo más? —Se interesa.

Después de todo, también fue humano. Presencié cómo se llenaba de furia el día que fuimos a la universidad de Ian.

La ira siempre emana de algún lugar.

—Creo que aún me encuentro mal. Mi temperatura debe estar por los cielos —miento, y a la vez no, pues noto un rastro de calor colmar mi cuerpo.

Nadie me preparó para lo que viene a continuación: Sus largos dedos, casi ardientes, se posan en mi frente, con tanta simplicidad como si fuera lo más frecuente.

—Su temperatura es estable. Si acaba de hablar con el señorito Valentine, debe sentirse acalorada por otra cosa. —Risotea.

«Me ha tocado.»



CAPÍTULO 10: MALVADO

Aprendí a lidiar con plagas en el campo.
No con... demonios imprevisibles.
«Odio que me toquen.»

Esas turbulentas palabras que resuenan como relámpagos no me dejan prestar atención a las lecciones de fisiología vegetal, cuyas las enseña la señorita Lauren, la profesora más culta de toda la universidad. Hago lo posible para concentrarme, no puedo permitirme suspender. En la lección de hoy, aprendemos el funcionamiento de caza de las plantas carnívoras. Apunta en la pizarra las fases de espera y captura que llevan a cabo.

Sin duda estas plantas salvajes son fascinantes. Exóticas y majestuosas, pero simples para los insectos que descansan en ellas, cuyos no saben que acabarán siendo devorados lentamente y por

sorpresa. Las personas lo sabemos, sabemos cuán peligrosas pueden llegar a ser para los diminutos seres de la naturaleza.

Y, aun así, tenemos el impulso de meter el dedo en su interior.

Cierro el archivador en cuanto la señorita Lauren nos indica el final de la clase. Mis compañeros de aula avanzan por la plataforma medialuna hasta la puerta, yo los sigo por detrás con ganas de ver a mis amigas. Las encuentro esperándome bajo el porche. Trato de saludarlas con la mano, pero por la aglomeración de estudiantes no me ven.

Decido aparecer por sorpresa.

—Mira quién tenemos aquí, —Me recibe Emma, lleva un abrigo azul nocturno que le queda ideal—. A la futura jardinera.

Niego con la cabeza, divertida.

—Esa broma ha dejado de hacer gracia desde la era prehistórica. Quiero ser profesora de botánica, pescadora. —Le devuelvo la jugada.

Juniper se ha cambiado de color de cabello, esta vez ha optado por un rubio con las mechas delanteras color carbón. Está callada a su lado, dándole caladas a un cigarrillo. Cuando lo hace, ten por seguro que no es su mejor día.

—Hola, Juni. —Llamo su atención—. ¿Qué tal? ¿Hoy has pintado algún cuadro?

Se limita a asentir, dejando escapar una espesa nube de humo. Me giro hacia Emma pidiendo una breve explicación con la mirada, ella niega con discreción.

—Ha vuelto a tener problemas en casa —susurra, casi inaudible —. Hablemos de un tema que le guste y se le pasará el mal rollo.

—¿No quiere hablar de ello?

—Para nada. Ya sabes como es.

Miro a mi amiga de nuevo, Juniper tiene la vista perdida en los robles que adornan la salida exterior. Sin nada más que decir, las tres salimos y caminamos junto a los demás jóvenes adultos. Las acompañaré hasta la estación de buses más cercana.

—Tengo miles de cosas que hacer esta tarde —se queja Emma, pasando junto a un escaparate—. El profesor Esternen no conoce lo que es la vida social.

—Yo tengo la tarde libre. —Me plazco—. Esta vez no subiré al bus con vosotras, iré al supermercado a comprar semillas y verduras.

«Demonio se morirá otra vez si no puede cocinar.»

—Sabes que te quiero, Dalia. —Mi amiga me rodea el hombro con el brazo—. Pero cuando dices esas cosas pareces una abuelita.

—¿Y cómo quieres que lo diga? Además, si tratas de ofenderme, que sepas que me encantan las abuelitas.

—De eso no tengo la menor duda. —Se divierte—. A mí también me gustan. Por algo me caes bien.

Juniper sonríe a trozos, en su mundo. Tengo miedo de que se sienta excluida. Debería pensar en algo que le guste para que se tome un respiro de sus preocupaciones... y creo que tengo un tema que podría gustarle. A las dos por igual.

Se acabó la espera, debo compartir con ellas lo que creo que es cierto. Es nuestro código de amigas.

—Chicas, tengo que decir algo. —Me armo de valor, decidida a soltarlo como el viento—. Me gusta un chico.

Las dos se detienen en medio de la calle.

Se voltean meticulosamente al mismo tiempo. De acuerdo. Quizá no fue tan buena idea.

—¿Qué? —Juniper levanta las cejas cual dos arcos de piedra—. Estás bromeando. No puedes decirlo en serio.

—Bueno, no estoy segura al cien por cien... pero creo que sí.

—¡No puedes decirlo en serio! —La rubia tira el cigarro en el suelo y le da un pisotón. Sabía que la alegraría.

—Esto es nuevo —Emma me libera de su brazo para mirarme con intensidad, como si quisiera arrancarme la información del cerebro —. A ver, a ver, a ver, a ver. ¿Quién es?

—Se llama Ian.

—¿Dónde lo viste por primera vez?

—En la biblioteca.

—Madre mía, ahora todo tiene sentido. —Se rasca la barbilla, dando a saber que ya lo había sospechado antes.

—¿Es guapo? ¿Atractivo? ¿O es personalidad? —añade Juniper, me siento acorralada por mis propias amigas.

—Eh... Creo que las tres —respondo a la fuerza.

—¿Más que tu primo?

Sería imposible responder con sinceridad, ya que tienen un tipo de belleza muy diferente. Ian tiene un encanto mundano, mientras que el de Demonio es más vampírico.

—Antes de nada, deja estar a mi primo —evado—. La cuestión es que quizá Ian me gusta de verdad, y nunca me había sentido así.

—Genial. —Juniper levanta los brazos—. ¡Genial!

Las muy granujas lo celebran como si fuera mi cumpleaños.

—Hace dos días fui a cuidar a su hermano —cuento, intentando calmarlas—. No me fue tan bien, pero ayer cuando estaba enferma estuvimos chateando durante toda la tarde.

—Me alegro muchísimo por ti —exagera Emma—. Tendremos que apuntarlo en el calendario. Hoy es un día histórico.

—Nuestra pequeña Dalia ha crecido.

—Ya basta, os estáis pasando tres pueblos. Al final me hará sentir mal tanta celebración por algo tan natural —digo de broma, aunque tiene parte de razón.

—Perdona, es que nos hace ilusión que al fin te abras a nuevas experiencias y emociones. Estuve esperando este momento desde hace tiempo —Emma reboza de alegría—. Puedes estar segura de que te ayudaré a conquistarlo.

—No creo que tú seas la más indicada —señala Juniper, ella siempre debe tener la última palabra.

Luego de acompañarlas hasta la estación, me voy por mi cuenta al centro de Saint Rosette, donde me pararé en el primer supermercado que encuentre. No había hablado mucho de esto conmigo misma, del nacimiento de mis sentimientos por Ian. Necesitaba compartir lo que sentía con urgencia.

La verdad es que nunca he estado enamorada; he visto películas de romance, he oído una catarata de anécdotas en el instituto, pero nunca lo he experimentado por mí misma. Supongo que debe ser esto... ¿No? Sentirte muy cómoda hablando con alguien y notar un puñado de mariposas que te hacen cosquillas en la barriga. Es un sentimiento confuso, emocionante. Entonces intuyo que debe ser amor. Me gustaría encontrarme algún día con Ian para acabar de desvelarlo.

Entro en un supermercado por la puerta corrediza y saco mi libreta, en una hoja tengo apuntada la lista de la compra.

«Eres como una abuelita.»

Arrugo la nariz, qué estupidez. ¿Qué joven adulto no tiene una libreta para apuntar lo que necesita?

Encuentro un carro de la compra y me paseo por los diferentes sectores del establecimiento, rastreo lo que he venido a buscar.

Es una tradición, me gusta pasar por el sector de repostería para olfatear el pan recién hecho, aunque a final de cuentas nunca lo compre. Me detengo en donde están las semillas y leo la información de los sobres antes de llevármelos de par en par. La promoción de la semana son los Jacintos Silvestres.

De repente, mi móvil tintinea en el bolsillo.

Una corriente de felicidad me invade al pensar que podría ser un nuevo mensaje de Ian.

Pero, no. Lamentablemente no.

Es el mensaje de un número desconocido.

Lo leo con atención, desilusionada, y el contenido alarma mis expectativas:

Yo también puedo ayudarte.

Releo el mensaje cincuenta veces antes de reaccionar. Existen solo dos opciones que podrían corresponder a este mensaje: una especie de publicidad para adultos, u otro demonio que trata de comunicarse conmigo. Me decanto por la primera.

Valoro si debería responder... Lo más probable es que, si me arriesgo, me meta en otro embrollo paranormal. Desafortunadamente para mí, hay demasiadas incógnitas que me enervan como para no adentrarme y revelarlas por mi cuenta.

Tecleo en la pantalla.

¿Ayudarme en qué? ¿quién eres?

Reviso a mi alrededor mientras espero su respuesta.

Cuando los tres puntitos aparecen en la pantalla, se me cataliza la pulsación.

Sabes perfectamente de qué estoy hablando.
Por cierto, vigila o se te caerán los yogures de melocotón.

Tal como ha dicho, están sobresaliendo del carro.

No hay duda alguna, es otro demonio. Está por aquí cerca, acechándome, y no creo que sus intenciones sean ayudarme. Aprieto los labios. Me meto en un pasillo más estrecho donde me siento menos visible, en el de las bebidas alcohólicas. Inspiro y expiro unas cuantas veces antes de contestar.

Le pregunto si es un demonio.

Tarda un minuto en responder, y sea como sea, me altera.

Mira al frente.

Fijo mi mirada a través de la estantería. Al otro lado hay un hombre con una gorra, pálido de rabiar, con un aspecto parecido al de Demonio. Lleva puesto una sudadera moderna con un texto significativo: *The Hell Rules.* Este me mira con el iris encendido, pero no es cuando hace lo siguiente que confirma mis afirmaciones: Se aparta la gorra a un costado, dejando al aire un cuerno discreto.

Me tiro atrás tan buen punto el hombre se acerca al estante. Cómo no se le ve con intenciones de abrir la boca, le escribo otro mensaje con los pulgares tiritando.

Di qué quieres de mí.

El misterioso demonio vuelve a teclear, sin prisas.

Ya te lo he dicho, puedo ayudarte.

No solo con tu enamorado.
Puedo concederte las respuestas que buscas respecto a él.

Está claro a quién se refiere. Luego de sentirme tan dudosa respecto a las verdaderas intenciones de Demonio, no veo más que un chance perfecto. Sería ideal... Si tuviera los ovarios necesarios para caer de nuevo en una ratonera.

Gracias, pero mi vida ya está lo suficientemente extraviada.

¿Así, sin más? Lo llevas claro

Que yo sepa estás metida en un trato. Te habrán contado muchas cosas, pero los dos sabemos que no tienes ni idea de toda la verdad que hay detrás.

Sé perfectamente que hay letra pequeña en el supuesto servicio comunitario. Demonio me amenazó por alguna razón.

No me fío de ti.

Si te fiaste de un demonio, no entiendo por qué
no puedes de otro.

¿Y cómo sé que no me harías daño
si decidiera escucharte?

Si quisiera hacer daño a un humano, no me entretendría con una mujer tan blandengue. ¿Tan cobarde crees que soy?

Lo fulmino desde el otro lado.

No me demuestras nada. Y ahora estoy ofendida. Así no vas a conseguir que te haga caso.

Libera un gruñido, contrariado.

Ya basta. No pienso perder más el tiempo. Si quieres respuestas y saber mi propuesta, nos vemos cara a cara en la Calle Aurora delante de la puerta grafiteada. Si no te interesa, piérdete.

Después de añadir eso, me dedica una mirada prepotente y desaparece sin más.

Mi respiración vuelve a la normalidad. Este demonio no debe estar en su sano juicio si piensa que me van a engatusar tras todo lo que he tenido que aguantar hasta ahora.

O eso pensaría...

Si no tuviera esa parte, esa dichosa parte de mí, que sugiere seguir metiendo el dedo dentro de la planta carnívora para ver qué sucederá cuando la abertura sea tan pequeña que ya no pueda sacarlo. Quiero respuestas. Quiero soluciones. Quiero saber cuándo podré librarme de una pesadilla que no me pertenece.

Por ello, me lleno de valor y decido ir. Haré lo que sea para acabar con las equis que no me dejan tranquila esté donde esté, incluso si el precio a pagar es tan abrupto que acabe con la euforia de recibir la recompensa.

Con eso en mente, las horas transcurren.

La oscuridad se asoma con cautela entre las calles; son las siete de la tarde. De camino a mi destino, recito la invocación de Demonio mentalmente por si el misterioso demonio resulta ser un demonio tal como los pintan. Esta calle es muy silenciosa, no me extrañaría que estuviera yendo directa a la boca del dragón.

Sigo acercándome con la mano pegada al bolso hasta que me encuentro con la casa abandonada al girar a la calle; y retrocedo al instante.

El hombre está donde quedamos, pero no está solo.

Demonio está con él.

Perpleja, asomo la cabeza en el borde de la pared para ver a los dos demonios enfrentarse en una conversación no demasiado agradable. Desde aquí siento la fulminación entre ambos, Demonio deja al otro sin escapatoria en contra de la puerta. Le lleva dos cabezas de altura, y no es una ilusión por el sombrero.

«Sigo pensando que Demonio es un *Slenderman* con rostro.»

Me escondo, presto atención a la conversación.

—Vamos. No seas tan cabrón.

—¿De verdad te diriges a mí con ese tono? —responde uno de los dos, es la voz de Demonio. Todavía no me acostumbro a oírlo sin el tratamiento de usted—. Si así es cómo lo quieres, que así sea. En este juego podemos jugar dos.

—Ya no estamos en el infierno de los años noventa, no te tengo ningún miedo. Déjame solo y lárgate de una vez —lo amenaza—. He quedado con alguien.

—¿Ah, sí? ¿Con quién?

—Universitaria, piel morena, cabello ondulado... Creo que la conoces.

—Mmmh.

Un estruendo desata eco en la calle. Me encojo de hombros.

—Yo de ti tendría mucho cuidado, Alexander. —La entonación de Demonio se intensifica—. No te corresponde intentar lo que todos sabemos que acabará en desgracia.

—A ti tampoco te corresponde.

—Es el destino no escrito de los demonios si queremos ir al cielo. Cuando realizamos el trato, automáticamente Dalia Miller se convirtió en mi señora. No voy a consentir que pronuncies siquiera su nombre.

Me pregunto si lo habré oído bien. ¿Acaba de decir *mi señora*?

—Anda ya —responde—. Es solo una herramienta para ti, una humana simple y aburrida.

—Créeme cuando digo que es de todo menos simple y aburrida.

Intento asimilar lo que dicen.

—Yo no soy como tú, me importa un pimiento redimirme si de todas maneras nunca estoy en el infierno. Si los de la corte celestial se enteran de esto se te caerá el pelo, ¿oyes? A ti y a todos. Nos vetarán por completo el acceso a la tierra.

—Oh, qué pena —dramatiza—. Estoy seguro de que ya lo saben.

—Lo que estás haciendo es lo más parecido a una traición. —Noto cómo se le entrecorta la voz—. Pretendes seguir los pasos de Dominic. Pretendes abandonarnos por tu egoísmo.

Demonio suelta una risotada.

—Hablas como un humano.

—¡Déjate de mierdas! ¡Se trata de proteger el honor de nuestro grupo!

Se produce una pausa tenebrosa.

—Los demonios no tenemos honor. Al cruzar los umbrales del infierno, el último vestigio de humanidad que nos quedaba deja de existir. Los sentimientos desaparecen, y todo aquello que solía importarnos se vuelve insignificante. No queda más que el interés propio guiado por lo que nos hace ser más demonios... ¿Por qué si no habrás venido hasta aquí?

—Escucha. Lo viste el otro día, Ethan ya se ha enterado de lo que pretendes conseguir con esta mujer. ¿Cuánto crees que tardará en aparecer en su vida si no paras de una vez?

—No lo hará. —El graznido de un cuervo irrumpe—. No se atreverá.

—Cuando vea que realmente lo has traicionado, por supuesto que vendrá, y no estará solo. El resto estaremos de su parte.

—Lo comprendo perfectamente.

—¿Y lo dices tan calmado…?

—De todas formas el grupo me trae sin cuidado.

El desconocido aprieta los puños.

—Eres escoria, Sombra —escupe—. Nunca debieron permitir que subieras tan alto.

Demonio, el cual normalmente se muestra imperturbable, empieza a reír con desesperación. Cada carcajada que sale de sus labios es más forzada que la anterior, no hay un solo ápice de humor.

—Alexander, Alexander, Alexander. —Se recompone—. El pequeño Alexander. Fuiste bienvenido cuándo llegaste, habías hecho cosas dignas de llevar los cuernos que tienes en la cabeza. Eso nos gustó. La cosa es que no sabes nada... no, no… Llegaste demasiado tarde.

—Qué importa que sea de otra generación. Sé lo necesario.

—De mí solo conoces rumores, y nunca te lo tuve en cuenta. Fuiste útil, Ethan disfrutó jugar contigo. —Su tono vuelve a intensificarse—. Pero ahora... Me temo que no eres más que una

mancha en la camisa. Hay que removerla antes de que el atuendo se eche a perder.

La tensión llega hasta mí, me siento obligada a asomarme para contemplar mejor la escena.

—¿Qué quieres decir con todo esto?

—No es lo que quiero decir. Es con lo que quiero *acabar*.

Demonio se transforma y abandona tierra firme, su sonrisa perversa es tan notable que puedo ver sus dientes laterales afilados desde mi posición. El otro se reclina contra la puerta, fastidiado.

—¿¡Pero qué coño estás haciendo!? —protesta, pues no puede retroceder más—. ¡Apártate!

—No puedo permitir que el mosquito aplastado siga retorciéndose. Déjame acabar con tu dolor.

—¡Estás jodidamente loco!

—Puede ser —señala— pero soy consciente de mis actos.

Un chorro de fuego sale disparado de la mano larguirucha de Demonio. Los pájaros se marchan del espanto.

—¡Eh, eh, eh...! —El otro abandona todo rastro de furia, en su mirada solo abunda terror—. No puedes matarme... ¡Soy...! ¡Soy un demonio, joder!

—¿Lo ves, Alexander? Te lo dije. —La pupila de sus ojos desaparece, mostrando así una mirada carmesí pura—. No sabes nada de mí.

Y con ello, tengo la mala suerte de presenciar algo horrible. Otra vez. Los ojos incandescentes de Demonio resultan cada vez más perceptibles, contienen tanto poder que el alma oscura del desconocido es atraída hasta los mismos. No es metafórico, una sustancia extraña se desprende de él, arrancando así su consciencia. Demonio absorbe hasta el último indicio de esa masa amorfa, desprende un denso aroma humeante. El cubo de basura frente a ellos se desploma de tanta energía que se emana, hasta yo siento una corriente eléctrica que me cosquillea las mejillas.

El cuerpo se desvanece y se deteriora. Queda reducido a un recipiente vacío. Cuando ha terminado, Demonio se quita la suciedad del traje y se queda impasible mirando la pared. Noto un vestigio de satisfacción en su semblante.

Lo cierto es que nada de esto debería sorprenderme. No es la primera vez que acaba con la vida de alguien delante de mis narices. Al contrario de lo que farfulló la mujer misteriosa, he sabido desde el principio dónde me estaba metiendo.

Iba en busca de respuestas, y acabé con el doble preguntas.

Ya ni siquiera me molesto en esconderme, quedarme pasmada es lo único que puedo permitirme hacer. Gracias a eso, él se da cuenta de que estoy ahí y de que he contemplado la escena.

—Señorita Miller —musita. Su mirada vacía se vuelve vívida.

No voy hacia Demonio; al revés. Me domina la necesidad de caminar hacia la dirección opuesta como si quisiera ignorar lo que acaba de pasar, como si quisiera pasar por alto su dolorosa existencia.

—¡Espere! —Me sigue, extendiendo el brazo—. ¡No quería que viera nada de esto!

Por sorpresa, es cuando me giro que Demonio está tirado en la carretera. El sombrero se le cae y rueda por el asfalto.

—Demonio. —Sucumbo al miedo y me arrodillo a su lado—. Qué... ¡Qué te está pasando…!

Sus cuernos se vuelven invisibles. Sus ojos recuperan el color oscuro que lo hace más persona. Su piel pierde color. En unos segundos, ha pasado de ser un demonio malvado y codicioso, a un ser discreto.

Incluso me atrevería a decir débil.

—Vaya. —Se despeina el cabello y, desde luego, carcajea sin ápice de humor—. Parece que ya he llegado al límite. Me han quitado los poderes... temporalmente.



CAPÍTULO 11: ¿VULNERABLE? JAMÁS

8 años antes

Eres una aburrida, Dalia.

Sonará cliché. Pero los trabajos en grupo siempre me han resultado una catástrofe.

—¿Por qué? Solo he dicho que podríamos hacer el trabajo sobre nenúfares. La profesora no ha especificado si la forma de vida acuática tenía que ser un animal.

—No vamos a hacer el maldito trabajo sobre nenúfares.

No hay nada más que un nudo de opiniones chocando entre sí. Es complicado llegar a un acuerdo cuando hay tantos puntos de vista contrariando, aunque si lo haces con amigas puede llegar a ser más fácil. Eso suponía, ya que no era mi caso. Como nadie me quería en

su grupo de trabajo, solían ponerme con el grupo menos numeroso: esa vez me tocó con Daniela y sus falsas amiguitas.

—¿No queréis hacer un trabajo más original?

—Me da igual si soy original o no —soltó Daniela, quién apoyó los codos en la mesa escolar—. Lo único que quiero es no hacer el ridículo.

Griselda, otra chica que estaba en el grupo, empezó a reír.

—Dalia, cariño. Si tienes que aportar algo como eso mejor quédate callada —continuó riendo con amargura—. Ya lo hacemos nosotras.

—Tiene razón. —La apoyó la tercera chica, no me acuerdo ni de su nombre.

Mi mirada se nubló en la pantalla del ordenador.

—Estoy cansada de que siempre tenga que pasar lo mismo. —Me desahogué, sin verlas a los ojos—. ¿Hasta cuándo pensáis rechazar todas mis propuestas?

Les dejé la respuesta demasiado fácil.

—Hasta que tengas amigos para hacer el trabajo y la profesora deje de ponernos contigo.

Cuando Daniela dijo eso, las otras dos estallaron en risas, tan fingidas que parecían hechas con la única intención de herirme.

Me encogí, y no tuve más remedio que guardarme las palabras para mí. Ni siquiera me lo consultaron cuando finalmente escogieron el animal —se decantaron por el delfín, al igual que media clase—.

Llegó la hora del recreo y busqué un banco donde sentarme. La mayoría estaban ocupados, así que deambulé con el sándwich de jamón y queso para ver si encontraba un nuevo lugar para pasar desapercibida ante mis compañeros. Anduve por el patio hasta qué, en una esquina sombreada por dos altos pinos, encontré un pequeño banco cubierto de hojas. Hubiera sido el lugar perfecto para estar tranquila en soledad. Si no hubiera estado ya ocupado.

Había una chica.

Estaba sola mordisqueando una manzana Granny Smith, parecía estar reflexionando en voz alta. Creí que no le importaría si me ponía a su lado sin estorbar, así que me senté con ella y le di el primer bocado a mi merienda.

No esperé que fuera tan directa.

—¿Te llamas Dalia, verdad?

Me giré para verla. Estaba tan nerviosa de hablar con alguien nuevo que no sabía ni qué contestar.

—Eh... Sí —respondí, un poco tímida.

—Mi amiga Daniela me habló de ti. —Frunció el entrecejo—. Bueno, *ex* amiga. Justo hoy descubrí el porqué de su mala reputación.

Abrí los ojos al escuchar el nombre de mis problemas.

—¿Te ha hecho algo malo?

—Qué va. Simplemente no quiero empezar la secundaria relacionándome con gente tóxica, nada más. Para tóxicos los cuescos que se tiran los profes en el pasillo.

Se me escapó una carcajada.

—Te comprendo. —Miré al frente.

Su tono de voz era extrañamente agradable. Tenía el cabello largo y perfectamente peinado, y un iris como el océano tropical. Daba la impresión de que iba mucho por la suya, pero que sabía escuchar.

—Por cierto, me llamo Emma —se presentó—. Estoy en la clase B.

—¿Ah, sí? Yo me llamo Dali... Espera, si ya lo sabes.

Intercambiamos alguna risa.

—Tranquila. A veces yo tampoco sé en dónde tengo la cabeza.

—Hazme caso, la mía siempre está perdida en algún bosque lleno de niebla.

—Yo la encuentro en la playa de Las Islas Selmor.

Ladeé la cabeza.

—¿Las Islas Selmor? ¿Qué es eso?

—Un sitio al que me gustaría viajar, está muy lejos del continente. Es mi sueño desde que soy una niña.

—Ya veo.

Conectamos muy bien desde el principio, sin embargo, éramos un tanto diferentes. No quería perder la oportunidad.

—Si quieres podemos ser amigas. —Me atreví.

Ella me sonrió.

—Ya sabes, solo si quieres —aclaré, no quería obligarla.

—Pues claro, —Agarró confianza—. Aunque si vamos a estar juntas por aquí, te advierto de que algunas veces puedo ser bastante testaruda. Y habladora. Y muy, pero que muy romántica... Tendrás que aguantar que hable de los chicos que me parecen atractivos, si bien son una minoría.

Asentí satisfecha, imaginando cómo sería mi vida en el instituto teniendo compañía. Quizá, un poquito menos desamparada.

—Estoy dispuesta a aguantarte, Emma —ironicé.

—Me has caído bien. En ese caso, tendré que aguantarte a ti también.

Suelo recordar el día que fui ante mi padre a contarle que por fin había hecho una amiga, mi primera amiga en la secundaria. En ese entonces recuerdo mi realidad más vívida; me acostumbré a la ciudad cuando por fin tenía con quién quejarme de ella. Pese a todo, seguía añorando el campo como ninguna otra cosa en la tierra. Seguía añorando respirar un oxígeno que no incluyera monóxido de carbono.

Y ahora, sigo añorando los momentos en los que mi única preocupación era volver a casa.

A día de hoy

Abro la puerta de mi apartamento y dejo que Demonio acceda primero. Da la sensación de que está herido por la forma de caminar, pero únicamente se debilita por la pérdida de poderes. Se sienta en el sillón expulsando una bocanada de aire. Abro las luces de toda la casa antes de sentarme en el sofá, aunque seguramente lo que suceda a continuación le corte la electricidad a medio vecindario. Me preparo para que Demonio desate la furia infernal que ha estado reprimiendo durante el camino.

«¿Lo pagará conmigo? ¿Y si lo paga conmigo?»

Pero, como siempre, sus reacciones acaban sorprendiéndome.

—Bueno, bueno. —Hace un estiramiento de espalda y se desabrocha un botón para estar más cómodo—. Estas cosas pueden pasar, ¿no es así?

Frunzo el ceño, no era lo que me imaginaba.

—No hagas eso —le sugiero—. No te lo reprimas. Si tienes que desahogarte, adelante.

—Nunca lo haría delante de usted. No es mi terapeuta, señorita Miller. Además, no estoy tan enfadado... Sabía que me los acabarían arrebatando tarde o temprano. He abusado demasiado de mi poder en la tierra, ya es mucho que no me manden de vuelta al infierno.

—¿Es que ya habías matado a otros demonios antes?

«Podría quedarme callada, para variar.»

—No se trata solo de haber matado. Si podemos estar en aquí, es para completar nuestras tareas de apoyo a la humanidad. Cualquier cosa adicional que podamos hacer indica una señal de aviso. —Ojea por la ventana—. Me temo que ya llevaba un saco de avisos demasiado grande como para no pasar desapercibido.

Mi mente proyecta lo que he visto hasta ahora. Asiento.

—Suena a que has hecho muchas cosas indebidas.

—Pero algo debe tener claro, y es que nunca le he arrebatado la vida a un inocente —explica, sincero—. No lo he hecho y nunca lo haré. Sería poco ético por mi parte.

Querría dejar de hablar de muertes y desgracias, para indicarlo me quedo en silencio. Juego con la manga negra del jersey.

—Perdone —dice—. ¿Podría hacerle una pregunta?

Agradezco que haya cambiado de tema.

—Claro. Dime.

—¿Hasta cuando escuchó de la conversación que tuve con el demonio?

Me tenso. No sé si me conviene decir la verdad. No sé si exponer que escuché cosas sobre mí o su reputación le resultaría un inconveniente, como si ya supiera demasiado como para poder seguir con el plan. Le han arrebatado los poderes, pero de alguna manera sigo temiendo de su persona.

«Será mejor que sea precavida.»

—Solo el final. Cuando empezaron... las amenazas de muerte.

—Lamento que haya tenido que escuchar eso. Si otro demonio intenta comunicarse con usted, no le haga caso e invóqueme, por favor, hágamelo saber de inmediato.

—Aún hay mucho que no entiendo. ¿Por qué los demonios quieren ayudarme?

—Es complicado. Lo que debe hacer usted es avisarme, nada más.

—¿¡Pero de qué serviría avisarte!? —Al final soy yo la que descarga el peso—. ¿Es que no lo ves? ¡Ahora que eres vulnerable, todos van a venir a por ti!

—No, no. Ethan no lo permitirá. —Habla como si supiera quién es ese hombre—. Si queda un rastro de humanidad en él, ese es el sentido de la justicia. No atacará sabiendo que no estamos en las mismas condiciones, sería romper su frágil orgullo.

Los demonios no paran de impresionarme, una y otra vez.

—Yo… —Bajo la mirada—. Espero que sepas lo que haces.

Arquea una ceja, burlón.

—Me da la impresión de que me subestima.

—¿Eh? —Doy una mueca—. Yo nunca te he subestimado en absoluto, ni lo pienses. Únicamente creo en lo que veo, y lo que veo ahora es que... sin tus poderes estás diferente.

Su atractivo innegable sigue estando presente, no obstante, ahora mismo parece más un vampiro que un demonio. Si antes ya estaba pálido, ahora no lo diferenciaría de un oso polar. Su presencia se ha vuelto más transparente.

—Ahora soy un fantasma. —Se cachondea de la situación—. *Buuu.*

—Justamente estaba pensando en eso, aunque estés aquí mismo.

Su sombra está dibujada en el suelo.

—Si quiere que le sea honesto, no tener mis habilidades es una sensación singular. Me siento poderoso cuando los tengo, invencible, es lógico. Pero también tengo una carga pesada. Es como si, al librarme de ellos, me hubiera parado en una excursión de senderismo para tomarme un respiro.

—Te refieres a que te sientes más humano, ¿verdad?

—Al contrario. Me siento más muerto.

Un escalofrío me pellizca la piel de arriba abajo. Suelo olvidarme: Hace más de setenta años que ha abandonado su cuerpo original.

—¡Pero bueno! —Casi me asusta—. Al menos hay una realidad irrefutable en todo esto.

—Ah, ¿sí?

—Qué estaremos más unidos que nunca. No puedo volver al infierno por ahora, así que... Si pudiera dejarme la habitación de invitados para alojarme, se lo agradecería por la eternidad.

«¿¡La qué!?»

—¿La habitación de mi padre? —Era algo obvio, pero de alguna forma no me lo esperaba—. ¿Quieres quedarte en mi piso?

—No es como si no estuviera ya a diario. Sería lo de siempre, y estaría acompañada por las noches.

—Ya, pero…

—Mis poderes reaparecerán cuando menos lo esperemos. Aunque si realmente le supusiera un desafío, puedo buscarme un hotel donde admitan a gente muerta. —Se lleva el índice al labio—. Mhmm. Sí, debe haber alguno por Saint Rosette.

El sarcasmo le sale tan natural que cuesta diferenciar.

—No, yo —¿Por qué me pongo tan nerviosa, si de todas maneras siempre está aquí?—. Yo...

El carraspeo del timbre estropeado nos interrumpe. Viene acompañado de golpetazos en la puerta.

«Oh, no.»

Me levanto, descolocada.

—Si es el casero reclamando el alquiler, puedo ir a echarlo —se ofrece, haciendo el ademán de incorporarse.

—Demonio —balbuceo—. ¡Tienen que ser ellos!

Parpadea.

—Claro. ¿Y quiénes son *ellos*?

—¿Cómo qué…? ¡Los demonios que vienen a por ti!

—Señorita Miller. —Me baja la intensidad—. Míreme, respire y relájese. Si fueran ellos no se molestarían en tocar el timbre.

Estoy tan histérica que su seguridad me entra por un oído y me sale por el otro. Los golpes siguen insistiendo.

—Qué hago. —Camino en círculos—. ¡Qué hago!

—Hay que ver. —Se levanta tan lento que parece un ochentón—. Abriré yo mismo. Así evitamos que me quede sordo.

—¡No!

Sin pensar, lo empujo devuelta al sillón. Este oscila levemente.

—Vaya. —Se queda perplejo—. Esto ha sido...

—Si vienen a por ti, al menos deja que abra yo. —Me hago la valiente—. Tú ve a esconderte en la habitación de invitados.

—Insisto en que…

—Ahora.

Libera una larga bocanada de aire.

—Sus deseos son órdenes, Marquesa Mía —ironiza—. Qué remedio. Cuando se le mete una idea en la cabeza, no hay quien la haga cambiar de parecer.

Demonio continúa murmurando cosas entre dientes antes de encerrarse en la habitación de invitados. Por mi parte, me siento perdida. Es culpa suya por no contarme nada que ahora sospecho de cualquier movida. De igual manera, me acerco a la puerta a paso de hormiga. Agarro el palo de la escoba que me encuentro apoyada en el marco y la apunto a la entrada. Si realmente son demonios los que me esperan al otro lado no servirá de nada mi falsa osadía, aun así, no voy a tirar el valor por la borda.

Cuando estoy segura, lo hago. Abro la puerta.

Es cuestión de segundos que esta misma me aplaste la nariz.

—¿Por qué has tardado tanto en abrirme? Dalia, rápido. Necesito que me devuelvas mi... —Emma se queda tan embobada como yo—. Está bien. ¿Qué haces apuntándome con el palo de la escoba?

No tardo en darme cuenta de que estoy haciendo el payaso.

—Eres tú —susurro, agradecida y avergonzada al mismo tiempo.

—Creo que te ahorraré las explicaciones.

—Gracias.

—No hay de qué. —Aparta el palo de su mejilla.

Escucho la puerta de la habitación chirriar.

—Mira quién tenemos aquí. —Me giro, y veo que Demonio se ha metido en el papel. Viste la camisa de cuadros de mi padre—. Una amiga de Dalia.

Emma se quita los auriculares bluetooth en cuanto lo ve junto a mí.

—Ay mi madre. —Se le ilumina la cara—. Tú eres... ¿Ian? No me digas. Creo que he interrumpido algo.

—No, él no es…

—Soy Scott. —Se adelanta a darle la mano, agradable—. El primo de Dalia. Encantado.

Las pulseras de Emma se menean durante el apretón.

—Así que el primo de Dalia —susurra mi amiga, quien no desvía la vista de su sonrisa.

Nunca había visto esta expresión en Emma. Incluso cuando se han separado, ella sigue concentrada en los ojos huecos de Demonio. No es una mirada corriente, como de bienvenida o de educación. Es diferente.

—Emma. —La apremio—. ¿Qué habías venido a buscar?

Agita la cabeza.

—Pues no lo sé. Lo he olvidado.

—Podemos ayudarte a recordar —aporta Demonio, el cual parece un poco incómodo.

—No —niega—. No pasa nada. Digo, ya me acordaré.

«Su comportamiento es raro de narices.»

—Ah, sí, otra cosa —prosigue, más vibrante—. ¿Por qué no me cogías el teléfono, Dalia?

—Lo tenía a cero de batería.

—Tranquila, no importa. Solo quería comentarte que Juniper ha organizado una salida para mañana, por si tienes tiempo luego de trabajar.

—¿Una salida? —Me extraño, no suele organizar salidas conmigo, ya que sabe que no serán de mi agrado—. ¿Adónde?

—A la Sierra del ocaso.

Pestañeo varias veces por la novedad.

—Hacer excursiones en la naturaleza no es propio de ella.

—Es porque quiere que vengas —remarca—. Han colocado un miradero en la punta de la montaña que le interesaría visitar, y tiene un mapa desde hace tiempo. Quiere que la acompañemos.

—Ya veo. Está bien —decido sin pensarlo mucho— Me apunto. Hace tiempo que no hacemos una excursión a las tres, será divertido.

Emma se rasca la nuca antes de añadir:

—Bueno... Quiere que invites a Ian.

Entreabro la boca.

—¿A Ian?

—Ella traerá a su novia.

—¿Por qué quiere que venga Ian?

—Y también quiere que vengas tú. —Se dirige a Demonio.

—Oh, ¿me hablas a mí? —El mismo se señala.

De acuerdo, nos estamos yendo directos a una dirección que quería evitar a toda costa. Será mejor que le ponga freno antes de que nos arrepintamos todos.

—Parece interesante, y me alegro de que haya pensado en mí para organizarlo. Pero ahora que lo pienso, creo que no podrá ser… Seguramente mañana tendré mucho trabajo de la universidad.

—¿De verdad no puedes? —Demonio trata de incitarme—. Me gustaría conocer a tus amigos, Dalia. Han escogido la montaña exclusivamente por ti, porque sabían que te gustaría.

«Me encantaría saber qué se supone que está haciendo.»

—Claro que me gusta, aun así…

—Decidido —concluye mi amiga—. Mañana nos vamos de excursión.

Le dirijo una mirada prepotente.

—Emma.

—Basta de excusas. —Me aprieta por los hombros—. Basta de quedarte encerrada. Tienes que salir, respirar aire fresco de una vez, y qué mejor forma de hacerlo que en tu lugar favorito. El trabajo puede esperar. Sabes que lo necesitas.

La declaración seguirá siendo la misma diga lo que diga, así que no tengo más remedio que subrayar a regañadientes:

—Está bien. —Cruzo de brazos—. Iremos.

Rezaré al cielo para que me salga un contratiempo real.

—¡Genial! —Me agita como a una bebida, puedo escuchar a Demonio burlándose a mis espaldas—. Vendré a buscarte mañana cuando acabes del trabajo.

—Si pudieras llevarme a mí también, te lo agradecería —pide él—. Como comprenderás, he aprendido a conducir del sentido contrario y

no querría ocasionar ningún accidente.

Emma no responde al momento.

—Te recogeré aquí mismo. —Esboza una sonrisa.

Genial. Ha pasado *justo* lo que no quería que pasara. Me pregunto quién debería agradecérselo ahora.

Al cabo de un rato de varias charlas interminables, los dos volvemos a quedarnos solos. Demonio se dirige a la cocina y empieza a rebuscar en mis cajones, me quedo de brazos cruzados viéndolo desplazarse con total libertad.

—Espero que estés contento —refunfuño.

—No lo estoy. —Encuentra el bote que andaba buscando y ve que está vacío—. El café se ha terminado.

Me peino el cabello hacia atrás, resoplando.

—¿Se puede saber por qué tenías que meterte? Quedamos en que no lo harías.

—Y si no recuerdo mal, también quedamos en que sus amigas debían acostumbrarse a mi presencia —dice, se queda decepcionado viendo el recipiente.

—Pues de verdad, espero que estés satisfecho. Tendrás que pasar las siguientes horas de excursión fingiendo ser alguien que no va nada contigo, y yo tendré que estar al pendiente.

—Usted estará con Valentine. Tal como debe ser.

—Quería hacerlo a solas, Demonio. A solas.

—En privado o no, no deja de ser una nueva oportunidad. En los lugares más remotos es donde surgen las experiencias más memorables —Demonio deja el bote vacío y se dirige a su habitación, lo sigo por detrás—. Ahora, si me permite, voy a tumbarme en la cama.

—Me dijiste que los demonios no dormíais —me extraño—. Pensé que solo querías la habitación para tener un espacio propio.

Se gira y me dedica una mirada alentadora.

—Cada noche cierro los ojos durante un momento para digerir el día. Hoy debería hacer lo mismo, señorita Miller.

Mis palabras se quedan cautivas en el estómago.

—Vaya a dormir. —Mueve el paño—. Mañana nos espera una larga tarde.

Una tarde interminable. Una tarde donde convivirán mis amigas, el chico que supuestamente me gusta y el demonio burlón que ha puesto mi vida patas arriba. La naturaleza de la sierra del Ocaso, a no más de una hora en coche, deberá abstenerse de la tranquilidad durante unas horas. Teniendo en cuenta las circunstancias, podrá suceder cualquier cosa.

Cualquier cosa.



CAPÍTULO 12: MALDITA EXCURSIÓN

Emma toca el claxon de su coche clásico para avisarme de que me está esperando. Los niños en la salida se tapan los oídos.

Rápida, voy a la cocina del comedor de la escuela para agarrar mi mochila de senderismo donde llevo lo primordial y me despido de mi jefa antes de ir al coche. Hoy me he puesto ropa verde escabeche y un anorak negro, un atuendo a prueba de suciedad. Atravesando la entrada del colegio, inquieta por la excursión, escucho una voz que me llama desde lejos:

—¡Leche con chocolate!

«Oh, no. El pequeño psicópata no.»

Paro en seco. Oliver se aproxima corriendo, tiene pinta de reclamarme que vuelva a cuidar de él. Como no soy una suicida,

acelero el ritmo y abro la puerta trasera del coche. Me siento deprisa antes de que me alcance, cierro de un portazo que me despeina.

—Emma, acelera el coche —pido, sin siquiera saludar.

—Un hola estaría bien, para variar.

—¡Hola! ¡Acelera el coche!

—Está bien, está bien... —Impulsa el acelerador.

Miro a través del cristal para ver al niño ahí, parado, sin entender nada de nada. Expulso un suspiro y apoyo la cabeza en el asiento.

—No sabía que tu trabajo era tan emocionante, prima Dalia.

Al principio me choca que Demonio se dirija a mí de esta forma. Está en el asiento del copiloto mirándome de reojo, esa sonrisa me da a entender que todo va bien. Hoy no lleva puesta la camisa de cuadros, sino un jersey negro con alguna que otra perforación. Es el que utilizaba mi padre para sembrar con el tractor.

—¿Hay alguna explicación para que hayas huido de ese niño como si fuera El Monstruo del lago Ness? —pregunta mi amiga, que también viste prendas cómodas.

Pauso antes de contestar.

—Seguramente lo habré dicho antes, pero los niños no son tan adorables como parecen.

—En Inglaterra tengo dos pequeños vecinos que sí lo son. —Se inventa Demonio—. Suelen traerme galletas caseras, les entusiasma saber mi reacción al probarlas.

—Ojalá mis vecinos fueran así —Emma pita a una furgoneta que va a cuarenta—. Les hace gracia esto de tocarme el timbre y largarse. ¿Qué hay de divertido en eso?

—Cuando eres un mocoso cualquier cosa es estimulante.

—Bueno. —Aparta la vista—. Supongo que es verdad.

Desde atrás puedo verla fijándose en el brazo de Demonio.

—Oye... ¿Scott, verdad?

—Así es.

—Hace rato que te veo y me lo pregunto. ¿Es normal que estés tan pálido? Cuanto más te veo, más pienso que hablo con un cadáver. Lo digo de buenas, siento si te incomoda.

Mis músculos se tensan, pero el hombre responde con naturalidad.

—Oh, eso. —Se frota la piel—. Es parte de la genética. Si esto te parece pálido, deberías ver a mi madre en pleno invierno.

A Emma le divierte, no aparenta sospechar nada. Al contrario, se interesa sobre su vida en el Reino Unido. El viaje en coche dura aproximadamente una hora, estoy todo el camino clavando la mirada en el paisaje. Yo contemplo las vistas urbanas tornándose cada vez más salvajes, y ellos dos pasan el rato charlando o debatiendo sobre distintos temas. Alguna vez intento participar en la conversación, aunque me retiro al sentir que no tengo nada que aportar. Elijo no intervenir y esperar a que lleguemos.

Sabemos que nos estamos acercando cuando un cartel de madera aparece en medio de la carretera: en él está escrito *Bienvenido a la Sierra del Ocaso*, junto al dibujo de una montaña helada. Hace semanas que ha dejado de nevar, todo lo que se exhibe son árboles imponentes y algunos tipos de flora, lo común en una sierra de montañas. Transmiten una quietud que pronto se verá amenazada.

Emma apaga el motor cuando llegamos al aparcamiento del lugar, una llanura. Me he mareado una pizca durante el trayecto, agradezco abrir la puerta y respirar algo que no sea ambientador de eucalipto. Ha aparcado otro coche a nuestro lado, un deportivo color azul marino. De ahí salen Juniper y su novia, tarareando la canción que estaría sonando en su radio. Nos encontramos en el medio.

—¿Qué tal, excursionistas? —Las ganas de Juniper por subir son indiscutibles—. ¿Listos para ir a la aventura?

—Creo que aún no me habías presentado a tu novia —subrayo, la chica está agarrando su mochila en el maletero.

—Ah, sí. —Se acerca a nosotras—. Ella es mi novia. Leonie.

Es una mujer musculosa con unos pómulos bien marcados, su cabello está enredado en una trenza. Se la ve más deportiva que nosotros, me sorprende que tenga el brazo vendado.

—Un placer conocerte. —Su voz es fina, no encaja con su cuerpo robusto—. Me han dicho que sabes mucho sobre naturaleza.

—Igualmente, así es. ¿Puedo preguntar qué te ha pasado en el brazo?

—Leonie es la mejor atleta de los Velocity Raptors —Juniper responde por ella, presumiéndola—. Y como cualquier deportista,

tuvo un accidente en la pista. Lo dio todo hasta el final.

La chica asiente a modo de confirmación.

—Es lo que pasa al excederte demasiado.

—Espero que no te dificulte la caminata —añado—. Tenemos muchos kilómetros por delante.

—Ja, ¿crees que una simple caída puede detener que haga una subida de nada? —responde, bromista—. No deberías subestimarme.

—Mira, ella es de las mías. —Se identifica Demonio.

Conversamos durante unos minutos hasta que Emma mira su reloj de muñeca. Debemos ascender lo antes posible si no queremos toparnos con la densidad de la noche a medio trayecto.

—Bien, pues ya estamos todos —dice mi amiga—. ¿Vamos tirando?

—No. —Abunda la ausencia de alguien que espero—. Aún falta Ian.

—¡Eh! Es verdad —se acuerda Juniper—. Prohibido empezar nada sin la cita de Dalia.

La fulmino con la mirada, avergonzada. El chico en cuestión aparca con torpeza al cabo de unos instantes; llega con un monovolumen negro que no parece propio de alguien de su estatus social. Ha sustituido sus gafas por unas de sol, y luce una chaqueta invernal de piel de animal.

Viene hacia nosotras con su mochila colgando del hombro.

—Hola —saluda introvertido, me dedica una sonrisa—. Creo que solo me conoce ella. Me llamo Ian, voy a la universidad CAI.

Emma y Juniper intercambian una mirada traviesa.

—Ahora sí, ya estamos todos. —La rubia señala una tienda que hay en la entrada del camino pedregoso—. ¿Antes de empezar la caminata, podríamos pasar por la tienda de souvenirs? Tengo varios descuentos que caducan mañana.

Todos accedemos.

—Cómo decirte que no —responde Leonie, y le acaricia el cabello.

El pequeño establecimiento no puede ser más acogedor, aprecio el aroma a cabin tan buen punto tintinea la campanilla de la puerta. Los regalos no son muy diversos, pero tienen su encanto: Tazas de la montaña, camisetas divertidas, peluches de animales salvajes e

imanes hechos a mano. Nos esparcimos por la tienda. Como veo que todos van en parejas, sigo a Ian hasta una estantería con llaveros. Se detiene a observar uno en particular.

—Mira esto. —Me enseña el llavero de un oso panda—. Deberían saber que no vamos a encontrar este tipo de animales por aquí.

Tiene un diseño desproporcionado, con cabeza más grande que el cuerpo. ¿A quién se le ocurre?

—Tienes razón —me burlo—. Pero es bonito y caro, que es lo que les importa. Un cebo para turistas.

—¿Y a ti te gusta?

—El diseño es mono. —Lo agarro para observarlo de cerca—. Para un regalo divertido no está mal.

—Si quieres te lo puedo comprar.

—Oh, a ver, es que…

—Es la primera vez que hacemos una quedada, será como un recuerdo.

Educada, lo niego rápidamente.

—No, no hace falta. Muchas gracias.

—¿De verdad? Bueno, puedo ver que más hay por aquí.

Le volvería a decir que no es obligatorio que me compre nada para quedar bien, pero mi atención se dirige a Demonio y Emma, quienes están analizando un cuadro con textura de un estanque bajo el amanecer. Arqueo la ceja al momento.

Emma nunca se ha interesado por el arte pictórico.

—Estos son geniales. ¡Mira! —Ian me muestra dos llaveros que funcionan juntos. Uno representa el tronco y las ramas del árbol, y el otro las hojas que lo componen—. Es para compartir.

—Wow. —Tomo el de las hojas—. Estos sí. Me gustan.

—Pues los llevaré a la caja para pagarlos.

No me deja acabar de discutírselo que ya está sacando la cartera delante de la dependienta. Sin más opción, deambulo por la zona de la ropa invernal. Las risitas de Juniper y Leonie se oyen en todo el establecimiento. En el sector de los accesorios, hay una bufanda que me atrae... Está hecha a punto. Es amarilla como los pétalos de girasol, por no contar que se ve muy calentita. Esto será lo que llaman amor a primera vista. Quiero tocarla y probármela, así que

extiendo el brazo. Pero antes de que la llegue a rozar, siento una presencia a mis espaldas.

—*Bú.*

Me aguanto para no gritar.

—Demonio. —Entrecierro los párpados—. No eres gracioso.

—Auch. Eso ha dolido, señorita Miller.

Está justo detrás de mí, como siempre. Acechándome sin que me dé cuenta. Abandonando la idea de comprarme la bufanda, avanzo por la tienda. Demonio me sigue.

—He visto a Valentine comprar un par de llaveros muy convincentes —menciona con las manos en la espalda—. Intuyo que uno es para usted.

—Ha insistido. —Observo la prenda de reojo—. Pero sí.

—Qué detallista. Así empiezan las relaciones, con pequeños detalles.

Doy una mueca de cansancio.

—Qué mojón —gruño, todavía llevo el mareo encima—. Ni siquiera ha empezado la excursión y ya quiero volver a casa.

—¿Por qué? Si todo va genial. Nadie sospecha de mí, y tiene todo el tiempo del mundo para crear lazos con el objetivo. Si me deja hasta podré darle una ayudita, soy un profesional cuando se trata de crear los mejores escenarios.

—No —refuto—. Mejor... mantente al margen.

En realidad no tiene mucho sentido denegarle la ayuda, pues si está aquí es precisamente para echarme un cable con la supuesta conquista. Aun así, lo haré yo sola. El tintineo de la campanilla resuena, los demás están saliendo de la tienda.

—Creo que deberíamos salir —musito.

Demonio relaja la expresión.

—Eso parece.

Tras terminar, nos encontramos en la entrada de la tienda.

Juniper lleva encima un peluche gigantesco de un lobezno.

—Voy a dejar esta preciosidad en el maletero y empezamos a subir —señala la rubia, orgullosa de su compra.

—Espera —Leonie le agarra el peluche—. Déjamelo a mí.

La ve marcharse con una sonrisa de idiota.

—¿Habéis visto? —Se derrite—. Qué suerte la mía.

Solo hace falta fijarse en como Juniper la contempla para saber que está locamente enamorada de ella. El brillo en su iris no refleja más que afecto y devoción, me da bochorno admitirlo, pero hasta siento un grano de envidia. Me pregunto cómo será. ¿Qué sentirá Juniper al estar con Leonie? ¿Al dedicarse a su persona? ¿Al conectar con ella? ¿Y al besarla…?

—No te quedes atrás —me dice Ian, ya están empezando a subir —. Tenemos un largo camino por delante. Si te parece bien, te daré el llavero en cuanto volvamos.

Me olvido de mis preguntas estúpidas y me coloco correctamente la mochila; no debería abarrotarme de incógnitas que ahora mismo no puedo resolver.

El camino boscoso se vuelve salvaje a medida que nos vamos adentrando. Juniper y Leonie, en la parte delantera, nos van guiando a través de caminos que se separan cada dos por tres, con los cuales debemos vigilar para no tropezar —cortesía de las piedras—. La tierra está húmeda, el olor a musgo mezclado con el de las hojas podridas impregna el lugar. El bosque siempre ha sido mi lugar seguro, una terapia que toda persona debería tener a su abasto. No hay nada como perderse entre sus confines.

Emma y Demonio están frente a nosotros, mi amiga es 100% agua y debe pararse a cada paso para beber de su cantimplora. Yo estoy con Ian, quién me saca datos curiosos que no tienen nada que ver con el bosque.

No puedo contenerme, me ilumino cada vez que pasamos junto a formaciones naturales exóticas, arcos de piedra o raíces expuestas. Parezco ser la única a la que le interesa.

—Cuando el cielo empiece a oscurecerse, te enseñaré las constelaciones que aprendí de mi tío. —Ian estaba hablándome de su interés por el espacio, y aunque me alegra verlo tan motivado, empiezo a perderme con tanta explicación científica—. Ya verás. Te encantarán.

Asiento animada, intentando mostrarle que me importa, pero no lo acabo de transmitir. Relaja la expresión.

—Lo siento. —Se rasca la nuca—. Te estoy aburriendo, ¿verdad?

Agito la cabeza, la estoy fastidiando.

—¡Oh! No, no... Por favor, continúa. El espacio es algo que siempre me ha impresionado. Estaba un poco perdida, nada más.

—Me lo dicen bastante. —Su tono refleja decepción consigo mismo—. Hablo demasiado de las cosas que me gustan. A veces no me doy cuenta de cómo acabará cansando a los demás.

—Ni se te ocurra decir eso —protesto con sinceridad—. Las ganas que le pones a lo que realmente te gusta hacen que den ganas de escucharte, Ian. Nunca dejes de hacerlo porque alguien no sepa apreciarlo.

Eso parece agradarle, pues disimula una sonrisita.

—Gracias. —Pisa una seta—. Pero ahora en serio, hablemos de ti.

—Antes de eso —digo, me pongo a recordar—. Tu hermano me había dicho algo sobre un observatorio.

Sus pupilas se le dilatan.

—¡Sí! —Le sorprende que haya sacado el tema—. Tengo un observatorio en las afueras de la ciudad. Mi hermano menor es un bocazas, deberíamos ponerle un bozal.

—¿De verdad tienes uno? ¿Para ti... solo?

—Ha sido de mi familia desde hace generaciones. Es algo así como mi zona de confort, podría decirse que me paso horas encerrado ahí dentro. Soy un friki de las estrellas.

Me lo imagino mirando a través de un telescopio debajo del cielo carbonizado. Me imagino estando con él, haciéndole compañía, mientras investiga un mundo gigantesco que desconocemos.

—Vaya, me gustaría conocerlo algún día.

Pienso que no le ha sentado bien cuando se queda sin habla.

—O no —rectifico, evitando su mirada—. No querría irrumpir en tu zona de confort.

—Por favor. Ven cuando quieras.

Demonio me hace miraditas de vez en cuando para saber cómo transcurre la conversación. Las aportaciones de Ian no dejan nada que desear, resulta tal y como me lo imaginé. Es el chico ideal.

Ya ha pasado un buen rato desde que empezamos a ascender la montaña; aunque esté ejercitada las piernas me flaquean, quieren sacar la banderita blanca. El aire se está volviendo denso. No solo

eso, me estoy preocupando. Según las chicas, deberíamos haber llegado al miradero antes de la escondida del sol, pese a eso ya se empiezan a ver las constelaciones de las que me hablaba Ian. Ha anochecido y nosotros seguimos desplazándonos cual ermitaños en medio de la nada, algo no me huele bien.

—Chicas —Según sus quejas, Emma piensa lo mismo que yo—. ¿Se puede saber cuándo llegaremos? Ya he perdido hasta la noción del tiempo.

Juniper al fin se detiene, rendida.

—No lo entiendo. —Ojea el mapa, arrugado de tanto estrujarlo.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Mira. —Se lo enseña, jadeando—. Estábamos siguiendo esta línea de aquí, que es la que conduce al miradero. Pero justo en este punto... se desvía en otra dirección. No lo sé, creo que no sé seguirlo.

Emma se agita el cabello con desesperación.

—A ver. Dame esto.

Le arrebata la guía de las manos y lo analiza con detención. Ella siempre ha sido mejor si se trata de ubicarse. A la que va leyendo, su mirada se oscurece metódicamente, recordándome a Demonio cuando se enfrenta contra alguien.

Su prima espera a que diga algo.

—Pasa... ¿Pasa algo?

El papel tiembla en las manos de su prima.

—Juniper. —De repente, esta está furiosa. Se hincha de aire antes de espetar—: ¡Este ni siquiera es el mapa de esta sierra!

Se hace el silencio.

Nos quedamos estupefactos, Juni la que más.

—Cómo... ¿¡Cómo que no!? Pero si he agarrado el que había dejado encima de la encimera. ¡Era ese, lo juro!

—¡Míralo por ti misma!

Le muestra el nombre del mapa. Me acerco para comprobarlo, y pone claramente *montaña de las islas del sur, GreenValley*. Emma tiene razón, se ha equivocado. Demonio aprieta los labios para no estallar a carcajadas. Yo, en cambio, no encuentro nada ameno en

esta situación. Últimamente la naturaleza no hace más que hacerme la zancadilla.

—Debo... —La expresión Juniper decae como chocolate en microondas—. Debo haberme confundido con los mapas viejos que guardaba.

No es la primera vez que su desorden mental le juega una mala pasada. Me siento mal por ella.

—No pasa nada. —Leonie la abraza para consolarla—. Todos la hemos cagado alguna vez, cariño.

—Esto es horrible.

—Y tanto que lo es. —Emma intenta calmarse—. Vete a saber tú dónde estaremos ahora. Quizá más lejos del miradero que cuando estábamos en la tienda.

Miramos a nuestro alrededor, la negrura es tan patente que apenas se ven los árboles o la vegetación. Estamos únicamente rodeados de la tenue luz de las estrellas, y de sonidos indómitos que emiten animales que prefiero desconocer.

—Qué mal. —Hablo por el resto—. No se ve nada en absoluto. ¿Alguien tiene su teléfono a mano? ¿O alguna linterna?

—Cielos, me lo he dejado en casa —dice Leonie—. No pensé que volveríamos de noche, no he ido muy preparada.

—Yo lo tengo a cero de batería —responde Juniper.

—No tengo teléfono —contesta Demonio.

—A mí sí que me funciona —Ian ilumina el camino con su móvil de última generación—. Pero desafortunadamente no tengo cobertura.

Me lo da para que vaya por delante.

—Nos las apañaremos con esto. —Suspiro, preparada para tomar el control de la situación.

Emma parece haber recordado algo importante.

—Así que era eso —musita para si misma.

—¿Se te ha ocurrido algo? Dime que se te ha ocurrido algo.

—No. Solo que he recordado lo que iba a buscar ayer en tu casa. — Suena el ululeo de un búho—. Mi linterna.

Seguimos por donde hemos vuelto, descendemos la sierra con precaución; si antes ya era peligroso andar por el terreno inestable, de noche se convierte en la misión de un *reality* de supervivencia. Incluso poseyendo la linterna tengo el miedo constante de caerme o que alguien lo haga. Nos encontramos a una altura considerable, y mi mareo no ha hecho más que reforzarse con el tiempo.

Compruebo atrás cada dos por tres para ratificar que las chicas estén bien, Demonio las vigila desde el otro extremo. El aire gélido que choca contra mi piel complica el viaje, debería haberme puesto más capas de ropa.

Llega un punto en el que nos es imposible continuar.

—Escuchadme. —Juniper alienta con dificultad y se detiene en medio del camino—. Necesito parar un momento.

—Lo mismo digo —señala Ian.

Todos lo necesitamos, así que nos damos un respiro en una formación rocosa, cerca del borde de la montaña. Apreciaría las vistas si no fuera por mi visión borrosa.

—No sé cuánto debe faltar —suelta Emma, apoyándose en sus rodillas—. Pero no puedo más. Yo... yo no estoy hecha para esto.

—Pues tengo que decirlo. Estar perdidos en medio de la noche me provoca un subidón adrenalina —menciona Leonie, respirando como un puma—. ¿Soy la única?

—Que podamos ser la próxima cena de los lobos no me produce mucha, que digamos. O de los osos. O de lo que sea que abunde entre la oscuridad.

Al oír la palabra oscuridad, Juni se libera de su mochila.

—Tengo una idea. ¿Qué tal si probamos de hacer una fogata?

Los vellos se me erizan.

«Por favor, no.»

—¿Una fogata? —inquiere Emma.

«Por favor, no.»

—Yo me apunto —la anima Leonie.

«Por favor, no.»

—Buena idea. Tengo un encendedor en el bolsillo, encontraré todo lo demás —dice Ian, se dispone a buscar ramas por los alrededores.

«Por favor, no.»

—¿Y por qué mejor no seguimos caminando? —propone mi cupido, al tanto de mi percance—. Ya descansaremos cuando lleguemos, todavía queda un largo camino.

Me permito respirar.

«Muchas gracias, Demonio.»

Ha sido intencional, detecto su mirada de *de nada*. De alguna forma u otra me ha salvado... otra vez. Ya me veía contemplando las llamas crepitantes y reviviendo ese día que tanto me ha costado superar. Sería el colmo de esta maldita excursión.

—Me parece genial. —Emma es la única que conoce la razón al completo, así que asiente con toda seguridad.

Salvada por la campana.

—Estoy cansadísima... Pero en fin, sí, vámonos. —Juni avisa a Ian, quién está al borde del camino recogiendo palos—. ¡Oye! Vamos a seguir bajando.

El chico levanta la mirada.

—¿En serio? Bien, ahora veng…

Crack.

Algo ha generado ese ruido bajo los pies de Ian. No suele indicar nada bueno.

Y por supuesto, esta no es la excepción. La roca donde Ian recogía las ramas se desplaza hacia el vacío, todo sucede tan y tan rápido... Pasa por delante de mis ojos en cámara lenta.

Por una parte, Emma tenía razón. Hay un pedazo de mí que actúa cómo un robot. Algo que todos tenemos, incluso si a algunos les funciona mejor que a otros: Los reflejos.

Corro hacia él y lo estiro del brazo instintivamente para que no se caiga junto a los restos de la montaña. Tropieza hacia adelante en dirección a mis amigos, yo hacia el negro paisaje. Nadie puede hacer nada para evitarlo.

Ya que la montaña no es muy empinada, caigo de bruces dando vueltas. Impacto contra cada matorral o piedra que descanse en la

ladera, ocasionan que chille de dolor. Sigo deslizándome sin parar hasta que unos arbustos espinosos no me permiten seguir bajando.

Es ahí donde me estanco.

Aprecio gritos. Ahogados como si estuviera bajo el agua, a pesar de que a mi alrededor solo hay un puñado de hojas secas. También advierto el leve ardor en mi brazo, rasgado y desaliñado. El hedor metálico a sangre me asfixia, creo estar perdiendo el conocimiento.

«Ayuda, no puedo… moverme.»

Me tranquiliza el hecho de que al menos he sido yo quien ha salido perjudicada. No me lo hubiera perdonado si hubiera sido alguien más del grupo.

Entre tanto, me parece notar el tacto de alguien acariciándome la mejilla. Murmurando mi nombre.

Pero bueno, seamos realistas. En mi estado, lo más probable es que me haya golpeado la cabeza y que solo sea parte de una cruel ilusión.



CAPÍTULO 13: PERDIDOS, NOS ENCONTRAMOS

Cuando levanto los párpados, mi cuerpo ya no está en la tierra. El suave viento roza mi cara por estar en movimiento, si bien permanezco acostada. No tardo en darme cuenta de que alguien me está llevando en brazos.

Oigo las pisadas que crujen.

Siento un rostro masculino a solo unos centímetros del mío.

No huele a... nada. No emana ningún olor. Ni a sucio, ni a limpio, a nada. Las extremidades que me sujetan están tan congeladas como la nieve que no ha caído hoy.

«¿Ian Valentine?»

Ya que no veo nítido, mi primer presentimiento es este: será él. El chico que ha estado conmigo durante el trayecto. El chico de gafas

inteligente, atento e introvertido que pretende llevarme a su preciado observatorio porque confía en mí.

Pero es al instante en que recupero mi visión, que mis latidos me golpean contra el pecho al darme cuenta de la verdad. No es él.

Y a estas alturas, no sé quién quería que fuera.

—Demonio —susurro.

Se detiene en medio del camino.

—Ha recuperado la consciencia. —Sonríe con dientes humanos—. Espléndido, eh… Intente no moverse demasiado.

Cuando encuentra el lugar más apropiado, me deja con delicadeza sobre el pasto, mi espalda adolorida se apoya en un tronco caído. Descubro que en el bolsillo de mi anorak mantengo el móvil de Ian, así que me permito encender la linterna y dejarla fija en el suelo.

No me siento capaz de hacer mucho. El gran shock de la caída me ha dejado tocada, es como si mi cabeza siguiera rodando por la pendiente. Doy gracias a que, al menos, no me he golpeado contra algo. Aun así, mi yo al completo está hecho un desastre. Abro las palmas de mi mano para ver que están sucias y rasgadas. Demonio se da cuenta y abre mi mochila, de ahí saca mi cantimplora de agua.

—Extienda las manos, por favor.

Le hago caso y me moja las palmas. Hace lo mismo con las heridas superficiales que tengo en los brazos y piernas, mi voluptuosa ropa de invierno me ha librado de muchos golpes externos. El codo es lo que más me duele... Me estremezco cuando pasa por esa zona. Vuelve a hurgar en mi mochila y saca una venda que me había llevado para urgencias, y no digo nada cuando, recién lavada, me la envuelve, de nuevo con una sutileza increíble para alguien como él.

—Ay... Ay —gimoteo, me escuece el mínimo contacto.

Demonio aparta las manos.

—¿Le estoy haciendo daño?

—No pasa nada. —Me aguanto—. Puedes continuar.

Espero no habérmelo roto. Nunca me he roto nada, no querría estrenarme.

—Tranquila. —Cuando tengo el codo vendado, lo pone todo en mi mochila y cierra la cremallera—. Creo que esto es todo. Con un poco de reposo no tardará en recuperarse.

Nos sentamos de lado en el tronco. La potente linterna de Ian no es suficiente para pasar desapercibida la oscuridad que nos rodea, pero el miedo que tenía se ha desvanecido junto a los restos de la ladera. Estamos solos, el demonio y yo.

—¿Hace cuánto me has encontrado? —murmuro, todavía afectada.

—Hace apenas unos minutos. No pude agarrarla antes del impacto. —Se arrepiente—. Este cuerpo sin vida me impone muchas limitaciones físicas.

—Bueno, al menos lo has intentado.

—El término *intentar* no cambia los hechos.

—Lo hace, Demonio, más de lo que crees.

—No es así cómo me lo han enseñado.

En nuestras circunstancias preferiría evadir las preguntas respecto al pasado que tanto se empeña en ocultar. A cambio, mis mejillas se tiñen levemente de rojo al recordar:

—Me has llevado en brazos —digo, teniendo presente el tacto de sus manos congeladas—. A decir verdad, me ha resultado un poco extraño. Sobre todo porque dijiste que odiabas... ya sabes.

—Concuerdo —confiesa—. ¿Pero qué opciones había? Además, por alguna razón que ignoro, creo que ya no me afecta tanto como antes.

—¿Ah, sí? —Levanto la comisura—. Eso es genial.

—Quizá usted tenga algo que ver.

Me vuelvo hacia él.

—¿Tú crees?

—Podría arriesgarme, teniendo en cuenta que desde que empecé con sus servicios han cambiado muchas cosas.

—Para los dos —añado—. No sabes cuánto. Y es una suerte que Emma no haya sospechado. Conociéndola, ya estarías encerrado en una jaula para animales salvajes.

Asiente con la cabeza.

—Es una jovencita interesante. Sabe expresarse de maravilla.

Una especie de sensación amarga me recorre, intento ignorarla. Escudriño arriba. Me preocupo por los que hemos dejado atrás, estarán muy angustiados por nuestra desaparición.

—Hablando de ella, ¿sabes por dónde pueden estar los demás? ¿Crees que estarán bien?

—Están bien, nos estarán buscando alrededor de la zona.

—Eso espero. —Aprieto los labios—. Me preocupa que pueda pasarles algo.

Demonio ladea la cabeza.

—Tiene unos buenos amigos —decreta, sincero—. Son muy... humanos. Se nota que erran. Quizá, constantemente. Pero sacan muchas cosas de ello.

—Lo son, pues claro que lo son. Al menos mis amigas siempre han estado para mí. —Chasqueo la lengua con irritación—. Mira que soy necia. Y yo preocupada por si hacían una simple fogata. Si hubiera sabido lo que estaba al venir, no me hubiera importado lo que estaba a punto de recordar.

—Nada ha sido en vano. Ha sido un acto de valentía.

—Un acto reflejo —corrijo—. Lo hubiera hecho cualquiera.

—Yo no. Al menos, no por cualquiera.

No puedo aguantarlo más. Simplemente, sucede: las lágrimas que llevaba reprimiendo se deslizan por mi piel polvorienta dejándome marcas. Demonio parpadea varias veces, no se lo esperaba.

—Señorita Miller —balbucea, sin saber cómo reaccionar.

—Incluso en momentos así, sigo pensando en él. Si tan solo ese día hubiera tenido los mismos reflejos, joder... ¿¡Por qué tuvo que pasarle algo así!?

Se ve en la obligación de preguntar. No lo juzgo.

—Está hablando de su padre, ¿verdad?

Me encojo de hombros. Ahí vamos.

—Sí. —Crujo mis dedos—. De mi papá. Me digo que sí a diario, pero no lo he superado. Oh, no, claro que no. Esa misma escena sigue reproduciéndose en mi mente al igual que un disco rayado. Da igual que momento del día sea, en la mañana, en clase, en la ducha o cuando estoy sola en casa viendo la maldita televisión. No importa. Ese momento sigue ahí, maldita sea.

Demonio frunce el ceño. Estoy a punto de liberar lo que quería evitar a toda costa, y lo sé, no es el mejor momento. Pero creo que si no lo hago ahora me acabaré abduciendo.

—Fue en el antiguo centro comercial de Nova Park. —Respiro hondo—. Estábamos en la azotea, esperando a que lanzaran los fuegos artificiales de las fiestas de verano. Él los amaba, era su espectáculo favorito. Y a mí me impresionaban, por ende, siempre me quedaba a unos metros del parapeto, mientras que él quería verlos en primer plano. Cuando empezaron, todo iba genial. Era... maravilloso. Estaban casi encima de nosotros. *¡Buum! ¡Wooo!* Siempre son espectaculares. No éramos los únicos que estábamos ahí arriba, había niños, parejas y gente contemplándolos como si fuera magia de verdad. La cosa era... que hacía un poco de viento ese día. Los organizadores seguramente pensaron que se iría calmando con el tiempo y los tiraron igualmente.

»Fue una pésima predicción. El viento no hacía más que agravarse... ¿Sabes por qué no se puede hacer pirotecnia con viento, verdad? Estábamos tan absortos que no notamos que las chispas empezaron a hacer cosas raras, caían en lugares donde había espectadores. Y no paró ahí, fue peor. Sin embargo, no le prestamos atención. No fue hasta que una chispa gigante se acercó como un rayo, que mis sentidos no me advirtieron. Y cuando lo hicieron ya era demasiado tarde. —Aprieto los puños—. Otra norma de cuando vas a ver los fuegos: Nunca, *nunca* te pongas bajo un árbol.

El oyente baja la mirada.

—Intuyo que él...

—Mi padre estaba debajo de uno. Se lo llevó. Así sin más, Demonio, lo convirtió en ceniza. Provocó una gran explosión que me arrojó a unos metros, el grito que solté casi me rompe las cuerdas vocales. Todo el edificio empezó a cubrirse de llamas, pero en ese momento ni siquiera me importaba. Una familia superviviente me ayudó a salir de ahí. Y me negué, con todas mis fuerzas, no quería abandonarlo. Pero ya era inútil.

»Ese día... una parte de mí murió con él. Los de la ambulancia no pararon de hacerme preguntas como si se tratara de una puñetera

entrevista. Yo me enfadé. *¡Dejadme en paz de una vez!* Grité*. ¿¡No veis que mi padre acaba de morir, imbéciles!?* Tiré el respeto y la educación por el garete, pues ya nada haría que volviera.

Me separo el cabello pegado en el cuello antes de proseguir.

—Después del incidente, estuve el año siguiente viviendo en casa de Emma. Con el tiempo, me fui apagando al igual que una vela. Ella estuvo conmigo mimándome y recomponiéndome, pero era muy difícil cuando había dedicado mi vida a mi padre. Volví a mi piso cuando fui mayor de edad y creí haberme recuperado, si bien la verdad era que nada volvió a ser como antes. No *volví* a ser como antes. Me distancié del mundo, recurrí a la rutina para dejar mis mierdas a un lado. Evité emociones muy fuertes. Básicamente, me hice invisible. Y a mí solo... Dios, a mí solo me gustaría haber tenido más reflejos ese día. Me gustaría que, al volver a casa, papá me preguntara que tal ha ido la excursión y me diera un abrazo de los suyos... ¡Me gustaría que estuviera vivo, Demonio!

Me deshincho cual un globo perdiendo el helio, llorando como hacía mucho tiempo que no hacía. Demonio solo se queda aquí, junto a mí, sin dejar escapar algún síntoma de emoción. Ahora sí que estoy hecha un desastre. En todos los aspectos posibles.

Creo que debería bajar la intensidad... Tampoco me conviene hacer el numerito delante de un hombre no humano que hace relativamente poco era un desconocido.

—Bueno, yo, eh. —Se me corta la voz—. Perdona. Me he dejado llevar por mis tormentos y los he estampado contra ti. Tú tampoco eres mi terapeuta, Demonio. Supongo que estarás muy incómodo.

«Yo también lo estoy.»

—Incómodo no sería la palabra.

—Entonces tenso. O molesto, ya que te he hecho perder el tiempo con algo demasiado personal.

—Creo que la admiro, señorita Miller.

Esa revelación me viene de lleno. Mi mirada orbita en todos lados menos en la suya.

—No... No digas bobadas. —Me rasco la nariz roja—. Cómo se supone que va a admirarme alguien como tú, cuando podría decirse que tienes el infierno en tus manos.

—Lo mío no es digno de admiración. —Su voz se endurece—. Es digno de que me encierren en una jaula. Creo que esta es la diferencia entre usted y yo. Ha encontrado una forma pacífica de sobrellevar su pasado que no afecta a nadie, mientras que yo sucumbí a que me invada y me convierta en lo que soy.

Mira al cielo con remordimiento.

—Yo —murmuro—. No creo que…

—Es fuerte. —Me interrumpe—. Más de lo que cree. Ya sabrá que no soy muy hábil apoyando emocionalmente, pero si estoy aquí, tómeselo como una garantía de que su padre está bien. En el cielo. Y seguro que muy, muy orgulloso de su hija.

Pues no lo hace nada mal, esto de consolar a una humana melancólica. Tal vez ahora me sienta un pelín mejor.

—Vaya. —Me recupero—. Los dos tenemos mucho por contar.

—Puede.

—Pero tú a duras penas me has contado nada sobre ti, Demonio. Yo ya he soltado lo mío, ahora es tu turno. ¿Cómo era tu vida?

Se frota las manos, despectivo.

—No sé si quiero...

—Sí, lo sé. —Prevengo—. No quieres mencionarla, lo entiendo. Al menos, dime: ¿Qué es lo que te hacía feliz?

—Nada.

Hago una mueca sin creérmelo en absoluto.

—¿Nada? No seas tan sombrío.

—Es la verdad.

—¿No practicabas algún deporte?

—No.

—¿No querías viajar a algún país?

—No.

—¿No tenías una afición?

—Bueno, eso sí, pero...

—¡Ahá! —Canto victoria—. ¿Y cuál era?

Lo he dejado en un callejón sin salida. No tiene más remedio que desembuchar.

—Me gustaba tocar el violín.

Titubeo. De acuerdo, eso no me lo esperaba. Sabía que tenía relación alguna con la música, pero no con un instrumento tan refinado y elegante. En realidad, ambos concuerdan bastante.

—¿En serio? —Me intereso—. ¿Y aún lo tocas?

—Hasta ahora he estado ocupado siendo condenado.

—Al menos dime si tocabas en grupo o en solitario.

—Quizá deberíamos volver con los demás…

—¡No! —exclamo de sopetón.

Me ha salido como un disparo. Demonio se queda perplejo.

—Quiero decir, desde luego, aunque un momento. —Me voy quitando la suciedad de la cara—. Sé que he tenido un accidente, pero tampoco quiero parecer que venga de la mina. Además, me ha entrado algo en el ojo. Mierda, pica demasiado.

Me froto con desesperación.

Demonio suspira.

—Oh... Hay que ver. —Saca un pañuelo del bolsillo—. Acérquese.

Se deshace de la suciedad con cuidado, pasándome el pañuelo por el párpado y en los pómulos repetidas veces. Vuelvo a tenerlo tan cerca que puedo notar su respiración apenas inexistente. Cuando está en su forma demoníaca desprende un leve aroma a quemado, sin embargo, es como si un espíritu me refrescara con aire divino.

Pese a todo, cuando ha terminado de limpiarme el rostro, sigo sintiéndome sucia.

—¿Y bien? —Bajo la mirada, avergonzada de mi apariencia —. Me sigo viendo horrible... ¿Verdad?

Sonríe de lado.

—La sigo viendo preciosa.

Bad-dump

Me estremezco.

Otra vez, es esa presión en el pecho.

—¿Qué? —tartamudeo, no me lo esperaba—. No me digas estas cosas, que me da un poco de vergüenza.

—Creí que estaría acostumbrada a recibir halagos.

Mi frente se humedece.

—Por supuesto que no.

—No comprendo a la sociedad de hoy en día. —Se pone a filosofar—. En mis tiempos, las mujeres como usted eran elogiadas.

—Soy morena, Demonio. En tus tiempos no tendría ni siquiera derechos.

Divertido, carcajea sin sorna.

—Esta vez lleva la razón —ironiza—. Suerte que los tiempos han cambiado, ¿no?

Bad-dump

No estoy entendiendo nada.

Me envuelvo las rodillas con los brazos.

—Sí tiene frío debería ver lo que hay en el fondo de su mochila. —Su tono se vuelve juguetón—. Le he dejado un regalito.

Intrigada, la tomo y busco en ella algo que no haya visto antes. Me deja pasmada el hecho de que sí, sí que la había visto.

Es la bufanda de color amarillo girasol que tanto me gustaba.

—Demonio, —La saco al completo antes de mirármela—. ¿Cómo la has…?

—Es muy predecible. Miraba esta bufanda como si fuera un oasis en medio del desierto. —Se peina el pelo hacia atrás.

La expando en mis manos, predigo lo anticipable.

—Ya, pero supongo que la habrás robado.

—Solo estaba ahí y me la llevé, nadie echará de menos un poco de stock. —Aunque su acción no me provoque mucha gracia, estoy feliz de tenerla conmigo—. Adelante, pruébesela.

Me la enrosco por el cuello, es increíblemente extensa. Podría ser una manta de punto cosida por una abuela. Mis sospechas eran ciertas, es cómoda y calentita, y no escuece en absoluto.

—¿Lo ve? —señala—. No es muy profesional, pero ha valido la pena hacer una travesura por usted.

Bad–dump

Presiono los labios.

Esto no puede ser bueno se mire por donde se mire.

Por qué... ¿Por qué Demonio me parece tan atractivo de repente? Es algo que ya sabía, aunque ahora me resulta imposible pasarlo por alto. Incluso… *¿Sexy?* Quién me manda a pensar en esas idioteces. No me había pasado nunca. Cada vez que le hablo mi voz se quiebra, se vuelve porcelana. Estoy inquieta, nerviosa. Mi corazón late con la velocidad de un colibrí. Siento un hormigueo inundar mi cuerpo y, sorprendentemente, me resulta placentero.

Podría ser solo un efecto del bosque. Podría haberme golpeado de verdad. Podría...

Podría ser lo que creo que es. Oh, no.

No, no, no, no, no.

Esto es imposible. Me niego en rotundo.

Precisamente estoy ejecutando este plan para librarme de él.

¡No, Dalia Miller! ¡Es un demonio, por el amor de Dios!

¡No puedes tener sentimientos por él por muy encantador que sea contigo! ¡Sigue siendo un ser malvado del que no sabes *nada*!

¡Un roba almas!

¡Un asesino!

¡Un loco de manual!

¡Venga, céntrate!

¡Ian es de quien debes enamorarte!

—Bueno. —Dicho demonio se levanta—. Quizá deberíamos ir a buscar al resto del equipo.

Expulso las hojas de mis pantalones, no seré capaz de estar con él a solas ni un minuto más.

—Sí, por favor. Vámonos.

Me levanto con impaciencia, aunque me vuelvo a sentar cuando mi cuerpo dolorido me lo impide.

—¿Cree que dejaría que deambulara por el bosque como un arenque sin espinas? —Niega con el dedo—. No vamos a movernos. Alguien nos moverá.

Tardo en adivinar a quién se refiere.

—Demonio, no me digas qué... —Sé en quién está pensando—. Nos dijo que no la molestáramos.

—Rosbo kh'ah samat itsgana, ri'kk sutoro corka mun'dahana...

Ya estamos.

La anciana que nos ayudó una vez a quitar la memoria de mi amiga, aparece delante de nosotros con su característica túnica negra, provocando que los pinos se balanceen. Solo hace falta ver la aversión que transmite para saber que ha sido una mala idea. Me tapo los oídos antes de que llegue el primer grito.

—¡Sombra, cabrón!

Lo señala con esa uña afilada. El pelinegro se regocija.

—Yo también me alegro de verla de nuevo, Catarina.

—Siempre haces lo que te da la gana. ¿¡Qué te dije la otra vez!? ¡Que no quería volver a ver tu estúpido careto!

—Imagina si estamos desesperados.

La anciana gruñe, apretándose el puente de la nariz.

—No sé en qué disparate os habréis metido esta vez, tú y tu humana. Pero me da igual.

—Se ve deslumbrante esta noche.

—Hacerme la pelota no servirá de nada —aclara—. Yo me voy.

Antes de que haga el ademán de desaparecer, Demonio la detiene.

—Míreme, Catarina... Me han quitado los poderes —hace comedia—. Estoy débil, frío y vulnerable.

—¿Eso es todo? Esperaba un poco menos de solidaridad.

—Y mire a la señorita Miller. —Pongo cara de compasión para seguirle el juego—. Está herida, nos hemos perdido en medio del bosque. Solo debería transportarnos al aparcamiento de la montaña, en un chasquido la dejaríamos en paz.

—¿Así que he pasado de ser enfermera a ser chófer? Me traen sin cuidado vuestras marañas. Buscaros la vida, anda.

—Le estoy dando la oferta de su vida. —Se planta delante de ella —. Si nos transporta no volverá a verme nunca más. Apuesto a que es tentador.

—Mucho hablar y poco demostrar.

Esto no funciona. Tengo que intervenir.

—Por favor, señora Catarina. —Ruego desde el tronco—. Si nos ayuda esta vez, yo misma me aseguraré de que no volvamos a

molestarla.

—Tu palabra vale menos que un penique, chiquilla.

—Lo digo de corazón.

Arruga la frente más de lo que ya la tiene. La tentación de que tal vez Demonio no vuelva a irritarla, es suficiente para que suspire en señal de rendición.

—Lo hago por ella —accede a regañadientes—. Porque no sé qué maldición le habrás echado, Sombra, pero tiene los cojones de aguantarte.

—Muchas gra...

No puede acabar que ya nos ha teletransportado a otro lugar.



CAPÍTULO 14: MELODÍAS DEL PASADO

Aparecemos en el mismo bosque, solo que en un punto distinto. Seguramente Catarina quería deshacerse de nosotros y nos mandó a un lugar aleatorio, más lejos o más cerca del aparcamiento. La cabeza no para de darme vueltas como una peonza, pues teletransportarse no es lo mismo que tomar un autobús. Lo que daría por llegar a casa, reposar en el sofá mis articulaciones doloridas, ponerme agua oxigenada en el codo y deshacerme del demonio que me envía a la cuerda floja. Aunque lo último sería más difícil: ahora habita en mi casa las veinticuatro horas del día.

Exhaustos, intentamos orientarnos en medio de la maleza.

Estoy desorientada en todos los sentidos posibles.

Afortunadamente, esta idea desaparece. Estaremos perdidos, sin embargo, al parecer no solos. Emma, Juniper y los demás nos han

visto, están cerca de una carretera.

—¡Mirad! ¡Dalia, Scott! —Emma nos avisa con la mano—. ¡Estamos aquí!

Nos acercamos a ellos con una sonrisa en los labios, pierdo el equilibrio a cada paso, cualquiera diría que estoy borracha. Tras alcanzarnos, mi amiga me da un abrazo cuidadoso, todos están alarmados por mi terrible aspecto.

—Gracias al cielo, ¡estás bien! —lloriquea, clavándome las pulseras en la clavícula—. Yo pensé... realmente pensé...

—Emma.

—Oye, déjame hablar.

—No pasa nada. —La miro directamente a los ojos—. Estoy mejor.

Me duele hasta el alma, pero podría haber sido mucho peor.

—¿Estás segura? Mira cómo te has puesto. Estás llena de porquería, y madre mía... —Señala mi mano rasguñada—. ¿Eso son cortes?

—Me he caído por una pendiente, Emma.

—Tiene que haber pasado un ángel para que siquiera permanezcas de pie. Pobre de mi niña…

—Dalia. —Juniper me acaricia la espalda—. No sabes lo que me he asustado. Se me ha ido el alma por unos instantes al verte cayendo por ahí, no quiero ni recordarlo.

—Es cierto —dice Leonie—. Lo hemos pasado muy mal buscándote. Buscándoos a los dos.

Demonio y yo intercambiamos una mirada. Ian también está aquí, esperando el momento adecuado para decirme algo personalmente.

—Todo ha salido bien al final. —Las tranquiliza Demonio—. Y ahora Dalia está a salvo.

—¡Scott! —Mi amiga rubia se le acerca—. No tienes ni idea de cuánto me has sorprendido.

Levanto una ceja.

—Oh, bueno, yo no…

—Ha reaccionado por instinto, Dalia. —Teatraliza la escena—. Al momento en que caíste, él fue por detrás sin decir absolutamente nada y se tiró por la montaña como si fuera una maldita cabra montesa. No dudó, lo hizo por ti.

—¿De verdad? —No puedo evitar sonreírle de gratitud.

—Exactamente. Parecía un superhéroe.

—Sí, incluso si tiene el aspecto de un supervillano —resalta Leonie, divertida.

Cuando ellos se disponen a charlar ignorando el hecho de que seguimos perdidos en medio de la nada, Ian se dirige a mí con media sonrisa. Noto la rojez en sus mejillas.

—Ey —saluda, reservado.

—Ian. Aquí estás.

—Me alegro mucho de que estés bien. He estado muy preocupado, y no sé qué hacer para agradecer que me hayas salvado. —Se rasca el cuello para conducir su timidez—. Aún no me lo puedo creer.

—No me debes nada, Ian —me envalentono—. No iba a dejarte caer por esa pendiente.

—Seguro que te has hecho mucho daño.

—Pues sí. Un poco. —Acaricio mi codo vendado—. Pero ha valido la pena para que no fueras tú el que te lo hicieras.

Su rostro se enrojece el triple, me evoca ternura.

—Por cierto, —Abre la cremallera de su bolsa y saca el llavero que me corresponde, el de las hojas—. Todavía no te lo había dado.

—Me encanta, de veras, aunque seguimos sin localizar el aparcamiento.

—No me importa —destaca—. Quiero que lo tengas ya mismo.

Me lo entrega a mano.

—Gracias —digo, viendo un brillo diferente en sus ojos castaños.

—No. Gracias a ti, Dalia. Estoy deseando que vengas a ver el observatorio.

El plan está marchando de maravilla, y hablar con él es reconfortante. Estoy a punto de responderle, pese a ello, la voz estridente de Juniper intercede.

—Eh, tortolitos. —Carcajea entre dientes—. Tenemos que encontrar la forma de llegar a Saint Rosette antes de que los guardabosques empiecen con nuestra búsqueda.

Había llegado la parte decisiva de la excursión.

Exhaustos, nos dirigimos al borde de la carretera donde, lamentablemente, circula un coche cada cinco minutos. Las farolas alumbran lo mínimo para que veamos la antigüedad del asfalto, cubierto de tierra húmeda y plantas secas.

—Bueno. —Suspira Emma, lista para empezar—. Supongo que no tenemos muchas opciones. ¿No?

Leonie se sitúa delante.

—Exacto. Venga, todos, pulgares arriba y a esperar. —Nos anima.

Todos los presentes —menos Demonio, que se dispone a dar vueltas por el sector— hacemos autostop en línea recta. Esperamos expectantes a que cualquier coche tenga un poco de caridad y nos lleve de vuelta a un lugar digno.

Me duele hasta levantar el pulgar. Al menos podría ser peor.

«Tú te lo has buscado, Dalia. Tú te lo has buscado.»

Dos semanas después

Dejo ir un bostezo de satisfacción cuando despierto y un hueso no cruje desprevenido. Me ha costado varias sesiones de fisioterapia, pero mi movilidad ha recuperado su normalidad. Por eso mismo estar ejercitada es tan importante, es como preparar a los militares para cualquier batalla improvisada.

Hoy es martes; estamos a principios de abril.

Si bien tengo universidad, empiezo a las once de la mañana, así que tengo unas horas para fingir que soy una chica productiva. Cuando me he cambiado con un jersey rosa y unas mayas negras, salgo a hurtadillas de la habitación. Desde que Demonio está por aquí se ha vuelto tradición asomarme en cada habitación antes de entrar, aunque siempre esté en el sillón leyendo el periódico robado.

A diferencia de hoy, pues esta vez no está. Solo un plato de galletas y un zumo de manzana encima de la mesa cristalina.

Ah, y una nota:

Buenos días, señorita Miller.
Como hoy hace un día soleado, he salido a dar una vuelta por las afueras de la ciudad, le he dejado el desayuno preparado; sus galletas favoritas, las de miel y avena.
Invóqueme si necesita algo.
PD: Procure no invocar a otro demonio en el intento.

Se me escapa una risita idiota.

Parpadeo con perplejidad.

«¿Qué ha sido eso? Increíble.»

Aclaro la garganta y me siento en el sofá para degustar la comida como una cría antes de ir al colegio. Todo seguido, me aseo en el baño con la tranquilidad de que nadie pueda abrir la puerta por accidente.

Sí, ha pasado. Y no quiero hablar de ello.

Cuando me siento lista para un nuevo día y he comprobado que todas las flores del balcón sigan vivitas y coleando, salgo del bloque de pisos para disfrutar de mi momento de ejercicio. Al pasar por la entrada suelo recordar aquella mujer que me topé cuando salí con Demonio por primera vez.

Se veía cohibida, y su cara se me hizo extrañamente familiar.

En cuanto a eso, realmente podría haber sido cualquier cosa, ¿verdad? Cualquier equivocación. Podría haberse confundido o tener problemas de drogadicción, no vale la pena obsesionarse.

Tras hacerme una coleta alta, me pongo mis cascos y busco la

canción ideal para el momento: me decanto por *Sugar*, de Robin Schulz. Me gusta empezar con el ritmo de la canción y luego ir acelerando.

Ya estoy corriendo calle arriba, admito que Demonio tenía razón, el sol es tan notable que podría decirse que abunda calor primaveral. Me gusta esta hora del día porque apenas hay gente en las calles, solo personas que trabajan temprano o los jóvenes que vuelven de fiesta. El amanecer tiñe el horizonte de dorado. Avanzo dando zancadas por la plaza principal, donde la estructura conserva su edificación antigua. Está tapada por los típicos plátanos de sombra. Las tiendas en esta zona son tradicionales y tienen una belleza más

retro, hay copisterías, verdulerías... Dejo de correr para contemplar los escaparates con más detenimiento. El suelo adoquinado me dificulta la velocidad, no quiero caerme de nuevo.

Me paro cuando hay un escaparate en concreto que me llama la atención. Y no es porque esté más decorado, ni porque sea más atractivo; sino por lo que tiene expuesto detrás del cristal.

Un pequeño violín.

«Me gusta tocar el violín.»

Claro, tiene sentido. Es una tienda de instrumentos, y bastante antigua. Desde fuera parece chiquitina, hasta que al asomarme

descubro un largo pasillo en el interior. Tiene un tono azulado en las paredes y algún instrumento expuesto, pero el violín... el violín me llama. Es imposible no imaginar a Demonio con esa sonrisita irresistible, al lado de una ventana abierta, tocando este instrumento con pasión mientras la suave brisa nocturna despeina sus mechones rebeldes.

Agito la cabeza.

«Recuerda, Dalia, no sabes nada de él. Imagina qué reacción podría tener si, de casualidad, hubiera sufrido algún trauma con este instrumento. No puedes incentivarlo a tocar por tu curiosidad.»

No, no quiero incitarlo a nada. Pero tener uno de estos en casa durante un tiempo no vendría mal por si en algún momento cambia de opinión, hasta podría recordar los buenos momentos de su vida humana, fuera como fuera —y ayer fue día de cobro, puedo permitírmelo—.

Decidida, entro en la tienda. La recepción es una sala con todo tipo de material musical, desde flautas hasta partituras. De fondo aprecio la melodía de *Claire de Lune*, de Claude Debussy. Me acerco a la recepcionista, quien está revisando papelería en la caja.

—Hola, buenos días. —Al darse cuenta de mi presencia, la mujer deja los papeles de lado—. ¿En qué puedo ayudarte?

Tiene unas gafas ovaladas y el cabello sin teñir, se desliza por sus hombros delgados.

—Buenos días. —Miro a mi alrededor—. Me preguntaba si hacéis alquiler de instrumentos. Es para un amigo.

—Oh, sí, sí. ¿Qué instrumento estás buscando?

—Un violín.

—¿Acústico, barroco, de concierto o de cinco cuerdas?

Me quedo sin habla.

—Eh... Un violín.

La mujer suelta una carcajada.

—Tranquila, supongo que será un violín acústico. Es el más común. —Agita la mano como una obviedad—. Quédate por aquí, voy al almacén a buscarlo.

Cuando se va por detrás, me quedo esperando en la tienda. Empiezo a caminar por el largo y poco iluminado pasillo que veía desde fuera, era imposible resistirse. Las paredes son altas y están repletas de notas musicales, pero sobre todo de fotografías. En ellas se muestran espectáculos, músicos y gente importante del mundo del espectáculo; esta tienda debe tener muchos años para acumular tanta cantidad. Cuanto más avanzo, más viejas se muestran, hasta que solo quedan las de blanco y negro.

Me fijo individualmente, hay una foto de dos gemelos tocando el acordeón.

Hay otra de una mujer muy guapa cantando con un vestido evasé.

Aquí hay una que me gusta, es de una niña tocando un chelo tres veces más grande que ella.

Y, a ver, esta otra foto...

Vaya. En ella sale un chico adolescente. Está tocando el violín delante de un extenso público, sobre un escenario contemporáneo. El muchacho lleva una sonrisa notoria en el rostro, su cabello es tan negro que resalta la impresión. Todo en él me resulta demasiado reconocible, hasta las venas marcadas en sus manos. Miro lo que hay escrito en una esquina:

02/11/1937
Beckenham, Reino Unido.

La fecha coincide.

El lugar coincide.

Su apariencia, creo que también coincide.

No puede ser.

Es posible. Será...

—¿Te gusta Deymian Black?

Me giro del tirón. La recepcionista me mira curiosa, lleva el violín dentro de una funda azul arándano.

—¿Deymian... Black? —titubeo, nunca había escuchado ese nombre.

—Sí, bueno, es el chico de la foto.

La ojeo de nuevo antes de volver a girarme.

—No sé quién es.

—Claro que no. —Su desilusión es patente—. Tranquila. Ya pocos se acuerdan de quién era.

La curiosidad me atrapa por completo.

—¿Tú lo sabes? —pregunto, intrigada.

—Era un violinista bastante reconocido alrededor de los años treinta. En esa foto tan solo tenía catorce años —apunta—. Sí, era un chico con mucho talento. Al menos eso me decía mi abuelo, el buen Malcom, quien era un gran admirador.

—Ya veo.

Carraspea suavemente antes de continuar:

—Su período de fama desapareció un tiempo después, con la guerra y todo eso, así que ahora ya nadie lo recuerda. —Su vista se enfría—. Pero ya te digo yo que no fue la política lo que lo perjudicó.

Entrecierro los párpados.

—Dime... ¿Qué fue de él?

—Sí debo decirte la verdad, las migajas que quedan son rumores. Lo único que sé con certeza es que tenía un futuro impecable por delante, al menos hasta que desapareció. Hay muchas teorías al respecto. Mi abuelo decía que sus padres lo habían explotado y por ello se fugó de casa, pero hay quienes creen en cosas mucho más oscuras.

—¿Como cuáles? —pregunto, no me gusta por dónde va.

—Algunos dicen que acabó en una organización criminal de la época. Aunque como he dicho, son especulaciones.

Trago saliva.

—Y bueno —sigue, sonriendo con tristeza—. Se dice que murió joven. La fama no es para todos, supongo. Seguro que el pobre

muchacho hubiera preferido tocar para sí mismo en vez de para los demás.

—Quizá. Es posible.

Me retraigo al considerar que realmente podría ser Demonio de quién estamos hablando.

—Dime, querida. —Interesada, cruza de brazos—. ¿De dónde viene este interés por el chico?

—Ah… solo es curiosidad.

—Y mi madre es un sapo —Su tono se vuelve burlón—. Que llevo muchos años trabajando aquí, querida, la gente nunca pregunta algo por simple curiosidad.

Asiento, rendida.

—Es porque me recuerda a un amigo.

—¿Es al que le llevas el violín?

—El mismo.

—Entonces dile a tu amigo de mi parte que podría ser la reencarnación de un gran artista. Pero Dios querría que no acabara como él, —Ve la foto por última vez—. Vete a saber en qué se habrá metido el pequeño Deymian.

«Ahora más que nunca quiero averiguarlo.»

Al volver a la caja, la mujer me entrega la funda y me la cuelgo en el hombro.

—Muchas gracias —agradezco, no solo por el violín.

—A ti, a ti. Hacía siglos que nadie me preguntaba por cualquier vejestorio que esté en esta pared polvorienta.

—¿En serio?

—Mira, hasta te haré un descuento especial.

Y así, con la misma ropa de deporte sudada y con una información que podría ser un nuevo descubrimiento, me llevo este violín a mi apartamento. Presiento las miradas aturdidas de la gente sobre mí.

Lo cierto es que yo tampoco sé lo que estoy haciendo. Lo que en el fondo pretendo conseguir.

Antes de ir a la universidad, me entretengo delante del ordenador del escritorio. Busco su nombre y abro diferentes páginas web que hablen sobre él, pero las únicas respuestas que encuentro son las que ya me facilitó la recepcionista.

Que era un violinista pasional, que se fugó de casa tras una serie de sucesos criminalísticos que no acaban de especificar. Y que murió joven, eso lo recalcan muchísimo. Voy al apartado de imágenes y encuentro la misma foto que la de la tienda junto a otra de baja resolución, en la que sale el chico tocando desde lejos. Lo restante debe ser *lost media*, pues ya no hay nada más.

Es un despropósito. Ha caído en el olvido.

Estoy tan intrigada buscando información de donde sea, que no me doy cuenta de que estoy llegando tarde a mi primera clase. Me levanto tan rápido de la silla que casi la hago caer, nunca he llegado tarde a los estudios, y menos por estar investigando en internet.

Demonio... esto es por tu culpa.

Si nunca me hubieras elegido a mí para el servicio seguiría llevando las riendas y nada de esto estaría pasando. No tendría nada por lo que temer o dudar, gracias a ti tengo esta brecha de sentimientos que podrían hacerme vomitar. Gracias a ti he sacado a la luz algo que debía permanecer encubierto. Gracias a ti ni siquiera me entiendo.

Y la única oportunidad de librarme de ti, de librarme de la obsesión de saber hasta el último párrafo de tu vida, es enamorarme del chico que me gustaba desde un principio y que este me corresponda.

Tengo que dar el paso, y tiene que ser *ya*.

Agarro mi teléfono para buscar el contacto de Ian.

Hola. ¿Qué tal estás? Estoy ansiosa por ir a ver ese observatorio del que me hablaste. ¿Cómo lo tienes esta noche? Espero que no sea muy precipitado.

Aprieto los labios. No me siento orgullosa, no quiero usarlo como una herramienta para escapar de mis propias adversidades ni para resolver mis dudas emocionales. Él no se lo merece.

Aunque… no debería pasar nada.

Solo estoy confundida porque esto me supera.

Sé que me gusta Ian. Sé que es él.

Tengo que arrancar lo que sea que siento por un demonio cuanto antes.



CAPÍTULO 15: INCAPAZ

—Estás muy guapa esta noche, Dalia.

Hacía mucho que no me ponía un vestido, sencillo o no. Si quiero impresionarlo, el primer paso es sacar a relucir lo mejor de mí. Eso incluye mi apariencia física.

—Muchas gracias. —Sonrío, su coche está aparcado delante del bloque de pisos.

El vestido es blanco con líneas moradas, espero que no sea demasiado para visitar un observatorio. También me he puesto un perfume con aroma a romero, era el favorito de mi padre.

—No está muy lejos, vamos a ir en mi coche. ¿Nos vamos?

—Vamos. —Camino hacia él.

Ian no se ha matado mucho con su atuendo, lleva la misma sudadera gris que suele llevar en ocasiones que requieren comodidad. Doy la vuelta al vehículo y veo una pegatina de la Nasa

pegada al maletero, me siento en el asiento del copiloto. El interior está hasta arriba de discos noventeros.

Al entrar, cierra la puerta con suavidad y arranca el motor.

Digamos que… su forma de conducir no me transmite mucha confianza. Se nota que se ha sacado el carné de conducir hace poco, en realidad, soy la única de mi círculo que aún no lo tiene. Pronto pienso sacármelo y conseguir un automóvil de antaño.

¿Demonio tuvo algún coche del estilo en sus años de vida?

No, eso sí que no. Esta noche no puedo pensar en él. Tengo que olvidarme y centrarme en el chico sabiondo de las estrellas.

—He visto que tienes muchos discos —digo, viendo a mi alrededor—. Pensaba que a estas alturas ya estaban bastante obsoletos.

—Ah, eso, es que soy coleccionista. Lo saqué de mi madre, apenas escucha canciones actuales. ¿Quieres poner alguno?

—Pon el que prefieras. Eres el conductor, después de todo.

—Vamos a ver. —Sin sacar la vista del frente, busca en la guantera que tengo sobre mis piernas. Me estremezco cuando me roza el muslo sin querer—. Mira si te gusta este. Es de un musical.

Lo conozco, el disco de la película *Grease*, un clásico de los setenta.

—Parece divertido. ¿Me lo dejas poner? —pido— Sé que es una tontería, pero es que me da mucha nostalgia.

—Desde luego. —Me anima—. Adelante.

Lo inserto dentro del reproductor y suena la primera de la lista, que también se llama *Grease*. El conjunto de instrumentos resuena por los potentes altavoces del monovolumen.

—*Oh–yeah*. —Se motiva—. Es mi canción favorita de la película.

—Yo todavía no me la he visto, ¿me la recomiendas?

—Te podría gustar si te gustan los musicales de instit… ¡Espera, espera! Ahora llega la mejor parte.

La canturrea mientras mueve los hombros de un lado a otro, me da un respiro cuando afloja la velocidad. Es gracioso que tenga que subirse las gafas cada dos por tres, seguramente tendrá que pedirse otra talla.

Al cabo de quince minutos, llegamos a una llanura desierta. Puedo ver un edificio blanco de forma circular escondido tras una verja. Aparcamos justo al lado y nos acercamos al mismo, la noche cerrada ya está sobre nosotros, afortunadamente sin nubes presentes.

—Una cosa, —Mientras caminamos, me viene la inquietud—. Oliver no vendrá por aquí esta noche... ¿Verdad?

—¿Oliver? —inquiere—. ¿Por qué debería venir?

—Ah, no. Por nada, era solo curiosidad.

Debo dejar de ser tan evidente.

Ian lo pasa por alto y me ayuda a pasar entre cajas de cartón que reposan amontonadas en la entrada.

—En fin, ya hemos llegado —señala, antes de abrir la puerta.

Un gran *wow* es todo lo que puedo expresar al poner el primer pie en el interior. Fui a un observatorio público de excursión cuando todavía vivía en el campo, pero esto no tiene nada que ver. Es mucho más estrecho y acogedor, tiene un telescopio sobresaliendo de la compuerta.

—Bienvenida a mi humilde observatorio —dice, levantando los brazos en señal de grandeza.

¿Habrá algo que no sea humilde para él?

Si bien como he dicho es menudo en comparación a otros, hay de todo. Tres ordenadores en una mesa llena de folios garabateados y miles de pósteres galácticos pegados en las paredes; el espacio está bastante desorganizado, se nota que pertenece a un chico joven con miles de ideas extravagantes. Aprecio un leve aroma metálico y a polvo, me pregunto si habrá limpiado alguna vez.

—¿Todo esto es para ti solo? —cuestiono, sorprendida de estar entre estas paredes—. ¿De verdad?

—En realidad pertenece a mi familia, pero como soy el único que lo usa podría decirse que sí.

Observo el gran telescopio.

—Así que aquí es donde el gran Ian Valentine hace sus investigaciones astronómicas —dramatizo, miro por la ventanilla de arriba—. Increíble.

—No trabajo para nadie, así que mis recursos son un tanto limitados. Suelo entretenerme los fines de semana captando planetas y recopilando datos que sean necesarios para mis estudios de universidad.

—¿No tenéis observatorio en la CAI?

—Sí. —Asiente—. Pero qué quieres que te diga. Trabajo mejor solo.

No puedo evitar identificarme.

—Te entiendo perfectamente.

—Y bueno, si tengo que ser sincero, aquí es donde estoy más a gusto. Donde puedo hacer por horas lo que más me gusta sin que nadie pueda interrumpirme.

—Ya veo que te pasas mucho tiempo aquí. —Contemplo la masa de apuntes en la mesa.

—Me pasaría una eternidad si pudiera —se sube a la plataforma del telescopio—. El universo es tan jodidamente fascinante... a veces me pregunto qué hago aquí encerrado cuando podría estar descubriendo lo que se esconde en esos millones de años luz. No me imagino la de sucesos que me estaré perdiendo.

—Si quieres, podrías enseñarme lo que hay un poco más cerca.

Ladea la cabeza.

—¿A qué te refieres?

Le señalo el gran telescopio negro.

—Me gustaría ver este mundo tan increíble con mis propios ojos —digo, demostrando que estoy interesada—. Bueno, solo si quieres.

Esboza una sonrisa intrigante.

—Venga, ven. Te lo voy a enseñar.

Me informa donde debo colocarme y en donde debo clavar la mirada. Ojeo a través del ocular mientras Ian está justo detrás haciendo unos ajustes, hasta que de pronto, enfoca. Es como si los planetas estuvieran aquí dentro con nosotros.

—¿Lo ves? —Mueve el telescopio—. Este es Júpiter.

—Anda, así que este es el grandullón del equipo —digo, observando el planeta rojizo.

—El más grande del sistema solar. Pero espera, hay más.

Me guía para que apunte a otro lado.

Me encuentro en frente del mítico planeta rodeado de anillos, una joya galáctica de nuestro sistema.

—Supongo que ya sabrás cuál es.

—Saturno. —Se me ilumina el iris—. ¡Es precioso!

—No te imaginas lo amplios que son esos puñeteros anillos. Y eso no es todo. Ya verás, cuando te diga gíralo por ahí.

Ian hace un ajuste, al moverlo, me sobresalto al ver una luna grandiosa. El nivel de detalle me permite ver hasta las sombras que dibujan los relieves.

—Madre mía —digo, río en silencio—. Es literalmente como si estuviera besándome la nariz.

—El cráter más grande que ves se llama la Cuenca Aitken del Polo Sur, y fue provocado por un meteorito que impactó hace más de cuatro mil millones de años. En lo personal me parece alucinante.

—Están tan lejos y tan cerca a la vez... Si tuviera tus conocimientos, también amaría observar estas maravillas a diario.

—Serás bienvenida cuando quieras volver, Dalia.

Saco la vista del telescopio y caigo en la cuenta de que está rodeándome con los brazos. Es al momento en que me volteo, que nuestras miradas se atraviesan, punzantes, permanecen tan cerca como nuestros cuerpos rígidos.

Y aquí... comienzan a suceder cosas.

Ian me agarra de la cintura y me tira hacia delante hasta que mi cabello entra en contacto con la pared curvada. Volvemos a penetrarnos con la vista. De un momento a otro, la mano que me tocaba la cintura empieza a deslizarse por mi muslo. Siento que actúa sin siquiera pensarlo, aunque los dos estemos innegablemente nerviosos. Un impulso por la excitación del momento.

—¿Puedo...? —pregunta, inseguro, con intenciones de seguir bajando.

Hago el esfuerzo de inhalar antes de murmurar:

—Adelante.

Sus dedos cortos sobresalen el límite y bajan hacia más abajo, me estremezco cuando hacen un recorrido por detrás, en mis nalgas. Un escalofrío me electrocuta, seguido del temblor interminable de mis

extremidades. Su mano regresa a mis curvas cuando el chico parece querer decirme algo.

—Dalia —empieza, sofocado—. Dime una cosa.

Tiene que subirse las gafas, lo que me cautiva.

—¿El qué? —susurro.

—Cuando venías a la biblioteca los miércoles a las nueve y cuarto, ¿pretendías hacer algo más que estudiar? O quizá sea yo el que estoy imaginando cosas.

Ya no existe la necesidad de mantener el secreto.

Es ahora o nunca.

—Bueno. —Risoteo, nerviosa—. Si tengo que serte sincera…

—Sentía una mirada clavada en mí constantemente —dice, sin dejarme la cintura libre—. Y tú eras la única que estaba ahí.

—De acuerdo, no voy a mentir. Quizá sí que te hubiera visto algunas veces, pero intentaba disimularlo porque no quería que te sintieras incómodo.

—No me sentía incómodo. —Sube la comisura—. Aunque no te dieras cuenta, tú también estabas en mi punto de mira.

La cara me arde, sea de euforia o de bochorno.

—¿Ah... sí? —inquiero.

—Así es. Siempre te crujes los nudillos antes de cerrar el archivador, y dedicas dos minutos a revisar que no te dejes nada.

—Qué sorpresa. —Bajo la mirada—. Qué observador.

Niega con la cabeza, arrepentido de repente.

—Lo siento, mierda. Habrá sonado super extraño. —Intenta arreglar sus palabras—. Pero te juro que era inevitable.

—Digo lo mismo.

La tensión se vuelve más robusta entre nosotros.

—Algunas veces me había preguntado… —murmura, acercándose con discreción—. ¿Cómo será la chica que se queda hasta las nueve y cuarto de la noche en la biblioteca? ¿Cómo será tener una conversación con ella? ¿Qué le gustará? ¿Cómo será su rostro de cerca?

—No lo sé. —Trato de sonreír—. Ahora que me tienes aquí, ¿cómo es mi rostro de cerca?

Me toma de ambas mejillas.

—Creo que no lo estoy lo suficiente para averiguarlo.

Cuando noto que su rostro se aproxima al mío por impulso, lo veo claro. Ha llegado el momento que estaba esperando desde el primer momento que lo vi entrando por la biblioteca; si bien lo negué

incontables veces. No solo será mi primer beso, será con el primer chico que me ha gustado jamás.

Luego de que pase lo que deba pasar seré libre.

Demonio conseguirá redimirse, nos despediremos y volverá mi vida tal como la conozco.

Bueno, habrá un cambio, ya que ahora Ian estará en ella.

Ian probablemente será mi pareja. Espera, ¿de verdad quiero que sea eso para mí? ¿Cuáles son estas dudas que no me dejan disfrutar del momento?

«¡Pues claro que quieres que lo sea, Dalia! ¡Lo tienes a unos centímetros de ti, es tu oportunidad! ¡Bésalo, maldita sea!»

Estoy a un suspiro de hacerlo cuando nuestras narices se rozan y nuestros labios están al límite de unificarse.

Estoy a un beso de lograr el objetivo. No obstante, es esa voz masculina, grave y perversa en mi oído la que lo estropea todo:

«Vamos, señorita Miller. Hágalo y los dos conseguiremos lo que queremos. No me volverá a ver nunca más».

—No puedo.

De repente, el oxígeno a nuestro alrededor se vuelve tan denso como un muro de mármol. El remordimiento de haberlo detenido recae sobre mis hombros, un peso implacable.

Sé de antemano que este instante marcará un antes y un después de este catastrófico plan.

«Qué. He. Hecho.»

—Vaya —Ian reacciona y se aparta a la velocidad de un rayo—. Perdona, Dalia. Culpa mía. Había pensado que los dos lo deseábamos.

No quería hacerlo. No debería haberlo hecho.

—Perdóname a mí. —Aparto la mirada.

—Qué estúpido he sido, mierda. Lo siento.

—No tienes que disculparte.

Los dos esbozamos una mueca de incomodidad.

—¿Hay alguna razón por la que no puedas? —pregunta—. O es simplemente que no quieres.

—Yo... no quiero hacerte daño.

—¿Qué? ¿Por qué deberías hacerme daño?

Me rasco el antebrazo.

—Es complicado.

Tras usar el típico argumento de Demonio, me doy cuenta de que la he fastidiado en su totalidad. He agarrado una gran oportunidad y la he cortado en trocitos diminutos.

Y lo más irónico es que sé perfectamente lo que me ha pasado. Ha sido culpa de mis sentimientos traicioneros.

—Yo realmente —Trato de arreglarlo, aunque una parte de mí me lo impida—. Realmente quería. Quizá ha sido el momento, la inseguridad o yo qué sé. La cosa es que no quiero enredarte si no estoy segura de lo que siento. —Recupero seguridad—. Sea como sea, me gustaría que no perdiéramos el contacto. No quiero que todo se vuelva incómodo después de esto.

—Eh, oye, —Me toca los hombros rígidos—. Tranquila. No pasa nada, lo último que querría es obligarte o hacerte sentir incómoda.

—Pero...

—De verdad. Quizá me haya adelantado un poco, yo tampoco quiero que perdamos el contacto. —Sonríe—. Me caes muy bien.

—Y tú también me caes muy bien.

Al final la tensión consigue separarnos. Después de rascarse la nuca, Ian extiende el brazo para poder inquirir:

—Entonces, ¿amigos?

Se la estrecho tan fuerte que temo romperle los huesos.

—Amigos.

«Demonio me descuartizará luego de esto.»

—Por cierto, espero que te haya gustado el observatorio.

—Mucho. —Asiento.

—Eres la primera chica que traigo aquí.

—No sabes cuánto me alegro de serlo. Pero quizá ya se ha hecho un poco tarde, ¿no crees? Creo que tengo una montaña de trabajos

en casa, no me gustaría esperar a última hora.

Ian baja la mirada, capta lo que trato de hacerle entender.

—Claro que no. Te llevaré a casa.

Durante la vuelta en coche, es como si tuviéramos cinta adhesiva pegada en la boca, porque nadie dice nada. Tampoco hay ningún disco dando vueltas en el reproductor. Solo abunda el silencio, la incomodidad y, por mi parte, el arrepentimiento.

Me bajo del coche cuando llegamos a mi destino, es la hora de despedirnos.

—Gracias por traerme. —Cierro la puerta del monovolumen—. Y hasta pronto.

Ian dirige la mirada al retrovisor, levanta la comisura sin verme antes de murmurar:

—Adiós, Dalia.

Arranca el coche, me quedo pasmada viendo el negro horizonte. Esta despedida ha sonado demasiado a despedida, pero tampoco puedo esperar más después de habernos autoenviado a la zona de amigos. Al menos mi pequeña parte optimista cree que lo solucionaré, que encontraré la forma de remediarlo. La esperanza es lo último que se pierde.

Por favor, que sirva para algo.

Luego de verificar que mis ojos no se vean rojizos de aguantarme las lágrimas, abro la puerta roñosa de mi apartamento. Me concentro para no hacer el mínimo ruido, solo me faltaría tener que aguantar el sermón de ese granuja centenario.

Avanzo de puntillas por el recibidor, giro al pasillo y busco la puerta de mi habitación.

Mi alma casi abandona el cuerpo.

—Ah, ah, ah. —Niega Demonio, apoyado en el marco de la puerta —. ¿Adónde cree que va, novia a la fuga?

Lleva la camisa blanca que siempre mantiene debajo del traje, cruza de brazos de forma burlona.

«A lo mejor, si no tuviera ese atractivo, me resultaría más fácil.»

Cuando estoy a punto de responder, él se adelanta:

—Y no me venga con la típica excusa de *he ido a dar una vuelta* o *he quedado con mis amigas*, porque tiene dos exámenes para

mañana y una reunión por radiollamada.

—Videollamada —le corrijo—. Se llama videollamada.

En efecto, fui yo quien le facilitó esa información. No tengo el coraje de contradecirle.

—¿Viene de una cita, verdad? Con el señorito Valentine.

Le he dejado la corazonada en bandeja. Resoplo.

—Está bien, sí.

—¿Y se puede saber por qué no me lo ha dicho?

—No eres mi padre, no tengo que decirte adónde voy y adónde dejo de ir.

—Si tiene que ver con nuestro objetivo, sí —argumenta—. Esto es un trato, señorita Miller. No puedo cumplir con mi parte si no me informa de en dónde se está metiendo.

—Ya lo sé. —Esquivo su mirada.

Ajusta la corbata y se endereza.

—Al menos dígame si ha ido bien.

—No era una cita al cien por cien —explico, rascándome el antebrazo—. Ian me invitó a su observatorio cuando fuimos a las montañas. Me enseñó las estrellas, charlamos, parecía ir bastante bien. Al menos hasta que… intentó besarme.

Demonio esboza una mueca que no consigo descodificar.

—¿Y bien? —inquiere.

Aprieto el puño.

—No he podido hacerlo.

—Ay, señor. —Levanta las cejas—. ¿Por qué?

—Simplemente no he podido. Y ya está.

—Qué pena, si tuviera mis poderes o *me hubiera avisado* podría haberla ayudado.

—¿Es algún tipo de sarcasmo? ¿Te hace gracia? Bueno, no estoy de humor. Déjame pasar.

Capta mis malas vibraciones y se aparta para que pueda entrar en mi cuarto, hace el ademán de oler cuando mi cabello pasa cerca de su nariz.

—Mmmh. Romero.

Se me eriza la piel.

—Te has dado cuenta —digo, sin saber si debería impactarme—. Pensé que al ser un demonio tampoco podrías oler nada.

—Hasta ahora apenas lo hacía.

Tiro el bolso en la cama y me siento en ella tras liberar un suspiro.

—Qué raro —sostengo.

—Sí.

—De cualquier manera me siento horrible. La he cagado, Demonio. Y lo peor es que no podría decirte por qué no lo he besado si se suponía que me gustaba. Quiero decir, conozco la razón, pero...

—Es complicado. —Termina la frase por mí.

Bajo la mirada.

—Ni te lo imaginas.

—No se atormente. —Mantiene la distancia—. El trato no tendrá ningún efecto si se obliga a querer a alguien. Debe ser genuino. Y si Valentine no es el indicado, buscaremos a otro, seguro que habrá otro humano por ahí con el que sentirá una conexión real.

—De todas formas no voy a perder el contacto con Ian, no me he dado por vencida. ¿Sabes una cosa? —Me sonrojo levemente—. Ese iba a ser mi primer beso.

Parpadea varias veces, atónito.

—No me diga —Ríe con suavidad—. No me lo creo.

—Es cierto, y puede que sea eso por lo que he desistido. En el fondo quiero que sea algo especial.

—Puedo asegurarle que lo será —me promete—. Sea con quien sea, lo será.

—Dios te oiga. O… Bueno, ya me entiendes.

Me quito las botas para sentir un alivio en mi cuerpo.

—Para que no se sienta mal, mi primer beso no fue para nada especial. Estaba corriendo en el valle con mi mejor amigo, y cuando nos caímos sin querer, fue uno encima del otro...

—Intuyo lo que pasa a continuación. Si es posible, quiero irme a dormir sin imaginar escenas raras.

Demonio ríe para sus adentros.

—Está bien, creo que la dejaré estudiar. —Agarra el paño dorado de la puerta—. Es tarde, así que no se esfuerce demasiado.

—Claro, sí, debería trabajar. Nos vemos mañana.

—Buenas noches. Sueñe con los angelitos, o con los demonios. —Me guiña el ojo—. Lo que usted prefiera.

Cuando cierra la puerta con suavidad y me quedo sola en mi cuarto, me tumbo como una roca sobre las voluptuosas sábanas moradas. Darme golpes contra el cojín es lo que más me apetece hacer, a la mierda la reunión.

«Quiero gritar.»

Me quedo de panzas al techo cegándome con la luz superficial.

Estoy tan agotada mental y físicamente que todo a mi alrededor se distorsiona. Las flores amarillas que tengo encima del estante se vuelven violetas, la falda de mi vestido rayado se alarga, el cuadro de mi padre desaparece. Aprecio a Demonio tararear una melodía en otra habitación. Es gracias a la afinación de sus notas, que mis párpados caen sin darme cuenta.

Y al final, abandono el mundo real para adentrarme en otro dónde no debo preocuparme por lo que me abarca el destino.



Al despertar, la luz está apagada. Me dormí con el vestido puesto y tengo el pelo alborotado como un nido de cigüeñas.

«Al final no he tocado ni los benditos apuntes.»

Miro el reloj de la mesita; son las dos de la madrugada. Después de frotarme los ojos plagados de lagañas, me levanto somnolienta y me cambio de ropa para volver a la cama. No sé en qué estaba soñando, solo sé que quiero volver en el punto donde lo he dejado.

Sin embargo, antes de que pueda tocar la tela de las sábanas, escucho voces masculinas entre las mismas paredes.

«¿Demonio..?»

Creyendo y deseando que sea obra de una desafortunada parálisis del sueño, salgo de la habitación y me dirijo de puntillas a donde proviene el murmullo. Específicamente en la cocina.

Me esperaba cualquier cosa menos ver a Demonio con un cuchillo amenazando a dos demonios con malas intenciones.



CAPÍTULO 16: ¡VIENEN A POR MÍ!

De acuerdo, definitivamente no es una parálisis del sueño. Aunque daría todo por que lo fuera.

Están en mi piso, en carne y hueso, dos demonios humanoides con la misma apariencia joven que Demonio. Uno de ellos lleva un saco gigante de arpillera colgando del hombro.

La bilis se me sube a la garganta, tengo el terrible presentimiento de que algo acabará mal. Me mantengo al margen de la escena escondiéndome detrás de la puerta entreabierta; aunque como la otra vez, escucho atentamente.

—Apártate y déjanos hacer nuestro trabajo, Sombra —escupe uno de los dos, el que no lleva saco. Un piercing negro pende de su nariz respingona—. Tú ya has hecho bastante.

Demonio toma aire antes de hablar:

—Lo diré de nuevo, caballeros. Tendré que rogarles que abandonen el edificio si no quieren ocasionar un alboroto, estoy siendo muy amable. Más de lo que convendría.

—Has fracasado —sigue hablando el del saco, sus mechones rizados le dificultan la visión—. Ethan nos lo ha contado. ¿De qué sirve que estés aquí, eh?

Ethan esto, Ethan lo otro. Quién narices será ese tipo.

—Yo no he fracasado en nada —aclara Demonio—. No quieran llegar al fondo del asunto si ni siquiera saben el funcionamiento de estos servicios. Además, tengo el consentimiento de mi señora para quedarme aquí. Son otros los que están allanando su propiedad.

Murmuran algo entre ellos, la poca luz estrellada que accede desde el exterior hace visible sus chaquetas de cuero.

—Sombra, Sombra, Sombra —continúa el rubio—. Te llaman así... ¿Verdad? No queremos mancharnos las manos, así que venga, no nos lo pongas tan difícil.

—Tenemos órdenes.

—Las únicas órdenes que seguiréis aquí dentro son las mías. —Demonio ríe con sorna al ver el saco—. Pero aún no estamos en Navidad, Santa Claus. ¿Por qué no vuelven al iglú del que han venido y dejan a la señorita Miller descansar? Sus horas de sueño son importantes, es universitaria.

Ruedo los ojos. Tan servicial como de costumbre.

—Claro, claro —se burlan de él—. Te sugeriríamos que te dieses la vuelta.

Tenso la mandíbula y tiro un paso al frente cuando ya no me sirve de nada permanecer escondida. Demonio se sobresalta al momento.

—Señorita Miller. —Trata de esconder el cuchillo a sus espaldas, sin éxito—. ¡Vuelva a su cuarto y no salga!

—¿Mientras tres demonios montan un escándalo en mi cocina? —suelto, adormilada—. Ni de coña.

—Lo digo en serio, por favor, regrese a su habitación.

—Me dijiste que no vendrían a por ti. —Se me quiebra la voz—. Me dijiste que no te atacarían si permanecías vulnerable.

Eso mencionó el día que Emma lo conoció. Al oír las risotadas de los demonios, me da por pensar que era otra de sus falsedades.

—Pequeña humana —se burla el del piercing—. Pequeña idiota.

La gota baja por mi frente.

—¿Qué he dicho…?

—No venimos a por él.

El otro tira el saco en una esquina y sentencia:

—Venimos a por ti.

Los bombeos de mi corazón son un altavoz en mis oídos. Busco con desaliento la mirada del pelinegro, la cual mantiene inyectada en sus rostros como si quisiera descuartizárselos a distancia. Eso sí que no me lo esperaba.

—¿¡A por mí!? —Evado el esfuerzo de ocultar mi desesperación— ¿¡Por qué a por mí!?

—Tranquila, señorita. No vienen a por usted —Demonio me dedica una mirada calmante, para luego volver a ellos—. Vienen para que acabe con sus miserables vidas.

El del piercing chasquea la lengua.

—Cierra el pico.

—Vamos, Dalia Miller. —El rizado trata de aproximarse a mí—. Ven con nosotros. Solo queremos continuar con el trabajo de este inepto, te aseguro que nosotros seremos mejores cupidos que él.

Demonio interpone su brazo frente a mí para que no se acerque.

—Creo que antes no he sido lo bastante claro. —Aprieta el cuchillo con fuerza—. He dicho que abandonen este apartamento.

—¿O si no qué, Sombra?

—Dejaré de ser tan amable.

La agitación en el apartamento tres del bloque de pisos Silverstone sube de intensidad, y rezo para que mis vecinos no levanten la cabeza de la almohada. Pero rezo todavía más para que esta noche no acabe en una guerra interminable.

Confusa y atemorizada, exijo saber:

—¿¡Demonio, por qué quieren llevarme!? ¿¡Por qué todos quieren ayudarme!?

—¿Qué nos vas a hacer, eh? Cómo nos vas a detener. —El rizado lo apunta con el dedo—. Te han arrebatado los poderes.

—Eres un fantasma —decreta el otro.

—Y quién ha dicho que necesite poderes para acabar con alguien. Hasta lo que sé, ustedes tampoco tienen mucho poder —dice, fijándose en sus cuernos diminutos.

—Joder, ya me he hartado de tanta porquería.

Se agota la paciencia del demonio del piercing y, tras acercarse a trompicones, le aprieta el brazo que me estaba protegiendo.

—¡Quiero a la chica de los cojones ahora!

Tenso la mandíbula.

Esto acabará mal.

Muy mal.

—Me has tocado. —El tono de Demonio se vuelve tan fúnebre que me aparto—. Odio que me toquen.

Y con un gesto veloz pero imperceptible, mueve el cuchillo y le desgarra el brazo, provocando que el suelo de vinilo sea manchado por múltiples gotas de sangre.

Parpadeo al darme cuenta de que algo no encaja.

«Espera... ¿Sangre?»

—¡Mierda! —exclama el afectado, presionando el corte superficial —¡Serás imbécil…!

Mientras el otro salta sobre la silla para unirse a él, murmuro:

—Eso es sangre —digo, abrazándome los brazos—. ¿No son demonios?

—No del todo —responde Demonio, rebozando serenidad—. Estos dos individuos son humanos que han hecho un trato con algún demonio. Los pobres no sabían que el precio de cumplir sus bastos deseos sería perder su humanidad.

«Precio.»

No me había comentado nada sobre un precio.

Sin embargo, anterior a que pueda cuestionármelo, el otro demonio saca un puñal de su riñonera y mis finos reflejos me alertan.

—¡Demonio, cuidado!

Se abalanza sobre él con intenciones de colocar el puñal en su cuello, por suerte, Demonio le propina una patada y lo envía a la otra punta de la cocina, haciendo caer las revistas acumuladas sobre la

encimera. Cuando el rizado deja de sangrar —sorprendentemente rápido—, se levanta con la vena hinchada. Quiere volver a atacar.

Su compañero saca otro puñal, y sé que prevenir una confrontación ya no está entre las posibilidades.

Esto es una pesadilla.

Mientras me quedo pegada a la pared, los tres demonios empiezan a pelearse usando un objeto afilado como arma, y no es por nada, pero desde el principio Demonio les lleva una ventaja de espanto. Tenía toda la razón cuando dijo que no necesitaba poderes para pelear, tiene todos los conocimientos de artes marciales; se nota en cómo esquiva, en cómo ataca, en cómo se mueve. Con la agilidad propia de alguien que no levanta los puños por primera vez.

Solo puede haberlo aprendido en su vida humana.

Acceden al salón y los dos demonios continúan recibiendo cortes sin parar, no tienen ningún problema en dejarme el salón hecho un desastre. Le tiran los libros de mi librero, hacen caer mis pertenencias, usan el mobiliario de trincheras. Al contrario, Demonio se desliza con el sigilo de un gato, procurando no romper nada. Es tan cuidadoso que, cuando una maceta con tulipanes blancos está a punto de caer de un estante, se olvida del altercado para correr y agarrar el tiesto antes de que roce el suelo. Devuelve las flores a su sitio sin dejar ningún pétalo suelto.

Los latidos me molestan más de lo que deberían.

«Maldita presión en el pecho... ahora no es el momento»

Su atención vuelve a ellos, aunque no por mucho tiempo. La paciencia parece agotarse y le azota una patada al demonio del piercing, quien quería contraatacar. Este impacta contra el vidrio del balcón de tal manera que su columna vertebral se queda sin movilidad por unos segundos.

Dándose un respiro, Demonio se desata un botón de la camisa.

—Qué desperdicio de tiempo y recursos —dice, recalcando su aburrimiento—. No esperaba que Ethan enviara a dos incompetentes solo para respetar sus ideales de justicia. Está cayendo demasiado bajo.

—Dime una cosa, Demonio. —Me refugio detrás del sillón—. ¿Hasta cuándo esperas contarme lo que llevas entre manos? Primero

quieren ir a por ti, y ahora también a por mí.

—En realidad nunca fueron a por mí —suelta de sopetón, atacando de nuevo—. Solo se sienten traicionados porque estoy tratando de redimirme. Ethan les ha contado más de la cuenta.

Eso me da para reflexionar; si lo que dice es correcto, supongo que quieren alejarme de él para que el trato no pueda llevarse a cabo y Demonio no pueda ir al cielo.

Aún hay mucho que desconozco.

—¿¡Y quién rábanos es Ethan!?

—Sí, Sombra —contesta el rizado, tratando de tirarlo al suelo—. Dile quién es Ethan.

Cuando lo intenta, Demonio se aparta al igual que un ninja.

—Es mi compañero jefe.

Intenta herirlo de nuevo.

—Trabajaron juntos en una patética organización. Ethan lo encontró cuando intentó huir del país por haber matad...

La información se ve interrumpida cuando Demonio le desgarra el labio inferior con el filo.

—Deja de hablar de mí como si me conocieras —escupe—. Me desquicia.

El demonio, cubriéndose la boca ensangrentada con las manos, se tira al suelo por la pérdida de sangre. Demonio deja el cuchillo en el suelo y agarra al verdugo del cuello.

—Oye... —balbucea este.

—No quiero oír ninguna palabrita saliendo de tus sucias cuerdas vocales. —Hace el ademán de volver a agarrar el cuchillo—. Por ende, ¿por qué no las cortamos una a una? Sería lo más cómodo para todos, lo más práctico para mí.

—Demonio. —Lo incito, sintiendo arcadas del horror.

Él suspira, asintiendo.

—Tienes suerte de que la señorita esté delante. —Roza el cuchillo en su cuello—. Desafortunadamente, la muerte será rápida.

Me tapo los ojos antes de que la punta del cuchillo atraviese su piel. Pese a ello, hay algo me detiene; mis reflejos me advierten de nuevo. El otro demonio ha vuelto en sí, y está a punto de clavar el puñal en su espalda. Actuando por puro instinto, agarro la pequeña

estatua de mármol que decoraba la zona del sillón y, junto con un grito de guerra, la estampo contra su cara. Gracias a mi ataque improvisado cae y se da en la nuca contra la punta de la mesita. Abundante sangre se impregna en la alfombra gris.

Yo y el demonio acorralado nos alarmamos a la vez.

—¡Santo cielo! —exclamo, agitando las manos con exasperación —. No, no, no, no. Creo... ¡Creo que lo he matado!

—Muy bien, señorita Miller. —Demonio me felicita con una grata sonrisa—. Así me gusta.

No sé si sentirme halagada, sonrojarme o entregarme a la policía.

He matado a alguien.

Pese a ser una especie de demonio, he matado a alguien.

No me reconozco.

En qué me habré convertido.

En qué me habrá convertido este demonio.

Tal vez, en otro demonio.

Entre su entusiasmo y mi angustia, el otro atacante se libera del acorralamiento y Demonio recibe su primer golpe.

Lo envía de espaldas al suelo.

—¡Demonio! —grito—. ¿¡Estás bien!?

—Qué curioso —murmura, pasándose la mano por la frente—. Nunca suelo distraerme.

Aunque no debería sentirme apenada, me resulta inevitable poner una mueca de tristeza cuando el demonio rizado observa a su compañero pasar al otro barrio. Al instante en el que su atención vuelve a nuestra órbita, no hay más que una llamarada de rabia en su ser. Hasta sus cuernos parecen más brillantes.

—Tú. —Me señala tembloroso—. Tú has matado a mi amigo.

El peor de los escalofríos hace retumbar mis huesos.

—La señorita solo me ha protegido —aclara en evidencia—. Habrías hecho lo mismo por tu compañero, ¿me equivoco? No es como si no os hubiera avisado de que este ataque gratuito acabaría mal.

Lo ignora a complejidad y vuelve a señalarme.

—Has matado a mi amigo.

—Yo... —balbuceo—. Yo no...

—Lo vas a pagar, *puta* zorra.

A partir de un movimiento inesperado, me sujeta de las costillas y me coloca el cuchillo de lleno en la garganta. Aunque la escena transcurre a toda mecha, sé que si sobrevivo este recuerdo será mi depredador hasta el resto de mis días humanos. Me abstengo de gritar hasta quedarme muda.

—¿¡Ves esto, Sombra!? —grita el demonio mientras me apresa, desesperado, haciendo uso de su último acto de valentía—. ¡La voy a despellejar delante de tus nari...!

Demonio lanza el cuchillo directo a su frente con una precisión increíble.

El rizado, tras tocar el filo incrustado en su cabeza, cae desplumado sin tener la oportunidad de terminar la amenaza.

Es cuando ya no puede estremecerse más, que el autor del tiro se sienta encima de él y recupera el cuchillo para clavárselo en el corazón. No refleja ningún vestigio de piedad ni lamento, una acción tan cruel como instintiva.

Alza el arma y lo repite, atraviesa su pecho. Una vez más. Y otra vez.

—Demonio… —susurro.

Y otra vez.

—Demonio.

Y otra vez.

—¡Demonio!

Y otra vez.

Y otra vez.

Tantas veces que pierdo la cuenta.

—¡DEMONIO, PARA! —espeto—. ¡YA ESTÁ MUERTO!

Reacciona de la hipnosis catapultando el cuchillo a la otra punta de la habitación. Su camisa blanca está impregnada de manchas al igual que sus mejillas, que se moldean al relajar la expresión.

—Bien, por fin ha acabado. Admito que me he puesto un poco nervioso al final. —Se recompone, esbozando una sonrisa—. Perdone la matanza... Era necesaria. Recogeré este desastre y será como si nunca hubiera pasado.

Como si nunca hubiera pasado.

Me quedo incapacitada para actuar por unos momentos.

—¿Señorita... Miller? —Extiende el brazo.

La urgencia puede conmigo. Provoca que me lance a correr hacia el baño, abra la tapa del váter y me apoye en la tapa interior para vomitar. Las arcadas me han hecho pasar factura. Mientras saco el contenido indeseado, alguien recoge mi cabello con ambas manos para que no estorbe ni se me ensucie.

—Está bien, está bien —murmura Demonio, apartándome los mechones restantes—. Déjelo ir, no se corte.

Sigo echando la porquería.

—Así, muy bien. Perfecto.

Toso varias veces antes de terminar.

—Todo saldrá bien.

Cuando ya no me queda nada más, Demonio tiene preparado el pañuelo para que pueda limpiarme. A este punto no estoy ni avergonzada, no me ha importado tan poco mi aspecto como ahora. Podría ser porque Demonio ya me ha visto de todas las formas posibles. Radiante, casera o hecha un estropicio.

Luego de lavarme la cara con agua y secarme con una toalla, libero:

—No puedo más, Demonio.

Se frota las manos sin poder responder. Espera desanimado a que continúe.

—Muertes, demonios, sangre, tratos, más demonios. —Me aprieto la falda del vestido—. ¿Te das cuenta, verdad? Quizá tú estés acostumbrado a este mundo tan peligroso, pero yo no. O al menos no debería estarlo. Hasta ahora era una chica universitaria que no había visto más cadáveres aparte del de su padre, la cual prometió que se abstendría a tener problemas. Y dado el rumbo que estamos llevando, esto es únicamente el principio. Vendrán momentos mucho peores.

Me mira directamente con ese fulgor tan intrigante. No me he molestado en encender las luces del baño.

—Tienes que entenderlo —le ruego—. Cada persona tiene un límite, he superado tantas veces el mío que ya no me siento yo misma. Tengo miedo, Demonio. El proceso de cumplir con el trato

está resultando un maldito infierno... Y por eso no me veo capaz de seguir.

—La entiendo. De verdad que lo entiendo.

—No lo haces —protesto.

—Yo también fui humano —clarifica, un poco más contundente—. Lo crea o no, también fui como usted.

Aprieto los labios antes de decir lo que quería saber desde el principio.

—No entiendo por qué yo. —Arrugo la frente.

—¿Por qué usted…?

—¿Por qué tenías que obligarme a hacer un trato si sabías que acabaría con volverme loca? —Pongo mi rostro justo delante del suyo—Dímelo, Demonio. ¿¡Por qué yo!?

—Señorita Miller.

—Y no me vengas con que fue aleatorio. Dímelo.

—Señorita.

—Por qué yo. Por. Qué. Yo.

Gracias a una luz reflejada en su iris, puedo notar un matiz marrón que no había visto antes.

—Porque fue la única que llamó mi atención.

Trago en seco.

«Maldición. Estamos demasiado cerca.»

Sin poder evitar enrojecerme por el comentario, me alejo tan rápido como puedo, incluso si esa parte de mí que tanto desconozco hubiera deseado quedarse así de cerca un rato más.

—El trato está hecho —explica, comprensivo—. Nadie puede revertirlo, ni siquiera yo. Pero si me dice qué puedo hacer para que este proceso le resulte más cómodo, haré lo que esté en mi mano para que así sea. Lo último que querría es llevarla a temerme, no es ese el objetivo del servicio.

Pienso la respuesta detenidamente antes de apretar el puño y pedir:

—No quiero que mates a nadie más.

—Pero Señorita Miller, lo hago para protegerl...

—No quiero que mates a nadie más —repito, casi rogando.

Demonio suspira.

—No mataré a nadie.

—Y menos a un humano.

—¿Por qué debería mata...?

—Y menos a un humano.

—Y menos a un humano —repite, poco convencido.

Me agito el cabello, acomodándolo atrás.

—Espero no tener que ir al infierno por haberme manchado las manos.

—No debe preocuparse por eso, créame.

—En fin. —Trato de recomponerme—. Vamos a limpiar este desastre y… a olvidarnos de que han sucedido dos asesinatos esta noche en Saint Rosette.

Mentalizada de que este recuerdo me acompañará hasta la tumba, paso por el salón y me doy cuenta de que los dos cadáveres se han convertido en polvo. No sé por qué será, pero agradezco no tener que lidiar con ellos. Demonio agarra una escoba y recoge la suciedad del salón, voy directa al saco tirado en la esquina de la cocina.

Pensé que querían meternos aquí dentro, como en las películas de suspense que veía en secreto cuando no llevaba sostén. Pero el saco ya está lleno. Lo abro al completo y rebusco entre todo tipo de joyería y objetos valiosos, relojes de marca, collares con diamantes y hasta teléfonos que mañana entregaré a la policía. Supongo que estarían robando antes de venir a por nosotros.

—Oye, Demonio —me acuerdo, inspeccionando el saco.

—Dígame.

—Antes has dicho que hacer un trato les costó su humanidad, hablo de los medio-demonios. ¿Acaso yo tendré que pagar por este trato? Porque ya sería el colmo de los colmos.

—Oh, no —aclara desde el salón—. Lo nuestro es más un intercambio de intereses.

—Entiendo.

—Debería intentar relajarse los próximos días —cambia de tema —. Podría probar yoga o meditación, a las humanas les encanta.

En el fondo del saco, hay un montón de papelería levemente arrugada. Los examino, por lo visto son entradas de obras clásicas y

billetes de avión. Saco un puñado para analizarlos uno a uno.

«Miami, Londres, Costa Rica, Tokio, Ibiza... Vamos a ver de qué es este.»

Tan pronto lo leo, emito un jadeo de sorpresa.

—¡Demonio! —exclamo para que venga.

Deja la escoba apoyada en el sofá y se acerca.

—¿Ocurre algo?

—Mira. —Le planto el billete de avión en sus narices.

Demonio entrecierra los ojos mientras lo lee.

—Mmmh… ¿Las Islas Selmor?

—Son dos islas veraniegas en el norte de Novalia. —Miro la información con ansia—. Emma ha querido viajar ahí desde que la conocí en secundaria, pero la ida en avión es muy muy cara, es por eso nunca ha podido permitírselo. Y mira. —Saco más billetes—. ¡Hay tantos...!

—¿Y bien?

Ladeo la cabeza.

—¿Y bien, qué?

—¿Qué planea hacer con ellos?

La respuesta más sencilla pero incoherente para la situación se me escapa de los labios:

—Creo que tienes razón. —Esbozo una sonrisa torcida—. No solo yo, todos necesitamos relajarnos un poco.



CAPÍTULO 17: LOS SUEÑOS

Mi padre me dijo una vez: Los humanos somos seres muy irónicos.

Ya podemos haber hecho la cosa más horrible y que nuestra mente sufra un choque de consciencia, que si se nos cruza la oportunidad, lo abandonaremos todo con tal de evitar la mínima confrontación. No es que tratemos de ignorarla; más bien la dejamos de lado hasta que se ve más manejable, al igual que cuando esperamos cubiertos a que suavice una tormenta. Dadas las circunstancias, eso es lo único que me veo capaz de hacer: Huir.

Huir de mis problemas, huir de los demonios, huir de mis sentimientos. Huir de la culpa ocasionada por mis propios actos. Desafortunadamente, es muy difícil escapar de alguien que te sigue a todas partes. Ninguno de los dos tiene otra opción. Sin embargo, lo haré: Escaparé. Quizá no de mis problemas, tal vez no de *él*, pero

me desconectaré del entorno donde no hay más que inconvenientes. Ya no hay estabilidad que valga la pena conservar, el universo me impide seguir siendo esa mujer.

Quiero fingir que todo va bien.

Hallaré la liberación, aunque sea solo por unos días. Aquí, en mi antiguo instituto secundaria, empiezo con esta operación.

Mantengo a Emma con los ojos vendados, la guío a través del patio.

—Espero que sepas adónde me llevas —señala, tan divertida como nerviosa—. La intriga me está matando.

—Aguarda un poco, ya casi hemos llegado.

La conduzco por los hombros hacia su destino, anhelante de ver su reacción.

—¿Ya me puedo quitar la venda? —insiste.

—No, Emma. Unos pasos más.

—¡Vamos! Quiero saber lo que es.

—Pensaba que Juni era la impaciente de las dos —bromeo sin dejar de caminar.

—A ver, es que nunca me has hecho una sorpresa —me recuerda — así que debe ser algo importante.

Cuando ya hemos llegado, le digo a Emma que ya puede quitarse la venda. Se la arranca de los ojos como si fuera una sanguijuela y una oleada de nostalgia navega en su iris oceánico.

—*Taráán*. —Abro los brazos—. ¿Te acuerdas?

Parpadea varias veces.

—Pero si es... nuestro banco.

He pensado que el mejor lugar para darle la *verdadera* sorpresa era ahí donde pudiéramos viajar al pasado, ahí donde los recuerdos de la secundaria siguiesen flotando en el aire. El escenario está tal cual lo recordaba, incluso el pino que nos protegía del sol, solo que el banco está más viejo y agrietado. No creo que actualmente sea muy usado.

—Lo es. —Sonrío, deslizo los dedos sobre nuestros nombres grabados con permanente.

—¿Cómo lo has hecho para entrar? Son las seis de la tarde.

—Mi jefa del comedor conoce a la directora y, bueno, me las he apañado. —Aclaro la garganta—. Tú primera, Emma Castle. Vamos a reposar nuestros traseros.

Nos alineamos exactamente igual que antaño; Ella en la izquierda, yo en la derecha. Y con los recuerdos del momento, a Emma se le ocurre un juego.

—¡Mira! —Señala a la nada, traviesa—. Ahí está Richard LaTorre, el mejor jugador de la liga escolar. ¿No te parece guapísimo?

Niego con la cabeza.

—Realmente no te entiendo, Emma. —Le sigo el juego—. Los chicos del instituto son feos, repulsivos y pesados.

—No dices lo mismo del chico de tercero que te ayuda a mantener el huerto.

—¿Hablas de David Milton? ¡No! ¿A quién le gustaría ese *playboy*?

—A todas las chicas de nuestra clase. Incluida a Daniela.

—Daniela. —Abandono el papel para hacer memoria—. Me hizo pasar la peor novatada los primeros días.

—No podría olvidarme de ella. Dijo que sería mi amiga durante el resto del curso, y al día siguiente ya estaba esparciendo rumores falsos sobre mí y mi familia. —Se acomoda el pelo detrás de la oreja —. Suerte que ese día te conocí a ti. *A la aburrida de turno.*

—Fue aquí mismo.

—Decíamos que éramos como las abuelitas malhumoradas. Siempre chismorreando y quejándonos hasta de la más mísera partícula.

—No fue nuestra mejor época —reconozco, mostrando una sonrisa triste—. Pero la sobrellevamos bastante bien.

Guarda silencio observando la nueva cancha de básquet. Ha llegado el momento. Abro la cremallera del bolso y, disimuladamente, saco un billete de avión. Me lo escondo detrás de la espalda.

—Emma. —Capto su atención—. Si tengo que serte sincera... No sé qué habría hecho sin ti todos estos años. Me has ayudado con tantas cosas que ya he perdido la cuenta.

—No ha sido nada. Era lo mínimo, eres mi amiga, Dalia.

—Lo digo en serio. —Me acerco a ella—. Te aprecio mucho.

—A ver si al final nos vamos a poner ñoñas. —Carcajea de forma dulce—. Yo también te aprecio mucho, ya lo sabes.

—Y venir aquí para recordar nuestros inicios es perfecto.

—Sí.

—Pero no es la verdadera sorpresa. —Subo la comisura del labio.

Emma sube una ceja, intrigada.

—¿Ah, no? ¿Y cuál es?

Saco la mano de mi espalda y le entrego el billete.

—Para ti. —Lo toma con curiosidad—. Quiero que vayamos juntas, con Juniper y... mi primo. Los cuatro juntos.

El papel tiembla en sus manos mientras lee la destinación del billete. Se lleva la mano a la boca de tanta emoción que la consume.

—Dalia —murmura, casi lloriqueando—. Las Islas Selmor.

—Donde siempre has querido ir. Ahora puedes, e irás.

No espera ni un segundo más y me abraza hasta dejarme sin aliento. Lo agradece miles de veces a la vez que rodea mi clavícula con esos brazos bronceados.

—No lo entiendo. —Vuelve a mí—. ¿Cómo?

—Lo gané en un sorteo. Y no es por nada, pero es para este fin de semana. Vas a tener que ir haciendo las maletas.

—Oh, ¡Dalia...!

Me abraza otra vez.

—Te lo mereces, Emma.

—No me lo puedo creer. —Su emoción se convierte en euforia—. Llevo años queriendo ir desde que lo vi en un documental. Las playas, las fiestas, las ciudades, ¡es perfecto!

—Nos vamos de viaje —celebro, bailoteando sin levantarme.

Mi amiga deja de lado el entusiasmo para fijarse en mis movimientos animados.

—Sabes, nunca te había visto así.

Dejo de moverme al instante.

—¿Así..?

—Por una parte, te veo cansada. Solo hay que ver esas ojeras de mapache —dice. Bajo la mirada, no quería que se diera cuenta—. Aunque por otra parte te veo diferente.

—Emma, si no te explicas no puedo entendert…

—Estás enamoradísima. Se te nota.

Titubeo. Debería ponerme roja y negar su afirmación al instante, en cambio, me pongo a reír.

—¿Y desde cuándo estar cansada es sinónimo de estar enamorada?

—Tienes una maraña de emociones nuevas que no entiendes. Ha puesto tu mundo patas arriba, todo aquello que creías creer, y por ende te sientes confusa, cabreada y cansada. ¡No pasa nada! Acabarás entrando en razón. Y cuando lo hayas hecho será gratificante.

Me quedo boquiabierta. Debo quitarme un pelo que se me ha colado en el interior.

«Si supieras la verdad.»

—Está bien, experta en el romance. Ahora no estamos hablando de mí. —Cambio de dirección—. Estamos hablando de que estás a unos días de hacer el viaje de tus sueños.

—Cielos —Suelta aire—, Daniela se moriría de envidia.

—Subiremos nuestras mejores fotos, y créeme que lo hará. No podrá quitarnos de su cabeza. —Le guiño el ojo.

Empezamos a celebrarlo, recordando más ocurrencias que conformaron nuestros años de instituto. En aquel entonces creíamos que eran un grano en el culo. Ahora solo puedo pensar en cuánto los echo de menos.

Un viaje nos espera.

Y no sé qué me deparará esta vez, qué querrá el universo que repare o atraviese. Lo único que sé es que gracias a lo que he superado hasta ahora, estaré preparada.

Debo estarlo.

Por muy confusa, cabreada o cansada que esté.

ZZZZZZZZZZZZZZZ

Una espesa neblina envuelve el bosque de altos árboles silvestres. El aire mañanero acaricia mi piel y la suya, tan blanca como la bruma misma. Sus labios, tan ardientes como un volcán activo,

besan los míos con una intensidad inaudita mientras me presiona las mejillas con sus manos candentes.

—Espera... —ruego, reclamando el poco aire que acecha entre los dos.

—No deje de besarme —pide él, rozando su nariz con la mía—. Aún no.

Y vuelve a hacerlo, tan cauteloso, como si nuestros labios fueran uno.

Cuando deja de besarme para contemplarme fijamente, lo veo claro; sus ojos son marrones, del mismo tono que el tronco que nos custodia del cielo.

—Nunca he visto algo tan hermoso —murmura—. Tan único. Es única, señorita Miller.

—Y yo no quiero que te vayas. Quiero que te redimas, pero si eso conlleva separarme de ti... Quiero que te quedes conmigo.

—Pero esto está mal, debería estar con Valentine.

—No me importa —protesto, agarrando su mano con fuerza—. Yo te quiero a ti.

—Y yo no quiero nada más que a usted.

—Te quiero tanto...

—La quiero.

—Te quiero, Deymian.

—¿Incluso si soy un sucio demonio?

Es al pronunciar esas palabras, que la niebla se vuelve tan oscura que dejo de ver a mi alrededor. Su rostro se deforma y múltiples gotas de sangre gotean sobre su rostro, hacen que parezca un ser malvado que quiere acabar conmigo. Con mi vida. Lo que era un ambiente acogedor y especial para nosotros, se vuelve un abismo del que no puedo escapar.

Un abismo tan negro que me hace caer. Caer.

Y caer.

Hasta que ya no queda... Nada.

zzzzzzzzzzzzz

Me despierto con un grito.

Escaneo a mi alrededor, la niña que se sienta delante me mira asustada a través del hueco entre asientos.

Remuevo mi cabello. Ha sido ese sueño de nuevo.

—¿Otra pesadilla, señorita Miller? —pregunta el protagonista de mi fantasía, sentado a mi lado con una camiseta azabache—. Al final tendré que exterminar al Freddy Krueger que tenga ahí metido.

—No, no. —aclaro, hundiéndome en mi asiento—. Estoy bien.

Me alejo unos centímetros de él, quien descansa junto a la ventana. Siempre he disfrutado viajar en avión. Estar tan lejos de tierra firme te provoca ese subidón emocionante, pero a la vez es relajante y con unas vistas que no encuentras en cualquier lugar. Lo malo es que este viaje en particular está resultando ser un dolor de cabeza. Cada vez que mi cuerpo me pide dormir, me despierto jadeante y con las mejillas al borde de estallar.

Y tener al autor de estos sueños conmigo no hace más que desatarme más pesadillas y sueños incómodos. Percibo su mirada cada vez que cierro los ojos; debería hacérmelo mirar.

—Chicas, no falta mucho para aterrizar —nos avisa Emma, la cual está detrás de nosotros vestida con una blusa de tirantes rosa y unas gafas de sol—. Se me empiezan a tapar los oídos.

Asiento con la cabeza, ella está radiante. Juniper también está detrás escuchando música Indie con los cascos, se ha cambiado de color de cabello; esta vez se ha decidido por un tono azul marino. Devuelvo la vista al frente y hago memoria de lo que quería decirle a Demonio. Inspiro antes de mencionar:

—Tengo que darte algo.

—Tengo que darle algo.

Qué vergonzoso. Lo hemos dicho al unísono.

—Usted primero. —Se ofrece.

Agarro la bolsa de mano que tengo bajo los pies y saco un objeto.

—Toma. —Le doy un móvil, uno de los que estaban en ese saco —. Me gustaría que tuvieras uno para este viaje.

Lo toma con inseguridad y lo analiza como si fuera un artefacto del futuro.

—Esto... ¿Para mí? —cuestiona.

—Sin tus poderes no puedo invocarte, así que me gustaría que tuvieras uno por si nos separamos y necesitamos comunicarnos.

—Pero no conozco el funcionamiento de estos aparatos. —Desea rechazarlo—. Lo mejor será que se lo quede o lo venda por ahí.

Hace el ademán de devolverlo, pero se lo deniego al instante.

—He dicho que quiero que lo tengas —insisto—. No te preocupes, ya te enseñaré su funcionamiento. Si puedes hacer levitar cuerpos no tendría que suponer ninguna dificultad.

—Yo no estoy tan seguro.

—Bueno, ¿no tenías algo por darme?

—Ah, sí. —Deja el móvil en el asiento y saca algo de su zapato—. Aquí está. Esto es para usted.

Hago el esfuerzo de no chillar cuando me muestra un cúter afilado.

—¿¡Pero qué..!? —Se lo quito de las manos para escondérmelo—. ¿Cómo te las has arreglado para pasar un cúter por el control de seguridad? ¿Estás loco?

—Tengo mis métodos, no importa.

—Claro que importa —reniego en silencio—. Si los del avión se enteran nos pasaremos las vacaciones entre rejas.

—He pensado que lo mejor sería que tuviera uno por seguridad. — Cruza de piernas—. Las islas veraniegas son el paraíso perfecto para ladrones u hombres avariciosos, es preferible que tenga un arma blanca en el bolso.

—¡Pero para eso te di el teléfono! Para que podamos comunicarnos en caso de alguna emergencia.

—Si alguien quisiera atacarla de nuevo no tendría la ocasión de hacerlo, y aunque la tuviera, yo seguiría sin poder llegar a tiempo.

Permanezco atónita, incapaz de replicar.

«Tiene razón.»

—*Ahgg* —gruño, sabiendo que tal vez sea lo mejor—. De acuerdo, lo esconderé en mi bolso. Pero que sepas que no saldrá de ahí si no es por una situación crítica.

—Con que lo tenga ya me siento más tranquilo.

De pronto, una voz se activa por la megafonía:

Señoras y señores¸ en unos momentos iniciaremos nuestro descenso. Por favor, asegúrense de que sus asientos estén en posición vertical, las mesitas dobladas y su cinturón de seguridad bien abrochado.

—Estamos a punto de llegar. —Vuelvo a él—. Recuerda la promesa que hicimos. Nada de sangre. Nada de problemas durante el viaje.

—¡Dalia, mira! —Emma reclama mi atención viendo por la ventanilla—. ¡Ya se ve el mar!

Sonrío al asomarme a través de la mía y apreciar un mar inmenso.

—Es verdad —confirmo, oyendo el murmullo de los pasajeros.

Juniper se baja los cascos a la altura de los hombros para volver al mundo real. Tira múltiples fotos del paisaje con una cámara analógica abarrotada de pegantinas.

—Ya veréis cuando le enseñe estas fotos a mi novia —dice, repasando las que ha tirado—. Es una pena que no haya podido venir. Con su brazo en mal estado hubiera sido complicado.

—Después haremos una videollamada —subraya Emma, y agarra el teléfono—. Mirad, aquí en el itinerario dice que hay una feria de atracciones que está a punto de cerrar. Justo antes de que nos vayamos será el último día, seguro que estará repleta de actividades. Tenemos que ir sí o sí.

—Nos lo apuntamos. —Trata de bajar su euforia—. ¿Dónde querréis ir vosotros, primos de delante? ¿Habéis consultado las actividades?

—Sí, pero me valdrá con lo que vosotras queráis. Aunque tengo ganas de ver el hotel —respondo.

—Seguro que será más de lo mismo. Estoy ansiosa por probar la comida, dicen que aquí se preparan unos cócteles de infarto.

—Primero iremos a la playa —nos recuerda Emma, nos ha demostrado de todas las formas posibles que es lo que más espera visitar—. ¿Primero iremos a la playa, verdad?

—Primero dejaremos nuestras pertenencias en el hotel —añade Demonio—. Luego haremos lo que queramos.

Me subo la bolsa encima de las piernas.

—Ya veo el aeropuerto —Emma agita mi asiento—. ¡Chicas! ¡Ya hemos llegado!

Cuando el avión finalmente aterriza, cogemos nuestro equipaje de mano y salimos por las escaleras metálicas que conducen al exterior. Lo primero que siento al llegar es, sin duda, un calor abrasador. Incluso en primavera Saint Rosette suele mantener un clima gélido, de lo contrario aquí el verano es eterno. No por nada vive del turismo, de un turismo joven y parrandero.

No es mi ambiente, y no me importa con tal de pasar unos días con mis amigas. En cuanto a Demonio... Su primera impresión es de completa indiferencia. En realidad ha venido porque no quería que se quedara solo en mi piso, si pudiera lo mantendría alejado de mí durante un tiempo para, como dijo Emma, hacerme entrar en razón.

Y lo peor es que no podría.

Seguiría pensando en él por muy interesantes que fueran las actividades o los espectáculos.

Luego de horas de controles, finalmente podemos abandonar el aeropuerto. Un taxi con música bachata nos lleva a nuestro hotel. Las calles son semejantes a las que salían en las fotos de internet, decoradas con palmeras decorativas y jóvenes andando por los paseos marítimos. Al margen de que te gusten o no las islas veraniegas, las vibraciones de este lugar te obligan a ser alguien diferente y disfrutar del presente.

Llegamos a nuestro destino. El hotel es sencillo y no tiene mucho para explorar. Las habitaciones son pequeñas, también un poco húmedas, si bien creo que a nadie le importa; aquí solo vendremos para dormir. Nos alojamos las tres en una misma habitación, dejo mi maleta encima de la única cama individual.

Demonio se queda solitario en otra habitación.

No tardamos mucho en ponernos el bikini para ir a nuestra primera parada: La playa. He estado rogándole a Demonio que se pusiera un bañador, me gustaría que encajara entre la multitud para no llamar la atención de alguien indeseado.

Al final lo he conseguido.

Cuando nos encontramos fuera del hotel, he tenido que ahogar una risa traicionera al verlo como un auténtico chico playero. Lleva un bañador negro, una camisa blanca con líneas rojas y unas gafas de sol al estilo *Matrix.* Su expresión de incomodidad es un chiste...

«Bien, al menos pasará desapercibido.»

—Hay que ver qué guapo te has puesto, Scott —se cachondea Juniper, rodeada de un flotador amarillo—. ¿Estás listo para ir a cazar muchachas?

Luego de hacerle una mueca divertida, se acerca a mí y me susurra al oído:

—Tiene suerte de que no tenga mis poderes. Se arrepentirá de esta, señorita Miller —murmura con un toque de humor, consigue ponerme nerviosa.

Dicen que las Islas Selmor son como Las Vegas: Lo que pasa en las islas, se queda en las islas.

Vamos a ver si es verdad.



CAPÍTULO 18: OLAS QUE ARDEN

¿A quién no le gusta notar la arena de playa en la planta de los pies? Es una sensación agradable para cualquiera...

Al menos, hasta que el sol del mediodía la convierte en una plancha asadora. Emma, Juniper y yo corremos a la orilla mojada liberando soplidos de dolor. Demonio, en cambio, se lo toma con calma mientras aprecia el aroma reconfortante de la sal marina.

—Hacía mucho que no iba a una de estas —dice antes de clavar la sombrilla en la arena sin esfuerzo—. Es una pena. La recordaba menos ruidosa.

La zona está plagada de turistas de todas las edades y nacionalidades, desde jóvenes jugando al voleibol hasta ancianos leyendo el periódico sobre sillas plegables. No es muy diferente a las playas que haya explorado antes, abunda el graznido de las gaviotas en el cielo y el rumor de la marea rascando la frontera. Sin embargo,

creo que lo que la diferencia de las demás es el color del agua: Es tan transparente que parece irreal.

No esperamos más, nos quitamos nuestras prendas de ropa. Mientras que Emma y yo vamos conjuntadas con un bikini verde limón, Juniper luce un bañador negro de cuerpo completo.

—Llevaba tanto esperando esto —alucina Emma tras hacerse un moño alto—. Es divina.

Juniper rueda los ojos con impasibilidad.

—No es para tanto —responde, extendiendo su toalla grisácea—. Eso sí, no puedo esperar más para meterme. El camino se me ha hecho eterno, me sudan hasta los pezones.

Emma la ignora olímpicamente antes de preguntar:

—¿Quieres crema solar, Scott? —La saca de su *Tote Bag* y se le echa en los brazos—. No quiero que te quemes esa piel tan pálida.

—Muchas gracias —agradece, extendiendo su toalla—. Pero no me voy a quitar la camisa. Me quedaré reposando debajo de la sombrilla.

—¿Cómo? ¿No vendrás a bañarte con el calor que hace?

—Claro que sí. —Me adelanto—. Ahora vendremos.

Demonio me mira desconcertado.

—Entonces os espero en el agua —concluye Emma, que sucumbe a la tentación y corre adentro con Juniper.

Cuando ya se han ido, levanto las cejas pidiendo una explicación.

Él ladea la cabeza, e inmutable, se acomoda encima de la toalla.

—El mar está hacia el otro lado, señorita Miller.

—Demonio. —Cruzo los brazos—. ¿Por qué no quieres venir?

—¿Y por qué debería? ¿Es obligatorio meterse en el agua?

—Por supuesto que no, pero...

—Estar tumbado en la arena también forma parte de la experiencia. Además, me ha dejado claro en múltiples ocasiones que busca estar a solas con sus amigas. Bien, vaya a divertirse.

—No lo decía por mí —aclaro—. Lo decía por ti. No quiero que te quedes con las ganas, sé de sobras que quieres entrar. Nadie te lo está impidiendo.

—Me ha traído aquí como si fuera el caniche que no puede dejar solo en casa. —Se sube las gafas de sol a la altura de la frente—. Lo

que quiera aquí es lo que menos importa.

—¿A qué viene eso? Deja de ser tan inmaduro y ven al agua.

—Mmmh... Qué a gusto se está aquí. —Se gira hacia el otro lado —. Fresco, relajado y solo.

Resoplo. A veces parece listo para contar batallitas y otras para pedir un chupete, de verdad que no hay quien lo entienda.

—Pues haz lo que quieras.

Me vuelvo de caras al mar, indignada. No sé qué mosca le habrá picado. Aunque ciertamente tiene razón; ni siquiera debería haber venido, no debería importarme lo más mínimo lo que haga o deje de hacer. Añado esa idea en la cabeza cuando mis pies notan las olas templadas chocar contra ellos.

«Qué calentita.»

Bajo la mirada para observarlos mojarse y descubro qué, de repente, hay dos más a mi lado. Me volteo al instante, no puedo evitar esbozar una sonrisa burlona.

—Los demonios tampoco podemos notar la temperatura —cuenta el señor oscuro, viendo al horizonte—. Pero ya que estamos aquí, la acompañaré. Alguien tendrá que ahuyentar a los tiburones.

Niego con la cabeza.

—Nunca he visto a alguien cambiar de opinión tan rápido.

—Ya me conoce, soy un orgulloso.

Fuera de contexto, es la primera vez que lo veo sin prendas de arriba. Al ser tan alto y flacucho no iguala la complexión de otros hombres, pero no aleja el hecho de que está en forma, y se nota. Aparto la mirada de su abdomen cuando se da cuenta de que lo tenía en mi campo de visión; avanzo hacia delante.

Demonio consigue meter el cuerpo al completo antes que yo, bucea a una velocidad de atleta yendo de un lado a otro. Cuando regresa, sobresale a la superficie y se peina el cabello mojado hacia atrás. Me resulta imposible cambiar mi foco de atención. Al percatarse, esboza una sonrisa socarrona.

—¿Es que tengo un pulpo pegado en las narices? —pregunta, pues no he dejado de observarlo.

Agito la cabeza, avergonzada.

«Lo he vuelto a hacer.»

—Perdona, me he quedado bloqueada. —Vuelvo en sí, poniéndome de puntillas para que el agua no me roce el pecho—. Es que me cuesta mucho meterme. Necesito concentrarme.

—Ni que estuviera practicando para un examen de socorrismo. —Chapucea—. Tírese, no tiene ni que pensarlo.

Mueve los pies provocando que el agua rebote contra mí.

—*Ahg*, no me salpiques —me quejo, secándome con las manos—. Y para algunos no es tan fácil, para que lo sepas.

—Bueno, es comprensible. En unos tiempos este fue el retrete de dinosaurios, y ahora también el de los humanos.

—¡Demonio! —exclamo, tengo esa imagen adherida a mis neuronas—. ¡Qué asco!

Sin pensarlo dos veces, lo salpico en toda la cara.

Es cuando me escudriña y se retuerce en una mueca malévola, que sé que mi cuerpo no va a estar seco por mucho más tiempo.

—Se lo he dicho antes. —Se coloca en formación de atacar—. He dicho que se arrepentiría, señorita.

«Ay, no.»

Pronto empieza a perseguirme por las aguas saladas de Naiver Beach. Corro cuanto puedo, frenada por la presión del océano que me obliga a mover como en un sueño. Tanto esfuerzo, en vano. Nadando al igual que un pez espada, Demonio se abalanza sobre mí y agarra mi cabeza para hundirla, me retiene por unos segundos. Finalmente vuelvo a la superficie, absorbo una bocanada de aire y sonrío al modo vengativo.

—Te has pasado —señalo, colocándome los mechones mojados detrás de las orejas—. Te has pasado pero bien.

Intento ponerme en la misma posición amenazante.

—Estoy aterrado —me provoca, divertido—. ¿Qué piensa hacer, Marquesa Mía? ¿Va a sacar a relucir sus dotes de jardinera para plantar un lecho de algas y tirármelas encima?

—Mira por dónde. —Agarro una planta morada que sobrepasa la línea—. Algo así.

Arrojo el alga y la estampo contra su pelo. Se queda sin visión por unos momentos, lo que origina que estalle a risas tontorronas. Se

deshace de ella de un manotazo dejando a la vista una expresión el doble de maliciosa.

—Así que esas tenemos, ¿eh?

—Deberías hacértelo tu nuevo sombrero. *Quel chapeau élégant, monsieur.*

—*Flatteur.* —Cruje los dedos—. Se lo ha ganado, señorita Miller. Ahora conocerá la ira del infierno.

Retoma la persecución, a diferencia de que esta vez me desplazo por debajo del agua. Aun sabiendo bucear muy rápido por estar ejercitada, soy consciente que me está dando ventaja, lo corroboro cuando doy un vistazo hacia atrás y no hay más que unas niñas jugando a ser sirenas.

Giro la cabeza a la derecha, luego a la izquierda.

«¿Dónde se ha metido?»

Ignoro el escozor ocular ocasionado por la sal para intentar focalizarme, ¿puede ser que haya desaparecido? Cambio de idea drásticamente, pues alguien me jala de los pies. Libero un grupo de burbujas de oxígeno.

—La pillé. —Me saca a la fuerza.

Demonio no para de reír al ver mi rostro enrojecido, y sea como sea, eso me hace reír también. Continuamos tirándonos agua mutuamente usando nuestra fuerza, nos empapamos de arriba abajo. Por unos segundos me olvido de con quien estoy jugando. Los dos nos olvidamos de quienes somos, de cuantas cosas han pasado o cuantas pueden suceder, solo hacemos el tonto como dos jóvenes que se han encontrado en un viaje de verano. Le lanzo algas, caracolas e incluso arena mojada, tendremos que darnos un buen baño.

Tras quedarnos sin elementos por lanzar, nos tomamos un respiro y dejamos que el agua sostenga nuestros cuerpos. Libero una larga bocanada de aire. Hay alguna nube paseando en solitario incluso si el cielo se ve más azul que nunca. Giro la mirada hacia él, disimulada, y la devuelvo al aire cuando me doy cuenta de que ya me estaba mirando.

Se percibe un ambiente agradable, pese a ciertos indicios de tensión.

¿Cuánto hacía que no me sentía así?

La calma termina cuando Emma decide sumarse a nosotros.

Juniper la sigue a sus espaldas sobre su flotador amarillo.

—¡Aquí estáis, os estábamos buscando! —nos regaña Emma, me levanta de los hombros—. ¿Qué hacéis flotando como cadáveres?

Parpadeo varias veces, volviendo a la realidad.

—Chicas. —Carraspeo.

—Es increíble, esto está plagado de gente —protesta Juniper, y hace un estiramiento de espalda—. Sobre todo de adolescentes toca-narices que no me dejan echar la siesta.

—¿Y qué esperabas? Es una isla tropical destinada a un público joven —responde su prima—. Si querías relajarte hubieras ido a una residencia de ancianos.

—Ya es extraño que estés aquí y aún no te hayas acercado a ningún hombre. ¿No has visto cómo te miran esos galanes de ahí? Estoy segura de que se mueren por hablar contigo.

Emma le lanza una miradita a los mencionados, sin embargo, su impresión sigue siendo la misma.

—Pues que se busquen a otra. He venido aquí para pasar unos días con vosotras.

—Oh —Juni se baja del flotador—. Así que de repente eres familiar. No esperes a que me lo crea, conociéndote estarás esperando al tío perfecto para atacar.

—Cree en lo que quieras. —Emma me rodea con el brazo mojado —. ¿A que sí, Dalia?

—No sé ni de qué estáis hablando.

Siempre tienen que meterme en sus discusiones sin sentido.

De pronto, todos los presentes cambiamos de expresión a una de incomodidad al notar un cambio repentino de la temperatura del agua. Descolocadas, damos un vistazo a nuestros pies.

—Ehm —empieza Juniper, entrecerrando la mirada—. ¿Soy yo, o el agua está como... más caliente?

—Es verdad —confirmo, me recorre una sensación extraña en todo el cuerpo.

Emma aprieta los puños y empuja a Juniper a voluntad. Esta se mosquea:

—Escucha, ¡qué haces!

—No te hagas la ignorante. —Hace jarras con los brazos—. ¿Has sido tú, verdad?

La peli azul frunce el ceño.

—¿Yo? —bufa—. ¿De qué hablas?

—Si querías mear al menos te hubieras apartado a unos metros.

—¿Perdona? Pero si no he sido yo.

—Mentirosa. Te conozco desde que tengo memoria, Juniper, sé la cara que pones.

—¡Te estoy diciendo que no me he orinado!

—Embustera. Marrana.

Me separo de ellas para nadar hacia Demonio, que se ha alejado sin avisar. Permanece inmóvil, siento que las olas aumentan de temperatura cada vez que estoy más cerca. Intento no darle mucha importancia.

—Oye. —Subo una ceja—. No te escabullas. Lo del retrete para dinosaurios ha sido una broma encantadora, pero tampoco era obligatorio ponerla a prueba.

No sonríe ni responde.

Al contrario, cuando levanta la vista, me quedo tan rígida como él. La bilis se me sube a la garganta.

«Sus ojos… vuelven a ser rojos.»

—Demonio —Lo aparto de ellas y de la muchedumbre—. No puede ser, ¡esa mirada...!

—Son mis poderes —murmura—. Están volviendo.

Sabía que acabarían volviendo tarde o temprano, nos lo habíamos recordado tantas veces que había perdido la noción. Aun así, que hayan regresado justamente en medio del mar y con tantas personas a nuestro alrededor... eso sí que es mala suerte, incluso para nosotros.

La parte buena es que he pasado por tantas experiencias similares que ya ni me lo repienso: sin el control de mis acciones, lo estiro del brazo —que quema más que la arena— y me lo llevo afuera del agua. Demonio sigue mis pasos sin rechistar.

—¡Eh! —grita Emma, confusa—. ¿¡Adónde se supone que vais!?

—¡Vamos al chiringuito a comprar unas aguas, ahora volvemos!

Si me ha respondido no lo he oído, pues ya estamos corriendo sobre la orilla mojada en busca de un lugar donde poder escondernos. Su brazo está cada vez más caliente, así que se lo suelto y corremos cada uno por su cuenta. Ignoramos a todo aquel que tenemos que esquivar a la fuerza hasta que aparece una cala al fondo.

Vigilando de no pincharnos con las rocas, accedemos al interior y encontramos una especie de cueva húmeda donde no hay nadie. Aquí, mientras recobro el aliento que perdí, Demonio se acaba de transformar: Los cuernos rojos brotan de su pelo mojado, su piel recupera un color vivo, se alimenta de un poder que emerge de cada uno de sus poros. Vuelve a tener el aspecto terrorífico con el que lo conocí, mis músculos tiemblan de forma involuntaria.

Es inevitable tirar unos pasos atrás ante esa presencia.

—Ya era hora de volver a ser yo —libera en medio del aire. Se analiza a sí mismo y sonríe, exponiendo unos dientes laterales afilados—. Los ángeles de la corte me las pagarán por esto.

La cicatriz de su nuca vuelve a ser visible. Tras asegurarme de que nadie nos esté viendo, desciendo la mirada y me froto el hombro. Tengo un nudo en el estómago, un pavor irracional me obliga a subir la guardia. Cuando se da cuenta de mi repentino nerviosismo, se acerca a unos pies a distancia.

—Señorita Miller. —Se rasca un cuerno—. ¿La he asustado? No era mi intención. Me ha entusiasmado volver a mi forma original.

—¡No! No, qué va. —Aunque me cueste, lo miro a los ojos—. Es solo que ya me había acostumbrado a tu otra forma, la humana. Ha sido un poco impactante, nada más.

—Escúcheme.

—No es que siga temiéndote, has hecho mucho por mí, sin embargo…

—Míreme. —Me dedica una mirada confiazuda—. Sigo siendo el mismo. La única diferencia es que, si alguien viene a por nosotros, estaré mucho más preparado.

Una oleada de pesimismo me pisa los talones.

—Es cierto, —Repiqueteo con el pie—. Ahora que has recuperado tus poderes... Volverán a venir a por nosotros, y esta vez será peor.

Los planes se irán al garete y mis amigas sufrirán las consecuencias.

—No.

—¿No?

—Como su demonio, le prohíbo pensar en eso durante *este* viaje. Aparte de cumplir el sueño de su amiga, ha venido aquí para darse un respiro del mundo infernal. Quiero que disfrute de cada segundo hasta el final, ¿escucha? —señala, convencido—. De lo demás ya me encargaré yo.

Carente de algo que agregar, me muerdo el labio y asiento.

—Está bien, trataré de olvidarme de los otros demonios.

—Así me gusta.

—Eso sí: aunque ahora pueda volver a invocarte, tendrás que aprender a usar el móvil —digo, recuperando mi humor anterior.

Demonio levanta la comisura del labio.

—Entonces me negaré en rotundo.

—Te obligaré.

—La ignoraré.

Cuando gruño y hago el ademán de volver con mis amigas, nos percatamos de la presencia de un niño que recolectaba cangrejos con un cubo. Vacilamos. El pobre se ha quedado estupefacto, así que Demonio lo soluciona de inmediato.

—¿Te gusta el truco de magia, chiquitín? —Ondea las manos—. Haría desaparecer esos animalitos con un sombrero, pero solo sé hacer sacrificios.

El niño tira el cubo al agua y corre a buscar a su familia, apenas tiene voz para gritar. Le dedico una mirada de no tienes remedio al creador de su nuevo trauma.

—Era muy innecesario.

—Lo superará —carcajea—. Venga, vaya a buscar las dichosas aguas para que nadie sospeche. Intentaré destransformarme a escondidas.

Le hago caso y abandono la cala con cuidado para volver a pisar tierra firme, camino entre las sombrillas mientras me recuerdo que todo irá bien; que estoy de viaje, que, de nuevo, Demonio tiene razón. Debo dejar de sobrepensar y empezar a pasármelo en grande. Trato de no pisar los castillos de arena a la vez que paso

cerca de varias canchas de voleibol, están abarrotadas de gente de mi edad bebiendo cerveza. Canturrean y bailotean a su antojo.

Justo en el momento menos esperado, una pelota blanca salta hacia mí y rebota contra mi pierna. La recojo con el ceño fruncido.

«Siempre he sido un imán de pelotas. Qué molestia.»

—¡Oye! —grita uno de los jugadores—. ¡Es nuestra!

Se están acercando para recuperarla. Hago la postura de devolvérsela, pero el chico ya se ha parado delante.

Una oleada de bochorno me pisa los talones.

—Perdona. —Se rasca la nuca, jadeando como un toro—. ¿Estás bien? ¿Te he hecho daño?

Niego con la cabeza y lo escudriño con detenimiento. Es alto y bronceado, también bastante musculoso. Se remueve el cabello castaño por acto de nerviosismo.

—Toma. —Le entrego la pelota. Dos de sus amigos se quedan detrás de él y cuchichean entre ellos.

El chico los manda a callar antes de soltar con sequedad:

—Pues gracias.

La incomodidad se apodera de mí.

De hecho, de los dos. Debería salir de esta burbuja.

—Bueno. —Doy unos pasos al costado para indicar que me voy—. No ha sido nada.

—Espera, no te vayas. ¿Tienes redes sociales?

Tenso la mandíbula. Es la primera vez que alguien me pregunta por ellas, y pienso que dárselas a un desconocido no sería lo más sensato. Tampoco se ve alguien peligroso, es un chico normal y corriente.

—¿Quieres que te diga mi usuario? —respondo, sin saber si hacerlo.

—Es que me has parecido guapa y tal.

—Me alegro. —Elevo una ceja—. Supongo.

Los amigos lo animan y le sacuden la espalda, están esperando una respuesta. Renuncio a seguir pensándolo cuando, de repente, una mano me rodea por el hombro. Al principio pienso que es Emma, mi habitual salvadora en los momentos incómodos.

Pero esa mano... está caliente.

Demasiado caliente.

—¿Algún problema, muchachos? —pregunta Demonio. Paso de incómoda a tensa, me está apretando la clavícula.

Es tan inesperado que me hace alzar la cabeza, su expresión refleja una concentración férrea y una seguridad absoluta, tanto en sí mismo como en permanecer pegado a mí. No comprendo la razón.

—Eh, no. Solo estaba pidiendo sus redes sociales —aclara el chico, apartándose con discreción.

Demonio entrecierra los ojos antes de continuar:

—Seguro que os volveréis a encontrar en la isla, pero nuestros amigos reclaman nuestra presencia. —Acaricia mi piel—. ¿No es así?

—Sí... Sí.

Me guía por el hombro. Estoy a punto de agradecerle, lamentablemente, ese chico vuelve a detenerme.

—Espera un momento —Aprieta los puños, los demás atienden—. Estabas a punto de darme tu usuario.

Mi salvador toma la palabra:

—No quiere hacerlo.

—Estoy hablando con ella, tío.

—¿A que no quieres? —me pregunta.

—Ahora mismo no puedo —admito, antes de que se complique—. Lo siento.

—Vamos... por favor.

—Ha dicho que no quiere —insiste Demonio.

—¿Y tú quién coño eres? ¿Su novio?

—Peor.

Esa palabra resuena como un trueno y los tres chicos dan un salto sobre la arena, la cual, de pronto, desprende humo en su sector.

—¡Pero qué...! —balbucea uno de ellos—. ¡La arena está quemando!

Entre gemidos de dolor, se lanzan al agua ansiosos de calmar sus pies chamuscados. La gente los mira perplejos. Entre tanto, uno de los amigos me dedica una mirada que no logro descifrar.

Satisfecho, Demonio se frota las manos de manera triunfante y deja mi hombro libre. Se pone a caminar tarareando una melodía.

—Oye, tú —suelto, lo sigo por detrás—. ¿Por qué has hecho eso?

No estaban haciendo nada malo.

—He querido reestrenar los poderes. —Agita una mano para acabar de quitarse el humo—. Los echaba tanto de menos...

—*Ja*. Ya —resoplo.

—¿Duda, señorita?

—Esta vez te lo acepto porque me has sacado de un apretón, pero tengas o no tus poderes se ha acabado. Ya lo hemos hablado.

—Vamos, ha sido una broma, y estamos aquí para pasarlo bien. Tendrá la oportunidad de ligar... de socializar en otras ocasiones.

Libero un suspiro.

—Mira —señalo— allí están las chicas.

Llegamos donde nuestras pertenencias y observamos a Emma y a Juniper tumbadas con las gafas de sol, esperan a que los rayos solares de la isla les tiñan la piel.

—Ya era hora —murmura Emma levantando la cabeza—. ¿Habéis traído las aguas? Estoy sedienta.

—Había demasiada cola. Nos hemos cansado de esperar. —Me desplomo sobre mi toalla.

—Tranquila, ya compraremos refrescos después. Con Juniper hemos pensado que cuando acabemos de la playa podríamos ir a comer a ese restaurante que os había dicho, y la tarde pasarla de *shopping* en el centro de la ciudad.

—Suena genial. —Me tumbo de espaldas—. Aunque, ahora... Creo que voy a echar una cabezadita.

—La tarde de compras tendrá que esperar, porque no pienso levantarme —susurra Juniper pegada a su cámara.

Emma se frota los ojos para ver mejor a Demonio, que se está sentando con nosotras.

—¿Scott? —Suelta una carcajada—. Has agarrado color.

—Bueno, no hay nada como un buen día de playa para hacerlo.

Cuando Juniper nos manda a cerrar la boca, no tenemos más remedio que bajar los párpados y concentrarnos en el manto de calor. Incluso envuelta en mi descanso, puedo apreciar a Emma y Demonio susurrar cosas entre ellos.

Aprieto los labios. Que se hagan tan cercanos me resulta un poco raro. Es difícil describir esta sensación, pero no me place en absoluto. Es similar a una molestia intrusiva que no sabes de dónde proviene, como si te estuvieran arrebatando algo importante. Apuesto a que son tonterías, los nervios de que el viaje salga bien.

Las horas han ido pasando y, ya que el tiempo es relativo, han pasado fugaces. Hemos ido al restaurante que quería Emma y ahí, al fin, he enseñado a Demonio a utilizar el teléfono —si bien creo que no ha entendido nada de nada—. Pasamos la tarde dando vueltas y vueltas en la ciudad de Korp, la capital de la isla central. Vaciamos nuestras carteras con souvenirs y visitamos los monumentos más destacados.

Hay un momento en el que acompaño a Juniper a una tienda de discos, los otros dos se van a dar una vuelta por otro sector.

Vuelvo a tener esa sensación punzante.

Pero, sin duda, siento algo mucho más potente cuando nos reencontramos y mis amigas se paran delante de un cartel.

Un cartel que anuncia una fiesta con música variada que se celebra esta noche.



CAPÍTULO 19: LUCES QUE CIEGAN

—El festejo se realiza esta noche, a la una de la madrugada. En el pabellón Destino, al sur de Korp. Para todo público mayor de dieciocho años.

Hace unos minutos estábamos paseando por la avenida principal de esta increíble capital, apreciando el entorno y cotilleando en las tiendas. Estaba feliz, tranquila, porque por mucho que Demonio hubiera recuperado los poderes, me sentía segura. Como si nada pudiera obstaculizarnos ahora que estaba alejada de todo —o casi todo—. Sin embargo, ahora que Emma recita el contenido de un cartel que hemos encontrado en una pared de hormigón... La vulnerabilidad vuelve a pellizcarme.

Sí, lo sé. Es una tontería sentirse insegura por una fiesta cuando literalmente he visto a dos demonios ser asesinados. Una rotunda estupidez. Pero hay cosas que no cambian, ¿no?

Al menos, no hasta que las miras de frente.

—Me he salvado de un año —agrega Juniper.

—Sí. Según lo que muestran tiene pinta de ser un fiestón.

Ahora que ya lo han visto, es evidente lo que decidirán hacer esta noche.

O tal vez no.

Ya que, en vez de seguir hablándolo, pasan de largo y continúan su camino. Demonio y yo nos quedamos expectantes junto al cartel.

—Eh, chicas —las aviso, haciendo que se volteen—. ¿Adónde vais? ¿No queréis ir a la fiesta?

Las dos se miran entre sí y vuelven sobre sus pasos.

—Por supuesto que sí —obvia Emma. Ladeo la cabeza.

—¿Entonces?

—Queremos, pero no vamos a ir —aclara la peli azul, cual si fuera evidente—. Ya sabemos que a ti no te gustan las fiestas.

—¿Y? ¿Eso qué narices importa? Tenéis que ir. —Señalo el cartel fluorescente—. No querréis perderos una experiencia así solo por mí, chicas, venga ya.

—Nos negamos a hacer una actividad sin que estés con nosotras, Dalia —clarifica Emma con determinación—. Hemos venido juntas.

Juniper asiente antes de señalar:

—Sí, tía. Encontraremos algo mejor que hacer esta noche.

—Algo que nos guste a todas.

No es la primera vez que contienen sus deseos para que me sienta cómoda. Recuerdo las noches de secundaria que pasábamos en casa de Emma viendo películas y contando anécdotas hasta las doce. Era joven, pero no tonta: percibía a años luz que lo que querían hacer realmente era salir y disfrutar del entretenimiento nocturno, y no lo hacían, únicamente porque no era de mi agrado. Me sentía egoísta; soy egoísta.

Esto tiene que acabar, el viaje no puede orbitar a mi alrededor.

Quizá ya sea hora de ser yo quién se adapte a ellas. Como dijo mi amiga, por probarlo no se derrumbarán las islas.

—Iré a la fiesta.

Desconozco si lo que más les ha sorprendido es lo que he dicho, o la forma en la que lo he dicho. Más dispuesta que nunca. Ellas me

conocen, saben que probablemente estaré forzándome…

—Esto es nuevo. —Juni levanta las cejas.

—No... —murmura Emma—. No queremos obligarte.

—Lo estoy decidiendo por mí misma —gano seriedad—. Tampoco exageremos. ¿Es solo una fiesta, no? Música, luces y gente pedo. Que no sea mi ambiente no significa que sea el fin del mundo, podré soportarlo.

La seguridad que emano deja claro. No voy a cambiar de opinión, y por supuesto, ellas no intentarán que la cambie.

Se mueren de ganas por ir.

Por ahora, tratan de asimilarlo.

—¿Es una broma?

—No.

—¿Lo dices de verdad? ¿Estás segura?

—Sí.

—¿Segura segurísima?

—Sí, sí, sí y sí.

—No me lo creo —Emma mira el cartel y vuelve a mí—. Vamos a ir a una fiesta con la mismísima Dalia Miller.

—Tampoco es para tanto...

—¿Qué no es para tanto? ¡Será nuestra primera fiesta juntas! No puedo esperar a que se haga de noche —exclama Juni, y se dirige a Demonio—. Tú también vendrás con nosotras, ¿verdad?

Lo niega con las manos.

—Dejaré que lo disfrutéis a solas. La música de esos locales se me hace un poco estridente, así que daré una vuelta nocturna por mi cuenta.

—Vaya —se lamenta Emma.

—¿De verdad no vas a venir? —pregunto.

Baja la cabeza y me responde al oído:

—Pondré en práctica el aparato que me dio. Si me necesita, ya sabrá qué hacer.

Asiento con discreción.

Sé que incluso separados podremos mantenernos comunicados, así que no me preocupo más de la cuenta. En realidad, estoy

deseando poder pasar un tiempo dedicado a mis amigas. Después de todo, el plan es irrelevante cuando se trata de ellas.

—¿Estás seguro de que no quieres venir, Scott? —pregunta Emma.

Su mirada indica que está algo inconforme.

—Muy seguro. Espero que podáis cuidar de mi prima.

«Esto es en serio.»

—Lo haremos. —Sonríen con picardía.

«Me voy de fiesta.»



Emma ha escogido el mejor vestido para mí. Se ha traído medio armario de viaje, y eso ha incluido un bello vestido turquesa con lentejuelas que estaba reservando para una ocasión especial. Ya que ha llegado esa ocasión, he decidido yo que sea quién lo estrene. Ella, en cambio, se ha contentado con un top blanco y una falda negra de cuero. Va invertida con su prima, son la mismísima personificación del yin y el yang.

La sensación de estar en un baño público a punto de entrar en un torbellino de gente es… no podría describirse con una sola palabra.

¿Emocionante? ¿Aterrador? ¿O por qué no emocionantemente aterrador? Mientras me pinto los labios delante del espejo malgastado y con poca iluminación, mi mente emite un zumbido nervioso. Por primera vez, me siento como una veinteañera. Y la música de fondo no suena nada mal. Emma, arreglándose a mi lado, me deja un colorete de mi tono y me lo esparzo por las mejillas. Deja lo que está haciendo para observarme con dulzura.

—Mírate. —Sus labios pintados de rojo se moldean en una sonrisa verdadera—. Tengo la amiga más guapa del mundo.

Denoto una mezcla de vergüenza y entusiasmo.

—Es curioso que seas tú quien me lo diga.

—Eh, Emma. ¿Y yo qué? —suelta Juniper.

Nos está esperando de brazos cruzados, arquea una ceja deformando su delineado semi perfecto. Se ha recogido el pelo en dos moños.

—Me olvidaba —se mofa, acercándose a ella—. Me olvidaba de que también tengo la prima más celosa del mundo.

—¿Quieres que me ría? Ja, ja. Venga, arreando, ya estáis perfectas. De tanto esperar se nos va a hacer de día.

—Estás muy guapa, Juni. —Le guiño un ojo, sabiendo que eso es lo que esperaba escuchar—. Este peinado te queda genial.

Esboza una mueca sin saber muy bien cómo reaccionar, se nota que le ha gustado. La entiendo, yo también me quedo en blanco cuando alguien me tira un piropo.

Luego de recoger el maquillaje y meterlo en su bolso, Emma se frota las manos indicando que ya está preparada.

—Basta de cháchara, ¿listas para ir a menear las caderas? —dice, dejándome sin respuesta.

Me dirijo a la puerta grafiteada antes de concluir:

—Vamos.

Cruzamos un largo pasillo decorado con vinilos antes de llegar a la puerta del pabellón. Entrecierro los párpados tan buen punto los focos alumbran mis ojos marrones, deslumbrada por el contraste. La música me golpea de lleno, mis latidos se fusionan con el ritmo constante. Pasamos entre la gente aglomerada en la gran entrada, la mayoría entusiasta y con estilos de vestuario extravagantes. Nunca había visto tanta variedad. La canción que pincha el DJ es la nueva de The Weekend y Anitta, *São Paulo*, lo que evoca el doble de euforia entre los presentes.

Tal como imaginé abunda un fuerte olor a alcohol y a humanidad, pero entre tantos estímulos positivos puede pasarse por alto. Las tres, animadas por el ambiente y la decoración neón que sumerge el pabellón en una atmósfera eléctrica, nos acercamos a la barra para pedir algo que nos libere del bochorno.

—¿Os pido unas cervezas, chicas? —nos pregunta Juniper, sacando la cartera—. Invito la primera ronda. Solo la primera, no os aprovechéis.

—Está bien, está bien. —Emma se apoya en la mesa alargada—. Invito la segunda.

Las dos me miran esperando mi respuesta.

—Yo por ahora no tomaré nada —aclaro, negando con los brazos.

Me gusta hacer alguna degustación de vino de vez en cuando, no obstante, no soy de esas que se emborrachan a menudo. No porque quiera hacerme la única y diferente, sino porque me asusta el efecto que este puede conllevar: perder el control de mí misma. Y eso sin contar lo mal que me siento al día siguiente.

Mientras mis amigas se disponen a pedir las bebidas, me siento en uno de los taburetes y se me ocurre una idea: Haré una videollamada con Demonio para comprobar que ha aprendido a usar el teléfono. Tomo el bolso para buscar mi móvil y, al hurgar entre mis trastos, muestro una mueca de fastidio al ver el cúter en el fondo. Es un alivio que no tengan un control de seguridad.

Tras rascarme la cabeza, marco su número. Espero. Y espero.

Y cuando finalmente dejo de ver mi cara en la pantalla, suelto una risotada.

—Demonio —Percibo que todo está negro—. ¿Me oyes?

La música está muy alta, así que me aparto de la multitud. Sigo sin ver nada en la pantalla que no sea un fondo oscuro.

—¿Señorita Miller, es usted? La oigo muy poco.

—Hay mucho ruido, pero también es porque te estoy haciendo una videollamada. ¿Recuerdas? Tienes que sacarte el móvil de la oreja y ponértelo delante de la cara.

Hace lo que le pido, a medias. Se ve la acera de una calle.

—¿Ahora? —pregunta.

—Demonio, no te veo. Tienes que girar la cámara.

Gira el teléfono y aparece un cielo estrellado.

—¡No! —Me río a carcajadas—. ¡El teléfono no! ¡La cámara!

Puedo apreciar sus quejidos de fastidio. Necesita algunos intentos de más, hasta que, al fin, su rostro se revela delante del mío. Desata un bufido de cansancio.

—Por el amor de Lucifer. —jadea—. Esto debería traer instrucciones.

Se agita el cabello y sonrío.

—Felicidades, lo has conseguido. He visto que estás dando una vuelta por la ciudad. ¿Qué te parece? ¿Es mejor de noche o de día?

—No sabría que decirle, no hay ninguna actividad con la que pueda gozar. Creo que más tarde me acercaré al pabellón.

—Me parece bien. —digo, observando a mis amigas conversar.

De pronto, Demonio se aproxima tanto a la cámara que solo veo sus ojos. Parpadeo varias veces.

—Oye. —Vuelvo a reír—. ¿Por qué te acercas tanto a la pantalla? En serio, parece que quieras ver a través de mi alma.

—Quería asegurarme de que la había visto bien. Se ha pintado los labios.

Me paso el dedo por los mismos.

—Ah, sí. —Volteo la cabeza, avergonzada—. Estoy probando cosas nuevas.

—Mmmh. Ya veo.

—¿Qué ocurre? ¿Me queda mal?

—No me gustaría incomodarla con mi opinión.

—Es decir, que me queda fatal.

—No me refiero a…

Mis amigas me interrumpen, me atraen con la mano para que las siga a la pista de baile. Aprieto los labios.

—Lo siento, tengo que dejarte —murmuro—. Ya nos veremos, intenta no perderte entre callejones.

Demonio asiente con la cabeza.

—Disfrute del resto de la noche.

Cuelgo el teléfono. Por un instante me parece ver una llamada perdida de Ian. La ignoro, quiero ir a bailar y nada más.

Nos mezclamos entre el gentío para ir al núcleo de la fiesta, en el centro, donde el DJ está más cerca y la música genera más impacto. Hemos encontrado un pequeño hueco libre en la parte delantera. Los jóvenes a nuestro alrededor esperan impacientes una nueva canción, gritando que pinchen de una vez, y cuando finalmente una melodía pegadiza se dispara en los altavoces, los gritos de emoción inundan el pabellón.

—¡No puede ser! Es mi favorita del 2011 —Juniper levanta el vaso, incitando a los demás a hacer lo mismo.

La canción que suena es *Give Me Everything*, de Pitbull. Después de darse un atragantón de cerveza, Emma no espera más y empieza a mover la cintura. Y ni hablar de Juni, que tan solo por la canción y sin necesidad de dar el primer sorbo se pone como una regadera. Yo

me muevo de un lado a otro, pues no se me ocurre qué hacer. La verdad es... que tampoco me desagrada estar aquí.

Se siente diferente.

Al verme tiesa en medio del caos, Emma suelta un bufido.

—No seas tímida, Dalia. —Hace una representación de su baile—. ¡Hay que moverse!

—Es que no sé hacerlo tan bien como tú. —Me rasco la nuca—. No tengo experiencia.

—¿Qué dices? No necesitas hacerlo como yo, y tampoco necesitas tener experiencia. Muévete como tu cuerpo te lo pida, como te lo pida la música.

Aprovecho la parte del estribillo para intentar dejarme ir. Abandono la tensión de los brazos que he estado acumulando durante los anteriores meses, también la de las piernas, y finalmente la de la cintura. Me dejo capturar por el sonido, como si solo existiéramos nosotros. El olor desagradable y la gente aglomerada pasan a un segundo plano cuando mi cuerpo consigue moverse de verdad, las lentejuelas del vestido crean dibujos luminosos al chocar con la luz de focos.

Lo estoy consiguiendo. Me estoy liberando en la pista.

¡Y qué bien se siente!

—¡Venga, Dalia! —me anima Juni—. ¡Que ya lo tienes!

—De acuerdo, esto no está nada mal —acepto, moviendo la cabeza.

—Claro que no. —Emma me agarra de las manos—. Te lo he estado diciendo todo este tiempo. Mientras no sea excesivo, dejarte ir en una de estas te libera completamente.

No me arrepiento en absoluto de haber venido. Las siguientes canciones pasan volando similares a ráfagas de viento, podrían ser las dos de la madrugada. No tengo ni idea. Tampoco me importa. Me las paso desatendiéndome en la pista y cantando a todo pulmón canciones que ni siquiera conozco, pero también pensando en *x* demonio que está paseando solo en las calles nocturnas. Espero animada a que se una a nosotras escudriñando atrás de vez en cuando. Aquí, en medio de la fiesta, con mis amigas rompiéndose las cuerdas vocales, me siento más viva que nunca.

Por un momento, al fondo de la fiesta, me parece ver a uno de los amigos del chico que me pidió las redes sociales esta mañana. Ha estado buscando mi mirada en varias ocasiones.

El ambiente se ralentiza cuando el DJ pincha canciones un poco más lentas, la gente aprovecha para ir a rellenar los vasos.

—Dalia —Emma reclama mi atención, divertida—. Se te ha corrido un poco el rímel. Deja, que te lo arreglo.

La única prueba que necesitas para demostrar que ha sido la mejor o la peor noche de tu vida.

Agarra una toallita húmeda y me limpia con suavidad. Mi amiga peli azul se mareó por el exceso de alcohol, así que le recomendamos que lo dejara y fuera a sentarse. Se puso a llorar porque una chica intentó ligotear con ella, echó de menos a Leonie.

—¿Ya está? —pregunto a Emma, está muy insistente.

Me analiza de cerca.

—Espera. —Tras terminar, deposita un beso en mi mejilla—. Ahora sí, guapísima.

Sonrío de oreja a oreja.

Estoy ansiosa para que vuelva a animarse el ambiente.

—Oye. —De pronto, Emma se muerde el labio inferior—. Sabes... Ahora que estamos bien, creo que debería decirte algo.

Intrigada, presto atención.

—Por supuesto, ¿ha pasado algo?

—Para nada. —Baja la mirada—. Es solo algo que creo que deberías saber.

Antes de que pueda hablar, me llevo las manos a la cara.

—¡Un momento! —exclamo, emocionada—. Me encanta esta canción, hacía mucho tiempo que no la escuchaba. Esto más que una fiesta parece una máquina del tiempo.

—Dalia.

—¡Espera, espera! *Hey baby girl, what you're doing tonight…*

—Dalia, escúchame.

—Ah, sí, perdona. —Vuelvo a ella—. ¿Qué querías decirme?

—Me gusta Scott.

Decir que me quedo petrificada es quedarse corto.

Incluso si no se es muy observador, era algo esperable por muchos motivos. E incluso así, el colapso mental de haber confirmado mis incertidumbres me apaga la adrenalina como si alguien hubiera tocado el interruptor, hace caer el ánimo que tenía por las nubes.

No puede ser.

Emma se ha enamorado de Demonio. O, al menos, de una de sus identidades.

—Scott. —Me estremezco de forma que no sea notable—. Mi primo.

—Sí. —Trata de decirlo alto por la música—. Con él estoy sintiendo algo diferente que con otros hombres con los que he estado. Él es diferente. Me hace sentir diferente. Y he intentado... he intentado reprimirlo porque me daba vergüenza admitirlo, pero entenderás que no era algo que pudiera esconder eternamente.

Una vez más, algo desconocido se quiebra en mi interior.

¿Qué me está pasando? ¿Por qué diantres me afecta tanto?

—He pensado en declararme lo antes posible —continúa—. No sabía cómo te lo tomarías, así que pensé que lo mejor era compartirlo.

—No pasa nada. —Es lo único que me veo capaz de decir.

Las pupilas de Emma se dilatan.

—¿De verdad no te importa?

—Claro que no —suelto—. Por... ¿Por qué debería importarme?

—No lo sé, al ser un familiar cercano…

—Espero que todo vaya bien.

Le doy dos palmaditas en el hombro. Pese a tener una aparente seguridad, Emma nota algún matiz de inconformidad.

—¿Estás segura de que no te molesta?

—Tú eres mi amiga, él es mi primo. Es perfecto.

Suspira de alivio.

—Oh, mi niña. —Me lo agradece—. No sabes cuánto me alegro de escuchar eso. Estuve pensando en cómo decírtelo desde que entramos al pabellón, al fin puedo liberarme de verdad.

Levanto la comisura y doy unos pasos atrás.

—Creo que saldré un rato a tomar aire fresco —digo, sin perder la compostura—. Ahora vuelvo.

Siento como la atmósfera me aplasta de nuevo, por ende, decido hacer lo único que puedo hacer en mi situación: voy a buscar un par de cervezas y busco un escondite en el exterior para ahogar mis penas. Encuentro un pequeño patio en la parte trasera, un rincón solitario con un banco de madera y varias luces colgadas en forma de banderines. Justo lo que necesitaba.

Ahí, me siento de sopetón, tiro el bolso de cualquier manera y devoro el contenido de la botella. ¿Odio el gusto a cerveza? Sí. ¿Iré a buscar más cuando se acaben las que tengo? También.

«Esto... esto es una ruina. Emma se ha enamorado de un demonio, y yo que no quería meterla en esto. ¿Tanto era pedir un viaje tranquilo y normal? Universo, Dios o quien quiera que esté ahí arriba.»

Más grave aún es el hecho de que no me llena la preocupación, sino la rabia. *Esa* rabia.

Me asfixio a lamentos a cada sorbo hasta que siento que me excedo, decido dejar de beber. Me reclino en el banco liberando un suspiro cargado de irritación, dejo que el suave aire tropical me acaricie el rostro rojizo.

—La fiesta está adentro. ¿Qué haces aquí?

La cerveza casi resbala de entre mis dedos cuando el amigo del chico aparece frente a mí. Incluso con la carencia de visibilidad, puedo apreciar que es un hombre rubio de piel bronceada. Lleva las manos dentro de los bolsillos.

No estoy en condiciones de decir nada coherente.

—A ti.

El chico ladea la cabeza.

—¿A mí, qué?

—A ti te vi esta mañana. —Lo señalo titilando, llevando la borrachera encima—. Te quemaste los pies.

El chico asiente, divertido.

—No sé de qué forma lo habréis hecho, tú y tu novio. Pero he de reconocer que ha sido gracioso.

Me contraigo al escuchar la palabra *novio.*

—Él no es... —Aparto la mirada—. Él no es mi novio.

—¿Ah, no? ¿Y qué es entonces?

—Buena pregunta, chaval.

Me levanto del banco y expulso el vestido turquesa.

—Con esa cara larga intuyo que te ha pasado algo —esmenta, poniéndose los dedos en la barbilla.

—Han pasado muchas cosas. —Me viene un dolor repentino de cabeza. Al ser un desconocido, me abro más de la cuenta—. Oye... tú sabes... ¿Cómo eliminar los sentimientos por alguien? ¿Sabes si hay algún modo?

—Veo por donde vas. —Ríe levemente—. Pero no es fácil, no. Tener sentimientos por alguien no es algo que puedas decidir o escoger. Va mucho más allá de lo que queramos.

Me siento de nuevo, rendida.

—Genial. —Doy un sorbo a la cerveza—. Así que estoy jodida.

—Ey. —Cambia de posición—. No todo está acabado. Aunque no puedas eliminar los sentimientos definitivamente, sí que puedes... Ignorarlos durante un rato. Olvidarte de ese hombre por una noche.

Dejo la botella junto al bolso.

—Bueno, ¿y qué tengo que hacer?

—Enrollarte conmigo.

Frunzo el ceño.

«¿Acaba de decir lo que creo que ha dicho?»

—¿Enrollarnos? ¿Besarnos y todo eso?

—Sí —subraya.

—Ah, no. Lo siento.

—¿Por qué no?

—¿Necesito una razón para no querer besar a un desconocido?

—Los dos saldríamos ganando. Estamos en una fiesta, tenemos que divertirnos y olvidarnos de nuestras mierdas.

—Te estoy diciendo que no quiero. —Pienso con claridad.

—Una vez que hayamos empezado ya le irás cogiendo el gusto. Incluso si la cosa va bien podemos probar algo más. —Guiña el ojo —. Tengo el escondite perfecto y vengo preparado.

Trago saliva, recuperando la consciencia.

Una sensación nauseabunda me recorre la espina dorsal.

«Esto no me da buena pinta. Ya más vale que me largue de aquí.»

—¿Sabes una cosa? —Agarro mis cosas—. Creo que volveré adentro con mis amigas. Deben estar buscándome.

—No, no te vayas.

Trato de levantarme y, sin que lo anticipe, el chico se sube al banco y me aprisiona con los brazos. Su rostro se interpone a unos centímetros del mío.

Inclina la cabeza lentamente.

—¿Qué haces? —Intento apartarlo del torso—. ¡Déjame ir!

—Eh. —Me agarra de las muñecas con convicción, impidiendo que me zafe—. Tranquilízate, venga. Actúas como si quisiera violarte. Solo quiero que nos enrollemos.

—¡He dicho que no! ¡Déjame!

Me tapa la boca con su mano sucia.

—Deja tú de gritar. Así no podremos disfrutarlo. —Me mira de arriba abajo con lascivia—. Madre mía, si es que estás buenísima…

La pesadilla está volviendo. Las sensaciones de ese día, el fatalismo y el miedo, me paralizan al punto que no me veo capaz de hacer nada. El chico, toqueteándome, se acerca a mi cuello y empieza a succionarme la piel con los labios. Me duele, mucho, pero su mano me impide gritar.

«Ayuda.»

Y lo peor de todo es que esta vez nadie vendrá a salvarme. Ni para hacerse el héroe, ni para realizar un acto de caridad, ni para proponerme un trato demoníaco que requiere de total privacidad.

Estoy sola contra el peligro. Si no actúo por mi cuenta me arrepentiré hasta el resto de mis días.

No aguanto que la vida me trate como un plato de usar y tirar.

Lo haré. Lo haré, joder. Aprovechando que la cremallera del bolso está medio abierta, agarro el dichoso cúter y, con todo el valor acumulado y los ovarios necesarios, se lo clavo en el muslo en acto de defensa. El chico escupe un grito de guerra, por la música alta y la distancia nadie lo oye.

Jadeante y con el cuello marcado, lo empujo de lado dentro de un arbusto, dejándolo agonizar en solitario. Miro el cúter ensangrentado

y las ganas de vomitar vuelven a amenazarme. Debo ser fuerte, ese hombre se lo merecía. Manifiesto el miedo traicionero en forma de lágrimas.

Tras asegurarme de que nadie lo ve, entro al pabellón y busco desesperada a mis amigas perdidas entre la multitud. Aunque la fiesta en sí me ha demostrado lo que creía erróneo, no puedo aguantar seguir aquí ni un minuto más. Quiero volver al hotel.

Quiero irme a casa.

En medio de la búsqueda exasperada, choco contra la espalda de alguien. Alguien alto e imponente.

—¡Señorita Miller! —exclama Demonio cuando se voltea, alegre de verme—. La estaba buscand...

Esa mirada brillante se hunde en la oscuridad. El iris adopta el color del fuego, me acaricia con suavidad la marca rojiza que tengo en el cuello. Se queda un segundo en silencio antes de preguntar:

—¿Quién le ha hecho esto?



CAPÍTULO 20: PRECIOS QUE PAGAR

Sus dedos se convierten en una cerilla prendida en mi cuello.

Los ojos no revelan más que una furia descontrolada que se mantiene escondida, pero que está presente.

Incluso las personas parecen apartarse de nosotros.

—Dígamelo —insiste, desbordando de cólera—. Dígame quién le ha hecho esta marca en el cuello.

Trato de decírselo, no obstante, las palabras se niegan a salir. Estoy demasiado borracha y asustada como para decir algo coherente, apenas puedo pensar si contárselo sería lo correcto.

—Yo... afuera... el hombre... intentó... —balbuceo, mi voz tropieza mientras saco el cúter del bolso con las manos temblorosas—. Y con el cúter yo...

De pronto, Demonio hace algo que, en su situación, me descoloca: Relaja su expresión de arriba abajo como si no hubiera pasado nada. Una sonrisa de plenitud se asoma en sus labios, seguida de una larga respiración y las siguientes palabras:

—Ha sido muy valiente, señorita Miller. —Aplaude—. Ese hombre ha recibido su merecido.

Parpadeo varias veces, todavía aturdida.

Teniendo en cuenta que antes sacaba humo por las orejas, ha sido un cambio de parecer muy repentino incluso para él.

Emma aparece preocupada a mis espaldas, por su jadeo aliviado es evidente que me ha estado buscando.

—¡Estabas aquí! Me he desesperado al no encontrarte por ningún lado del pabellón. —Cambia su expresión al ver el rímel corrido en mis mejillas—. ¿Qué te ha pasado? ¿Y qué tienes aquí en el cuello, alguien te ha hecho daño?

Demonio toma la palabra:

—Dalia está cansada —dice, luciendo sereno—. Lo mejor será que volváis al hotel, se ha hecho bastante tarde.

—¿Por qué? —se confunde—. ¿Ahora?

—Ahora.

—¿Pero por qué?

—Hay una estación de autobuses muy cerca de aquí. Ve a buscar a Juniper.

Sin molestarse en pedir una explicación, Emma asiente.

—De acuerdo.

Reacciono cuando Demonio se dispone a adentrarse en la sala.

—¿Tú adónde vas? —pregunto medio atontada, extendiendo el brazo—. ¿No vienes al hotel?

Tras voltearse, esboza una sonrisa edulcorada.

—Tomaré el próximo bus. Tengo que ir a comprobar una cosa.

—¡No! —exclamo, sé a la perfección lo que se muere por hacer en realidad—. ¡No hagas nada! ¡Recuerda nuestra promesa!

Se queda atrapado en sus propios pensamientos por un instante.

—Ten una buena noche, prima.

Hago el ademán de seguirlo corriendo, no obstante, abandono esa idea cuando este desaparece entre la multitud, que nos observa

como si estuviéramos actuando para un culebrón. Doy un pisotón. Juniper llega con el rostro pálido del agotamiento.

—¿Ya nos largamos? Pero si aún no se ha acabado la fiesta —protesta, sin haberse enterado de nada.

Emma entrecierra los párpados y libera un suspiro.

—Vámonos de aquí.

Al ser una ciudad donde la vida nocturna predomina, siempre hay buses disponibles en donde quiera que estés y a la hora que desees. Al cabo de un kilómetro a pie, nos esperamos sin hablar en una parada abarrotada de jóvenes exhaustos. Incluso si no hace frío la piel de gallina sobresale de mi piel, me obliga a abrazarme los brazos desnudos.

El bus llega, el interior es en definitiva un universo paralelo. La luz es blanca y los pasajeros, en su mayoría, están dormidos; los aires de quietud crean una atmósfera ideal para desconectarte del bullicio exterior. Nos sentamos en la parte trasera del vehículo, tenemos que apartar bolsitas de dulces y otros envoltorios para que no se nos queden ceñidos a los muslos.

Emma no puede evitar preguntarme lo que tenía en la punta de la lengua.

—Y bien, ¿no vas a contarme nada de lo que te ha pasado? —Se sienta en el medio, decide romper el silencio—. Porque es evidente que te ha pasado algo.

La otra jadea de sorpresa.

—Perdona, ¿y cómo es que no me he enterado? —agrega la peli azul, temblorosa—. Dime a quién tengo que darle un martillazo en los testículos.

—Juniper. —La detiene con seriedad.

Reposo la nuca en el asiento.

—No quiero hablar de ello —respondo—. Hoy no.

A pesar de que se mueren porque les dé una explicación, ninguna de las dos me presiona.

Juni agarra el móvil para responder los mensajes de su novia, y Emma se queda pensativa observando el corredor en movimiento. A medida que pasan los minutos del trayecto siento como me adentro en un sueño cargado.

La boca se me reseca de entreabrirla.

Mis párpados descienden lentos cual globos perdiendo el helio. Y poco a poco, con calma, voy conciliando el…

—¿¡Qué cojones..!?

Todo el autobús se conmociona y refunfuña cuando Juniper grita de esa manera, la cual observa el teléfono atemorizada.

Emma aprieta los puños antes de anunciar:

—Perdonad —se disculpa públicamente—. Se ha tomado un paracetamol cuando estaba borracha. Está un poco pa' ya.

Los presentes vuelven a la tranquilidad, molestos.

—¿Qué has visto que es tan grave como para gritar de esa forma? — la regaña—. Hay gente dormida.

Sin decir una sola palabra, nos acerca el móvil a la altura del pecho para que veamos una noticia de última hora. En el título está redactado ni más ni menos lo que más temía que ocurriera:

Encuentran a un hombre muerto de forma escandalosa en el pabellón Destino, al sur de Korp

Me muerdo el labio inferior con destreza.

«Oh, no. No puede ser verdad.» Trago en seco.

«Demonio no podría haber…»

—¿El pabellón Destino? —inquiere Emma, elevando las cejas—. Acabamos de irnos de ahí. Esto es imposible.

—Es real, y eso no es todo. Joder, es una locura. —Juni entra en otra aplicación para abrir un enlace—. Han filtrado las grabaciones de la cámara de seguridad, y es que lo que sale no tiene ningún sentido. El chico muere porque alguien lo mata, pero las grabaciones no detectan a nadie más que a él.

Abre el video. En este, se muestra al chico que intentó abusar de mí desangrando por la pierna, intentando librarse de las enredaderas del arbusto. Cuando al fin puede y se levanta tambaleando, clava su mirada en el horizonte, en la nada. Parpadea varias veces y dice:

"Eh, tú. Ayúdame. Ha venido una loca y me ha hecho esto en la pierna, necesito que llames a la ambulancia."

No hay respuesta.

"¿Hola? Por qué me miras así de raro... ¿¡Pero qué!? ¿Qué eres...!? ¡Aah...!"

El cuerpo del chico bronceado se eleva por una fuerza misteriosa, saca una nube de humo por la boca antes de toser abundante sangre. Ningún grito logra romper el silencio: la presión que ejerce esa fuerza contra cada parte de su existencia lo aplasta y lo retuerce desde dentro, convirtiendo sus últimos minutos en pura agonía.

Atónitas, abrimos los ojos de par en par, pues una voz desconocida empieza a hablar:

"¿Lo sientes? Oh, sí, claro que sí... Es el precio de haberla tocado con tus sucias manos, gusano insolente. Despídete de ellas cuando te encuentre restregándote en el infierno e implores por el perdón divino, y créeme, ahí nadie te prestará atención."

Continúa hablando y riendo con malicia mientras el chico se vuelve blanco como un lienzo sin manchas de pintura.

El video termina cuando finalmente cae al suelo. Las tres nos quedamos perturbadas.

Por supuesto, yo la que más.

—Tiene que ser una puñetera broma. —Juniper apaga el teléfono — Algún montaje. No me diréis que no habéis oído lo mismo que yo.

—Ha sido horrible —dice Emma, impactada—. Es imposible que sea verdad y que nadie en la fiesta lo haya escuchado. Será una de esas *fake news*, tiene que serlo.

Juni niega con la cabeza.

—Ojalá fuera así. Pero la noticia proviene de un comunicado oficial.

Un escalofrío real las electrocuta.

—Esta noche no podré dormir.

—Si no fuera porque tengo que dormir la mona, yo tampoco lo haría. Tengo la imagen grabada en las neuronas.

—Qué clase de monstruo haría algo así…

El monstruo que me salvó de ser agredida y ahogada en un río. El monstruo que me escuchó cuando más lo necesitaba y limpió mis heridas con gentileza. El que estuvo ahí cuando estuve enferma. El que me ha hecho reír, que ha conseguido despertar mi interés sobre su pasado. El monstruo del que te enamoraste, Emma.

Y aunque desearía que no, del que me estoy enamorando yo.
El mismo que rompió nuestra promesa.
Pero al fin y al cabo, un demonio sigue siendo eso: Un monstruo.



Y así, sin más, llega el penúltimo día de este breve pero interminable viaje.

Si he conseguido dormir es gracias a la resaca mortal que me hizo vomitar ayer al llegar de la fiesta, porque la cama del hotel está más dura que un fósil y mis pensamientos son tan indescifrables como un código de diez dígitos. Estoy en un punto en el que todo me parece imposible, incluso poder salir de la habitación.

¿Cómo se supone que debo ver a Demonio a la cara después de presenciar lo que he presenciado? Aún tendré que agradecer no haberlo visto en directo. La imagen que se proyecta en mis neuronas es nauseabunda, ¿cómo ha podido?

Hoy es el día en que en teoría debemos ir a la feria que está a punto

de cerrar, la cual se hace llamar DreamLand —un paraíso en el infierno—. Está a dos horas en autobús, así que si queremos ir durante la noche tenemos que ir a la estación después de comer. Es una pena que mis ganas no sean en absoluto las indicadas. Durante la mañana, no he hecho más que bañarme en la piscina del hotel y dar una vuelta por el paseo marítimo; no he hablado con él desde ayer. Se ha sentado con nosotras al comedor para desayunar, pero al darse cuenta de mi notable enfado no se ha molestado en encontrar un momento a solas para darme una explicación. Si se ha acercado, yo me he alejado. Si me ha dedicado una mirada abatida, yo la he cortado en pedacitos. Lo he estado ignorando como si de un fantasma se tratara.

Está claro: sabe que estoy al tanto del asesinato, así que él tampoco me habla, no se atreve. Es evidente su remordimiento, aun así, nada puede cambiar esta bomba de emociones negativas que me arde al verlo tan cerca. Que en cualquier momento acabará estallando, y Demonio cargará con ello.

Por otra parte, me duele tener que ignorarlo, sobre todo después de lo que ha hecho por mí… ¿¡Pero qué digo!? Él se lo ha buscado, no puedo compadecerme.

Quién diría que sería tan difícil canalizar el odio hacia un demonio.

Cuando llega la hora acordada, un amplio autobús nos recoge. Veo a mi alrededor; el entusiasmo entre las presentes deja mucho que desear. Emma y Juniper siguen esperando saber lo que me pasó. Se sientan juntas en los asientos de delante, Demonio se acomoda justo detrás. Se lleva una decepción cuando, en vez de acompañarlo, paso de largo y voy a sentarme sola unos asientos al fondo. El trayecto avanza igual que ha empezado, se nos presenta un atractivo paisaje tropical. El verde de las palmeras es tan vívido que parecen tener un filtro. Desafortunadamente, nada es suficiente para impulsarnos el ánimo.

Todo parece cambiar de dirección en cuanto bajamos del transporte y una luminosa entrada nos da la bienvenida a la feria, con el cartel de DreamLand parpadeando en la gran entrada. Su atmósfera y la nuestra crean un contraste curioso. Permanecemos ahí, inmóviles, contemplando el ambiente que nos espera.

—Hemos llegado —dice Emma, viendo el cartel. Se ha llevado un cárdigan porque el clima ha enfriado—. Tenemos que aprovechar el tiempo al máximo. ¿No, gente?

Juniper da un bostezo.

—Ojalá no hubiera bebido tanto anoche, no voy a poder disfrutarlo demasiado. Tengo una resaca tremenda —responde, y coloca los cascos dentro de la mochila.

Emma eleva la comisura del labio.

—Seguro que no pensarás tanto en ella cuando te lleve a la montaña rusa más alta de todas. Dicen que es la más rápida de las islas.

—¿Ah, sí? ¿Y quién ha dicho que quiera subir?

—Tu cabello no se va a decolorar por montar una vez. —La rodea de los hombros—. Además, no quiero subir sola.

Iniciamos nuestro paso tras atravesar la entrada.

La feria se caracteriza por su tonalidad morada en las atracciones, que llenan cada rincón. Hay de todo: puestos de comida, norias de

distintos tamaños, montañas rusas… Puedo apreciar el olor empalagoso de comida frita y los constantes gritos de la gente mezclados con los de la música entusiasta, de tan solo entrar me activo como si me hubieran inyectado gasolina. Es tan grande que no sé ni en donde mirar. Quizá era esto lo que necesitaba.

—Vamos a ver, —Juni continúa hablando con Emma, analiza los juegos a su alrededor—. ¿Qué te parece si te acompaño ahora y así nos lo quitamos de encima? Me conozco, y sé que si me lo repienso mucho acabaré tirándome atrás.

—Lo mejor es para el final. —Resopla Emma—. Pero bueno… Está bien. De todas maneras volveré a subirme más tarde.

Juniper entrecierra la mirada buscando el camino.

—Entonces creo que tenemos que ir por ahí. —Señala la ruta que lleva a las atracciones más grandes—. ¿La ves? Es esa tan aterradora.

—Uh, sí. No soy yo la que está temblando de miedo.

—Eso ya lo veremos. —Le guiña el ojo.

Las sigo por detrás; se desconciertan al verme acompañándolas. Se miran entre ellas boquiabiertas.

—¿Quieres venir a la atracción, Dalia? —inquiere Emma, mirando atrás—. Pensé que querrías ir a dar una vuelta con tu primo, me ha parecido ver un espectáculo de aves exóticas.

Niego con la cabeza, sonriendo forzadamente.

—Yo también quiero subirme —explico—. No os preocupéis, me sentaré detrás de vosotras.

«Lo que sea para no quedarme a solas con él.»

—¿En serio?

—Me encantan las montañas rusas.

—Anda. No tenía ni idea.

—Eres una caja de sorpresas —señala Juni, divertida—. Entonces vámonos, muchachas, vámonos de camino a perder nuestra dignidad en la punta de la montaña.

Demonio camina a mis espaldas, intenta pasar inadvertido en todo momento. Es cuando me acerco a él sin querer, que me toca el brazo.

—Señorita Miller. —Trata de hablarme, siendo la primera vez en el día. Se aprieta la camiseta negra esperando a que lo responda.

Decepcionada, bajo la mirada al suelo.

—No quiero hablar contigo.

—Pero… —musita.

—Por favor.

Lo acepta a regañadientes. No es tonto, ya debe intuir que necesito tiempo. Seguimos caminando. La montaña es muy elevada y con una pendiente recta, también tiene varios *loopings*. Nos esperamos en la cola expectantes como el resto, Demonio se queda arrinconado cerca de donde suben y bajan las personas. Tardamos veinte minutos para que podamos tomar asiento, y no lo negaré, me tiemblan hasta las células. He hecho bien en no repetirme *Final Destination*, o tendría la famosa escena grabada en la cabeza.

Cuando se abren las puertas metálicas, nos acomodamos en los asientos desgastados. Juniper y Emma se han puesto delante, dejándome sola en tercera fila.

La cosa es que al feriante no termina de convencerle.

—Oye, chica —me avisa el trabajador del bigote durante la revisión—. Tienes que subir con alguien. Hay que llenar los espacios vacíos.

Mis amigas me observan con inquietud.

—Es que... —Aprieto el arnés—. Es que he venido sola.

—En ese caso, lo siento, pero vas a tener que bajar.

—¡No! ¿No hay alguien que esté solo? ¿Algún niño?

El hombre refunfuña por la pérdida de tiempo y busca entre la gente alguien que pueda acompañarme en el trayecto.

Gruño yo también cuando se fija en el único hombre solitario del lugar.

Increíble.

—¡Eh, tú! —grita.

Demonio se señala, ya que ni siquiera estaba en la cola.

Presiono los labios.

—¿Estás solo o no? Ve y súbete con ella, andando.

Esboza una sonrisa de satisfacción y, sin pensárselo, atraviesa el mar de gente.

—Será un placer acompañar a esta señorita. —Me observa complacido, doy una mueca de molestia.

Cómo es habitual, ya lo tenía todo planeado. Esta vez para tener la oportunidad de justificarse sin ser ignorado en el intento. Se sienta y se baja el arnés sin la ayuda del feriante —se le queda pequeño por su altura, pero no le importa lo más mínimo—. Miro el túnel que tenemos delante con la frente arrugada. Cuando la atracción empieza a desplazarse lentamente por el carril y la gente suelta los primeros gritos, Demonio desenfunda las primeras palabras:

—Lo siento.

Me giro con el viento agitándome el cabello. No tiene el valor de mirarme directamente.

—¿Así que lo sientes?

—Lo siento.

Si pudiera, cruzaría los brazos.

—No es a mí a quién deberías pedirle perdón —respondo, incapaz de olvidar nuestra promesa—. Podrías haber llamado a la policía. En mi estado no era capaz de hacer nada, pero tú sí que podías. Y en vez de eso decidiste recurrir a tus instintos sociópatas.

Avanzamos a través de un túnel iluminado con candelabros hasta el inicio de la subida, la atracción tambalea al desprender carril arriba.

—Soy consciente de mi error. —Intenta convencerme—. Yo también trato de comprender qué me ocurrió para que actuara de esa manera. Le juro que no es propio de mí.

—Eso no lo justifica, ni eso ni que seas un demonio. Has matado a un chico, —Se me revuelve el estómago al recordar las grabaciones—. Y has roto nuestra promesa. Pensé que con rogarte con la mirada había sido suficiente.

La subida se vuelve cada vez más inclinada y el viento más potente, tenemos una vista panorámica del parque. Cierro los ojos por instinto, me estoy empezando a marear.

—Siento haberlo asesinado.

—Deja de decir que sientes algo así como si fuera una nimiedad. —Se me saltan los nervios—. ¿¡Nada cambiará, lo entiendes!?

—Entonces no sé qué hacer para obtener su preciado perdón.

—¡Nada, no puedes hacer nada!

No dejo de apretar el arnés para intentar conducir mis emociones, cargadas de humo. Respiro con suavidad por la nariz.

—En ese momento salí de mis cabales —sigue hablando, las brisas lo despeinan.

—Podías haberlo evitado.

—Ojalá lo hubiera hecho, créame.

—¿Pero de verdad no podías haberte controlado... solo por mí?

—Precisamente fue usted la razón por la que no pude controlarme.

Miro abajo sin querer y me abrazo al arnés tanto como puedo.

El corazón me saldrá por la boca, no sé ni por qué me he subido.

—¿¡Y qué diantres significa eso!?

—Significa que enloquecí. —Demonio también parece un poco nervioso, aunque no por la atracción—. Me volví loco de tan solo pensar lo que le habría hecho ese insensato. Fue una ira que no pude dominar, y cuanto más pensaba en usted, más aguda era el ansia de acabar con su vida, de arrebatarle hasta el último vestigio de su alma. Le pido perdón, no debí prometerle algo que sabía que no podía cumplir. Esta es nuestra naturaleza, señorita Miller. Los demonios solo sabemos destruir y corromper. Somos incorregibles.

Esta explicación no ha hecho más que derramar sangre sobre los recuerdos que hemos construido, los que querían hacerme creer que Demonio era mucho más.

Si pudiera me bajaría de esta atracción ahora mismo, pero estamos a dos segundos de caer. Así que inspiro profundamente y me preparo para dar la respuesta más sensata posible:

—Ahora si que se ha terminado, Demonio. Definitivamente.

Se queda atónito.

La atracción alcanza su punto máximo, emite ese *click*; y sin remedio, desciende a una velocidad vertiginosa.

Los pasajeros gritan de adrenalina al sentir el viento golpearlos con cólera y esa presión en el estómago. Yo no hago más que chillar, aunque mis gritos no tienen nada que ver con diversión. Son gritos

furiosos con los que demuestro el arrepentimiento de mi última afirmación, con los que lo expulso todo. No hago más que desahogarme. Demonio transcurre el trayecto tan silencioso como escéptico, no se molesta ni en sujetarse del arnés.

Cuando el viaje acaba y la atracción aparca devuelta al principio, puedo permitirme recuperar el aliento. Mis piernas tiemblan igual que flanes al tocar tierra firme. Me doy cuenta de que Demonio se ha teletransportado a la parte trasera de la montaña, así que después de que Juniper me diga que van a la tienda de souvenirs, voy con él. Tenerlo delante luego de mi revelación me adhiere tanto respeto como la primera vez que lo vi.

Debo ser franca con Demonio, y conmigo misma. Aprieto los puños.

—No hay sitio para más demonios en este mundo. —Cada una de mis palabras duelen, mucho, pero son necesarias—. ¿Quieres que te perdone, Demonio? Está bien. Déjame ir.

Ladea la cabeza como si no lo entendiera.

—¿Dejarla ir?

—Sabes a qué me refiero. Rompe el contrato y libérame de esta pesadilla.

—Oh, no. —Aparta la mirada—. No puedo.

—Aunque digas que no, debe haber alguna manera.

Demonio lo niega repetidas veces.

—Los tratos demoníacos no pueden romperse. Es una violación de las leyes de...

—Me da igual. Ha sido suficiente. —Rompo en lágrimas—. Siento que repito ese día una y otra vez como si tuviera una radio rota en mi cabeza. Pensé que podría acostumbrarme, pero estaba equivocada. Ningún humano cuerdo podría acostumbrarse a una vida en la que te despiertas cada mañana y lo agradeces.

—Señorita Miller, si permite que corrija mi error...

—Ya no se trata de eso.

—No, no lo comprende.

—Hemos pasado grandes momentos. No obstante, debemos poner punto final y aceptar que no llegaremos a ningún lado si seguimos así.

—Todo se puede arreglar —promete—. Y lo dice un demonio.

—Los traumas no son nada fáciles de reparar.

—En ese caso permita que la ayude a sanarlos. —Hace el ademán de agarrarme las manos—. Mi deber es estar a su disposición por encima de cualquier otra cosa, aunque me lleve a equivocarme o a cometer un acto tan terrible que me condene a ser fugitivo.

Veo su desesperación. De todas maneras, esto tiene que acabar.

—No podrá ser. —Niego con la cabeza—. Lo siento.

—Señorita…

—Ojalá puedas encontrar una chica que esté dispuesta a adentrarse en tu mundo para encontrar su amor verdadero, Demonio. Porque me temo que yo no soy esa chica.

No responde, incluso si sé que tiene un universo por decirme.

—Quiero que me liberes. —Bramo entre temblores—. Por favor.

«¿De verdad vas a abandonarlo, Dalia? ¿De verdad eso es lo que quieres?»

«¡Sí! ¡Bueno, no! ¡Pero tiene que ser así!»

—Si pudiera romper el contrato, lo haría con tal de que pudiera ser libre. —Se rasca el brazo—. Pero de nuevo, no puedo.

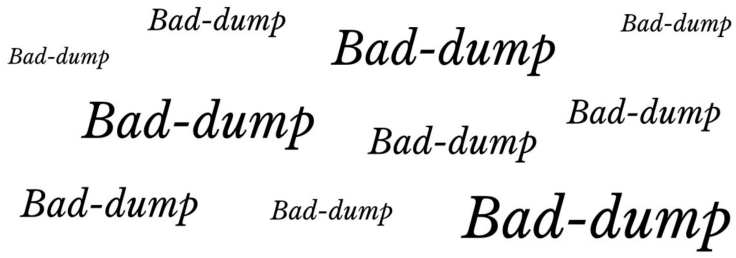
—¡Te lo pido por favor!

Apretando los labios, me toma de la muñeca, fuerte hasta doler.

—No puedo porque esto ya no es profesional.

—¿Qué?

—Es… personal.



Me voy a volver loca.

Esta conversación me está costando la energía que tenía reservada para el viaje. ¿Personal? ¿Qué quiere decir con personal? No podría llevar tanta carga sobre los hombros.

Él me pesa. Demasiado.

Ojalá pudiera abrazarlo y decirle que no lo decía en serio, que no quiero renunciar al trato. Que no quiero abandonarlo. Está aquí, frente a mí, entre las luces de la feria, y solo quiero expresarle que mis palabras solo son el producto de un miedo que llevo arrastrando como un cadáver. Y lo peor del miedo... es que solo puede llevarte hacia un bando:

A la fortaleza.

O a la cobardía.

Le dedico una última mirada de despedida y me libero de su agarre para dejarlo ahí, solo, mientras me lanzo a correr con las lágrimas desbocando en mis mejillas.

Esto no es un adiós ni mucho menos. Va a seguir insistiendo y persistiendo en cuanto tenga la oportunidad, es un tozudo de nacimiento. Por ahora quiero mantenerlo lejos de mí lo máximo posible, al menos hasta que me prometa —y de verdad— que romperá el trato y me alejará de su peligroso mundo.

Me detengo en un bar ambulante que me he cruzado de camino.

Me siento en un taburete delante de la barra y pido una bebida azucarada, a ver si me manda al *Mundo de Yupi* de una vez. El cielo está

tan oscuro como lleno de contaminación lumínica, deberán ser las once de la noche.

A mi lado hay una madre y una hija, las dos pelirrojas. La pequeña juega con una muñeca de plástico. Sonrío con un matiz de tristeza al comprender lo diferentes que son nuestras realidades.

«Qué bonita. Seguramente la habrá conseguido en el juego de pescar patitos.»

—¡Mamá! —exclama la niña, alegre, haciendo danzar la muñeca —. ¿Cuándo empezarán los fuegos artificiales?

Titubeo. El vaso se me cae y queda reducido a retazos de vidrio.

—Ya no queda nada, cariño. Vamos a verlos desde más arriba.

Fuegos artificiales.

El último día de feria.

«Oh, mierda.»



CAPÍTULO 21: ESTOY AQUÍ

«¡Papá! Vamos a verlos desde la azotea del centro comercial.»

Un trauma es como una mancha de sangre en la alfombra: cuanto más intentas eliminarla, más se expande.

Los míos han conseguido que me encierre en mi habitación durante las fiestas nacionales de Saint Rosette; en el último día, para ser exactos. Cuando ya solo queda el espectáculo final que teñirá la ciudad de colores resplandecientes. Cada año me veo obligada a cerrar las cortinas, bajar las persianas, tomar mis auriculares y escuchar música a máximo volumen envolviéndome en la protección de mi habitación. Incluso hubo una vez que me excedí tanto que tuve que ir al otorrino por una infección auditiva. Fuera como fuese, eran las acciones necesarias para no entrar en pánico, para no revivir esos recuerdos que tanto me martirizaban.

Es una lástima que al final... todo vuelve.

He vuelto al fatídico 4 de agosto de 2022.

Estábamos tan sobreexpuestas por el viaje que no nos habíamos parado a revisar las actividades del último día de feria. Queríamos que avanzara el plan sobre la marcha, pero, Dios, tenía *tanto* sentido. ¿Cómo no lo hemos visto venir?

Las pelirrojas observan el sudor que empieza a brotar de mis poros. Intento recoger los vidrios rotos del suelo, a pesar de que no hago más que cortarme con los pedacitos.

—Oye —me habla la madre, preocupada—. ¿Todo bien? ¿Quieres que te ayude a recoger?

Las pecas en su rostro se mueven, titilan, mi visión está perdida.

Niego con la cabeza y expongo media sonrisa, no querría incomodar a unas desconocidas antes del gran espectáculo. Al no poder hacer nada más que pensar en el modo de esconderme, dejo el desastre de lado y abandono el bar ambulante. Los demás clientes se quedan absortos.

«Tengo que encontrar a Emma y a Juniper.»

A este punto la emoción ya se ha elevado entre la muchedumbre, la cual se va concentrando en distintos rincones para ver los fuegos; incluso hay algunos que clavan su atención en el cielo, esperan a que tiren los primeros petardos. Me subo la capucha de la chaqueta que me protege del viento y, cuando encuentro un espacio vacío, saco el móvil. Choco de lleno contra el resultado de estar todo el día fuera y tener un teléfono de bajo rendimiento: Batería a cero.

Tras emitir un gemido de lástima y devolver el cacharro al bolso, recuerdo a Juniper mencionar que iban a una tienda de souvenirs. Pero, claro... Hace bastante de eso. A estas alturas me estarán buscando como yo las busco a ellas. De todas maneras, me dispongo a dar una vuelta rápida por las dos tiendas con el objetivo de encontrarlas. Le echo un vistazo una, saco la cabeza por el umbral de la otra. Me doy un chasco, pues no están en ninguna.

El parque es gigante, y el tiempo antes de que empiecen los fuegos una miseria.

Lo confirmo en seguida cuando estalla el primer petardo.

Seguido de otro.

«¡Corre, ven! ¡Que ya van a empezar!»

Y otro.

«Más despacio, Dalia. Tropezarás por las escaleras.»

Mis hombros se encogen instintivamente.

Me tapo los oídos, las voces de ese día resurgen de mis peores memorias. Cargando con la respiración que se hace una bola en mi garganta, corro desesperada en busca de mis amigas tomando direcciones indefinidas. Sé que debería estar buscando un lugar para esconderme, largarme lo más lejos posible, pero en momentos así no quiero estar sola. Necesito a alguien, quien sea. Lamentablemente, las personas obstruyen el camino y me obligan a detenerme.

No puedo pasar, me he quedado inmóvil.

«Dejadme correr, tengo que irme... ¡Debo irme! ¡Dónde está Emma...!»

Pronto me doy cuenta de que ya es demasiado tarde para prevenir el efecto.

—¡Woah! —grita la gente apretujada a mi alrededor.

Mis ojos reclaman el cielo como si de una droga se tratara.

Escuchamos un leve silbido que se transforma en un zumbido conforme sube disparado. Cuando ya está lo suficientemente arriba, sucede lo más esperado: se divide en decenas de chispas que dibujan una flor dorada en el cielo. El tiempo se ralentiza durante unos instantes... Se congela de una forma en la que no siento nada. Me mantengo paralizada hasta que el estruendo sacude el ambiente, libero un grito seco que retumba mi corazón.

«¡Ya han tirado el primero! ¡Mira, papá!»

«Los veo, los veo. Son preciosos. ¿Por qué no vamos a verlos más adelante, donde está el parapeto?»

«Es que... me da un poco de cosa que estén tan cerca.»

«No te harán nada. Aunque no lo parezca, estamos lejos.»

«Es que no... no lo sé...»

«Tranquila, cariño. Quédate aquí, iré a verlos ahí durante un rato y luego volveré contigo.»

Las personas que me cortan el camino están tan focalizadas en el espectáculo que no se dan cuenta de que tambaleo como si estuvieran disparándome con una metralleta. Es una réplica exacta de ese día. Los fuegos son enviados al cielo, uno tras otro, provocan

que mi respiración no sea capaz de funcionar. Que ni siquiera tenga la voz suficiente para gritar. Me conozco, estoy al borde de sufrir un ataque de ansiedad.

Vuelvo a correr, esta vez empujando a las personas, quienes están

tan embobadas que ni siquiera se dan cuenta.

«Papá... ¿No te parece que hace un poco de viento?»

«¿Qué dices, Dalia? No te oigo.»

«El viento. Hace bastante viento.»

El bullicio se aleja en cuanto encuentro un pequeño almacén viejo y vacío apartado de todo y de todos, la puerta está medio abierta, no me molesto en saber si se puede entrar. La ventana polvorienta no tiene cristal, sigo oyendo los estruendos como si estuvieran gritando en mis oídos. Tiro el bolso al suelo y empiezo a hiperventilar en solitario. El pasado vuelve de forma caótica... El parapeto, las sensaciones… Fuego, los gritos, mis gritos... Papá... Me muevo de un lado a otro luchando contra los demonios mentales que amenazan con devorarme. Aprieto mi cuello, reclamo el oxígeno, no podré seguir así por mucho más tiempo.

Es cuando mis lágrimas vuelven a empaparme y mis piernas no pueden seguir sosteniéndome, que me acurruco en una esquina. Hago bola con el cuerpo.

La crisis no hace más que crecer.

Y crecer.

«¡Papá, vuelve aquí!»

Y crecer.

No... papá...

«¿Qué ocurre?»

«¡Hace demasiado viento, los fuegos se están esparciendo!»

No... papá... no...

«¡CUIDADO!»

¡NO! ¡NO, POR FAVOR, NO!

«Tenemos que salir de aquí, chica... no puedes salvar a tu padre.»

«¡Pero tengo que ir con él! ¡No puedo dejarlo ahí!»

«Lo siento, no me dejas otra opción. Tendré que sacarte a la fuerza.»

Déjame...

«¿¡Qué haces!?» ¡Deja mi mano! ¡Deja que lo salve! ¿¡Papá, me escuchas!? ¡Que me dejes!»

«Ya no hay nada que se pueda hacer, tenemos que irnos».

Déjame...

«¡NO! ¡AYÚDALO A ÉL!»

Mi padre está ahí... sálvalo... salva a mi padre...

Por favor... no te vayas, papá...

«¡NO, NO!»

Te quiero... no te vayas...

Papá…

—No, no, no, no… —Me hundo en mi propio cuerpo, incapaz de huir del círculo vicioso que he creado. Es como si estuviera en una mazmorra. Me tiene asfixiada hasta el punto en el que no me siento consciente—. No, no, no, no...

He sido estúpida. Pensé que podría huir de mi pasado.

Tal vez sea imposible escapar de algo que forma parte de ti; después de todo, las experiencias nos construyen como personas, viven en nuestra conciencia para recordarnos quiénes somos y de donde hemos venido. Dictan por qué actuamos como lo hacemos.

Es demasiado injusto... que algo tan hermoso y brillante pueda convertirse en el principal culpable de tus miedos.

Que pueda arrastrarte hasta el fondo.

Pero, ante todo, incluso si crees que todo está perdido, siempre queda aquella chispa propia de los humanos que te ilumina en el último instante. Es eso a lo que muchos llaman bendición, un regalo divino, que puede manifestarse de muchas formas distintas.

De muchas, muchas, muchas formas distintas.

—Señorita Miller —musita una voz masculina.

Incluso si te sorprende más de la cuenta.

Tras escucharlo, despego las mejillas rojas de las rodillas. Y creo que, por primera vez, *lo veo.*

No hay nada que puedas hacer contra el porvenir.

La Ley del Destino es clara y concisa: Si tus peores miedos deben revivir, revivirán. No obstante, a veces es eso mismo lo que puede abrirte a un manojo de respuestas que no sabías que tenías delante. Y tanto tiempo que lo he tenido frente a mí para que ahora, justo ahora, en mi peor momento, me dé cuenta de lo equivocada que he estado al intentar refutarlo.

—Demonio. —Jadeo.

Sabía que cuando no quería estar sola, era porque necesitaba a alguien en concreto. A este ser que me sigue a todas partes.

—Te encontré.

La urgencia nos obliga: Tan rápido como exasperado, se arrodilla ante mí y nos fundimos en un abrazo desesperado.

Continúo desahogándome a lágrima viva mientras aprieto su espalda y él aprieta la mía, acurruco mi cabeza en su hombro. De repente, los fuegos artificiales que siguen rascando los cielos se transforman en silbidos inaudibles, una mera decoración en el escenario. El ardor embriagador de su cuerpo demoníaco me eleva la temperatura corporal que tenía por los suelos, estoy tan a gusto que separarme de él será un nuevo desafío.

Quiero tenerlo pegado a mí hasta que sea necesario.

—Ruego que me perdone por no haber aparecido antes.

—Demonio. —Inspiro con la nariz tapada después de haber recuperado los sentidos—. Lo siento, no quería decirte lo que te dije. No quiero que abandones la oportunidad de redimirte, no quiero que te vayas.

Me aprieta el doble.

—Eso ya no importa. ¿Escucha? Nada es relevante ahora que estamos aquí. Ese recuerdo debe quedarse atrás. —Eleva la mano para acariciarme el cabello—. Está bien.

—No está bien. Mi padre estaba ahí.

—Lo sé.

—Mi padre estaba ahí, Demonio.

—Y ahora se encuentra bien. Ya no hay de que lamentarse.

—No pude salvarlo. —Vuelvo a jadear—. Estaba ahí y no pude salvarlo.

—Era imposible actuar, no pasa nada.

—Demonio...

—Respira, tranquila. Tranquila.

—No, yo…

—Estoy aquí, Dalia.

Nos quedamos abrazados durante segundos; o minutos, no lo sé. El tiempo se ha esfumado en cuanto he aceptado la verdad. Hace rato que se han acabado los fuegos artificiales y lo único que desearía es quedarme así hasta que saliera el sol. Sin embargo, muy a nuestro pesar, la vibración de un teléfono nos interrumpe.

Y no. No es el mío. Es el de Demonio.

Con un gruñido, lo descuelga y se lo lleva a la oreja sin mucha precisión. Desde mi posición puedo apreciar que se trata de Emma, que lloriquea desde el otro lado de la pantalla. Demonio la consuela asegurándole que estoy bien, que él está conmigo. Mi mente se dispersa y pierdo el hilo de la conversación.

—Era su amiga —señala, vuelve a meterse el teléfono en el bolsillo— Le he dicho que no tiene de qué preocuparse.

—Créeme, no servirá de nada. —Me froto las mejillas mojadas—. Por cierto, ¿dónde están?

—Les he dicho que vayan a tomar el bus, que nos encontraremos mañana por la mañana.

Ladeo la cabeza, incrédula.

—¿Y realmente te han hecho caso?

—Creo que confían en mí.

—Cómo no. —Despego la espalda de la pared—. Se supone que eres mi querido primo.

Sonreímos, luego de horas.

—Espera. —Recapitulo la conversación—. Has dicho que nos veremos mañana por la mañana. ¿No vamos al hotel?

—No al nuestro. —Se levanta—. Tardaríamos demasiado en llegar, y es evidente que necesita descansar. Esta noche nos alojaremos en un hotel de los alrededores.

Hago lo posible para que no se me note el nerviosismo.

—Ah, qué bien.

Miro por la ventana polvorienta.

La gente se va marchando de la feria.

Pero habrá un trozo de mí que se quedará aquí, eternamente.



No era ninguna broma, no. Estamos de camino al hotel del que me hablaba, el cual está a solo cinco minutos en autobús.

Me tomo un momento para analizarlo. Desde fuera parece un establecimiento pequeño y anticuado; no tiene nada de luces neón rojas ni ese tipo de características, cosa que me tranquiliza bastante. Ya es mucho que no haya tenido que ir al hospital más cercano, porque si bien aún me siento mal y no tengo la respiración muy fina, no tengo síntomas de algo más grave. Después de un *buenas noches* podré recuperarme poco a poco.

Todo a su debido tiempo.

El vestíbulo es rústico con las paredes blanquecinas, al contrario del estilo isleño. Cuando hemos reservado una habitación en recepción, subimos las escaleras de caracol hasta llegar a nuestro número correspondiente. Abro la puerta chirriante y un aroma a muebles tapizados me invade. Debo decirlo: incluso si es diminuto, el cuarto es mucho mejor que el de nuestro hotel veraniego. Tiene una cama de matrimonio en el centro y un mobiliario antiguo, es justo lo que necesitaba.

Un espacio acogedor.

Demonio lo admira al detalle antes de comentar:

—Esto ya me gusta más. —Deja mi mochila sobre el recibidor.

Asiento con un gesto.

—Tiene aires del siglo pasado. —Me tiro sobre la cama, las sábanas son peludas como el pelaje de un gato Ragdoll—. Ojalá hubiéramos escogido este hotel desde el principio, qué a gustito.

Mi acompañante se para frente a un librero de apariencia tradicional, su curiosidad lo lleva a inspeccionar la variedad.

—Mire. —Agarra uno y frota la cubierta—. No podía faltar el clásico de *Don Quijote.* —Saca otro—. Hasta hay un libro de hechizos nórdicos. —Se sorprende con uno de los conocidos—. Oh, y uno de cuentos de Edgar Allan Poe. Era mi autor favorito.

—Qué extraño que todo esté tan viejo. No tiene nada que ver con otros establecimientos de las islas.

—Exacto, es curioso —divaga—. Busqué un hotel con el teléfono móvil y aparecieron fotografías de este en particular, pero se mostraban mucho más modernas.

Arqueo una ceja.

—A ver, enséñamelo.

Desbloquea el teléfono e, impacientada por lo lento que va, se lo quito de las manos y busco por mi cuenta.

Ahogo una carcajada al darme cuenta de un detalle.

—Demonio. ¿Has buscado este hotel desde Internet Explorer?

—¿Por qué? —Sube y baja los hombros—. ¿No es todo lo mismo?

En situaciones normales me echaría a reír.

—La información suele estar retrasada en ese navegador. Lo que viste debieron ser fotos de hace tiempo.

—Pero no apareció ningún aviso sobre que tuvieran que actualizarlo. —Se lo toma en serio—. No soy adivino, señorita.

Contengo otra carcajada.

—Tranquilo, no importa. —Levanto la comisura—. Ha sido un buen intento. Con el tiempo aprenderás.

Se apoya contra la pared.

—En fin, ¿cómo está? Espero que se sienta mejor.

—Trato de pensar en cosas positivas. —Me quito la chaqueta, dejo expuesto mi jersey de tirantes—. Seguro que mañana tendré un aspecto diferente.

—¿Quiere que le traiga algo de comer o beber? He visto que tienen frutos secos en el mostrador.

—Soy alérgica. —Me siento de piernas cruzadas—. E igualmente... Me temo que ahora solo estoy capacitada para conciliar el sueño.

Demonio sonríe cuando bostezo.

—Excelente, será lo mejor. Esta noche me quedaré dentro de las instalaciones, así que estaré por aquí cerca. Duerma bien.

Es cuando hace el ademán de irse, que mis labios se mueven sin mi consentimiento.

—Espera, no. —Extiendo el brazo.

No tengo ni idea de por qué lo he detenido.

Recula sobre sus pasos.

—¿No? ¿Necesita algo más?

—Necesito que te quedes.

Mi afirmación le sorprende.

—Claro. —Se acerca—. Lo que usted quiera. Me quedaré en el escritorio y leeré algún libro que atrape mi interés.

—Creo que no lo has entendido. Quiero que te quedes conmigo... en donde estoy.

Vuelve a fingir que no lo entiende.

—¿Se refiere en la cama?

—Sí.

—¿Con usted?

—Es que no quiero estar sola. —Juego con los dedos—. Pero, ehm. ¡Cómo quieras, eh! No querría obligarte ni incomodarte.

Si estoy pidiendo esto es porque sigo tocada. Antes me abrazó con el objetivo de calmar mi crisis, ha especificado una y otra vez que todo lo que hace es por su devoción al trato. Nada más. Los demonios también tienen límites, es evidente que no haría ese acto de confianza únicamente por las ñoñerías de su clienta.

O eso creía.

«¿Pero qué...?»

—¿Demonio? —inquiero, ha desaparecido frente mis ojos.

Giro la cabeza hacia los cojines y produzco una mueca de asombro al verlo allí con los brazos cruzados. Le da una palmada al colchón.

—La noche es breve, no perdamos más tiempo.

—¿Estás seguro?

—Siempre estoy seguro. La estoy esperando.

Si la Dalia Miller de invierno me viera ahora mismo, no sé en qué pensaría. Sacaría conclusiones equivocadas y llamaría a un exorcista antes de que decidiera cagarla con mi vida. Colorada, gateo hasta el fondo, nos incorporamos debajo de las sábanas intentando no rozarnos. Demonio cierra la luz de la lámpara.

Los dos estamos en la misma posición, tumbados como animales disecados. El techo, el único elemento que veo gracias al resplandor

que se filtra entre las cortinas, me da la bienvenida a una noche inacabable. Espero que no se escuchen los fuertes latidos de mi corazón, porque bombean a cien por segundo.

Supongo que la tensión es traicionera.

Es inevitable girar la mirada de vez en cuando. Contemplar su nariz de perfil, larga y recta. Sus cejas tupidas de un color negro obsidiana. Esos labios pálidos con toques rosados y esa tenue mancha de nacimiento que tiene debajo de la oreja. Esos pómulos levemente marcados. El pelo grueso, de normal peinado hacia atrás, que siempre termina revuelto en su frente.

Una belleza extraña, diabólica, que te persigue hasta en las pesadillas. Una belleza que *nunca* se olvida.

Debería dormir, es cierto. Sin embargo, no paro de repetirme que ha sido un error invitarlo a echarse conmigo. No porque no quiera que esté a mi lado, que es lo que más deseo en mi estado, sino porque me siento incitada a romper el hielo y dar algún movimiento. Sea cual sea. Demonio tampoco está tranquilo, los latidos de su corazón suelen ser imperceptibles; pero ahora...

Los oigo.

Ya que ninguno de los dos sabe qué hacer, él da el primer paso: me agarra la mano con suavidad.

Su cálido tacto actúa como un calmante en mis músculos.

El nerviosismo se desvanece.

—Gracias —susurro.

Como respuesta entrelaza sus dedos con los míos.

Me viene a la mente el día en que una niña del comedor me comentó que tenía miedo de los demonios que vivían debajo de su cama. Decía que le susurraban cosas malas y que la dejaban intranquila durante toda la noche. Le provocaban pesadillas, también la hacían llorar.

Por supuesto, la consolé garantizando que esos demonios no eran más que el producto de su imaginación infantil. Le dije que si existieran nunca se fijarían en seres tan insignificantes como nosotros, nuestros mundos no están hechos para mezclarse.

«Tener sentimientos por alguien va mucho más allá.»

Me pregunto qué le contestaría ahora, estando terriblemente enamorada de un demonio.

Cuando me gusta que me susurre al oído, que aparezca en mis sueños y llorar acurrucada en su hombro.

Está claro, el amor es ciego.
Muchas veces también imposible.



CAPÍTULO 22: IMPOSIBLE

—No hagas ruido, la vas a despertar.

Me estremezco debajo de la manta.

«¿Qué son esas voces? ¿Dónde estoy?»

Estoy tan sumida por el sueño que debo forzarme para recordar en qué cama estoy tumbada. O qué ocurrió ayer. Y ya que estamos, también mi nombre completo.

—Tiene que levantarse. El avión sale a las doce de la mañana, no llegaremos a tiempo.

—Tomaremos el próximo. Déjala que descanse.

—A ti te dará igual, pero mis padres no saben ni que estoy de viaje. Ya verás cuando se enteren, van a fregar el salón con mis posters de Guns N'Roses.

Me incorporo con el cabello revuelto en mi cara.

—¿Chicas? —murmuro, cual si fuera una momia.

Están las dos sentadas en el pie de la matrimonial, hay equipaje y varios cárdigans primaverales esparcidos por la habitación. Cortan la conversación cuando me encuentro de nuevo en el mundo real.

Ya decía yo que me sentía observada.

—Dalia —Emma sonríe con tristeza—. ¿Cómo te encuentras?

—¿Qué?

Me cubro la boca.

He dormido tan bien que, hasta ahora, mi cabeza estaba completamente vacía. La feria, la montaña rusa, los fuegos artificiales… Demonio... el abrazo... estar con él en la cama...

«Por cierto, ¿dónde está?»

Las chicas se quedan en blanco al verme enderezar el cuello. Busco a alguien con la mirada, cuya se queda nublada debido a moverme tan deprisa. Expulso una bocanada de aire al verlo ahí, apoyado de brazos cruzados contra la pared del librero.

—Buenos días, Dalia. —Levanta la comisura—. Tus amigas han venido a verte, hoy volvemos a casa.

Sonrío de alivio. Después de todo lo que pasó ayer, volver a estar juntos en grupo es un chorro de agua calentita.

—Emma me lo ha contado —Juniper reclama mi atención. Adorna su pecho con un colgante de amatista, seguramente lo habrá comprado durante la estancia—. Lo de los fuegos artificiales.

Aprieto las sábanas.

—Oh... —musito—. Vaya.

—Sabía que había... ya sabes, fallecido. Pero no tenía ni idea de que fuera por culpa de los fuegos artificiales. Nunca me lo hubiera imaginado.

—Espero que no te importe que se lo haya contado. —Emma se desplaza hacia mí—. En ese momento era necesario para que entendiera la desesperación de mi búsqueda.

—Prometo que no saldrá de mi boca.

Niego con las manos.

—No, no, está bien. Deberías haberlo sabido mucho antes, Juni, confío en ti. Es solo que nunca quería sacar el tema.

—Lo entiendo perfectamente. —Se rasca el pelo—. Seguro que fue una experiencia espantosa. De tan solo pensar que propuse

hacer una fogata el día de la excursión me hace sentir como una mierda.

—Ya está, no pasa nada. Debería habértelo contado.

A estas alturas podría zanjarse el tema. Pero Emma refunfuña.

—Esto es culpa mía —suelta, mosqueada consigo misma.

Los presentes en la habitación nos descolocamos. Incluso Demonio, quién permanecía callado. Odio el momento en el que una decide cargar con la responsabilidad sin motivo aparente.

—¿Qué? —inquiero, despectiva—. ¿Por qué dices eso?

—Fui yo quien propuso ir a la feria y ni siquiera revisé los horarios. Sabiendo lo que te pasa y lo que podría suceder, fue muy irresponsable de mi parte.

—Ni se te ocurra culpabilizarte, Emma. —Me quito las sábanas de encima—. Para empezar, te he hecho un regalo, por lo cual era yo la encargada de organizarnos. Tu único trabajo era disfrutar del viaje que has esperado durante años, así que no, no es culpa tuya.

—No hay ningún culpable —dice Juniper—. Estas cosas pueden suceder, por muy evitables que sean. Lo importante ahora es seguir adelante.

—Exacto. Estoy segura de que lo acabaré superando, como he hecho con todo lo demás.

El silencio envuelve la habitación durante unos momentos.

Decido acabar con él, me levanto del colchón.

—Estupendo, se acabó. Poco a poco las cosas volverán a su sitio.

—Ya sabes que estamos aquí para apoyarte. —Emma me da dos palmadas.

—Eh, y para que te quede claro, jamás volverás a estar sola durante la fiesta nacional. —Juniper se levanta—. Vendrás a mi casa y haremos una sesión de rock tan heavy que los vecinos no tocarán a la puerta para quejarse, sino para unirse.

Emma la maldice con la mirada.

—Hablando de tu casa. ¿Qué habías dicho? ¿Qué los tíos no saben que estás en otro continente?

—Bueno —Juni trata de excusarse, rascándose la nuca—. Es que incluso siendo mayor de edad no me hubieran dejado. No me vengas con tus escarmientos, ya sé que la he cagado.

—Y tanto que sí. La que te espera en casa.

Demonio sube y baja de hombros.

Venir aquí no ha sido en vano.

Cada una de las experiencias que he vivido, hayan sido malas, inspiradoras o reveladoras, serán algo más que me llevaré dentro de la maleta, que vivirán dentro de mi memoria.

Esta vez lo que ha pasado en las islas no se quedará en las islas.

A partir de este instante... empieza el verdadero viaje.



«Oh, cielos. Qué bendición estar en casa.»

Y es que, en el fondo, por muy bonita que sea la playa, muy cautivadora que sea la ciudad o muy electrizante que sea un concierto, no hay un solo lugar como ella en el mundo. Atravieso el marco arrastrando la pesada maleta magenta y el característico olor de lavanda me da la bienvenida. Ha sido una vuelta larga y tediosa, en la que mis uñas han sufrido ciertos desperfectos debido a estar mordiéndomelas en el camino.

Gracias al universo que se terminó, vuelvo a estar en mi casilla.

Tiro las llaves sobre el recibidor y me dejo caer en el respaldo del sofá. ¿Qué debería hacer primero? Repaso las tareas que realizaré ahora que mis servicios están disponibles. Creo que empezaré por regar las flores —que deben estar cabreadas, su madre las ha dejado a merced de la vecina— y echar a los insectos, que han hecho de okupas mientras estaba fuera. Ah, también asearme a fondo, el aeropuerto es un tanque de bacterias.

El sol de la tarde que accede a través del balcón hace brillar cada rincón del piso. Me levanto y voy a ponerme una chaqueta rosa pastel, pues en Saint Rosette seguimos en primavera —cómo no, es mi estación favorita—. Miro a través de la ventana.

Acabo de llegar, y creo que ya me siento sola.

Al haber recuperado los poderes, Demonio ha vuelto a su candente hogar en el infierno. Es extraño que me sienta así, después de todo, hace mucho tiempo que vivo sola.

Supongo que su presencia deja marca ahí donde va.

«¡Eso es!»

Mi expresión da un giro cuando se manifiesta una idea en mi cabeza. Deshacer las maletas y completar las cinco mil tareas pendientes se me hace una montaña, todavía cargo con el peso de lo que ha pasado, nada está curado. De manera que, antes de hacer nada, decido ir a dar una vuelta bastante larga.

Pero no. No en la ciudad.

Como si no hubiera tenido suficiente con el viaje, me hago una cola alta y salgo a buscar un taxi, dejando el equipaje sin deshacer. Mi destino está a treinta minutos de Saint Rosette. Espero en mi calle y, cuando ya estoy de camino dentro del vehículo, observo el paisaje hacerse menos urbano a medida que me adentro en un torrente de campos verdes e infinitos.

Así es. Me dirijo a Sargen, el pueblo donde me crié.

Supongo que, si debo trabajar en aquello que dejé atrás, el lugar ideal para empezar sería allí donde empezó todo.

Incluso si soy consciente de que ya nada estará como lo recuerdo, pues el tiempo deja marcas imborrables.

Finalmente, el taxista me deja en la pequeña estación del pueblo. No hay nada más que campos bastante descuidados con sus respectivas casas de piedra, una oleada de recuerdos vuelve a invadirme tan buen punto siento el aroma de la hierba recién cortada. Aunque esta vez, son recuerdos acogedores. Después de estar caminando durante un buen rato, apreciando los terrenos silvestres e imperturbables, me encuentro en un camino de pinos que ennegrecen el paisaje. Echaba de menos esta tranquilidad absoluta, donde solo se aprecia el piar de los gorriones y los arbustos siendo agitados por el viento de tarde. Nada de cláxones o gente desesperada por venderte cosas.

Tengo de todo para airearme y pasar un buen rato.

Solo me falta una cosa...

Me falta alguien con quien compartirlo.

Alguien a quien echo en falta.

«Lo haré.»

Decidida, me froto las manos.

«Vamos a probarlo.»

Esbozo una sonrisa pícara antes de recitar:

—Sombra te invoco hoy, sombra te invoco mañana. Que la flecha te guíe hasta mí, que tu penumbra se asome por la ventana.

Produzco un grito de eureka, es la primera vez que lo digo correctamente.

El suave viento se convierte en un remolino rabioso cuando un ser conocido se planta ante mí, vistiendo su preciado traje oscuro. Por su expresión puedo determinar que no le ha molestado que lo invoque, al contrario. Está encantado.

—Vaya, vaya. Así que lo ha conseguido. —Se retoca el sombrero —. Tendremos que poner una vela en el altar.

Se me escapa una risita.

—Yo también me alegro de verte, Demonio.

Asiente. Observa los altos e imponentes pinos.

—Esperaba que estuviera descansando, como lo haría una humana corriente luego de corretear fuera del país. Pero veo que prefirió dar una vuelta en... ¿En dónde nos encontramos exactamente?

Sin querer dar ninguna explicación, avanzo unos pasos.

—Venga, sígueme. —Lo atraigo—. Quiero enseñarte algo.

Aunque hacerme la misteriosa no es lo mío, ha valido la pena por verlo con esa faceta de intriga.

Seguimos juntos y atravesamos un camino rodeado de arbustos espinosos. Rebozo de seguridad, ya que tengo la destinación grabada en la memoria, incluso si está alejada del pueblo y hace años que no vuelvo por aquí. Pensándolo bien... ¿Cuánto tiempo ha pasado? En realidad, nunca volví ni para saciar la nostalgia. Sabía que solo conseguiría añorar un tipo de vida que ya no estaba a mi alcance.

Acelero el paso, la veo en el fondo del camino. Él, apreciando el paisaje rural, me sigue con tranquilidad.

«¡Ahí está!»

Me lanzo a correr hasta llegar frente a ella. Frente a mi casa.

Mi mirada se clava en la estructura.

—¿Me ha llevado a ver unas ruinas medievales? —pregunta Demonio, escéptico, sin saber por qué nos paramos delante de una

construcción deteriorada.

Inhalo aire y confieso:

—Esta es... era mi casa.

Damos una vuelta completa a su alrededor. El edificio entero está derrumbado e infestado de plantas trepadoras, es un auténtico lugar abandonado en medio del campo.

—¿Aquí es donde vivía con su padre? —inquiere, aun si conoce la respuesta. Toca los restos de piedra adheridos a las paredes.

—Este es mi verdadero hogar. —Asiento—. Mi pobre hogar, ahora reducido a escombros.

—No lo comprendo. No ha pasado tanto desde que era una cría. ¿Cómo puede haber llegado a este estado en tan poco tiempo?

Juego con un mechón rebelde, es una gran pregunta.

—Esta fue una de los cientas de razones por las que tuvimos que abandonarla. Las paredes eran demasiado viejas y el coste para repararlas una barbaridad. El último fuerte terremoto la derrumbó, aunque en ese entonces ya estábamos viviendo en Saint Rosette.

Hecha un ojo al interior a través de un hueco gigante. Ya no hay nada entre la piedra, solo más y más piedra.

—Lo que habría dado por pasar mi infancia en un santuario como este. Respirar la naturaleza y no el humo de las calles de Gran Bretaña. —Observa el campo, húmedo por las últimas lluvias primaverales—. Fue afortunada.

—Sí. Incluso si está descuidado, sigo sintiéndome en casa.

Demonio se anticipa al ver que no me veo del todo convencida.

—¿Pero...?

—Pensé que volviendo aquí me recuperaría un poco del trauma —Respiro hondo—. El tema es… que no me siento diferente.

Niega con la cabeza.

—Me temo que una experiencia así solo la cura el tiempo. Y la terapia, por supuesto.

—De hecho, pensé en ir una vez —confieso—. Al final preferí esconderlo, creyendo que así se volvería más insignificante. Pero solo conseguí fortalecer el dolor.

Se mueve, haciendo crujir las hojas.

—De todas formas, se acabó. —El sombrero oscurece su frente—. Solo queda esperar. Si venir aquí a menudo puede ayudarla, no me molestaría acompañarla cada vez. Ya se lo dije, señorita, siempre tengo un hueco para usted.

Recuerdo el día en el que desperté y me lo encontré en la cocina, removiéndomela a su antojo como si fuera la suya de toda la vida. Me dijo lo mismo, que siempre tendría un espacio para mí. Con la diferencia de que esa vez lo sentí aterrador, como si el trato nos obligara a estar atados para siempre. En ese entonces percibía a Demonio del modo en que se mostraba: Un ser diabólico carente de emociones y afecto.

Un ser que había entrado a mi vida para arruinármela con ese dichoso pacto.

«Es verdad. El trato.»

—Y ahora —Evito contacto visual—. ¿Qué hacemos con el trato?

Levanta las cejas, fingiendo demencia.

—¿Trato? ¿Qué trato?

—¿Cómo que qué trato, Demonio? ¿Me estás tomando el pelo?

—Oh, sí. Nuestro trato. —Aclara la garganta—. Supongo que continuar por donde lo habíamos dejado.

Bajo la mirada a mis pies.

—Supongo.

Ser sincera conmigo misma significa aceptar que rodo ha cambiado. A estas alturas continuar con el plan ya no me parece una opción que pueda abordar; habría demasiado interfiriendo, demasiadas mentiras, demasiado en juego. Un teatro perseverante.

Él continúa hablando:

—Deberíamos recuperar el contacto con el señorito Valentine, ya he pensado en una nueva estrategia. O si en lugar de eso ya no siente nada por él, podemos ir a buscar otro humano que sea de su agrado. En eventos, en la biblioteca, en la universidad… No es el único pez del mar, la ayudaré en lo posible.

Presiono los labios, ya no hay vuelta atrás.

Es ahora o nunca. Decido reunir mi coraje.

—Es que ya me he enamorado de alguien. Y esta vez es de verdad.

Exhalo con fuerza al quitarme el peso de encima.

«Lo he dicho.»

Mis mejillas se colorean.

«Lo he dicho, y creo que me arrepiento.»

No sabría expresar cuál es su expresión ahora mismo. Refleja una especie de desilusión, oculta tras una agradable sonrisa. Me dedica una mirada indescifrable antes de aparentar:

—¿Ah, sí? Eso es... fantástico. Es fantástico, señorita Miller.

—Tienes razón.

Aprieto el puño.

—Así que le gusta alguien. ¿Quién es el afortunado? —Carraspea y obtiene seriedad—. Quiero decir, ¿cómo es que no lo he sabido hasta ahora?

—Porque no tenía claro lo que sentía, no quería adelantarme. Ahora sí, y no me molestaré en seguir engañándome a mí misma.

—Naturalmente. —Se rasca la nariz—. Entonces, ¿cuándo iremos a por el muchacho?

El bombeo de mi corazón se intensifica. Esa presión en mi pecho se convierte en un dolor real, punzante.

—No podemos. Es imposible que pueda estar con él.

Levanta las cejas.

—Al menos, dígame. ¿Cómo es?

—Es alto. Atractivo, aunque también tiene un toque aterrador. Ciertamente carismático. Y me hace reír con sus comentarios sarcásticos. —Me enrojezco, recuerdo los momentos uno a uno—. Pero no puedo estar con él porque eso complicaría las cosas. Además, no hay forma que corresponda con lo que siento.

—¿Y por qué cree que complicaría las cosas?

—A ver, es alguien peligroso, incluso podría decir que malvado. Como mujer con dos dedos de frente sé que debería alejarme de él.

Si la presión en el pecho ya me estaba carcomiendo por dentro, ahora, que se acerca unos pasos, se vuelve mortal.

—Pero no lo hace.

—Tampoco puedo.

—¿No puede, o no quiere?

—Sabes perfectamente que las dos.

—En algo teníamos que coincidir.

Como una polilla atraída hacia la luz, reduzco nuestra distancia.

La intensidad de su mirada rojiza me hipnotiza, me atrae.

Me consume.

—¿Y ahora qué…? No quiero sentir esto, no es correcto, ¡está mal! —Tenso la mandíbula—. ¿Qué debería hacer?

Demonio traga saliva.

—Pensar en… qué hacer con estos sentimientos que la atormentan.

El viento crece cuando nuestros rostros, movidos por una fuerza desconocida, se atraen con lentitud. El resplandor del sol se filtra entre ellos, en un espacio cada vez más estrecho.

No deseo evitar lo que sucederá si seguimos acercándonos.

Solo me aproximo más a él. Y él se aproxima más a mí.

Más.

Un poco…

Más.

—Entonces… —Me tiembla la voz—. ¿Qué hago con estos sentimientos que me atormentan?

Me toma suavemente del mentón.

—Dejar que me pertenezcan.

Nuestros labios entran en contacto durante un instante.

Y de la misma manera, inconsciente, veloz, vuelven a separarse, con la misma intensidad de una bomba explotando entre ellos.

«Que el cielo me perdone.»

Me cubro la boca con las manos. Ambos, separados por defecto, nos quedamos fuera de nuestros cabales. Ninguno sabe lo que ha sucedido, cómo ha sucedido y *por qué* narices ha sucedido si sabemos perfectamente que todos los caminos en esta dirección conducen a un precipicio.

Me muerdo el labio inferior.

Lo acabo de besar. Lo he besado.

He besado a un maldito demonio... No. Un demonio me ha besado a mí. Fue él quien realizó la acción, y aún no me entra en la cabeza.

Sobrepuesto, se aprieta el puente de la nariz.

—Maldita sea, Dalia.

«Se arrepiente.»

«Seguro que se arrepiente, mierda, claro que se arrepiente.»

—¡No! ¡Oh, no! —Me muevo nerviosa de un lado a otro—. ¡Perdón! ¡Perdóname, yo… no sé por qué lo he hecho! Estarás muy cabreado, ¡qué vergüenza...!

—No lo decía por eso. —Obligando a detenerme, me agarra de los hombros y me deja contra la pared de las ruinas antes de murmurar en mi oído—: Lo decía porque ahora ya no podré contenerme.

Me toma de las mejillas y nos perdemos en un beso desesperado.

Al momento en que entramos en el punto de no retorno, me doy cuenta de lo mucho que ansiaba este momento. Lo he estado suplicando desde el día que limpió mis heridas en el bosque, obligaba a mi mirada traicionera a que dejara sus labios en paz. No obstante, era imposible. Las ganas de besarlo eran irremediables.

Puedo decir que mis mayores sueños se han hecho realidad.

Demonio, tan ansioso como yo, estrecha los labios contra los míos agarrando mi cuerpo con fuerza y curvando su cuello cicatrizado para adaptarse a mi altura. Si bien no tengo ni idea de lo que hago, yo sigo, sigo besándolo, fundiéndome en sus labios, como si fuera cuestión de vida o muerte. Mi coleta alta es presionada contra la pared en ruinas que una vez fue parte de mi hogar, envuelvo su espalda en mis brazos y, sin poder afirmarlo, escucho su sombrero caer sobre las plantas secas del campo.

Me impregno de su ardor, de su magnetismo, de su malicia.

El ambiente se vuelve tan denso que la minucia de oxígeno que consigo inhalar se convierte en pedazos de cristal. Gimo inconscientemente cuando pasa al siguiente nivel y noto el tacto de su lengua húmeda y ardiente explorando mi boca, estremece hasta la última partícula de mi cuerpo. Con menos seguridad intento hacer lo mismo, más despacio, pero la retiro en cuanto estoy a un suspiro de quemarme —nunca me acostumbraré a su temperatura corporal —. Suelta una carcajada y me embiste de nuevo, esta vez más lento, con gentileza.

Despegamos nuestros labios cuando incluso él, que no está vivo, necesita recuperar el aire.

Jadeamos sin separarnos el uno del otro.

—Demonio, me gustas —confieso, intentando recuperar la gesticulación facial.

Respira igual que si acabara de ser estrangulado.

—Por el amor de... ¿Y usted cree que no me gusta? —Apoya la frente en la pared, rendido—. Entregaría mi alma con tal de seguir así el resto de la primavera.

—Me gustas mucho —repito.

Llegados a este punto puedo confirmar que compartimos sentimientos. ¿Los demonios pueden sentir emociones genuinas? Bien, incluso con todas las atrocidades que ha hecho, ya no puedo verlo como uno más de esas bestias sin corazón.

Sobre todo porque el suyo golpea su pecho a una velocidad de infarto.

—Esto no está bien —continúa, boqueando—. Nada bien. Me la estoy jugando. ¿Lo sabe, verdad?

—Perfectamente.

—Y aun así, creo que sería imposible retroceder ahora que los dos hemos sido sinceros. Aunque, sí, las cosas pueden cambiar mucho a partir de ahora.

Trago saliva, envolviendo mis manos en su pelo.

—¿Estás... arrepentido?

—Estoy muchas cosas ahora mismo, Dalia —masculla, sigue sin dejarme escapatoria—. Pero te aseguro que arrepentido no es una de ellas.

Produzco una risa nerviosa.

—Qué locura. Mi primer beso… contigo.

—Conmigo.

—Con un demonio.

—¿Y qué le ha parecido?

Desconozco cómo será besar a un humano, pero ya no me dan ganas de probarlo.

—No sabría qué decirte.

—Si me permite volver a besarla, tal vez encuentre las palabras adecuadas.

«Nada desearía más.»

—Creo que antes necesito recuperar el aliento.

—Ya somos dos —murmura.

Aparto su pecho para poder preguntarle algo de gran importancia.

—Como bien has dicho, ya es imposible retroceder. —Arrugo la frente—. ¿Qué vamos a hacer, Demonio?

Se toma un momento para meditarlo. Al igual que de costumbre no desea expresarlo, pero su tensión delata lo nervioso que está. No me imagino cómo será perder la valiosa oportunidad de redimirse por culpa de sentir una debilidad hacia una humana. La de reglas del inframundo que estaremos desafiando con lanzas y alabardas.

Algo tiene que decir.

Por más que parezca un disparate.

—Como dijo un buen amigo una vez. —Eleva la comisura—. Divirtámonos, Dalia, hasta que el precio de nuestra felicidad sea el motivo de nuestra caída.



CAPÍTULO 23: EL DEMONIO Y YO

9:00 p.m

Charterwood, Calle Echo Ridge, frente la

¿Nos encontramos?

Ya he releído la nota una calamidad de veces desde que lo espero en la ubicación acordada. Su puntualidad brilla por su ausencia, pues todavía no ha aparecido. Considero si debería invocarlo o no, porque conociéndolo, podría haberse metido en algún aprieto de última hora. Nunca en mis días de veinteañera he estado tan nerviosa por la llegada de alguien. Tengo la boca seca y la visión dispersa en todas partes.

Voy a tener mi primera cita.

Y será con un demonio.

El mismo que tenía el objetivo de ayudarme a encontrar pareja. ¿Qué contradictorio, verdad? Es fascinante como la vida y el amor nos pueden llegar a sorprender; me pregunto si era algo inevitable.

Las dependientas de la tienda de enfrente deben estarse preguntando qué hace una morena vestida al estilo huevo frito. Como no sabía qué ponerme pero quería lucir favorable, he escogido un largo vestido blanco que he encontrado amontonado en el armario y la

bufanda girasol extendida sobre mis hombros que... bien, que el señor robó para una servidora.

Un acto romántico para un ser infernal, supongo.

Me siento incómoda parada en medio de la calle, cualquiera diría que me he perdido.

«¿Cuándo llegará?»

Leo el papel una vez más.

«¿Me habré equivocado de dirección?»

Es cuando trato de moverme, que me electrocuta el tacto de un dedo en la clavícula. Freno y ahogo un chillido.

—¿Se ha perdido, bella dama?

Me lo encuentro delante de las narices.

Su tono irónico intenta hacerme olvidar ha llegado veinte minutos tarde. Cruzo de brazos, aunque sin señales de molestia.

—Debería preguntarte lo mismo. Los he visto de más rápidos, pero tampoco puedo quejarme. Del infierno a la tierra debe haber una cierta distancia.

—Le pido disculpas por la tardanza. —Me recorre con la mirada—. A propósito, un vestido encantador. Encaja perfectamente con la mujer que lo luce.

Mis mejillas suben de temperatura.

Lo reconozco, es un buen truco para cambiar el tema.

—Tú también estás bien con, en fin, tu traje habitual.

—Intrigante —musita—. ¿Eso ha sido un intento de halago?

—Sí. —Carraspeo—. Bueno, no. Más bien de educación.

—Porque ha sido adorable.

Avergonzada, desvío mi foco visual al momento.

No sé cómo lo consigue.

—Lo que tú digas. —Roja como el vino tinto, lo tomo de la mano y lo obligo a caminar—. Vámonos a donde quiera que debamos ir.

—Le molestará lo que diré a continuación, pero eso ha sido el doble adorable.

—Cállate —protesto.

Es terrorífico y excitante a la vez, saber que cualquier momento de esta cita puede ser el último. Hay demasiados números de que esto salga mal. ¿Alguien nos estará vigilando desde arriba? ¿O desde abajo? ¿O desde algún rincón entre la oscuridad? Me tranquiliza el hecho de que Demonio no parece preocupado en absoluto. Es tanta su firmeza que, cuando nos hemos librado de las manos, ha rodeado mi brazo con el suyo. Me sorprende, es como si quisiera que el mundo entero se diera cuenta de que estamos teniendo una cita. Una noche cerrada se proyecta sobre nosotros, nublada por la contaminación lumínica de la zona. Estamos en el barrio de Charterwood, al sur de Saint Rosette, donde los bares y restaurantes están abiertos las veinticuatro horas. Las calles están abarrotadas de carteles iluminados y gente adinerada tomándose un descanso de sus trabajos adinerados.

—Este barrio me recuerda a los lugares de Beckenham donde solía pasarme las noches —recuerda Demonio, me llega a la mente la fotografía de la tienda de música—. Cuando encontraba la oportunidad, quedaba con mis compañeros en las tabernas para cantar, reír y beber. Parecíamos auténticos marineros.

—Ah, ya veo. De modo que imagino que me estarás llevando a uno de esos lugares para recordar los viejos tiempos, ¿me equivoco?

—A medias.

Alzo una ceja.

—¿Entonces, adónde vamos?

Se detiene frente a un cartel con forma de flecha que indica abajo. Hay unas escaleras que descienden a una puerta decorada con bordados dorados.

—Aquí mismo. —Recupera mi mano.

Bajamos los escalones hasta entrar en lo que parece ser un restaurante de apariencia anticuada, diría que es similar a una taberna. Las paredes son de piedra y las mesas son redondas, están abrigadas con manteles rojos de satén. No hay demasiados clientes. Mientras Demonio habla con la recepcionista sobre la supuesta reserva, me fijo en el tocadiscos que descansa en un rincón. Hay un hombre encargado que reproduce música repetitiva de saxofón.

Embobada con el espacio, Demonio me agarra del brazo y seguimos al mesero, quién nos guía a nuestra mesa. Esta se encuentra en el núcleo del restaurante, la gente nos observa de reojo.

—Siéntese aquí. —Demonio aparta una silla para que me siente. Admirada por su educación, me acomodo y me empuja adelante con suavidad. Nos quedamos uno delante del otro.

No puedo evitar mencionar un detalle:

—Este restaurante es muy... *tú* —aventuro, el estilo al igual que la música es propio de sus preferencias—. Me pregunto cómo lo habrás encontrado.

—De lo contrario a lo que estará pensando, esta vez no he usado el aparato. Por si no lo sabía, es uno de los restaurantes más antiguos de la ciudad. Lo descubrí en un periódico cuando estaba vivo.

—Que lo digas así suena fatal.

—¿Por qué? Es la verdad.

—Ya lo sé. —Agarro el menú—. Pero es irrelevante el tiempo que pase, Demonio, nunca voy a acostumbrarme. Voy a ver qué hay en el menú, la carta debe costar medio riñón.

No se lo piensa dos veces, me lo arrebata de las manos y me da la carta en su lugar.

—Haga el favor. —Sonríe.

La tomo a regañadientes y estudio el contenido. Solo espero que los demonios generen ingresos de alguna parte, porque mi tarjeta bancaria no está comprometida con pagar cuarenta euros por un salmón al vapor.

El camarero regresa para tomarnos nota.

—¿Ya saben que van a pedir? —pregunta, se retoca la pajarita. Demonio espera mi respuesta y, al ver que sigo indecisa, se adelanta.

—Yo tomaré el Whisky más fuerte que tengan.

—Perfecto.

—En cuanto a mí… —Me decido, tiene una pinta divina—. Yo comeré esta ensalada.

—Tráigasela sin nueces —pide Demonio— por favor.

El camarero asiente. Y sorprendentemente, en menos de lo que canta un gallo o un semáforo cambia a rojo, trae lo que hemos pedido. Sin poder contenerlo, suelto un jadeo de fascinación.

—Cielos, qué rapidez. —Observo mi plato.

Se regocija como si hubiera sido cosa suya.

—Hoy no volveré a hacerla esperar. ¿Quiere un poco de Whisky?

Parpadeo varias veces. El condenado Whisky tiene pinta de ser más caro que toda la carta junta.

—No, no. Demasiado fuerte para una noche de calma y tranquilidad.

—Lo que usted quiera. —Lo vierte sobre la copa y se da un atragantón—. Junto al café, es de las únicas bebidas a las que consigo encontrarle el gustito, incluso si es una minucia.

Es parecido a beber un zumo de manzana del supermercado.

Aclaro la garganta con intención.

—¿Los demonios podríais... emborracharos?

—Ni con el licor más fuerte del planeta sería posible. Francamente, no es algo que eche de menos. Tampoco soportaba muy bien el alcohol, solía terminar vomitando o peleándome con alguien.

Río en silencio al imaginarlo soltar tonterías luego de ingerir una simple copa de cava. Me trago la primera hoja de lechuga y mis ojos resplandecen en el acto.

—Increíble —expreso, tiene el punto exacto de aceite y vinagre.

—¿Está rica la ensalada?

—Es la ensalada más ensalada que he probado en mi vida.

Ladea la cabeza, confundido.

—¿Eso es que le gusta?

—Sí —me mofo por la ridiculez que acabo de decir—. Mucho.

Sonríe y muestra sus dientes demoníacos.

—Si se queda llena no se fuerce al igual que la otra vez, démelo y comeré lo que sobre. —Bebe un sorbo—. Ignoraré su gusto insípido.

La cita prosigue sin tensiones. Probamos nuevos platos y bebidas de gran valor económico, me brindo el lujo de no preocuparme por el precio. Sin embargo, al cabo de nuevas anécdotas y degustaciones de calidad, ya no puedo continuar. Demonio se come el lenguado con espárragos que no me he terminado, he decidido pasar directamente al postre.

—Mmmh. —Entrecierra los párpados—. Espero no ser el único que tiene ganas de estirar las piernas.

—La verdad es que estoy bien aquí sentada. —Juego con el flan medio acabado—. Aunque si tienes una buena idea en mente, me lo pensaré.

—Así que una buena idea, ¿eh?

Demonio fija su mirada en un rincón del restaurante.

—Lo tengo. —Esboza una sonrisa de las suyas.

Esa risita contenida nunca es buena señal.

—De acuerdo. Me estás dando mucho miedo ahora mismo.

—Oh, no debe temer, señorita. Solo he pensado que podríamos tener un poco más de... *privacidad.*

Sin que me lo espere en absoluto, chasquea los dedos y cada elemento a nuestro alrededor —menos el aire— se queda paralizado. Los clientes están congelados, similares a estatuas de hielo. Los camareros, inmóviles en medio de los pasillos felpados.

Tengo que agarrarme del borde de la mesa para no caerme.

—Demonio. —Miro a todos lados, impactada—. ¡Pero qué...!

—Veamos un segundo —habla consigo mismo, dando vueltas a la mesa—. Qué más necesitamos.

—¿Qué rábanos piensas hacer?

—¡Por supuesto! Espacio.

Chasquea los dedos de nuevo y las mesas se apartan de golpe, dejan un amplio espacio en el centro. Demonio moldea el restaurante a su antojo como si fuera una casita de muñecas.

—Solo falta el detalle final —señala.

Intuyo lo que quiere hacer cuando deja la chaqueta en la silla y se dirige donde el tocadiscos. Me levanto con calma.

—Gracias por sus servicios, buen hombre —aparta al supervisor de la máquina, también petrificado—. Me parece que es nuestro turno para escoger la canción.

Busca en el cajón de los discos y vinilos y saca uno en particular tan pronto se lo encuentra.

—La elección perfecta. —Lo inserta en el reproductor.

Una melodía swing se expande por el establecimiento con el volumen duplicado. Me cubro la cara con las manos para ocultar una sonrisa.

Como no podía ser otra, ha escogido *Sway*, de Michael Bublé. Se acerca a mí con intenciones claras.

—Te encanta esta canción, —Animada, me dirijo al centro de la pista—. ¿Verdad?

Nos quedamos cara a cara. Impaciente, agarra mi cintura.

Inclina mi cuerpo levemente hacia abajo antes de añadir:

—Es mi canción favorita. Por eso quiero bailarla contigo.

Nos introducimos dentro de esta pegadiza canción.

Ya que no tengo mucho conocimiento sobre los bailes de salón, él es quién guía mis pasos. Si da un paso hacia atrás, yo lo doy hacia adelante. Si me extiende el brazo, giro entre medio, permitiendo que mi vestido se abra como un jazmín blanco. Al principio siento que estoy probando un tutorial, me cuestiono internamente si lo estoy haciendo bien. Al contrario, después, no queda espacio para dudas o inseguridades. Vuelan. Desaparecen. Algunos podrían decir que he bailado con Demonio toda mi vida, que la habilidad corre por mis venas.

He dejado que tome el control de mis movimientos, estoy tan adentrada en la coreografía improvisada que las personas paralizadas a nuestro alrededor se vuelven meros maniquíes.

Solo estamos nosotros dos.

El demonio y yo.

—¿Confías en mí? —pregunta de repente, mientras damos vueltas sobre la pista.

—No lo sé —respondo, eufórica—. ¿Debería?

En un abrir y cerrar de ojos, nuestros pies han dejado de bailar encima de la plataforma. Una corriente desconocida nos eleva a una altura considerable, ahí donde el aire se siente más liviano y la no gravedad nos invita a dejarnos ir. Me sostengo con fuerza a los brazos de Demonio, pues tengo la impresión de poder caerme en cualquier momento. Él, lejos de eso, sigue marcando los pasos al ritmo de la música, asiente con la cabeza para que pruebe de hacer lo mismo. Poco a poco lo suelto de los brazos y gano estabilidad.

Río, me doy cuenta de que el efecto es el mismo. Nos movemos con más soltura, con más libertad, mi único deseo ahora mismo es que la canción no termine jamás.

Desafortunadamente, llega el momento en que nuestras cabezas ya no pueden soportar tantas y tantas vueltas, de manera que Demonio anula el hechizo antigravedad. Descongela a los presentes y devuelve cada elemento a su sitio; incluida la repetitiva música de saxofón. Recogemos nuestras pertenencias en cuanto nos extenuamos. Antes de salir se acerca a la caja, así que intuyo que puede abordar el coste de la cena.

Me sienta mal que deba pagarlo él de pe a pa, pero digamos que tampoco me ha dejado otra opción.

El clima exterior ha enfriado, no he pensado en traerme un cárdigan aparte de la bufanda. Me la envuelvo lo que puedo.

Demonio niega sin hablar.

—Lamentable. —Se quita la chaqueta tan buen punto produzco el primer escalofrío, cubre mis hombros—. Qué descuidado he sido al no ponérsela antes de salir.

No siente la temperatura, por lo tanto, no me tomo la molestia de preguntarle si tendrá frío. La chaqueta del traje es tan cálida que me resulta irresistible acurrucarme en ella.

—Gracias. —Levanto la comisura—. Y gracias por la cena.

—A usted por esta experiencia.

—¿Puedo preguntar cómo lo has pagado? Si se puede saber. —No ahuyento la curiosidad —. Pensé que los demonios no tendríais dinero, en el infierno debe ser inservible.

Se aprieta la corbata para dar una pausa.

—La respuesta es sencilla, señorita: No lo he pagado.

Mis ojos se abren de par en par.

—Eh, ¿¡qué has dicho!?

—En el infierno las clases sociales son diferenciadas por el poder, no por la riqueza.

—Pero se suponía que…

Dos seguratas abren la puerta de un portazo, muy cabreados.

—¡Eh, vosotros! ¡Venid aquí o llamamos a la policía!

—Demonio —murmuro, ahora sí que la hemos hecho buena.

Extiende la mano para que se la dé.

—Sería oportuno que empezáramos a correr. —Me guiña el ojo.

Tras hacer una reflexión fugaz de las ventajas e inconvenientes que supondría quedarse y afrontar las consecuencias de la ley, se la agarro de mala gana.

—Te arrepentirás de esta —suelto, al borde de hacer una estupidez.

Mi bufanda de girasoles se va volando cuando arrancamos a correr.

A la par que los hombres nos gritan que volvamos, corremos bajo la luz de las farolas calle abajo. Los demás se alejan de nosotros y refunfuñan. Maldigo entre dientes cada vez que oigo un grito a lo lejos, sin embargo, los suplidos furiosos se convierten en carcajadas a medida que seguimos corriendo sin un rumbo definido, a pesar de que los camareros nos han perseguido solo en la primera calle.

¿Por qué seguimos huyendo entonces? Es una gran pregunta.

No todas las preguntas necesitan una respuesta clara. La brisa chocando contra nosotros, su mano envolviéndome de calidez y confianza, la adrenalina a flor de mano… son razones suficientes.

Unos minutos más tarde, nos detenemos en un callejón estrecho y sin salida, bastante parecido al que nos encontramos por primera vez.

Me tomo un momento para rellenar los pulmones, más secos que cualquier desierto de la tierra.

—Serás burro —me quejo, burlona, apoyada en la pared—. Si teníamos que hacer una ilegalidad no hacía falta que descongelaras a la gente. Podías haber esperado, o también podrías habernos teletransportado con tus poderes.

—Le habría quitado toda la diversión.

—Ya no somos unos adolescentes para hacer este tipo de idioteces.

—Qué curioso. —Jadea—. Hoy me he sentido como uno.



«Puede ser tan adulto a veces, y tan inmaduro en otras.»

—Ya me he dado cuenta de que no eres muy legal. —Expiro—. Lo único que espero es que no nos hayan seguido.

Se asoma al borde. Niega con la cabeza.

—Hemos sido rápidos. Me aseguraré de que no nos incluyan en la lista negra, porque no sé a usted, pero a mí me encantaría repetirlo.

—¿También la parte de salir corriendo sin pagar?

—Esa es la parte que no puede faltar.

—Oh, Dios mío. —Río de los nervios—. Primero una asesina de humanos demoníacos, y ahora una ladrona. Qué será lo siguiente.

Demonio no evade la tentación y, mientras risoteo, me estampa contra la pared y curva la espalda para besarme en los labios. Si bien no me lo esperaba en absoluto, la excitación del momento y su estúpida sonrisa también me lo pedían a gritos.

—Lo he hecho sin avisar —murmura, con la boca cerca de la mía— Es que hace rato que lo deseaba. Su risa ha sido la gota que ha colmado el vaso.

—No pasa nada. —Me tiembla la voz—. Digo, yo también quería.

—Me alegro de que coincidamos tanto.

—¿Podemos hacerlo una vez más?

Me agarra de las mejillas para volver a besarme.

—Las que quiera.

Está a punto de rozarme cuando una gran idea interrumpe la escena. Me veo en la obligación de ponerle freno.

—Un momento. —Pongo mi dedo en sus labios—. ¿Antes de eso, podemos ir a mi casa? Me gustaría darte una cosa.



Abro la puerta de mi habitación y busco de rodillas en el gran cajón del escritorio.

Creo que llegados a este punto ya es hora de mostrarle algo que llevaba bastante tiempo escondido debido al miedo a su reacción. Sea cual sea la que exponga, me gustaría comprobar que no estaba equivocada. Que por mucha ira que arrastre, la ambición humana sigue siendo parte de él.

—Parece un topo hurgando en la tierra —afirma, sentado en mi cama —. ¿Se trata de un artefacto para adultos?

Gruño, divertida.

—Evidentemente no es nada de eso.

Aparto los papeles de la universidad hasta que la encuentro, la funda del violín que alquilé. Antes de sacarlo del cajón, abro la cremallera para liberarlo.

—Escucha —murmuro de espaldas, un tanto nerviosa.

—¿Ya ha encontrado el misterioso objeto?

—Si te soy sincera, no estoy segura de que sea una buena idea. A estas alturas te conozco bastante, y quiero seguir conociéndote más, así que espero que no te enfades. —Me preparo para sacarlo—. He pensado que, no lo sé, que tal vez estarías interesado en esto.

—Ahora es usted la que me está poniendo los cuernos de punta.

Mordiéndome el labio inferior, me levanto para enseñarle el violín.

—Lo vi en un aparador y automáticamente pensé en ti. En ese momento de sinceridad. —Lo observo en mis manos—. Lo alquilé en una tienda de música, creí que quizá querrías intentar volver a tocarlo, aunque fuera una vez más.

Por primera vez desde que le he enseñado el instrumento, me fijo en su reacción.

No está mosqueado.

No está triste.

Pero tampoco está escéptico.

Simplemente ha relajado la expresión.

—Si no te ves capaz puedo devolverlo cuando sea —aclaro, odiaría que se forzara—. Ahora que lo tengo aquí...

Se incorpora de inmediato.

—Dalia —masculla—. ¿A ti te gustaría que lo tocara?

Lo dice decidido e inseguro a la vez. Una faceta poco propia de su persona.

—¡Claro! Estaría encantada de verte tocar. Pero no si no quieres, quiero que lo tengas claro.

Convencido, se acerca a la entrada para apagar la luz de la habitación. Supongo que necesita luz natural para tener concentración, o por lo menos el brillo de las farolas y las estrellas. Agarra el violín con suavidad y se sienta en la silla del escritorio, junto a la ventana. Me espero levantada mientras hace unos retoques en la vaqueta, comprueba que las cuerdas estén lo suficientemente tensas. Está tan focalizado que no me atrevo a abrir la boca, por lo que me quedo a la espera rebosante de curiosidad.

Cuando parece que está listo, me siento sobre las sábanas. Intento intercambiar una sonrisa con él para que no se sienta nervioso o presionado, y eso parece funcionar. Después de colocarse el lomo del violín en la mejilla, respira hondo.

La vaqueta tiene el primer contacto con el instrumento.

Una nota precisa se desliza entre las cuerdas.

Es una melodía muy conocida, aprecio con rapidez que se trata de *Nocturne in C–sharp Minor*, de Frédéric Chopin. La versión en violín.

No necesita un piano de fondo. No necesita otros instrumentos que lo acompañen. Las afinadas y corpulentas notas que desprende del violín irradian magia al solitario, impregna pasión en cada una de ellas.

Demonio desliza la vaqueta con precisión, es completamente consciente de los altibajos de la canción. Sus manos tiemblan, sea porque lo necesitan o por los nervios; consiguen añadir drama a la obra musical.

Me hace pensar en la película *Titanic*, cuando los músicos tocaban segundos antes de que el barco se hundiera con ellos.

Al tiempo en que la melodía se hace más intensa, su expresión se vuelve más vigorosa. Toca con más furia, más crudeza. Imagino que estará reviviendo miles de experiencias que lo llevaron a abandonar este instrumento. Lo que ha empezado con una delicada melodía, ha pasado a ser una descarga emocional. Arrugo la frente, quizá debería frenarlo.

No hace falta. Se tropieza en medio de la canción.

Se frota la frente sudada con las manos temblorosas. Me angustio por su respiración, acelerada como nunca antes, y sus mejillas encendidas. No obstante, eso no es nada a comparación de lo que la tenue iluminación me deja ver en ellas.

«Imposible.»

«Él está...»

Hay una lágrima vagando en su párpado.

Después de frotarse la frente, se pasa la mano por el ojo. Tampoco puede creérselo.

—Demonio —susurro, comprendiendo su frustración. Deja el violín sobre la mesa y suspira.

—No debería haberme visto de esa manera. Nadie debería. Ha sido un acto muy generoso, haber traído este instrumento para que pudiera recordar los buenos momentos de una vida que ahora forma parte de la nada. Es una lástima que no todo fuera memorable, ¿eh? —Aprieta los labios—. Yo también tengo recuerdos que desearía olvidar. El violín era mi liberación, pero también el método que tenían algunos para encadenarme.

Entristezco mi expresión.

—Tranquilo. No es necesario que me lo cuentes si no te gusta hablar de ello.

—Es una historia muy larga.

—Lo entiendo. —Sonrío, consolante—. Ha sido un espectáculo muy bonito, seguro que debías ser un músico de primera.

—Y usted ha sido un público espectacular. El único público que necesito.

Demonio se reclina en la silla, hace que me ruborice.

—Me lo he pasado genial durante esta cita improvisada. —Aprieto la tela del vestido—. Sin embargo… La incertidumbre de estar haciendo algo que no debería no ha desaparecido.

—Peor sería negarlo —admite—. Estamos atados a un trato.

—Un trato que ya no tiene ningún tipo de sentido.

—No, la verdad es que no. —Se levanta y se aproxima a la cama—. Especialmente porque no pienso renunciar a lo que me haces sentir.

Sutil, se sienta alrededor de mis piernas y me toma de los brazos para tirar mi espalda hacia atrás. Me deja encarcelada con su cuerpo.

—Dalia... —susurra.

Sin soltarme de las extremidades, busca mis labios y me besa con devoción. Un calor desconocido provoca que mi entrepierna sienta una especie de presión; es curioso, no me había pasado antes. La misma sube de intensidad a medida que sus labios van bajando hasta llegar al cuello. Del cuello descienden a la clavícula, de la clavícula descienden al escote, y del escote descienden a...

—Demonio —murmuro, de pronto el aire es inexistente.

—¿Quiere que me detenga?

Niego con la cabeza.

—No. En absoluto.



CAPÍTULO 24: ANTES DE TIEMPO

Desconozco que será de mí si su boca sigue deslizándose sobre mi piel en dirección descendente. La tela sedosa de mi vestido empieza a ser un incordio para Demonio, que, por alguna razón, está loco perdido por probar cada rincón de mi cuerpo como si fuera el de una emperatriz. El placer me consume y busco sus labios, tan pálidos a la par que húmedos, que arrastran los míos cuando presiona mi cintura.

¿Estará haciendo esto para acabar con la tristeza de antes? No...

No lo creo. Ya no hay ningún rastro de lo que fue esa lágrima insurgente, ni el resplandor melancólico en su mirada. Todo lo que hace, lo que expresa sin decir una mísera palabra, es por pura pasión incondicional.

Y no quiero que se detenga por *nada* del mundo.

Me parece que ya soy lo suficientemente mayor para entender lo que significa el conjunto de sensaciones que estoy experimentando en este momento, las cuales no hacen más que intensificarse cuando aparta la falda y explora mis rincones indescriptibles. Mi corazón desbocado, la piel de gallina, las inhalaciones desesperadas, indican que ha llegado la hora que tanto esperaba.

El placer, con el tiempo, se convierte en ansia de algo mayor; Demonio vuelve a mi cuello y, dedicado, lo acaricia con su lengua para deleitarse. Un escalofrío me electrocuta al igual que un relámpago, me obliga a jadear de satisfacción. Tras localizar la marca que ese hombre depositó en mi cuello en las islas, succiona mi piel y crea una nueva por encima con toda seguridad. No puedo evitar soltar una carcajada nerviosa, a él se le escapa una también. Se regocija con cada una de mis reacciones, estímulos, o zonas de mi figura que desea recorrer con sus dedos, y lo hace con una sutileza que contrasta con la intensidad de sus gestos. Con una mirada que parece brillar más cada vez que impacta contra la mía.

Llegando al límite, aprieto los párpados.

La agitación no hace más que crecer y crecer.

«Estas ganas son insoportables.»

—Espera. —Mis palabras repentinas lo arrancan de mi piel, lo aparto del pecho—. Ya basta.

Trata de alejarse, avergonzado.

—Lo siento. Seguramente me habré excedido.

—No —dejo ir, para que no se malinterprete—. Me refiero a que ya basta de aguantar.

—¿Disculpe? ¿Qué quiere decir?

Inspiro hondo antes de murmurar:

—A ser posible... me encantaría tener mi primera vez contigo, Demonio.

«De acuerdo. En mi mente no sonaba tan directo.»

Puede que la petición resulte algo drástica, pero no hay un solo vestigio de falsedad en ella. Es el lugar perfecto, el ambiente perfecto, el momento perfecto, con el hombre que más deseo.

Sin duda, lo deja atónito de buena manera.

—Claro que es posible —recalca, sorprendido—. Es que… no esperaba que quisiera tener esas intimidades con alguien como yo, más siendo su primera vez. ¿Está segura de que…?

—Sé perfectamente quién eres. —Coloco mis manos en sus mejillas—. Como también sé que no me arrepentiré. Eres el único al que podría imaginar en este escenario.

Es innecesario ser detective para descubrir que también lo desea, demasiado, con toda su alma sombría. Sus expresiones faciales siempre lo delatan, incluyendo cuando se muerde el labio inferior de esa forma tan atractiva. Aun así, su poca moralidad le hace reflexionar.

—Porque —prosigo, más provocativa—. ¿No te dará miedo hacerlo con una humana, verdad?

Niega con la cabeza y se relame la boca.

Creo que respirar está sobrevalorado.

—Somos los demonios quienes tenemos cierta debilidad por el sexo. —Se acerca a mi oído—. Es a mí a quién debería tenerle respeto. Pero su palabra es la que cuenta, ya lo sabe.

Trago saliva. Ya no hay puerta de escape.

Vuelve a sujetarme de ambos brazos para impedir que me mueva.

—Así que esas tenemos. —Le sigo el juego, aunque mi voz expone mi poca tranquilidad—. Agarrarme así no es muy caballeroso de tu parte. A-bue-lo.

—Vaya, no me diga.

—¿Dónde estará el hombre que me ofreció su chaqueta cuando el viento me helaba los huesos?

—Me aseguraré de que siga calentita. —Me toma suavemente de la barbilla—. Pues ya sabrá que mi gentileza tiene un límite, aunque no sé si estará segura de querer atravesarlo.

¿Segura? Nunca estoy segura cuando se trata de él. No pienso con el cerebro ni con la lógica, el corazón lleva las riendas de mis decisiones. Especialmente de las que están fuera de lugar:

Como esta misma.

—No sé a qué estás esperando. —Asiento, ansiosa.

Mi provocación termina con su paciencia y, de un chasquido, hace desaparecer mi vestido, también su camisa blanca. Nos preparamos

con la protección necesaria para lo que está a la vuelta de la esquina. Demonio me libera mi ropa interior con cuidado, esta vez utilizando sus propias manos. Nota que, si bien estoy estimulada y decidida, también estoy hecha un saco de nervios.

Recurro a lo mismo con la suya hasta que ya no queda nada físico que nos separe. Podríamos ser la representación de un cuadro renacentista. Descanso mi cabeza sobre la almohada, Demonio se posiciona encima de mí. Me lanza una última mirada para corroborar que estoy segura, y con toda certeza, asiento.

«Respira, Dalia. Aquí vamos.»

Suelto aire con brusquedad, ya lo siento dentro de mí.

Al principio es incómodo; tenaz, un tanto doloroso. Mis huesos se vuelven de piedra, noto que mi cuerpo se contrae, lucha por entender qué está sucediendo. A medida que transcurren los minutos, se siente similar, ya había leído que al principio puede resultar difícil acostumbrarse. Con cada repetición se crea un patrón, y pronto, el dolor parece desvanecerse y la tensión muscular sosegarse.

—¿Le estoy haciendo daño? —menciona al escuchar mis soplidos de dolor—. ¿Quiere que me detenga?

Aprieto los párpados, adolorida.

—No. —Expulso aire—. Un poco más. Más rápido.

Desestima lo que le pido. A cambio, me pide:

—Míreme.

—¿Por qué?

—Míreme —suplica.

Abro los ojos.

—¿Qué pasa?

Eleva la cabeza para deslizar la vista por mi cuerpo.

—Es irrelevante desde qué ángulo la vea. Su belleza supera a la de cualquier ángel que haya tenido la oportunidad de contemplar.

Sus cálidos cumplidos eliminan el último rastro de incomodidad. Demonio acelera el ritmo y aquel dolor que me invadía se convierte en la razón por la que floto por las nubes. Mi cabeza no para de dar golpecitos contra el mueble de la pared, así que, sin detenernos, Demonio agarra un cojín del costado y lo coloca ahí para evitar

algún daño adyacente. En un parpadeo me encuentro ante su forma demoníaca, un iris brillante, anhelante traspasar cualquier frontera infundida. Comprendo por qué estos seres son tan adictos a este acto impuro pero natural a su vez.

Mi cuarto se llena de sonidos suplicantes y voces pidiendo más. Me sujeto al borde de la cama, inestable, porque esto ya está fuera de control.

No sobre pienso nada. No me cuestiono nada. No lamento nada.

—Dalia... —susurra, antes de besar mi frente húmeda.

Dejo que nuestro vínculo imposible se vuelva indestructible.



«Que nadie me despierte si estoy teniendo otro de esos sueños.»

«Quiero vivir en este para siempre.»

—Dices que no tienes cosquillas. —Se divierte Demonio, refugiado bajo la calidez de las sábanas con una servidora—. Pero sé que eres una embustera.

Ha probado hacerme cosquillas recorriendo mis puntos sensibles desde que el acto ha llegado a su fin. El sol está robando la visibilidad de las otras estrellas; poco a poco, se hace de día. Llevamos un buen rato jugando como buenos amantes que somos.

—Te lo juro, no estoy mintiendo —miento—. Pellízcame allí donde quieras, adelante, lo único que te llevarás será una buena decepción.

—Tienes una manía especial para subestimarme.

Disfruto de la escena hasta que me percato de un detalle.

—Espera, espera. ¿Por qué de repente ya no me hablas de *usted*? ¿Es que ya no soy tu señora? —bromeo, aunque me tiene intrigada —. ¿Soy tu plebeya? ¿Una fulana?

—Eres mucho más que mi señora. No debería tratar a la chica a la que le he concedido mi cuerpo como una simple clienta.

—Claro. —Apoyo mi mejilla en su pecho—. Tienes razón.

—¿Te parece bien?

—Me gusta que me trates en confianza.

Sus largos dedos me peinan detrás de la oreja.

Nos quedamos viendo la lámpara apagada del techo.

—Dediquemos este momento a no pensar en nada que nos perturbe. Ni en lo que pasó, ni en lo que podría pasar —murmura—. A cambio, hablemos. Cuéntame más sobre ti.

Suelto una risotada.

—¿De mí? Pero si ya lo sabes todo.

—Jamás se llega a conocer a alguien del todo.

—Ya, pero... no sé qué quieres saber. Tengo veintiún años, soy piscis, mi flor favorita es el tulipán blanco, soy alérgica a tropocientas cosas y recientemente he descubierto que no me gustan los niños.

—Eso es fantástico. ¿Pero cuál es tu objetivo de vida?

Esta pregunta me hace pensar más de la cuenta.

—Supongo que hacer lo que me gusta y tener buena salud.

Demonio aprieta los labios para no soltar una auténtica carcajada.

Frunzo el ceño.

—Dalia —se cachondea de mí.

—Eh. ¿De qué te ríes? —Le pego suavemente en el abdomen—. Has sido tú quién me ha preguntado.

—Es que esa ha sido una respuesta propia de un pez, cuyo existe meramente para cumplir con sus instintos acuáticos. Adelante, rebusca un poco en tu mente. Piensa en lo que te hace levantar cada mañana y decir *sí, sé que algún día lo conseguiré, me voy a esforzar.*

Nunca me había empeñado en buscar a fondo una razón de ser. Hasta ahora me ha resultado suficiente con estudiar para ser profesora de botánica, ya que fuera del ámbito profesional he sido más de llevar una vida sin mucho cuento.

Suspiro. Demonio tiene razón. Aunque pueda cambiar, una persona necesita un objetivo para ser una persona.

«Y yo también tengo uno.»

—Bueno, sí, sí que hay algo. No es un sueño de estos grandes ni imposibles, pero me haría bastante feliz. —Produzco una pausa antes de continuar—. Vivir en la ciudad no está nada mal. Tiene esas cositas que son un grano en el culo, como el sonido repetitivo de los coches, el exceso de gente, bien, y también tiene un montón de cosas buenas. Aquí nunca me falta de nada. —Enfoco la mirada a la

ventana—. Sin embargo, quien me conoce sabe que no me quiero quedar aquí para siempre. Mi sueño sería volver a donde crecí, tener de nuevo una casa en el campo. No lo digas, sé que suena una cursilada.

—No. —Niega—. Es completamente válido.

Intercambiamos una sonrisa. Entrecierro los párpados antes de hacer la pregunta del millón:

—¿Cuál es el tuyo?

Demonio no se lo piensa mucho.

—Ahora mismo, estar contigo y protegerte.

—¿Cuál *era* el tuyo? —rectifico.

Relaja la expresión.

Parece ser algo que no le contaría a cualquiera.

—Quería ser alguien. Era irrelevante que vía tomara para conseguirlo, deseaba ser lo único que estuviera en la cabeza de las personas. Cuando fallecí y me convertí en lo que soy, comprendí lo absurdo que fue desde el principio. —Su voz se torna grave—. Al final todo vuelve a su lugar. Un día existes, eres querido o aborrecido, y al otro no eres más que un viejo recuerdo.

La última frase me atraviesa con un puñal. Cristaliza mis ojos.

—Cierto. —El temblor se añade a mi respuesta.

—Oh, ¡qué insensible! —Se da cuenta—. No debería estar hablando de este tema. Perdóname, Dalia.

Sacudo la cabeza.

—Tranquilo. ¿Sabes algo? Antes estaba preocupada pensando donde estaría mi padre. Los misterios son aterradores, la muerte me aterraba de una manera inimaginable. Por eso tenerte aquí me alivió un poco, pues sabía que, si los demonios y el infierno existían, el paraíso también. Significaría que mi padre estaría bien.

—No dudes de ello. Nunca.

Me recuesto sobre mi mano.

—¿Y tú? —Me arriesgo—. ¿Cómo moriste, Demonio?

Mi pregunta inesperada lo hace cambiar de posición. Inspira profundamente antes de contar:

—Supongo que ya te habrás fijado en la cicatriz de mi nuca.

—Sí —afirmo, llamó mi atención con megáfono.

—Esa no fue mi razón de muerte. —Se incorpora un poco para que pueda ver la marca oculta ocasionada por una bala, dibujada debajo de las costillas—. Recibí un disparo.

Me llevo la mano al pecho.

—Cielos —mascullo, no la había visto hasta ahora—. ¿Te dispararon directamente a ti, o fue un accidente?

—No había lugar para más accidentes en el final de la Segunda Guerra Mundial. Una bala tan intencional como de alto calibre perforó mi piel cuál si se tratara de un pajar... Morí desangrado quince minutos después del impacto. En ese momento de dolor ya sentía el ardor del infierno y dos cuernos brotar de mi cráneo.

—Qué horror —reconozco—. Conociéndote, le habrás dado una buena venganza a la persona que te mató.

Niega lentamente con la cabeza.

—Fue alguien de la fuerza de policías. Hizo un favor a mucha gente.

—¿Qué…?

—Era el castigo que merecía, Dalia.

Si no recuerdo mal, me dijo que nunca mató a un inocente. ¿Pero y si no es verdad? Tienes que haber infligido una cantidad innumerable de sufrimiento para que el inframundo te haya transformado en un ser inhumano, en uno de los demonios más peligrosos y poderosos. Con tanta autoridad para poder arrebatarle el alma hasta a los de tu misma especie.

Sea como sea, eso es algo que he sabido desde el comienzo.

E incluso así me he acostado con él.

—Y entonces, si el motivo de tu muerte no fue esa cicatriz… ¿Por qué la has mencionado?

Se lleva los dedos a la nuca.

—Porque recuerdo que desde que recibí esta herida, cuya se curó en pocas semanas, fue el punto de partida para que empezara a morir lentamente.

Sigo sin encajar las piezas de su verdadera historia. He recogido información de donde he podido, e incluso a este punto, este demonio sigue siendo el enigma más grande al que me he enfrentado. Mayor que la muerte.

Siento que estoy cerca de conseguirlo. De saber quién es verdaderamente Deymian Black.

Solo tengo que cavar un poco más hondo.

—Mira. Ya se ha hecho de día. —Observo a través de las cortinas. Hay una familia de gorriones descansando en el tejado vecino—. Cuánto hacía que no dormía toda la noche…

—¿Tienes hambre? ¿Quieres que te prepare un buen desayuno?

—Me encantaría, de veras. Pero han abierto una cafetería a la vuelta de la manzana, creo que se llama Cozy Place o algo así. Me gustaría ir a buscar un café para ver si merece mis ahorros.

—Eso suena mejor. —De dos palmaditas, se levanta y el traje aparece en su cuerpo por arte de magia—. Te traeré uno a la cama y beberemos los dos juntos.

Tan pronto hace el ademán de irse por la ventana, lo agarro del brazo para que no se escape.

—De eso nada. Iré yo —Tomo la ropa interior del cajón y busco algo cómodo para salir—. Quiero ver el aspecto del lugar, y no solo eso. Tengo que hacer mi ejercicio diario.

—Oh. —Se aprieta la corbata—. Por supuesto, tu querida rutina.

Cuando ya estoy vestida con un conjunto color verde y preparada para abandonar el paraíso, me dirijo a la puerta del cuarto.

—Te traeré un café ultra amargo a noventa grados. ¿Está bien así, o lo prefieres más caliente?

Deja escapar una risa ligera.

—Con el que me traigas estaré totalmente satisfecho.

Intercambiamos una última sonrisa antes de que salga de casa y baje los escalones para partir del bloque de pisos. Aprovecho la caminata para recordar la intimidad de anoche, lo muy cómoda que estuve en cada caricia, en cada beso y en cada descanso. Mi mente consiguió apoderarse de toda su identidad demoníaca y archivarla. No se me olvida lo que es, ni de dónde proviene, pero la intensidad de lo que siento lo deja en un *ya me ocuparé más adelante.*

Entro a la cafetería, me acerco directamente a la barra. Intento hacer trampilla y adelantar a gente en la cola, estoy deseando volver con Demonio. Es un establecimiento espacioso, tal vez un poco excesivo de temperatura, y el olor que desprende es de grano de

café puro. Tomaré nota para cuando necesite estudiar con Emma y Juniper, pues los de la biblioteca ya no quieren vernos la jeta. Recojo los dos vasos de papel y me acerco a la basura más cercana para tirar el envoltorio de mi cucharita.

No obstante, antes de que pueda deshacerme del plástico, una voz curiosamente conocida me interrumpe:

—Déjalo. Ya me lo llevo yo.

Subo la mirada para ver a una trabajadora uniformada que extiende la mano.

La misma al darse cuenta de mi identidad se asusta al instante, se arrepiente de haberme dirigido la palabra.

Me concentro en las facciones de su rostro.

«Esta mujer…»

Tras pensarlo dos veces, mis extremidades empiezan a temblar.

«Es imposible.»

Es una mujer pálida, delgada a un punto preocupante. Esas ojeras que prenden de sus ojos marrones son irreconocibles.

Me cubro la boca sin poder evitarlo.

«No tienes ni idea de en dónde te has metido. Yo de ti tendría mucho cuidado.»

—Tú —murmuro—. Eres tú…

Sin quitar la vista de ella, dejo los vasos sobre la barra.

«Estoy segura. Mierda, estoy segurísima.»

Dado que mis sospechas son ciertas, no espera ni un segundo más: Sale disparada del establecimiento como si se acabara de topar con un espectro.

—¡Oye! —La sigo por detrás—. ¡Espérate!

La persigo calle arriba esquivando a la multitud acumulada un sábado por la mañana, no tardo en darme cuenta de que su velocidad es muy inferior a la mía. Se mueve coja, tambaleante, es un saco de huesos andante. La atrapo tan buen punto quiere girar a la siguiente calle. Ahora que tengo la oportunidad de tenerla cara a cara, refuerzo la idea de que se me hace familiar de una forma desmesurada. Es alguien que solo he visto en fotografías tiradas a la papelera. En cuadros retirados de la pared. Quizá, en algún recuerdo lejano que superó la fecha de caducidad.

Pero tenerla aquí delante, observándome con una fijación de puro terror, lo confirma *todo.*

—Deja de evadirme de una vez, mamá. —La señalo—. Me debes muchas explicaciones.



CAPÍTULO 25: NATALIE

Hace 18 años

Existen tres temas en particular que odio con mi vida.

Uno: El tema de tener que dar explicaciones sobre mis decisiones.

Dos: El tema de la política.

Y tres: El tema de mi madre.

Durante el tiempo que estuve viviendo en casa de Emma, ella solía preguntarme sobre su paradero. *¿Y tu madre? ¿Por qué nunca hablas de ella, dónde está?* Como respuesta ostentaba unos ojos en blanco y cambiaba el rumbo de la conversación, porque la verdad era que no sabía nada acerca de mi madre. Ni donde estaba, ni qué hacía. La imagen mental que conservaba de su aspecto estaba borrosa.

De pequeña también me lo preguntaba, muchas veces, y mi padre siempre trataba de evadirlo.

Lo único que recuerdo de ella fue el día en que se largó.

Y no tenía nada que ver conmigo, fue...

Fue por amor.

—No estoy entendiendo nada. —Mi padre se movía de un lado a otro mientras mi madre hacía rápidamente la maleta.

Sucedió durante mi infancia, no superaba los cuatro años de edad. Incluso si me clavaba el hombro con la astilla que sobresalía del marco de la habitación de mis padres, quería entender la conversación que los estaba llevando al límite.

—Tampoco espero que lo hagas. —Apretó la maleta púrpura para poder cerrarla con cremallera—. Solo que respetes mi decisión.

—¿Respetarla? ¿¡Pretendes que respete tu decisión de irte sin más, Natalie!?

Aupó la maleta, sus ojos color kiwi se hincharon de lágrimas.

—Lo siento —balbuceó.

—Esperaba mucho más de ti.

—Juro que algún día os lo compensaré.

—Caramba, está bien que te hayas enamorado de otro hombre. No te culpo por ello, es algo que no podemos decidir. He sabido desde hace tiempo que lo nuestro ya no era lo mismo. —Se pasó la mano por su cabeza sin pelo—. ¡Lo que no comprendo es por qué debes desaparecer y dejar de ver a tu hija! Podríamos turnarnos, una semana tú una semana yo, es lo que hacen las parejas divorciadas.

—Hago esto para protegerla, Jared.

—¿¡De quién!? —estalló papá, estuvo a punto de tirar una maceta decorativa—. ¿Con quién narices estás saliendo, Natalie? ¿Con un loco? ¿Con un criminal?

Agarró el abrigo del colgador incrustado en la pared.

—No puedo decírtelo —murmuró, casi para sí misma.

Mi padre suspiró tratando de controlar sus emociones, que normalmente se mantenían a raya.

Nunca lo había visto tan nervioso.

—Da igual. No me importa de quién se trata, o en qué lío estás metida. Yo solo te pido medites muy bien en esto, porque... Si te vas, Dalia crecerá sin una madre. ¿Es esto lo que quieres para ella?

Haciendo el ademán de marcharse, se detuvo en medio de la habitación.

—Jared...

—Responde, Natalie. ¿De verdad tu amante vale más que tu hija?

La atmósfera se congeló. Ni siquiera el canto de las perdices o el bufar de los vientos pudieron acceder entre la niebla que había envuelto nuestra casa. Mi madre, torpe, se abrochó dos botones y tomó el asa de la maleta.

Papá la fulminó con el ceño fruncido, aunque eso no impidió que ella saliera del cuarto hasta donde estaba yo.

Se arrodilló delante y depositó un beso en mi frente. Era incapaz de entender nada.

Me sostuvo la mirada con esa inexpresividad que tanto la caracterizaba, hasta que subió la comisura y susurró:

—Cuídate, cariño. Mamá volverá.

Avanzó a través del pasillo pedregoso sin mirar atrás, mi padre permanecía en medio, apretando los puños de la indignación.

Cerró la puerta de casa tan suave que fue inaudible, hasta pensé que volvería a entrar.

Me equivoqué. Ya nunca más volvería a cruzar esa puerta.

—Papá. —Tomé de su camiseta varias veces, la mojé de tener el dedo en la boca—. ¿Dónde va? ¿Se va de viaje?

Tras un suspiro, me agarró de las caderas y me subió a su hombro.

—No lo sé, pequeña —dijo, escudriñando el pasadizo—. A veces los mayores tenemos tantas cosas en la cabeza que no podemos pensar con claridad.

Produje un sonido asertivo, pese a que seguía sin comprender el porqué de esa escena.

No me preocupaba en absoluto.

De todas maneras, mamá siempre volvía.

Nunca habíamos sido muy unidas como madre e hija, Natalie no era del tipo de persona que buscaba crear conexiones emocionales.

Era un alma libre que se movía por impulsos. Aun así, siempre tenía motivos para regresar a casa, por más incómoda que estuviera.

La familia siempre ha sido lo primero.

O eso suponía en aquel perfecto entonces.

A día de hoy

El intenso hedor del disolvente irrita mi nariz tan buen punto accedo a su garaje.

Me equivoqué al pensar que me traería en coche. De qué serviría, si mi madre vive a tan solo una manzana de mi bloque de pisos.

Sí. A mí también me ha descolocado.

Y tampoco tiene vehículo, utiliza el pequeño garaje como trastero de mobiliario anticuado. No me ha dicho nada en todo el camino hasta aquí, se ha limitado a guiarme encogida de hombros. Cualquiera diría que la estoy apuntando con una puñetera pistola. Mentiría si dijera que me sabe mal; que después de tantos años y de habernos destrozado a mí y a mi padre, me haga sentir que soy la mala de esta historia.

Saca las llaves del bolsillo de su uniforme y entramos directamente a la cocina. Mi expresión se retuerce, no es el tipo de interior que esperaba ver para alguien meticuloso e higiénico como ella. Las paredes están ennegrecidas, consumidas por la humedad. Tiene un mar de utensilios sin lavar acumulados en el fregadero, apostaría a que son de hace semanas. El salón tampoco se queda atrás. Las persianas están rotas, caídas de lado, todo está hecho un auténtico desastre. Ya es de agradecer que no habiten hormigas, ratas o cucarachas; precisamente ella odiaba vivir en el campo por esa razón.

Es una pena que no pueda sentir un ápice de empatía.

—¿Quieres algo de beber? —masculla, volviendo a la cocina—. Creo que tengo algún sobre de descafeinado y leche de la cafetería.

Niego con la cabeza.

—Ven aquí. —La fuerzo.

Se gira y ve que estoy haciendo jarras con los brazos.

Me siento en el sillón que está delante de la televisión —que no creo que se encienda—. Tras dejar el uniforme extendido sobre la montaña de ropa que hay sobre la cómoda, ella se acomoda en una silla. Deja un gran espacio entre nosotras.

Sigue teniendo la placa de «Natalie Oakley» pegada a su jersey amarillento.

Inspiro antes de hablar.

—Te preguntaría que es este despropósito de casa —me atrevo, asqueada de mi alrededor—. Pero no mentiré, me trae sin cuidado.

—Dalia, hija mía. ¿Cómo has estad...?

—No —la corto, seca—. Déjame hablar. Tendrás mucho tiempo para contarme tus cosas, que claramente no tendrán nada que ver conmigo.

Dirige la vista al suelo.

—Tuve la suerte de ser tan pequeña cuando me dijiste que volverías. De alguna manera llegó el día en el que simplemente dejé de esperarte. —Me apoyo en el reposabrazos—. Es increíble que vivas tan cerca de mí y nunca te hayas molestado en decírmelo. Aunque de cierta manera, te entiendo: yo tampoco podría cargar con el peso de ser una madre lamentable.

—Nunca he querido...

—Ya —dejo ir.

—No ha habido día del no me arrepintiera de lo que te hice.

—De lo que nos *hiciste*, mamá, de lo que nos hiciste. —Me aprieto el dedo con la uña—. Fue papá el primero en sufrir las consecuencias de tu estúpida decisión. Me crió él, *solo* él.

—Estuvimos en contacto tiempo después. Me dijo que respetaba…

—Mira, mamá. No me vengas con gilipolleces —espeto—. Todos sabemos que ya no lo querías ni un pelo, incluso si papá era una gran persona te habías cansado de él. Por el amor de Dios, si no te presentaste ni en su funeral.

Tras el intento fallido de mentirme, asiente.

—Quería ir, pero… Tenía asuntos muy importantes.

—¿Ah, sí? ¿Con quién? —aumento el tono, esta vez cabreada sin tapujos—. ¿El amante secreto con el que te largaste?

Es la primera vez que siento el peso de su fría mirada sobre la mía.

—Había quedado con un exorcista.

Relajo la expresión.

He estado tan cegada por la cólera que no me he parado a observar su nuevo aspecto. Si es cierto que ha pasado una buena cantidad de años, es irreconocible: Las arrugas se le han atenuado tanto que aparenta el doble de su edad. Su cabello castaño está greñudo, graso, tiene el color de la piel tan lechoso que parece moribunda.

Podría decirse que está enferma.

Mis párpados se abren lentamente tras esa información. Teniendo en cuenta que fue ella quién me advirtió, tengo una leve idea de hacia dónde irá su versión de los hechos.

—Exorcista —repito para mí misma.

—Creí que así se arreglaría. Quería ser libre de lo que ese ser me había hecho. —Inspira con afán—. Y no fue así. A día de hoy sigo sintiendo como me devora por dentro, ese... ese puto traidor.

El enfado se transforma en miedo, una voz que chilla en mi cabeza.

Me lanzo a preguntar:

—Mamá. ¿De quién te enamoraste?

Se prepara mentalmente para responder.

—Lo conocí en esta misma ciudad. Eras muy pequeñita, tu padre y yo... Estábamos pasando por un mal momento, nuestras muchas diferencias terminaron pasándonos factura. Solía salir del pueblo para despejarme, tomar algo en algún *pub* o visitar algún museo. Un día, esperando en la lavandería de noche, conocí a un hombre peculiar. Era rubio y atractivo, pero también un poco escuálido. Hablamos directamente, descubrí que se llamaba Dominic.

Entrecierro la mirada.

«Dominic. ¿Dónde he escuchado antes ese nombre?»

—Era un tipo bastante raro —prosigue—. De hecho, demasiado. Y lo fue muchísimo más cuando sus ojos se volvieron rojos, encendidos como antorchas. Dos cuernos salieron de su cabeza. No me lo podía creer, era... Era un maldito demonio. Traté de escapar,

por supuesto, si bien fue imposible. Antes tenía que escuchar la supuesta propuesta que tenía para mí.

—Propuesta —murmuro, de nuevo para mí misma.

Algo empieza a oler mal en todo esto.

—Quería ayudarme a arreglar las cosas con tu padre, y sería a través de un trato con el que, según él, conseguiría salir del infierno. Un supuesto servicio comunitario para demonios.

Un déjà vu origina un remolino en mi estómago.

La bilis se me sube a la garganta.

—Acabé accediendo porque me amenazó de ir a por ti, Dalia. Realmente no quería hacerlo. Y pese a que seguía sin fiarme ni un pelo de ese ser, estuve un tiempo luchando para conseguir el objetivo. El demonio me daba consejos de relaciones, ideas de conversaciones, e incluso organizó citas lujosas en los mejores restaurantes de la ciudad. Pero el objetivo no iba a ser posible... porque pronto acabaría enamorándome de él. Fue inevitable. Ese hombre despertó en mí algo fuerte, me atrevería a decir que inhumano. Lo que sentía por Jared había desaparecido en cuanto acepté esos sentimientos retorcidos, y Dominic reveló que sentía lo mismo por mí. Estuvimos un tiempo saliendo, haciendo locuras, incluso si era alguien malvado me sentía la más segura a su lado. Lamentablemente, no pasaron ni unas semanas que lamenté el terrible error que había cometido ofreciendo mi confianza a un demonio. —Se aprieta los pantalones—. Un día, después de haber tenido nuestra primera relación íntima, me desperté en una silla atada a una cuerda. Me tomó unos segundos darme cuenta de que había un puñado círculos rojos dibujados a mi alrededor.

Produce una pausa, como si le fuera difícil contar lo que viene a continuación.

—Y... ¿Qué pasó? —balbuceo, empezando a perder el equilibrio.

Mi madre pierde el juicio:

—¡Qué me la jugó, Dalia! Confesó que ese cuento del trato y del servicio comunitario no eran más que una sucia patraña. Quería ir al cielo por encima de todo, y lo haría… Por la fuerza. Su objetivo desde el principio fue robarme lo que ellos llaman Energía Blanca —explica—. Es algo que tienen muy pocas personas, una energía

hereditaria que puede crear un vínculo con un ser sobrenatural. Cuando el humano que posee esa energía crea un vínculo con un demonio, esta es lo suficientemente prominente como para ser arrancada de su cuerpo. Es una energía pura, divina, si el demonio la obtiene y la consume llegará al cielo sin necesidad de redención. Por otro lado, el humano se quedará sin su esencia, vacío al igual que un pozo abandonado. Una auténtica alma en pena.

Es como escuchar mi historia en boca de otra persona. Me resulta imposible desconfiar de ella cuando su rostro está rojo del desquite, y todavía más cuando lo que me ha contado es una réplica tergiversada de lo que he vivido con Demonio.

Todo menos el final.

Me está quebrando procesar esta información.

Hay una parte de mí que quiere rehuirla, y otra que se esfuerza por contenerla.

—Nada ha vuelto a ser igual desde el día en que arrebató mi energía y desapareció. Me he sentido enferma, apagada y con el pensamiento de que mi existencia no vale la pena —se remanga el brazo y muestra un puñado de cicatrices resecas—. Me autolesioné con varios objetos filosos. Intenté suicidarme. La gente se alejó. Estoy viviendo, no, *sobreviviendo* con el constante sabor de la traición y el arrepentimiento.

—Mamá...

Vuelve a bajarse la manga.

—Te vi esa noche cuando trajiste a ese hombre a tu casa. Por su aspecto supe enseguida que se trataba de un demonio; tienes la Energía Blanca, por lo cual estabas condenada a vivir el mismo destino que el mío. —Resopla—. Nunca me lo hubiera perdonado, de ahí que tuve el valor de darte un pequeño aviso al día siguiente. Fue una suerte haberte encontrado a tiempo.

Presiono los labios de manera ostentosa para que caiga en la cuenta.

Se cubre la boca y deja escapar un alarido.

—No me digas, qué... ¿¡No me hiciste caso!?

—¡Pensaba que eras una loca desconocida! ¡Además, el trato ya estaba hecho!

—¡EL TRATO ES UNA MENTIRA!

Se levanta de golpe.

Me niego a aceptar que lo que hemos pasado juntos, bueno, malo, incluso sus propios sentimientos, hayan sido un truco egoísta para escapar del infierno y de paso arruinarme la vida. Es un demonio; no debería ser una sorpresa que sus intenciones sean perversas. Pero yo ya no lo veía como tal.

Me rehúso a creer que esta sea toda la verdad.

¿Aunque… y si lo es?

No. Tiene que haber algo más.

Ya que no tengo el coraje de responder, mi madre afloja el tono.

—¿No lo ves? —Sus ojos se cristalizan—. Es una trampa para personas como nosotras, Dalia. Por el amor de Dios, debes llevar mucho tiempo atada a ese maniático.

—Meses, en realidad.

—Bueno... Tranquilicémonos las dos. —Hace un gesto calmante—. Mientras no hayas creado un vínculo romántico o no romántico con él, todavía tienes la oportunidad de salir ilesa.

Vuelvo a sellar los labios, esta vez sin el valor de mirarla.

Suelta una carcajada de chalada.

—Tenía que ser así. —Vuelve a sentarse, rendida—. Has caído en el mismo agujero. En la misma trampa. En la misma red.

—No lo entiendes —insisto—. Él es diferente a los demás demonios que he visto. Me ha salvado miles de veces. Nos hemos comprendido mutuamente; ha llorado, mamá. Conserva sus emociones humanas. Tal vez en el pasado ha hecho cosas terribles a personas terribles, pero ha cambiado. ¡Conmigo es diferente!

Se levanta nuevamente de forma abrupta y se planta delante de mí.

—Escúchame, Dalia. Quiero que te entre en la cabeza: Los demonios no tienen sentimientos. Fingen tenerlos para manipularnos y así obtener lo que ellos quieren, no les importa lo que tengan que arrebatar en el camino. Son monstruos —señala—. Solo mira lo que me han hecho. Y no soy la primera ni la última víctima.

Mamá se sube el jersey hasta las costillas, que sobresalen de su piel.

—Yo también estuve loca por Dominic. —Muestra un tatuaje negro de dos cuernos afilados—. Me hizo sentir la mujer más especial. Cuando estaba con él, no me reconocía.

Yo tampoco lo hago.

«No me reconozco»

«En qué me habré convertido»

«En qué me habrá convertido este demonio»

Esto es demasiado.

Aturdida, me pongo de pie sin vacilar y me alejo del salón, directa a la cocina.

—¡Dalia! —exclama, reclamando mi presencia—. ¿Adónde vas?

—A hablar con él.

—¡No, ni de coña! Te va a...

—Tengo que hacerlo, mamá. —Le dedico una última mirada, dirigiéndome a la entrada—. Pero tú y yo no hemos acabado.

Después de atravesarlo, dejo atrás el garaje—trastero y me encamino a mi casa. El viento aumenta su fuerza, me aparto los mechones que no me dejan pensar con claridad.

¿Qué pasa si mi madre tiene razón? ¿Qué pasará a continuación? ¿Y si Demonio me ha mentido todo este tiempo y quiere robar mi energía? ¿Y si sus sentimientos no han sido más que puro teatro?

Encontrar respuestas a un misterio que significa tanto para mí nunca había sido tan inquietante.

Abro la puerta tratando de ser sigilosa. Demonio está junto a los fogones, cocinando algo dulce con mi delantal de margaritas. Se bambolea en la zona, entusiasmado, sin saber lo que le espera.

Trato de mantener la calma, calculando cada uno de sus movimientos.

Expone una gran sonrisa al voltearse.

—¡Al fin! —celebra, enseñando la espátula cubierta de masa—. Aquí estás, la espera se ha vuelto una tortura china. Al ser la novedad del barrio debía de haber mucha cola en la cafetería.

Sin responder, entro en la cocina. Demonio tararea una de sus melodías mientras echa abundante masa sobre la sartén.

—Sí, no es necesario que lo digas —continúa parloteando—. Sé que me habías dicho que no querías que hiciera el desayuno, pero he recordado la deliciosa receta de tortillas chocolateadas de mi tía abuela y no he podido contenerme. Podemos guardarlas o comerlas con el café. ¿Por cierto, dónde está?

Inspiro una larga bocanada de aire.

Aprieto ambos puños.

—Demonio. ¿Es verdad que quieres mi Energía Blanca?

La espátula se resbala de sus zarpas y cae directa al suelo.

Abre los ojos de par en par sin intención de ocultar su repentino pánico, más notable que nunca. Analizo su reacción antes de seguir:

—He hablado con mi madre. Ella también estuvo involucrada en un trato. —Arrugo la frente—. Ya debes saberlo, teniendo en cuenta que esta supuesta energía es hereditaria.

—Dalia —murmura, suavizando la mirada cual un mapache al ser descubierto.

Suelto una carcajada sin ningún indicio de humor.

—¿Sabes? Una parte de mí se aferraba a la idea de que, seguramente, mi madre estaba mintiendo. Basándose en su aspecto cadavérico no sería de extrañar que tuviera problemas con el alcohol o algo así; nunca confiaría en esa mujer.

—Dalia, no es lo que...

—¡Para!

Demonio, atormentado a su manera, se desata el delantal y lo coloca en el respaldo de la silla. Rompo en lamentos:

—La culpa ha sido mía por pensar que un demonio le desearía algo bueno a una persona. ¿Todo ha sido un cuento, verdad?

—Te aseguro que no hay nada más real que lo que siento por ti —dice, tomando seriedad—. No mentiré cuando digo que el plan original era arrebatar tu energía. Pero a medida que fui conociéndote, todo cambió. Yo tampoco entiendo lo que me pasa ni por qué actúo de esta forma tan humana. Sin embargo, sé con certeza que el motivo principal eres tú.

—No sé por qué debería creerte —mascullo.

—Tienes que intentarlo, por favor, Dalia... Yo nunca te haría daño.

—¡Querías hacérmelo! —Me aparto unos pasos—. Es imposible que pueda ignorarlo.

—Te lo compensaré del modo que desees. Haré lo que tú quieras.

—No es tan fácil.

—Permíteme corregir mi error y volverme mejor persona.

—Pero eres un demonio, Deymian.

No consigo tragarme las palabras.

Aprieto los labios por la cagada que acabo de cometer.

«Oh, no. Mierda.»

Tan buen punto se me escapa el nombre, la expresión de Demonio da un giro de ciento ochenta grados y sus ojos se embargan del fuerte color carmesí. Me he dejado llevar por su identidad demoníaca y, sin querer, he demostrado que conozco su verdadera.

—Oye. —De pronto, parece enfadado—. ¿Cómo sabes mi nombre?

Siento un muro de cemento en el esófago que no me deja hablar.

De forma inadvertida hemos intercambiado los roles, ahora soy yo quién le debe muchas explicaciones.

—Yo... —Un temor desconocido me asfixia.

—Adelante.

—Lo escuché en... en…

—Dímelo —Saliendo de sus cabales, me agarra del brazo con fuerza y me hace caminar hacia atrás—. Dime quién te ha dicho mi nombre.

«Quema. Quema mucho.»

Está quemando mi piel sin darse cuenta.

Esto se está descontrolando.

—Demonio.

—¡Dímelo! —Me embiste contra la pared, acorralándome para que no tenga más remedio que decirle la verdad.

—Me estás haciendo daño.

Vacila. Suelta mi brazo rápidamente cuando se da cuenta de que estaba usando sus poderes contra mí. El color de su iris vuelve a apagarse, y el dolor de la culpabilidad lo obliga a echarse atrás.

—No. —Se lamenta, observando mi pequeña quemadura. Acerca su mano para intentar acariciarla—. Qué te he hecho.

Me muerdo el labio con indignación.

—¿Qué no me harías daño..? —Alejo el brazo con determinación. Esa lágrima que antes amenazaba con salir huye desbocada—. Y yo que pensaba que habías cambiado.

En medio de la catástrofe, suena el timbre magullado.

Sin quitar la vista el uno del otro, nos acercamos a la puerta con la incertidumbre comiéndonos las entrañas.

—Será Emma —aventuro, el timbre suena otra vez—. Me dijo que pasaría por mi casa para charlar sobre el viaje.

Se produce una pausa momentánea.

—¿Quieres que me cambie de ropa?

—No. Ya me inventaré algo. Tú sonríe, como siempre.

Demonio asiente en forma de disculpa y toma el paño de hierro, al abrir la puerta una brisa nos despeina. Tenso la mandíbula. Lo que encuentro al otro lado no es para nada lo que pensaba encontrar. No es Emma, lo cual era de esperar.

Es un hombre.

Se presenta luciendo un elegante traje obsidiana y una corbata del mismo color. Tiene el cabello oscuro recogido en una coleta, me impresionan sus pómulos tan marcados y ese parche cubriendo su ojo izquierdo. No tengo ni idea de quién es, pero al ver en Demonio una expresión siniestra, hasta sádica, doy por hecho de que no estaba invitado.

Ni siquiera es un humano.

—Me he tomado la libertad de escuchar vuestra conversación desde el otro lado. —Habla con voz ronca, accede al recibidor sin mi permiso—. No quería intervenir, pero estoy conmocionado. Se ve que alguien ha hecho el trabajo por mí.

Demonio se interpone delante en posición defensiva.

—Ethan. Qué estás haciendo aquí —escupe en formato amenaza.

—Deja de aparentar ignorancia, Deymian. Sabías de sobra que acabaría apareciendo tarde o temprano. ¿Somos amigos, no? Una vez dijimos que debíamos saberlo todo el uno del otro.

Se trata del compañero jefe de Demonio. De lo poco que conozco de este individuo, es que el hecho de que haya aparecido es señal de que el precio de nuestra felicidad quiere saciar cuentas.

Tras saber sobre mi energía, entiendo perfectamente por qué estos seres están tan interesados en llevarme. Ahora lo sé.

—Anhelaba ver a la parejita de la que todos hablan con mis propios ojos. —Se acerca a Demonio, es casi tan alto e imponente como él—. Aunque, ciertamente, no entiendo por qué sigues en la etapa de manipulación. El vínculo ya es notorio, deberías estar haciendo el Ritual de Extracción.

—Ethan, no habrá otra advertencia. Vete de este apartamento.

«Me pregunto por qué Demonio sonará tan... vulnerable.»

—¿Qué te ha pasado? Tú no eres así —se mofa—. No eres un romeo, eres un depredador sin corazón.

—He dicho que no quiero verte. ¡Márchate!

Demonio aprieta las manos y crea una onda expansiva que hace caer algunas minucias de mis estantes. El hombre apenas se inmuta, conserva una grata sonrisa.

—Tenías la perfecta oportunidad de ir al cielo; y la has echado a perder por querer ser alguien que no eres. Es una lástima, Dey. Al menos... —Tan veloz como imperceptible, Ethan me agarra del brazo quemado—Déjame terminar lo que has empezado.

Percibo el grito sofocado de Demonio conforme mi alrededor se disuelve por completo. De repente, me encuentro de nuevo correteando bajo las farolas luminiscentes, tomada de la mano de mi amante. Un recuerdo pasajero, fugaz, que desaparece al igual que un destello al hundirme en el más interminable de los sueños.



CAPÍTULO 26: EL INOCENTE [PARTE 1]

Deymian Black

Mi nombre estuvo planeado años antes de que yo naciera.

Debía ser un nombre sobresaliente, artístico, que el significado representara mi propósito en la vida.

Deymian significa «El domador», o «El que controla y vence».

Crecí en la extravagante mansión de los Black, en los suburbios de Beckenham, Reino Unido. Sin contar el amplio personal, éramos cinco residentes, empezando por mi hermana Marie, la menor, y Jolie, la mediana. Entonces estaba yo. Como varón y el mayor de los hijos, la herencia de la familia Black recaía sobre mis hombros.

Pero poseer las llaves de Orion Studios, nuestra propia compañía de cine y entretenimiento no sería la única marca que dejaría dentro

de la familia. Mis hermanas modelaban para las mejores revistas de la época, incluso tan pequeñas lograron despertar el interés de los diseñadores más ilustres del país. Mi destino no iba a ser tan diferente: quisieron adentrarme al mundo de la música.

Con tres años, Beatrice y Edwin Black, mis padres, ya me habían saturado de instrumentos para encontrar cuál se adhería más a mí. Querían un instrumento elegante, selecto, que reflejara nuestro estatus social. No muy grande, pues pensaron que no crecería demasiado. Como tenía los dedos largos, su idea inicial fue el piano. Aun así, cambiaron drásticamente de idea cuando un congresista amigo de mi padre, Frederick Betram, mencionó que me vería bien tocando un instrumento de cuerda: el violín.

No falló en lo más mínimo.

Podría decirse que fue amor a primera nota.

Todos, incluso mis primos segundos que siempre se burlaban de mi altura, quedaron impresionados con el talento nato que exhibía cada vez que me apoderaba de una vaqueta. Tocaba por puro instinto, como si fuera la reencarnación del mismísimo Niccolò Paganini. Y tan solo tenía tres años de edad. De las melodías que salían de lo más hondo mi alma infantil, mis padres encontraron oro en bruto. En ese momento ya tenía la sensación de que me esperaba un futuro incierto.

Los años pasaron, tiempos de fama y logros personales. Estuve día a día expuesto a entrenamientos intensivos, practiqué todo tipo de canciones y fui inscrito en concursos de alto rango. Viajé por el país haciendo conciertos y presentaciones públicas, mi nombre sonó por televisión, radio, incluso en la destacada BBC.

Mis padres expandieron como humo Deymian Black, el nuevo niño prodigio.

Y si es correcto que tanta presión terminaba consumiéndome al final del día, amaba toda esa atención y protagonismo. Las chicas me vitoreaban, los otros niños envidiaban mi talento, las grandes orquestas de Londres solicitaban mi participación. Y luego de cada actuación, sofocaba el público de aplausos mostrando una encantadora sonrisa.

Sentía que era alguien realmente importante.

Sentía que ya nadie podría olvidarme jamás.

Es una lástima... que estar en lo más alto te haga vulnerable a caer. Llegué a una edad en la que empecé a cuestionarme ciertas cosas. Con quince años los entrenamientos pasaron a otro nivel, se esperaba que no cometiera ningún error. A esas alturas ya no había lugar para imperfecciones… Entonces, eso me agotaba más de lo que debería.

Noté que mis padres se excedían demasiado en cuanto a mi formación. A duras penas tenía tiempo de comer o hacer ejercicio, me pasaba las semanas entrenando en el revuelto estudio de la mansión. Gracias a mi falta de alimentación y poco tiempo de descanso, crecí alto, pero no gané mucha masa corporal. La piel perdió su color por la falta de vitamina D.

Debía aceptarlo, ya no era lo de antes.

Si bien seguía amando tocar el violín como nada en el mundo, durante la adolescencia anhelaba algo más. De ahí que, en mi poco tiempo libre, salía con mis compañeros en tabernas o en carreras de caballos para hacer apuestas. Me gustaba socializar y divertirme hasta el toque de queda. También aprendí canciones a voz, le cantaba a las muchachas que capturaban mi interés. Estas deseaban salir conmigo, no solo por mi riqueza, les gustaba como de especiales las hacía sentir. Lamentablemente, me vi en la obligación de rechazar cada una de ellas, no podía descentrarme de mi vocación.

Al tener salidas tan frecuentes, mis padres notaron mi falta de enfoque en la música.

No tardaron en imponer regulaciones más *severas.*

Me encerraron en el estudio, esa vez fue de verdad. Con cerrojo. Mi padre me gritó que no me abriría hasta que reconociera mis verdaderas responsabilidades como heredero de la familia Black. Tenía un cúmulo de partituras que debía aprender antes de una actuación importante en Oxford, y no podía estar más furioso con el mundo y su gente. Entré en un ataque de furia, rompí las partituras, las invitaciones acumuladas sobre el piano, y estuve al borde de tirar el violín por la ventana. Pero traté de mesurarme.

En ese instante, reconocí que la fama y la riqueza me habían arrebatado lo que más valoraba en realidad:

La libertad.

Los siguientes días fueron duros, implacables como nunca antes. No reconocía a mi propio padre. La competencia entre músicos jóvenes incrementó, y eso lo incitó a forzarme y a gritarme cada vez que hacía algo mal. Me explotó tanto verbal y físicamente a tal punto que desencadené problemas de ansiedad. Los conciertos se convirtieron en pruebas de valor, el violín, una enredadera preciosa que me iba asfixiando lentamente. Mi sonrisa de labios cortados ya no era genuina, solo una vieja armadura. La ira era un sentimiento constante... No podía aguantarlo más. Necesitaba salir, descansar, respirar aire fresco de una condenada vez.

Finalmente, reconocí que solo podía hacer una cosa:

Escaparme.

Durante una noche de lloviznas —lo habitual en Gran Bretaña—, encontré un modo ingenioso de salir de la mansión, justo cuando todos estuvieran dormidos. Fue muy fácil sobornar a los mayordomos, solo tuve que saltar por la verja trasera. Como siempre, me encontré con mis amigos en la taberna, y ese día me desahogué ignorando el hecho de que acababa de hacer la mayor de las imprudencias. Estuve días durmiendo en casa de mi mejor amigo, Cyril Chamberlain. Quizá, una semana. Terminé regresando porque comprendí que alguien como yo no podría esconderse para siempre.

Al regresar a casa también era de noche. Me encontré a mi padre despierto en la cocina, había botellas de alcohol repartidas por la mesa y pedazos de vidrio en la alfombra, se respiraba ese aroma acre en cada rincón. Padre estaba borracho, excesivamente ebrio, supuse que el motivo sería mi desaparición. Tan buen punto me vio pasar de hurtadillas, reventó:

—¡Cómo te atreves a desaparecer así, crío de mierda! ¡Cómo después de todo lo que hemos hecho por ti!

Y siguió reprochando.

—¡Eres un sin vergüenza, un malagradecido!

Se mantuvo así hasta que el alcohol llegó al punto máximo, y ahí fue cuando sucedió la verdadera catástrofe: Sin ningún tipo de control sobre su cuerpo y mente, agarró un cuchillo del fregadero e intentó apuñalarme por la espalda. Resbalé en el intento de esquivarlo y, por suerte, solo consiguió rasgarme la nuca, creando una cicatriz superficial que bañó mi espalda de un rastro carmesí. Tuve que morderme la lengua para no gritar. Anárquico, volvió a mover el cuchillo.

—¿Te duele, eh, bastardo? ¡Ven con tu padre! ¡Pienso tenerte encerrado para siempre!

El conjunto de emociones pudo conmigo, me consumió. Cuando trató de volver a herirme, lo empujé por acto defensivo y su cabeza impactó contra una botella de ron partida. Esta penetró contra su cuello y rompió una vena importante. Al verlo ahí, tumbado entre la sangre, me descoloqué.

Pero no del modo en que algunos pensarían.

Sino porque no sentía... *nada.*

Mi expresión era un lienzo en blanco. Ni siquiera mostré una simple mueca de espanto, solo recogí el cuchillo ensangrentado y permanecí anonadado, absteniéndome de cualquier movimiento.

Madre y mis hermanas abrieron la puerta de golpe tras oír los gritos. Todo el personal, vestidos con bata y camisón, se aterrorizaron detrás de ellas al contemplar el escenario: Mi padre tendido en el suelo, yo con el cuchillo en la mano. Reaccioné de inmediato, rogué a los presentes que nada era lo que parecía. Pero ellos estaban sobreexpuestos a la situación. Ya no era un niño prodigio lo que veían, sino un condenado *monstruo*. Tembloroso, me acerqué a mis hermanas con intención de calmarlas y ellas echaron a llorar y a llorar. Nadie se paró a escucharme, nadie quiso darme la oportunidad de expresarme. Madre pidió a la criada que llamara a la policía. Entre tanto, mi única opción fue huir. Agarré la gabardina, el sombrero negro y eché a correr de la mansión Black sin mirar atrás. La herida me escocía a cada zancada. Ralenticé el paso cuando me encontré lo suficientemente lejos, miré las nubes cargadas y dejé que empaparan mis mejillas.

No lo comprendía. No les tomó más de un instante llegar a la conclusión de que lo había asesinado con mis propias manos. ¿Una familia desconfía tan rápido del hijo al que quiere? Esas miradas aterradas y resentidas eran serpientes que corrían por mi memoria.

Esa misma noche, encontré un hotel en West Wickham y pasé ahí las siguientes semanas. Me escondí de todo y de todos. Aunque éramos de evitar el alboroto y no revelar nada a fuentes públicas, el rumor del supuesto asesinato se apoderó de la atención de los residentes de la zona.

Pronto mi rostro volvió a ser el protagonista de los diarios internacionales. Escuchaba como hablaban de mí en las otras habitaciones, las cosas horribles que decían desde la ignorancia me devoraban por dentro.

«Ese verdugo nunca debió ser alguien.»

Las autoridades empezaron con mi búsqueda, y comprendí que quedarme en el hotel era un peligro. Debía irme, no solo de la ciudad. Debía marcharme del país.

Con una venda médica cubriendo mi cuello, tapé mi aspecto hasta ser irreconocible y me dirigí a la estación de ferrocarriles sin maletín, preparado para empezar de cero en algún lugar donde no reclamaran mi cabeza. Mi destino estaba más que claro si quería sobrevivir junto a otras personas, pues la idea de quedarme solo no me complacía en absoluto.

Me quedé sentado en el banco de esa estación, observando un cartel marcado por el tiempo. Estuve así hasta que un ruido molesto y repetitivo atrajo mi atención.

En el banco de la derecha, había un muchacho vestido de blanco ceniza, repiqueteaba el suelo con el pie como si tuviera un tic nervioso. Poseíamos un aspecto similar, juvenil, los dos estábamos delgados e impacientes por la llegada del tren.

Traté de ignorar su presencia, no obstante, ese sonido constante alteraba mis sentidos. Conseguía sacarme de quicio.

De pronto, se detuvo y volteó hacia mí, lo cual me hizo sentir el doble de incómodo.

—Oye —empezó el joven, curioso—. No sé por qué, pero creo que te he visto en alguna parte.

No respondí.

Maldecí internamente y rogué para que no diera con el clavo, si bien fue inservible. Este me reconoció al instante:

—¡Oh, seré necio! Cómo no lo había pensado. Eres tú, el niño prodigio, el violinista Deymian Bla...

—Cierra la boca —lo interrumpí, contundente, una gota de sudor resbaló por mi frente—. Por favor.

—Eh, eh, cálmate —soltó, en tono despreocupado—. No voy a entregarte ni le diré a nadie que estás aquí. Si no soy recompensado, no me interesa para nada.

Me alejé unos centímetros. Ese chico tenía algo extraño. Aunque parecía estarse divirtiendo, su mirada indicaba todo lo contrario.

—A ver, no es nada raro que estés por aquí —habló de nuevo—. Es normal que quieras escapar luego de haber apuñalado a tu padre.

Mi propósito era ignorarlo, pero caí en la provocación.

—No lo he apuñalado —aclaré.

—Con más razón. La gente de tu alrededor, la que decía que te quería y apreciaba tu talento, no se lo ha pensado dos veces antes de retratarte de asesino... Lo mejor que puedes hacer es irte para siempre.

—¿Y quién eres tú para hablarme como si me conocieras?

—No soy tan diferente a ti. También he venido aquí para partir a otro país, había pensado en Escocia, pero tampoco lo tengo claro. He huido del orfanato tras perforar la garganta con un destornillador a los que me hicieron la vida imposible. Mira —Levantó el parche que tenía y exhibió una cicatriz reciente en el párpado—. ¿Qué te parece?

Elevé ambas cejas.

—Me parece que estás trastornado.

Soltó otra carcajada atronadora.

—Gilipolleces. Les di su merecido, a eso se le llama repartir justicia.

Fue imposible evitar contemplar las muchas marcas de quemaduras adheridas a su piel, aparte del morado en su mandíbula. Tanto fuera como por dentro era un caso perdido. Ya que no respondí, volvió a repiquetear con el zapato.

Cada vez más fuerte.

Suspiré, ya era suficiente.

Molesto, me levanté con la intención de esperar el ferrocarril en otra parte. El desconocido extendió el brazo antes de pedir:

—Espera, no te marches, Deymian.

—Deja de decir mi nombre. —Acabé rompiendo—. Estoy harto de no poder decidir qué hacer con mi propia vida. Eres indiferente a las demás personas que no dejan de recordarme que vaya donde vaya, me esconda donde me esconda, siempre llevaré toda esta carga encima.

Se levantó y, esbozando media sonrisa, observó el cielo nublado.

—Tú mismo lo has dicho. No importa donde estés, aquí, en la minería o en cualquier otra ubicación de este mundo de mierda. ¿Entonces, por qué te vas?

Descubrió que mi propósito era ir a la mina por las múltiples veces que revisé el cartel. Arrugué la frente.

—Y qué pretendes que haga. —Me sentí frágil e incapaz—. Soy muy joven. Me he quedado solo.

—Ya no eres un niño al que puedan moldearlo a su antojo como un trozo de barro. Por primera vez, puedes valerte por ti mismo y ser mucho más. —El chirrido de una vía lo interrumpe—. Sé que todavía no me conoces, pero esto puede cambiar. Quedémonos aquí, en Beckenham, y hagamos algo grande. Encontremos una nueva identidad. Consigamos que la gente nos dé el respeto que merecemos. No tienes por qué estar solo, Deymian.

Me rasqué la nuca malherida.

—Me temo que no lo entiendo. Pretendes que me una a ti, a un desconocido quizá dos años mayor que yo, para hacer... ¿Algo grande? Debería saber qué significa eso exactamente, pues es lo que llevo haciendo toda mi vida.

—Ya se nos ocurrirá algo. Hay muchos chicos como nosotros, podemos crear una banda y ganar mucho dinero.

Su determinación era palpable. E incluso si no tenía nada que perder, no estaba seguro de querer adentrarme en ese tipo de entorno.

—No sé qué decirte —mascullé—. Esto es muy extraño.

El individuo se rascó la barbilla, pensativo.

—Entonces… También podrías volver a tu querida mansión, enfrentarte al dolor de ser visto como un monstruo y pasar tus días de juventud encerrado en un centro para menores. O también tomar ese tren y vivir en condiciones mortales bajo tierra; pero apuesto a que mi propuesta suena menos desagradable.

Me había dejado sin opciones, menos de las que ya tenía.

Tuvo suerte de que nunca he sido mucho de pensar antes de actuar. Ese chico era un demente, era evidente, pero de alguna manera me identifiqué con su locura. Me vi reflejado en su mirada perdida, el ansia de libertad y de pasar página de un modo revolucionario. Porque cuando todo está perdido, solo queda encontrar cualquier otro camino. Él lo sabía perfectamente.

Por eso acudió a mí.

—Dime una cosa. —Me lo repensé mejor y elevé la comisura del labio—. ¿No es casualidad que me hayas hallado aquí, verdad?

—Las casualidades no existen, niño prodigio.

Extendió su mano antes de presentarse:

—Soy Ethan. Ethan Garret. —Nos dimos un apretón—. El gusto es *todo* mío.

El ferrocarril que esperaba agitó el cabello oscuro del que sería el culpable de mi peor transformación como persona. En esa estación, perdida entre la niebla, me di cuenta de que mi verdadera historia apenas había dado comienzo.

Lo reconozco, fue un alivio que al final revelaran que padre murió siendo atravesado por un trozo de vidrio ajeno a un cuchillo. Desafortunadamente, cuando mi familia anheló mi perdón y mi vuelta a casa, el daño de su desconfianza o su nula fe en mí ya había redibujado las notas de la partitura.

Iba a convertirme en el monstruo que todos querían que fuera.


THE REA AIN





CAPÍTULO 27: EL INOCENTE [PARTE 2]

Deymian Black

Madre decía que los demonios nacen en la tierra.

Ethan era judío, por lo que su estancia en un orfanato saturado de británicos lo devastó, física y mentalmente. Ni siquiera con su cambio de apellido fue posible camuflarlo como uno de los nuestros; su acento hebreo fue el foco que lo delató. Me contó la forma en la que el terrible acoso que sufría lo fue remodelando lentamente. Según él, le abrió los ojos.

En aquel momento no sabía la razón, pero me embriagaba la admiración. No por ser mayor o haber superado un enjambre de experiencias peligrosas, sino por el resultado de todas ellas: Haber desarrollado la fortaleza que quería alcanzar.

Ethan sabía lo que hacía.

Aun así, admitió que fue un error decir que podríamos quedarnos en Beckenham. Era una zona mansa para empezar, no obstante, mi búsqueda intensiva era un riesgo. A raíz de eso decidimos mudarnos cerca de Londres, en Whitechapel, uno de los puntos clave de la criminalidad de la época.

En esa ciudad arriesgada encontramos un local sin propietario escondido bajo un callejón y lo convertimos en nuestra cueva.

Desde entonces, Ethan insistió en que encontrara una nueva identidad.

—Deymian Black era un niño preso de sus responsabilidades, explotado por sus propios progenitores. —Daba vueltas alrededor—. Ya no eres ese niño. Encuentra un apodo que te defina mejor.

Pensé en ello incontables veces sacando a relucir mi creatividad, pero la única identidad que conocía era la que me habían inculcado. Como mis intentos no estaban llegando a ninguna parte, mi compañero tomó la iniciativa por mí.

Sugirió **Sombra**: El paso de la luz a la oscuridad.

Carecía de originalidad y me pareció mediocre, no obstante, fue su cabezonería la que me convenció. Mi cabello fue teñido del mismo color que el suyo, caoba oscuro, trató de hacerme irreconocible.

Una réplica de él mismo.

Debo admitir que mi estancia durante los primeros días en Whitechapel fueron de lo más entretenidos. Más allá de conocernos a profundidad, reconstruimos el local subterráneo para que diera una impresión hostil para los demás y acogedora para nosotros. Pronto se llenó de más chicos en nuestra situación. ¿Sabías leer y escribir y tenías agallas? Estabas dentro. ¿Habías atravesado un pasado duro y gracias a eso habías desarrollado el potencial requerido? Estarías más arriba dentro de la jerarquía. Ya sabíamos dónde buscar a los que serían elegidos.

Por supuesto, no éramos una residencia gratuita. Les dimos un hogar a cambio de que trabajaran para nosotros. La mayoría de los chicos eran menores, pero ya habían ejecutado tareas de carterismo y contrabando de narcóticos leves, por lo que los primeros encargos se llevaron a cabo sin problemas.

Ethan les creó una nueva identidad, a contrapartida se negó a cambiar su propio nombre. Decía que quería conservar sus raíces. Incluso si él era el experto en el ámbito delictivo, los dos éramos jefes. Sabía de mi ingenio y mi perspicacia, por ende, no dudó de que aprendería lo necesario para ser un buen criminal.

Aunque no de su propia mano.

Cuando la pequeña organización empezó a expandirse, Ethan consiguió afiliarse con una banda profesional de los arrabales, los llamaban Los Consagrados. Tras comprobar que era totalmente apto a partir de algunas pruebas físicas y cognitivas, me formaron como uno más de los suyos.

Oh, nunca olvidaré el día en que maté al primer hombre con mis propias manos... Lo tenían atado a una barra de hierro, era un contrabandista alemán que los traicionó de la peor manera. Me otorgaron un revólver y aseguraron que era escoria, mi trabajo era dispararle en la cabeza. No dudé en apretar el gatillo y demostrar mi destreza.

Una vez más, no sentí nada. Sabía que ese hombre había cometido atrocidades, que ese hombre merecía morir.

Pero sus acciones no serían nada a comparación de las mías.

Pronto cumplí los dieciocho años, y esa pequeña organización de chicos marginados se agrandó hasta el punto de llegar a ser temidos por los habitantes de Whitechapel; nos llamaban Los Nocturnos del Támesis. Estábamos en 1941, en plena Segunda Guerra Mundial, pero al ejecutar nuestras tareas bajo tierra no nos afectó tanto como debió. Al contrario, la inestabilidad social nos abrió a un manojo de sobornos y lavado de dinero. Traficábamos con armas y sustancias ilegales, realizábamos apuestas en grandes cantidades, colaborábamos con otras bandas costeras, manteníamos relaciones estrechas con políticos corruptos... Entre tanto, nos conocían principalmente por los asesinatos a sueldo.

Todo aquel que hubiera sido un traidor terminaba extorsionado en nuestro cuarto oscuro. Ya que no experimentaba ninguna emoción al matar, ese solía ser mi trabajo. Salpicaba mi negra camisa de rojo carmesí, día tras día, usando distintas herramientas, abarrotaba el lugar de gritos y súplicas de hombres miserables.

No me proporcionaba placer; pero era mi labor.

Y es prácticamente imposible que una labor así no acabe con tu cordura.

Llegué a un punto en el que no me diferenciaba de Ethan. Aunque seguía con la tentación de volver a tocar el violín, me lo impedía el hecho de que ya no quedaba indicio de lo que fui.

Ese niño violinista había muerto.

Mis manos estaban manchadas de su sangre.

El tiempo arrasó como las bombas que estallaban en la superficie, desconocía que a los veintitrés años estaría al borde de lo que sería mi verdadero fallecimiento. Había crecido, era más alto, más esbelto, mi mentalidad y mis ideas evolucionaron drásticamente. Ideas que últimamente chocaban contra las de Ethan.

Era de los primeros días del año, me hallaba en mi gélido despacho. Firmaba papelería importante con la pluma en una mano y el porro en la otra, estábamos saturados de encargos. Alguien abrió la puerta sin previo aviso, me desconcertó de mis tareas.

Rodé los ojos al divisar a mi compañero cerrar de un portazo.

—Ethan —refunfuñé, pegando la mesa con los nudillos—. Cuántas veces debo decirte que llames antes de entrar.

Se acercó tan colérico que, de un violento ademán, hizo volar los papeles de la mesa.

—Déjate de mierdas. —Perdió la cabeza—. ¿Se puede saber por qué has matado al escuadrón de policías sin *mi* consentimiento?

Le di una calada al porro y liberé una nube de humo.

—Antes de nada, haz el favor de calmarte.

—A mí no me digas que me calme. Dijimos que debíamos ser precavidos, estamos en plena guerra, joder. Además, solo tenían sospechas. No iban a desenmascararnos.

Me hacía gracia.

Era como si hubiéramos intercambiado los papeles.

—Al poco tiempo esas sospechas iban a convertirse en pruebas si no hacíamos algo. —Recogí los documentos, impasible—. Nos estábamos quedando sin espacio. No podemos tener preso a tanto rehén.

—Es interesante que lo diga alguien como tú —gruñó, esta vez levantando la comisura con malicia—. Juré escuchar que no matabas a gente inocente.

—Esos policías fueron cómplices del exterminio de judíos, según decían era por el bien de la comunidad. ¿Tú no los hubieras matado, Ethan *Kohen*?

Detestaba que usara su verdadero apellido, por lo que creí que derramaría su ira contra mí. Al contrario, inhaló una bocanada de aire y se recolocó la corbata.

—De igual manera, estamos juntos en esto. No puedes hacer lo que te plazca sin consultármelo antes. —Me analizó de pies a cabeza, de pronto fascinado—. Aunque dejando eso aparte... Estás cambiando, Dey. Por fin empiezo a ver en ti lo que nadie era capaz de ver.

Lo esquivé con desdén cuando trató de tocarme el hombro.

—No me toques —protesté. Siempre he repudiado el contacto físico, y él lo sabía.

—Bien, bien. No olvides que estamos en la misma posición, ¿eh? —Me lanzó una amenaza pasiva—. No permitas que el egocentrismo te nuble el juicio.

Era indiferente lo seguro e imperturbable que pudiera llegar a sentirme en mi posición, la palabrería de Ethan conseguía devolverme al fondo del barranco. Era mi punto débil.

Si hubiera sabido que todos nuestros proyectos acabarían destruidos más pronto de lo que pensábamos...

Era 1946 cuando la paz posterior a la guerra resurgió de entre la pólvora, un 26 de febrero en el que me *mataron.*

Gracias a los conflictos generados entre Ethan y yo, uno de Los Nocturnos decidió abandonar la organización y exponer nuestra ubicación subterránea con el fin de minimizar su pena. Intentar huir fue inútil, los policías ya habían ocupado cada escondite, resonaba el tintineo de las esposas agitándose en su cintura. Me encontraron en mi despacho, seis hombres que me apuntaron con escopetas y exigieron que me lanzara al suelo sin resistirme. Como no obedecería sus órdenes, saqué el revólver del cajón y los apunté para demostrar que no toleraría volver a ser encerrado.

El orgullo me condenó.

Uno de ellos me disparó debajo de la costilla derecha.

Caí desplumado al suelo, mi nuca impactó contra el borde de la mesa y reabrió la cicatriz. Fue una muerte lenta y dolorosa. Recuerdo la melodía de *Nocturne In C–Sharp Minor* murmullar mientras mi alrededor se fundía en un calor inhumano... Mi miserable vida humana transcurrió delante de mis ojos como si me hubieran incrustado un casete. Esos días de gloria en el escenario, mis antiguos mejores amigos, los gritos de dolor de mis víctimas, desvaneciéndose hasta desaparecer.

Y cuando aparecí allí, en ese lugar abarrotado de llamas y tormentos, comprendí que la muerte solo había sido el principio del verdadero castigo de Deymian Black.

Lo primero que hice al llegar fue tocar mis cuernos robustos. Mi cabello había vuelto a su color original, había renacido como un demonio. No estaba solo, todos Los Nocturnos del Támesis que perdimos, incluido Ethan, permanecíamos en esa colina en espera de respuestas. El aire era sofocante, los alaridos de las almas perturbadas, ensordecedores. De algún modo, Ethan estaba encantado de haber trascendido.

Todos lo estaban menos yo.

Los grandes seres acudieron a nosotros y nos asignaron la tarea que ejecutaríamos durante el resto de nuestra eternidad. A mí me condenaron como un demonio tirano; en pocas palabras, seguiría haciendo lo que hacía en la tierra, torturar a los humanos que no hubieran difundido bondad. Los Nocturnos seguiríamos actuando en lo más alto, o debería decir en lo más bajo.

«Eternidad»

Un vacío me agujereó el pecho.

Los demonios de alto rango somos capaces de escapar del infierno de vez en cuando, pero si no actuamos con cautela pueden arrebatarnos los poderes o, a contrapartida, pueden arrancar nuestra identidad demoníaca y someternos a un castigo peor.

«Eternidad»

Esa bendita palabra se me atoraba en la garganta.

De alguna forma creaba un abismo imposible de ignorar.

Regresé a Beckenham con esta forma cuando descubrí que madre reclamó mi cuerpo para enterrarlo como es debido, incluso con la de fechorías que había cometido. Ese día, bajo las nubes grisáceas y los cuervos graznando en los cielos, me quedé contemplando mi propia tumba, y pensé... ¿Qué había querido demostrar adentrándome en el mundo de la criminalidad? ¿Qué había ganado con darles la razón a los que me creían un monstruo? Escudriñe mi cuerpo. ¿Cuatro condenados poderes y una mirada llameante? Por el amor de Lucifer, ¡a quién quería engañar!

Todo fue en vano.

Y no quería permanecer en el infierno. No podría soportarlo.

Así que llegó la hora de buscar opciones.

La redención para demonios es sumamente compleja, pero no imposible. En el inframundo, existe lo que llaman Centros de Redención, es allí donde todo ser infernal —humano o demonio— tiene la oportunidad de arrepentirse de sus pecados y librarse de la maldad acumulada. Son años y años de lecciones, terapia, curación... Jamás me encerrarían en un manicomio como ese. Lo descarté de inmediato.

En realidad, apenas tenía opciones. Pero seguía anhelando subir al cielo y ser libre. Estaba ansioso, desesperado. Fue así como conocí a Dominic, un demonio hechicero que deseaba lo mismo que yo.

Lo que reveló en una de nuestras conversaciones mereció toda mi atención:

—Hay otra forma, Sombra.

Me informó sobre la Energía Blanca, los humanos que la poseen y lo sencillo que es ascender al cielo una vez consumida. Dominic tenía a una portadora de energía en el punto de mira, esperaba el momento oportuno para irrumpir en su vida.

Esa mujer pronto iba a tener una hija.

Tras saber sobre la hereditariedad de este fenómeno, una esperanza enfermiza agarró las riendas de mi felicidad... ¡Si arrebataba la energía de aquella humana, podría liberarme de las cadenas que me mantenían atado al infierno! ¡Podría redimirme sin hacer nada!

Solo necesitaba esperar a que la niña naciera, creciera y viviera en armonía, para posteriormente engañarla con una falsa propuesta. Obtendría su confianza, la engatusaría y practicaría con ella el Ritual de Extracción. No podía ser más sencillo, tenía todo el encanto y perspicacia a mi favor. Dominic mencionó las consecuencias que recibiría la mortal, que perdería su esencia y blah, blah, blah. Ese dato me afectó menos que el roce de una pluma.

Finalmente tenía un objetivo de verdad.

No quería que Ethan y los demás Nocturnos me descubrieran, ellos creían en la fidelidad de la organización. El plan debía ejecutarse a sus espaldas. Como estaba anhelante y demasiado impaciente para esperar tantos años, sucumbí a la curiosidad y decidí echar un ojo a mi pequeña futura víctima.

La víctima en cuestión se ubicaba en Sargen, un pueblo campestre a treinta minutos de la norteña ciudad de Saint Rosette. Aparecí sobre el trigo recién cortado y observé la casa desde la distancia. Era un paradero verde, cautivador, ideal para criar a una mocosa. Me recoloqué el sombrero debido al sol y me aproximé hasta encontrar una ventana.

Divisé a través de la primera que encontré. Allí estaba.

Una cuna con un bebé en su interior.

Ciertamente, no esperaba encontrarme con una humana de piel oscura. Jugaba con el peluche de una jirafa, le proporcionaba golpes contra los barrotes. Cuando se dio cuenta de mi presencia detrás del cristal, una sonrisa de pura inocencia se dibujó en su boca poco dentada. No pude contenerme y, en respuesta, le dediqué una mueca terrorífica esperando verla romper en llanto; más fue todo lo contrario.

Rompió a carcajadas.

Alcé una ceja, no era la reacción que esperaba. Me aparté al ver que su madre, el objetivo de Dominic, fue a por ella para averiguar de qué se estaba mofando. Mencionó su nombre mientras la mecía.

«Dalia»

Un nombre apropiado para una hija de familia jardinera, pensé.

A partir de ese instante, acechar por la casa del señor Miller se convirtió en un plan habitual. Estuve ahí el día en que Natalie los

abandonó, la vi alejarse conmocionada a través del camino embarrado. Solía vigilar a la niña desde lejos, le gustaba correr frenéticamente sobre los vastos campos de Sargen. Captaba cómo se reía con su padre, cómo recogía plantas exóticas, cómo saltaba sobre las madrigueras de las hormigas, inclusive cuando intentaba hacer rituales anómalos dentro del gallinero.

Reflexionaba sobre las cosas extrañas que hacía en soledad y en cómo se divertía de ellas sin la necesidad de que alguien las apreciara. Insistía en recordarme que vivíamos en realidades completamente opuestas. Éramos dos caras de la misma moneda.

Dalia no lo sabe, pero estuve con ella en cada etapa de su vida.

Tuve lugar el día en que se mudaron a Saint Rosette, presencié su adaptación a un nuevo ambiente con su alma atrapada en el anterior. Las veces que lloraba por añorar su tierra. El caótico cumpleaños de los dieciocho.

Fui testigo del espectáculo de fuegos artificiales del 4 de agosto de 2022 y cómo terminó en tragedia para el señor Miller. Asimismo, cómo Dalia se fue reconstruyendo pieza a pieza hasta convertirse en la mujer formidable de la que me he enamorado. Analicé sus rutinas, manías, alergias, puntos fuertes, amigas, pasatiempos, me reí de sus experiencias vergonzosas… Decía que era por el plan, pero se trataba de mero interés. Tampoco trataba de acosarla, sino de entender su comportamiento.

En ocasiones me olvidaba de que algún día sería yo la escoria que le arrebataría la felicidad.

Ni siquiera con todos esos años en los que la estuve esperando entre el infierno y la tierra, dudé en si proseguir con el objetivo era la mejor opción. Lo ansiaba más que nada.

Aun así, siempre estuvo presente esa sensación impropia de un demonio; un sentimiento de cariño hacia Dalia, que interfería de un modo que me irritaba.

Tenía que acabar con él. No podía esperar más.

De modo que decidí dar mi aparición antes de lo previsto. Cuando descubrí su interés por el muchacho de la biblioteca, Ian Valentine, encontré el motivo perfecto para una falsa propuesta. Fue una suerte que apareciera a tiempo para salvarla de esos acosadores y

así otorgar una buena primera impresión. La fortuna se puso de mi bando. Reconozco que estar sentado en su escritorio y tenerla delante por primera vez, me hizo crujir los nudillos en más de una ocasión. Debía mantenerme sereno, ser carismático, caballeroso, parecer el hombre que lo tiene todo controlado.

Y en efecto, lo era... al menos hasta que entré en su mundo desde otro plano.

Descubrí una parte de mí que a duras penas sabía que existía.

Me sentí más humano que nunca.

«¿Me has visto con cara de solterona?»

«Todo hombre tiene algo que lo hace feliz, no seas tan oscuro»

«¡Deberías hacértelo tu nuevo sombrero!»

Me volví completamente loco.

Cada hora, minuto, instante que compartía con Dalia. Y cuanto más trataba de oponerme o ignorarlo era peor, más fuerte.

«¡Este restaurante es muy... tú»

«¡Claro! Estaría encantada de verte tocar»

«Necesito que te quedes»

Me hizo perder la cordura.

«Demonio, me gustas»

Me hizo querer atesorarla para siempre.

Algunos se preguntarán que vi yo, un demonio, en una humana corriente. Simplemente la vi a ella.

Jamás he necesitado ningún motivo en concreto, Dalia Miller es...

Dalia Miller.

Y creo que la quiero.

No solo por su hipnotizante belleza, gracia o autenticidad. Ha sido la persona que me ha revelado el verdadero significado de la libertad que tanto he codiciado. Con el tiempo vio algo más en mi persona que dos miserables cuernos, me vio a *mí.*

Pero sabía que Ethan no tardaría en aparecer, descubrió mi objetivo el día en que Dalia consiguió entablar una conversación con Valentine y corrí a avisarla. Me eché atrás porque, aparte de que teníamos un nuevo asunto por resolver, estuve seguro de poder protegerla.

Fue una grave equivocación.

No debí subestimar a Ethan. ¿En qué diablos estaría pensando?

Si realmente la quería tanto, debería haber desaparecido en cuanto hubiera reconocido que nunca podría arrebatarle la energía. Si se encuentra en peligro es por mi culpa.

Actué sin pensar, qué novedad.

De tal forma que estoy de camino al infierno, dispuesto a convertirlo en bruma si es necesario. La hallaré, la rescataré y la protegeré, indiferentemente de lo mucho que siga manchando de sangre el nombre de Deymian Black.

Dije que no renunciaría al cielo.

De modo que no pienso renunciar a ella.

—Voy a encontrarte, Dalia.

Aunque sea lo *último* que haga.



CAPÍTULO 28: ¿DÓNDE ESTÁ DALIA?

Deymian Black

«¿Pero cómo puedo estar segura de que vendrías si... Me pasara algo?»

Se me agrietan los labios cuando apoyo mis pies sobre la urbe de Vaal'zerh, situada en las abismales profundidades del infierno. Podrían pasar centenares de milenios, llegar a ser el rey, y nunca conseguiría adaptarme a esta devastación hecha lugar. Es indiferente ahí donde dirijas la mirada, el potente rojo escarlata colma cada rincón de este páramo infinito.

Existe un sitio donde Los Nocturnos se reúnen para hacer novillos, ahora como seres demoníacos. Es una especie de taberna en forma de gruta donde no hay camareros, cabecillas o supervisores de

mantenimiento. Solo sabandijas demoníacas que tragan bebidas insípidas por su cuenta, apuestan su jerarquía o se pelean hasta que la piel se les desprende del cuerpo.

He vuelto. Aquí encontraré lo que ansío saber.

Tras haber emprendido el camino y acomodar mi corbata, presiono lo que queda de puerta. El local, anteriormente bullicioso, se hunde en completo silencio.

Los seres abundan en cada mesa, permanecen atentos a mi presencia sin arriesgarse a reaccionar. Es usual que muestren respeto por la llegada de sus jefes, aunque ciertamente, devoción no es lo que aparentan a simple vista... Digamos que llevaba mucho tiempo fuera y las muchas especulaciones han entorpecido su visión de mi lealtad, por lo que fruncen el ceño a la vez.

De todas maneras, sigo siendo el que goza de más poder. También el único capaz de acabar con su alma, con su simple existencia.

Carente de palabras que aportar, me aproximo a la mesa circular del fondo. Hay tanta quietud que mis pasos en la madera retumban como dardos. A la esquina oscura se encuentran algunos de mis compañeros Nocturnos más conocidos, entre ellos Matt, un demonio barbudo con un largo *mustache* —cuyo cuida cual si fuera su propio hijo—. Este arruga la frente, no muy complacido de verme.

Expongo una sonrisa a pesar de que el recuerdo de Dalia siendo secuestrada escuece en mis sentidos.

—Muy buenas, caballeros. —Refugio mis manos en los bolsillos de la gabardina—. Espero que estén teniendo una diabólica velada. Debería disculparme por mi larga ausencia. ¿O no? Ya que todos los presentes saben que no es mi obligación dar explicaciones.

Matt intercambia una mirada con los otros antes de soltar una risotada.

—Sombra. Es una sorpresa verte por aquí. —Expone sus hoyuelos — Pensé que estarías haciendo manitas con la mortal que tienes de víctima.

—Veo que los rumores se expanden como el vapor. Rumores inciertos, pues no he tenido relación alguna con una humana. Tenía asuntos que zanjar en la tierra.

Buen intento de mentira piadosa, más no del todo efectiva.

—¿Me ves con cara de necio? ¿Crees que no sabemos lo que llevas entre manos, eh? —Me señala con el cigarro que tiene entre los dedos—Sabes mejor que nadie que los Nocturnos nos enteramos de todo. Si quieres usar a una mujer para largarte de esta prisión, adelante. Pero no esperes que nos pongamos de tu lado cuando tu objetivo es dejar la organización.

—No estoy aquí para charlar de moralidad, Matt. He venido en busca de información que sé que poseéis. —Entrecierro los ojos—. Que sea rápido, por favor. Por primera vez desde que estoy aquí, el tiempo no me sobra.

De nuevo, busca la aceptación de sus compañeros con una risotada.

—Y a mí que me cuentas. —Se voltea hacia la pared y mezcla las piezas de dominó—. Ni yo ni nadie de este establecimiento piensa ayudarte luego de saber tus verdaderas cartas. Creo que Alexander ya te lo dejó clarito.

—Alexander ya no está entre nosotros. Me apoderé de su alma por estar haciendo lo mismo que tú, no respetar su lugar.

—Esto es el infierno, jefe, estamos en el mismo vertedero.

Al ver que no está resultando, decido ir al grano:

—Dime dónde está Ethan.

—¿Y yo qué sé? —Hace caso omiso—. Pregúntale a otro.

—Matt...

—Si no vas a sentarte a jugar y solo estarás pendiente de encontrar a tu zorrita, lo mejor será que vuelvas por donde has venido.

Cada una de las copas de vidrio del local revientan en cientos de pedacitos. Estremezco los dedos, provocando que el cuerpo de Matt levite del cuello como si alguien estuviera asfixiándolo con firmeza. Su *mustache* se endurece por la tensión.

—No suelo caer en provocaciones, pero digamos que, ni tú, ni nadie de esta mugrosa cueva me lo está poniendo demasiado fácil. —Sin bajar el brazo, me giro para atravesar con la mirada a los demás—. Mientras estamos aquí, de cháchara, ese incompetente que una vez consideré un amigo se está preparando para arrebatarle

la felicidad a la persona que más quiero. Lo último que toleraría es malgastar el tiempo con otro incompetente.

Definitivamente me he delatado al completo. Matt se aprovecha.

—Así que los rumores son ciertos. Esto es por una humana. —Aprecio alguna carcajada de fondo, asimismo la suya, ahogada—. Patético. Quién lo diría, que uno de los demonios más despiadados y poderosos podría ser capaz de amar a alguien. ¿Pretendes que me lo crea?

—Que tengas el corazón más podrido que un durazno putrefacto no me incumbe, el mío sigue funcionando para quién se lo merece.

—Nunca has tenido corazón. Por qué si no estarías en el infier...

No permito que continúe, estremezco mis dedos forzando a que sus venas se hinchen y libere un gemido de asfixia.

—Dónde está Ethan.

—Bájame —gruñe.

—Dónde está Ethan.

—¡Déjame ir!

—No hasta que me digas su *puta* ubicación, Matt.

Tras comprender que no saldrá de esta si no dice lo que quiero oír, rueda los ojos.

—Créeme cuando te digo que no sé dónde está, aunque te aseguro que en el infierno no —deja ir, a regañadientes—. Ethan no ha salido de la ciudad.

—Mhmm. Lo suponía.

Sin pensarlo siquiera una vez, muevo la mano en un gesto de atracción y desprendo el alma negra de su cuerpo antinatural, la absorbo con precisión hasta que no queda nada de ese viejo malhumorado. Los restos de Matt se convierten en una nube de polvo que viaja por el aire, lo soplo para que no me ensucie la camisa.

Los presentes se quedan sin aliento. El local que antes rebozaba de risotadas, jugarretas e insultos, adapta el ambiente de un auténtico mausoleo, revestido de pedazos de vidrio y restos de un demonio insignificante. Es la primera vez que acabo con un integrante de Los Nocturnos delante de los mismos, y lo admito, tal vez me hubiera contenido si no le hubiera faltado el respeto a la

cautiva. Con el asunto zanjado, retorno sobre mis pasos y me dirijo a la salida. Nadie se atreve a cortarme el paso.

Es una ley universal la que dicta que cuanta más prisa tengas, con más obstáculos te cruzarás.

Por supuesto esta no me incluye a mí.

Todo aquel que se interponga en mis objetivos debe pagarlo caro.

Pero más caro aún aquel que insulte aquello que me importa.

—Ha sido un placer volver a verlos, señores. —Tomo el paño—. No cuenten conmigo para la próxima partida.



Ethan no ha salido de Saint Rosette. Podría estar en cualquier escondite de la ciudad con mi Dalia durmiendo entre sus zarpas, esperando a que despierte para dar comienzo el ritual. Afortunadamente, este no es algo inmediato, se necesitan los materiales, las escrituras malditas, el tiempo de preparación y un demonio hechicero que ejecute el rito. Podrían pasar treinta y dos horas hasta que no diera comienzo; aun así, me desgarra que esté retenida donde nadie puede escucharla.

Pero me atormenta el doble saber que podría haberlo evitado.

Es tanta mi culpa que llego a sentirme mareado.

Mientras trato de desentrañar en qué madriguera estarán metidos, doy círculos en la plaza para concentrarme. Las campanas de la iglesia tocan la media noche, al ser un día laboral las calles están desérticas.

Mejor; no querría pagar mi ira e inquietud con ningún ser inocente.

—¿Scott?

Paro de dar vueltas al escuchar ese nombre tan familiar. ¿De dónde provenía...? Oh, desde luego. Es mi supuesta identidad en el mundo mortal, me avergüenza que a este punto siga sin asimilarla.

La amiga de Dalia está a mis espaldas, Emma, quién sujeta dos bolsas cargadas del supermercado. Es curioso que no tenga frío llevando un jersey escotado de tirantes. Maldigo entre dientes al

darme cuenta de que no visto ninguno de los atuendos modernos del señor Miller. Confío a ciegas en que no se extrañará.

—Vaya. —Saludo con el sombrero por mera costumbre—. Buenas noches, Emma. No deberías estar vagando por las calles a estas horas de la noche.

Sus labios rosados esbozan una sonrisa.

—Aún no había comprado la cena para mis padres, he tenido que escaparme un momento. Es una suerte que las tiendas cierren tan tarde en esta ciudad.

Me fijo en su pequeño rostro y cómo ha ido evolucionando a lo largo de los años. Al ser alguien tan cercano a Dalia, también conozco gran parte de su vida. Sé que vive con sus padres, Tara Gleen y Rowan Castel, en el tope de un rascacielos común. Ha vivido toda su vida en el centro de la ciudad rodeada de lo que esta conlleva, pero siempre ha pertenecido a las aguas saladas, a un entorno tropical.

Acompañó a Dalia desde primero de la secundaria, dos almas que se encontraron cuando más lo requerían.

En todo caso, debo irme cuanto antes.

—Cierto. —Asiento con la cabeza—. Ha sido un placer verte por aquí. Si me disculpas, llego tarde a un asunto importante.

Está a un suspiro de despedirse, sin embargo, recuerda algo:

—Espera. —Deja las bolsas pesadas en el suelo—. ¿Sabes dónde está Dalia? Dijimos que quedaríamos para charlar sobre el viaje, pero no estaba en casa. Hace días que no la veo y tampoco me coge el teléfono.

Será mejor no preocuparla ni soltar algún disparate que pueda levantar sospechas. Le dirijo una mirada confianzuda.

—Volveré al Reino Unido dentro de poco, así que me está ayudando con la papelería y el equipaje. Está ocupada, pero ella es así, ¿verdad?

—Caramba. —Libera un suspiro—. Qué alivio. Estaba a punto de llamar a su trabajo. O a Ian, como desde el viaje no se veían creí que estaría con él.

Una niebla ficticia me encoge el pecho.

—De todas formas —digo, desviando el tema—. Me gustaría darte las gracias.

Emma se apunta con el dedo, perpleja.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Dalia me ha contado todo lo que has hecho por ella, como cuando la dejaste vivir en tu casa en su peor momento. Estoy feliz de que tenga tan buenas amigas… Me complace saber que mientras yo no esté por aquí, estará en buenas manos.

—Oh, por favor. No es necesario. —Niega con las manos—. Dalia también ha hecho mucho por mí. Es una chica que incluso con sus trescientas manías, da lo mejor de ella para los demás.

—Concuerdo. Es una mujer increíble.

No me doy cuenta al inicio, pero desde que se me han escapado estas cinco palabras he expuesto lo que Dalia quería mantener en secreto. Emma rompe en carcajadas, cualquiera pensaría que llevaba un buen rato conteniéndolas.

—Puedo llegar a ser un poco terca a veces, Scott, pero no nací ayer.

—¿A qué se debe esta reacción? —Finjo demencia.

—Dalia no es tu prima.

Inclino la cabeza hacia arriba. Por el amor de Lucifer, con todos los esfuerzos que hemos invertido para ocultarlo, y lo proclama sin pelos en la lengua. Me temo que mi nerviosismo está más expuesto de lo que me gustaría.

—Oye, eh, tranquilo —continúa, extrañamente divertida—. No voy a preguntar el porqué de esta farsa. Seguro que tendréis vuestros motivos.

—¿Qué te llevó a averiguarlo?

—Por la forma en la que te miraba. —Levanta la comisura—. No es la forma en la que miras un primo.

Dejo los ojos en blanco. Emma siempre ha sido una experta para detectar este tipo de actitudes.

—Ya veo.

—Y bueno, también en viceversa.

—Tanto... —Me rasco la barbilla—. ¿Tanto se me ha notado?

—Decir que la devorabas con la mirada es quedarse corto.

Por una vez, he fallado en esconder mis emociones. Supongo que ese es el poder que Dalia tiene sobre mí.

Emma se rasca el brazo contrario y desciende la mirada hasta los pies; de pronto, su jubilosa expresión ha decaído en picado.

Ladeo la cabeza, intrigado.

—No soy un experto en comprender a las personas, pero distingo algo de tristeza.

—¿Tristez...? ¡No! Solo tengo un poco de sueño, estoy durmiendo poco.

—Tampoco soy experto en detectar mentiras.

—De acuerdo —acaba confesando—. Te seré sincera. Incluso siendo una romántica de nacimiento, nunca he tenido suerte con los hombres. Los que he conocido fingen ser amables para llevarme a la cama y luego desaparecer como si nada hubiera ocurrido. Me he ilusionado miles de veces, pensaba *esta será la buena*, o *este chico me entiende de verdad.* Pero acabaron siendo eso, meras ilusiones. Al menos hasta que te conocí, Scott, y vi... que eras diferente. Tu educación y consideración era genuina. Me hizo pensar que habíamos conectado, si bien la verdad era que había confundido el buen trato con amor. Me siento mal por haber desarrollado estos sentimientos confusos, y haré lo posible para eliminarlos y apoyaros a los dos.

Me quedo petrificado. Esta repentina declaración me ha sorprendido, pues si es cierto que noté cierto interés en ella sobre mi vida, nunca hubiera pensado que dos mujeres podrían reflejar su amor en alguien tan lejos de lo ideal.

Los humanos son una caja de sorpresas.

Pero Emma no siente ni nunca sintió algo por mí. Sino por Scott.

—Al final, tal vez sí que soy un poco tonta —menciona al ver que no respondo, jugando con las uñas—. Qué humillante, he sido muy directa. Al menos me he quitado un buen peso de encima.

Ese es su punto débil. Emma siempre ha sido una mujer atractiva a ojos ajenos, deseada y admirada. Por ello cree que solo sirve para eso, ser un modelo femenino a seguir. Lo que necesita es sentirse querida desde su persona, no deseada. Saber que alguien puede apreciarla de verdad y no solo por su aspecto físico.

—Emma —murmuro.

—Supongo que tendré que seguir buscando a otro que sea capaz de quererme.

—No reduzcas tus objetivos a encontrar un hombre que te valore, Emma. Vales mucho más que eso.

Un brillo se acecha en sus ojos.

Comprensivo, prosigo con rapidez:

—Me ha tomado incontables años encontrar a la mujer de mis sueños, más de los que podrías imaginar. Pero cada instante que vives con esa persona recompensa todo el tiempo de espera, hasta que este se vuelve insignificante. —Me acerco dos pasos—. Uno no busca el amor, este lo encuentra a él cuando menos se lo espera. Hazte un favor a ti misma y sigue con tu vida hasta entonces.

Mi reflexión la deja meditando con la boca medio abierta.

—Pues… —Carraspea—. Tienes razón.

En cualquier caso, no puedo quedarme para seguir indagando en sus inquietudes. La persona más importante para mí está esperando mi rescate.

—Dicho esto, debo irme. —Aprieto la corbata y hago el ademán de marcharme—. Ten cuidado al volver a casa.

—Espera. —Escapa de su introspección.

—Tengo prisa, Emma.

—Una última cosa. ¿Si no eres el primo de Dalia, quién demonios eres?

Es una pregunta que desconozco, pues entre tantas identidades, aún estoy buscando una que me defina en toda regla. Por ahora, lo dejo en algo indiscutible:

—Puedo decirte que no soy Scott.

Sigo mi propio camino mientras me despido con la mano. A través de un espejo vial, puedo ver a Emma agarrando las bolsas e irse pensativa.

Es hora de volver al caso principal.

Acelero el paso, solo así pensaré con mayor claridad.

Conozco a esa lagartija de mi compañero desde mi adolescencia.

Dónde diantres se habrá escondido para ejecutar el ritual…

Dónde… Dónde…

Aprecio el ruido metálico de mi pie pasando por la tapa de una alcantarilla, acompañado del dulce olor de champú herbal que Dalia se aplica cada mañana. Es inmediato que frunza el ceño al rememorar cómo hemos llevado a cabo los asuntos Los Nocturnos desde el principio de la organización.

Y es que estar en la superficie aumenta el riesgo de ser descubiertos. Por lo cual siempre hemos sido más de actuar bajo tierra.

—Eres muy predecible, Ethan *Kohen.* —Risoteo sin ápice de humor.

Mis venas palpitan al ritmo de las campanadas que tocan las doce y cuarto.

Me temo que muchas almas van a sufrir esta noche.



CAPÍTULO 29: LIBERTAD

«Aquí huele a muerto…»

Es el primer pensamiento que aterriza en mi cabeza tras haber recuperado la consciencia.

Mis ojos, pegados por el llanto de antes, recorren lo que parece ser un cuarto tétrico y lleno de porquería. Lo único que me permite ver son dos velas, una en cada extremo de la puerta de hierro.

«¿Dónde narices estoy?»

Trato de incorporarme con rapidez, muy asustada, pero mis manos están bruscamente atadas a la silla de madera donde estoy sentada. No tardo en recordar que fui secuestrada por el compañero jefe de Demonio, quién me durmió a través de un método desconocido y me llevó hasta este sórdido lugar. Siento el gusto de algo agrio en mi garganta, y este olor nauseabundo no hace más que aturdirme como una droga pesada.

Todo apunta a que estoy en un alcantarillado.

Intento deshacerme de la cuerda que aprieta mis muñecas con forcejeos, por supuesto sin éxito. Y el desespero no hace más que incrementar cuando me fijo en el gran círculo rojo dibujado a mi alrededor con lo que parece ser... ¿¡Sangre!?

Revivo cada una de las declaraciones de mi madre. La silla, el círculo, el espacio cerrado... La escena es tal como la describió. Estoy segura, quieren extraer la Energía Blanca de la que me habló.

Si lo que creo es cierto y me encuentro bajo tierra gritar por ayuda sería un intento fallido, solo conseguiría atraer a los demonios que estén deambulando por la zona. No, debo ser cautelosa y pensar racionalmente, aunque sea un desafío en mi situación.

Presiono los párpados.

«Demonio.»

Las soluciones más prácticas nunca suelen ser del agrado de uno. Lo último que desearía es tener que recurrir a él tras saber que me ha estado engañando desde el principio, el veneno de su farsa sigue latente en mi memoria. Lamentablemente, si de casualidad no aparece un ángel y me ilumina, es lo único que estoy en condiciones de probar. No hay ninguna venda cubriendo mi boca; debo dejar de lado mi rabieta si quiero salir de esta. Ya gestionaré la ira cuando me encuentre fuera de peligro.

A regañadientes, expulso un suspiro forzoso.

—Sombra te invoco hoy, sombra te invoco mañana. Que la flecha te guíe hasta mí, que tu penumbra se asome por la ventana — murmuro de mala gana.

Exacto, podré seguir furiosa con Demonio una vez esté a salvo.

Espero dos segundos. Tres segundos. Cuatro.

Cinco.

Diez.

No me queda más remedio que repetirlo más alto:

—Sombra te invoco hoy, sombra te invoco mañana. Que la flecha te guíe hasta mí, que tu penumbra…

—No te servirá de nada. —Una voz gruesa irrumpe mi segundo intento, se trata del autor de mi cautividad—. Hemos revestido estas instalaciones con un encantamiento para que ninguna invocación ajena pueda interferir en el ritual.

Ethan, con el mismo traje negro puro, accede al cuarto rociado de orgullo. Aprecio la sombra de alguien más a sus espaldas, pero este se queda oculto tras la puerta. Vuelvo a intentar librarme de las ataduras por instinto, agito la silla de un lado a otro mientras el sudor se desliza por mi frente.

—Tranquila, mujer. —Se agita el cabello—. Si te mueves tanto harás sangrar tu muñeca, y si sangras el ritual te dolerá todavía más.

Los seres infernales que he conocido hasta ahora eran capaces de cualquier cosa para demostrar lo crueles que son y lo rotos que están. Con Ethan... Con Ethan va más allá. Es tan poca la humanidad que habita en su mirada que podría preguntarme si ha sido humano alguna vez.

¿Por cuánto habrá tenido que pasar para alcanzar este punto de maldad? Lo dejaré en incógnita por ahora.

Solo me importa salir de aquí.

—Por favor —murmuro, aunque sé que no servirá de nada—. Déjame ir.

—Desde luego, ahora mismo abandono la oportunidad de escapar del infierno porque una pobre humana me lo ha suplicado. ¿Te suena de algo? —ríe—. Me temo que va a ser que no. Agradece a tu querido demonio por haber hecho el trabajo sucio y haberte arrastrado hasta aquí.

Sería inútil intentar razonar con alguien como él, cegado por el ansia de libertad y un deseo egoísta. De todas maneras, me resulta imposible callar sin hacer nada.

—No tienes por qué hacerlo. Me han contado que en el infierno eres alguien poderoso e inalcanzable, no tendría sentido...

—Te sugiero que no vayas por ahí —me interrumpe, apoya su bota en la punta de la silla. La inclina levemente—. Yo más que nadie sé lo que es estar en esa cárcel, revivir las miserias de tu vida cada jodido segundo mientras sientes que te quemas por dentro. Llevo decenas de años buscando la forma más práctica de escapar que no conllevara convertirme en lo que no soy, y prometí que no desaprovecharía ninguna oportunidad. Tus ganas de vivir me traen

sin cuidado, Dalia, no me harán cambiar de opinión. La culpa ha sido tuya por confiar en quién no debías.

Mis extremidades se ponen a temblar.

Tras clavarme una mirada amenazante, retira la bota de la silla y vuelve a retorcerse en una sonrisa de satisfacción.

—Será rápido, así que te pido que colabores. —Se acerca a la puerta semicerrada—. Daremos comienzo cuando transcurra una hora y el sol dé el primer vestigio de luz. Prepara el aceite de azufre, el corazón de búho y la tiza carbón para dibujar el pentagrama. Iré a buscar mi cráneo en el cementerio de Whitechapel.

—Ahora mismo, señor Garret.

Mis sentidos se prenden al advertir esa voz rugosa como el roce de dos piedras.

Una voz de señora mayor.

«No puede ser quién que creo que es.»

—Anda, ¿no lo sabías? —Ethan deja pasar la silueta que se mantenía escondida—. Necesitaba un demonio hechicero que pudiera desempeñar el ritual. Por vuestras caras, intuyo que no hacen falta presentaciones.

Algo se desgarra en mi interior.

—Catarina —mascullo.

La anciana malhumorada que nos ayudó un par de veces está aquí, frunciendo el ceño. Mantiene una expresión fría incluso si sabe que mi gratitud y curiosidad por ella se están desvaneciendo. Sin ser capaz de hacer contacto conmigo, abre su característica capa y saca diferentes frascos de sus bolsillos internos.

Ethan la contempla con excitación.

—Maravilloso, —Aplaude—. Volveré con lo necesario. Que esté todo listo para entonces.

El demonio se retira del cuarto y me deja a solas con ella.

Catarina sigue sacando los frasquitos de uno en uno, los coloca delicadamente respetando el círculo rojo.

Está claro: la decepción pesa más que el miedo.

No puedo decir que se trate de una traición, después de todo nunca conseguimos hacer buenas migas. Su rabia por Demonio era palpable, no sería una sorpresa que quisiera pagarla conmigo.

—Oye —le susurro, desilusionada—. No pensé que Ethan te habría contratado para hacer esto. O tal vez haya sido por decisión propia, no lo sé. Sea como sea, no puedes destrozarme así para...

—Cierra el pico.

Arrugo la frente.

—¿Perdona?

—Que no hables, cállate.

No entiendo qué quiere conseguir con mi silencio hasta que advierto que intenta escuchar los pasos de Ethan alejándose, cuyos hacen eco como si estuviéramos cerca de un túnel. Cuando estos se esfuman al completo, la anciana deja de sacar frascos.

—Se ha ido. —Confirma para sí misma.

Se incorpora con lentitud y, tras hacer dos gestos limpios con el dedo, me deshace de la cuerda a distancia. Aturdida, me miro las muñecas rojizas.

Ella me ha… ¡Liberado!

Una oleada de alivio me invade, aunque también de intriga.

—¿Por qué? —pregunto, así de simple.

—Te aseguro que no es nada personal. —Recoge los frascos a pesar de su espalda magullada—. No quiero que vuelva a repetirse el círculo vicioso que se forjó con tu madre.

Me expulso la ropa del polvo que había acumulado y ladeo la cabeza.

—Creo que no lo entiendo.

—Muchos demonios veneraron a Dominic como un modelo a seguir. ¿Quién no querría obtener un trofeo sin esfuerzo? Cada vez que uno de estos se redime a la fuerza, el cielo se desequilibra y es una putada para todos, incluso para la corte celestial. Las almas deben estar donde les corresponde. —Se rasca el cuero cabelludo—. Aparte de eso... Admito que ningún humano inocente debería ser separado de su esencia. Es lo que nos hace ser quienes somos, sin ella no somos más que espíritus errantes.

Nunca debería haber dudado de ella. Incluso si apenas la conozco, no hace falta ser Sherlock Holmes para averiguar que sus acciones le salen de dentro, desde alguna parte de su diabólico ser.

—No sé cómo agradecértelo, Catarina, yo…

—Olvídate de eso. Como he dicho, no es personal. —Me toma del brazo y me saca de la silla de un tirón—. Así que vete antes de que vuelva ese capullo.

Me adelanto sin mirar atrás y agarro el paño corroído, pero antes, me volteo hacia ella.

—Un momento. ¿Puedo saber algo antes de irme?

Catarina emite un gruñido de impaciencia, si bien acaba asintiendo.

—Que sea rápido.

—¿Tú también estabas en la organización criminal de Deym... de Demonio?

He llegado a la conclusión en cuanto he juntado las piezas del *puzzle*, la verdad es que resulta bastante obvio. La anciana afirma con la cabeza.

—Era la única mujer y la más joven. También la única menor de edad cuando los policías fueron a por nosotros, una de las pocas que consiguió escapar con vida. Aun así, me entregué más adelante; había envenenado y manipulado los órganos de decenas de hombres. No sirvió para cambiar mi mentalidad, que por algo sigo aquí, pero si para hacer justicia. —Cruza los brazos—. Dime, chiquilla. ¿Sabes quién me ayudó a huir?

Resulta tan evidente que no es necesario abrir la boca.

—Es lo que piensas —continúa, sube un poco la comisura—. Sombra. Prometió que nos encontraríamos con Ethan en la colina a la que íbamos siempre para cotillear, sin embargo, esperé y esperé y nunca llegó nadie. Los mataron a todos. Me quedé sola.

Bajo las mangas de mi jersey.

Cada experiencia me entristece más que la anterior.

—Lo siento mucho —subrayo.

—Oye, no es nada. Y en serio, no puedes quedarte aquí, tienes que largarte ahora mismo. Sé perfectamente que ese demonio tuyo estará en camino haciendo una matanza por ahí. —Me guiña el ojo —. Tienes que ir a pararle los pies.

Sonrío ligeramente y abro la puerta al completo.

—Muchas gracias.

—Válgame, casi me olvido. —Me entrega lo que parece ser una cola de anfibio gelatinosa—. Toma. Cómetelo.

La sujeto con la punta de los dedos, asqueada.

—¿Por qué rábanos tengo que ingerir esto?

—Es una cola de *Olm* encantada, te hará transparente el intervalo que te tome salir de aquí. Pero es importante que te apresures, el efecto no durará mucho tiempo.

Mientras fulmino la cola con la vista, me envuelve la inseguridad.

—¿Qué pasará contigo?

Catarina ahoga una carcajada.

—Ya estoy muerta, así que poca cosa. Venga, vete.

Aunque esté totalmente despreocupada, asiento con incertidumbre.

Me trago la cola del anfibio y un escalofrío de repulsión me recorre los huesos, una suerte que no tenga ningún sabor. A medida que me observo, voy adaptando el color de lo que me rodea. Siento un aire fresco incapaz de describir.

—Catarina, para mí estás completamente viva —menciono cuando la cola me ha hecho invisible y es incapaz de verme—. Gracias.

Esta se despide con la mano.

—Tú que puedes, disfruta de ser libre.

Y tras esas palabras, abandono el cuarto para adentrarme en un túnel maloliente y poco iluminado.

Es inevitable echar ojeadas a mi cuerpo constantemente para comprobar que sigo fusionada con las paredes, aunque al contrario de lo que creí, no hay ningún demonio a la vista. Estoy solitaria corriendo a gran velocidad, trato de encontrar alguna puerta de salida o algunas escaleras que suban al exterior. Por desgracia, no parece haber nada. Únicamente un canal subterráneo lleno de maquinaria obrera y varios charcos —que espero que sean de agua —, por no contar el mal olor.

Ya ha pasado un buen rato desde que he empezado a dar zancadas, me está desesperando no encontrar ninguna apertura. Debo ser rápida o el efecto de la cola caducará. Gracias al cielo, localizo unas escaleras metálicas y subo los escalones esperando encontrar algo más que no sea el mismo horizonte tenebroso…

Pero el dichoso túnel continúa.

O al menos, eso es lo que me parece antes de girar a la derecha.

Esbozo una sonrisa de alivio.

«¡Hay una puerta al fondo!»

Esperanzada, correteo hacia ella con las buenas expectativas a flor de mano, deseando respirar oxígeno puro y no la pestilencia de las tuberías. Desafortunadamente, la puerta se abre antes de que llegue a ilusionarme, y dos demonios charlatanes ante mí me provocan tal espanto que me hacen caer hacia atrás.

Estos siguen con su camino sin titubear. Parpadeo.

«Es verdad… No pueden verme, nadie puede.»

Me tomo un momento para ralentizar el bombeo de mi corazón y atravieso la puerta metálica. Continúo con la búsqueda de la salida a través de un local iluminado y hostil plagado de… demonios.

Están hablando en grupo, trazando planes que desconozco. Por supuesto, no me quedo a escuchar. Por la cantidad de reliquias satánicas y botellas rotas que hay dispersas, claro está que llevan aquí un gran período de tiempo; me arriesgaría a decir que desde antes de mi nacimiento. Avanzo silenciosa, me parece ver otras escaleras metálicas al otro extremo de la sala.

Estoy a punto de subirlas, pero hay un grupo de objetos obsoletos que llaman mi atención y me aterrorizan al mismo tiempo. Son armas desgastadas: cuchillos, revólveres, manillas, escopetas y otras herramientas de tortura. Trago saliva. Entre toda la artillería hay una navaja que sobresale de las demás, parece antigua, si bien está limpia y bien cuidada. Me acerco de puntillas para tomarla, pues me vendrá bien tener algo con lo que protegerme.

La escudriño bien, aunque esté moldeada por el tiempo se mantiene en buenas condiciones. Detecto un detalle curioso.

«¿Qué es esto? Hay un texto grabado en el mango.»

Propiedad de Sombra, 1939

La estrujo con fuerza.

«No me lo puedo creer. Pero si es de…»

De pronto, el grupo de demonios renuncia a la conversación.

Estoy tan concentrada en la navaja que no me doy cuenta de que mis extremidades vuelven a ser visibles, junto a todas las partes de mi atuendo verde.

El efecto de la cola ha llegado a su fin.

Estoy completamente expuesta.

«Ay, mi madre.»

—¡Oye, tú! —El más musculoso de ellos me apunta con el dedo—. ¿Te has escapado?

Siento tal sobresalto que me olvido de cómo se inhala. Todos los hombres se concentran en mí.

—Eh, yo no…

—Quieta. No te muevas. —Me ordena.

Se distribuyen a mi alrededor en forma de círculo de manera que no tenga escapatoria, esperan mi primer movimiento para devolverme al cuarto a rastras. Intento armarme de coraje.

No pienso permitir que me vuelvan a encerrar.

—¡Atrás! —grito—. ¡No os acerquéis!

Así es como se me va la pinza y muevo la navaja de un lado a otro sin ningún tipo de sentido. Los demonios se mantienen al margen, paralizados a la vez que manejo el arma cual si estuviera espantando las moscas. El que me advirtió de buen principio acaba con su paciencia y se lanza hacia mí para intentar arrebatarme la navaja, pero afortunadamente, la hoja afilada roza su piel en el intento. Varias gotas de sangre resbalan de su antebrazo.

Me detengo de inmediato, pues caigo en la cuenta de que los cuernos que están presentes son pequeños, réplicas exactas de los demonios que allanaron mi casa.

«Son humanos que sufrieron el precio de un trato...»

«¡No tienen poderes!»

Una valentía repentina se hace con mi control, tenso las rodillas y me coloco en posición defensiva.

Ya acabé con uno de ellos una vez, podré hacerlo de nuevo. Dicho esto, cuando todos están concentrados con la escena, ataco de nuevo, esta vez a voluntad y sin tener algún triste conocimiento sobre lucha. Habría conseguido rozarlo con el filo si uno de ellos no se hubiera abalanzado encima hasta tirarme de panzas al suelo.

La navaja sale disparada a la puerta más cercana.

Qué insensata... He actuado a impulso, no he recordado que los humanos pueden ser igual de monstruos.

Divertidos por cómo me resisto y forcejeo, me alzan de los brazos hasta estar en forma de cruz. Mis pies apenas tocan de puntillas.

El hombre rajado se apodera de la navaja.

—¿Sombra, eh? —murmura leyendo el nombre mientras se aproxima—. Nunca conoció este lugar. Te juro que recordarás su nombre cuando te marquemos con su preciada navaja, luego te devolveremos a la silla donde debes estar.

Todos carcajean, se regocijan de mi desesperación. La hoja afilada se dirige a mi clavícula a la vez que me sujetan con fuerza. Me opongo todo lo que puedo, no obstante, ellos son muchos más, y mucho más fuertes. Lo único que me queda es vociferar a pleno pulmón. Grito como si estuviera al borde de mi último aliento.

En un abrir y cerrar de ojos, mis chillidos se mezclan con otros masculinos cuando la puerta se abre de un tirón. Un fino rastro de sangre avanza con la estrechez de un río y, con él, un hombre de apariencia demente con la camisa manchada de color cereza.

Esa imagen tan sádica genera un escalofrío en mis vértebras.

—Dalia —masculla este, pateando el cuerpo de un ser abastecido.

Mi primera impresión es de alivio, aunque a juzgar por nuestra última interacción sé que pronto dará un giro.

—Demonio —gimoteo, con el filo de la navaja a punto de tocar mi piel.

Los seres que me rodean no tienen tiempo para reaccionar, Demonio los hace reventar estremeciendo los puños. Tosen una gran cantidad de sangre y decaen uno a uno, solo quedamos nosotros en pie. Tras ser liberada de sus agarres, compruebo que el arma no haya llegado a rozarme. El aire vuelve a mis fosas nasales.

—Mi señora. —Se place de verme, y extiende los brazos para abrazarme.

Un impulso me hace rechazarlo.

«No… No.»

Me vengo a un lado, dando a entender que aún no he olvidado sus mentiras. Que aún no lo he perdonado. Demonio lo entiende y

respeta que necesite espacio; está a un suspiro de decirme algo cuando una mano de uñas afiladas tira de mi pierna. Es uno de los demonios abatidos, sigue con vida jadeando encima del charco de sangre. Clava las uñas en mi piel, suelto un grito de dolor mientras intento sacármelas a patadas. Sin esperar ni un instante más, Demonio lo resuelve haciendo algo que me pone los pelos de punta:

Le corta la mano de un solo tajo con sus poderes.

—¡Por la madre del cielo! —exclamo, asqueada por lo que acabo de presenciar.

Con esa sonrisilla, se inclina y agarra la extremidad mutilada como si fuera la rama de un árbol.

—Mira, Dalia. Será un nuevo recuerdo. —Juguetea con ella—. Si alguna vez decides perdonarme y vivir conmigo en algún lugar de la tierra, haré de esta mano una escultura para decorar nuestro vestíbulo.

Esbozo una mueca de desagrado.

«Voy a fingir que no he escuchado eso.»

Las zancadas de los cómplices de Ethan se acercan, oímos su eco a lo lejos. Demonio devuelve la mano a su portador y tensa la mandíbula.

—Tenemos que irnos de aquí —señaliza.

Avanzo los primeros pasos hacia la salida, sin embargo, una punzada en la pierna me obliga a desatar un soplido de dolor. Las uñas del ser me han abierto pequeñas heridas, cuyas escuecen al mínimo movimiento. Es así como, absolutamente fuera de mi consentimiento, Demonio me carga de la espalda y de las piernas. Alzo las cejas.

—Oye —suelto en un gruñido—. Bájame. Puedo caminar.

Sus ojos oscuros brillan por un instante, me limpia una mancha roja de la mejilla.

—Puedes estar enfadada conmigo todo lo que quieras. Pero estás herida, deja que te lleve en brazos hasta llegar a un lugar seguro.

Ruedo los ojos, lo conozco lo suficiente para saber que no cambiará de parecer. Estoy envuelta en su cálido cuerpo, otra vez.

No negaré que, luego de estar a nada de perder mi felicidad para siempre, esta calidez es lo que más necesitaba.

Cuando atraviesa el marco de la puerta, este escudriña su antigua navaja desde la distancia, reconociéndola al momento.

Al contrario de lo que pienso, no se detiene a recuperarla.

Me acomoda bien contra su pecho y sigue con su camino, dejando esa arma ensangrentada atrás.

El amanecer decide recibirnos con esta efímera libertad.



CAPÍTULO 30: NO LA TOQUES

Quién diría que la salida del alcantarillado tendría lugar en mi dichosa universidad.

Lo primero con lo que nos hemos topado al subir las escaleras ha sido el porche moderno de mi espacio de formación, he estado apunto de chocar contra la papelera. Aunque el sol nos salpique con las primeras chispas de luz, deben faltar horas hasta que empiecen las clases —cuyas desde el viaje no he asistido—, así que nadie nos verá con estas pintas de mendigo. Por culpa de este panorama infernal no he tenido tiempo de pensar en ello… Tendré que recuperar un sinfín de tareas, exámenes y horas de trabajo en el comedor.

He dejado en pausa mi vida tal como la conocía, pero tampoco es como si hubiera tenido otra opción.

A día de hoy sigo sin creerme lo que estoy viviendo.

Escuchamos a los demonios retumbar las tuberías para dar con nosotros, es por eso por lo que Demonio me agarra del brazo y, con un chasquido de los suyos, nos teletransportamos a otro lugar.

Este no está muy lejos: Hemos aparecido en la azotea de la universidad.

Está a la otra punta de en donde hemos aparecido, razón por la cual nos permitimos darnos un pequeño paréntesis. Hace tiempo que estudio aquí y nunca había tenido la oportunidad de subir a la azotea, pues siempre está contaminada de chicos fumadores que la toman como su territorio. Tiene unas vistas espectaculares de Saint Rosette... Me acerco al parapeto e intento encontrar mi barrio a pesar de la lejanía.

—Dalia. —Demonio ha estado conteniéndose para no dirigirme la palabra, hasta ahora—. Todavía no habíamos terminado de hablar.

Es difícil mantener una conversación seria con él cuando tiene la ropa teñida de sangre y una nueva cicatriz restaurándose. Al ver que no contesto, hunde sus dedos en mi hombro.

—¿Te sigue doliendo la pierna? —pregunta, eriza mi piel—. Podría ir a la farmacia a buscar algún remedio.

Es instantáneo: la ira vuelve a dominarme.

—No es nada —escupo.

—Deja que lo ponga en duda. Si Ethan te ha infligido algún daño que ignoro, juro por Lucifer que hará de su último aliento una súplica.

—¡Que no, que no me ha hecho nada!

Me libero de su agarre, incontrolablemente molesta.

Sé que no debería tratarlo con tanta hostilidad considerando que ha venido para salvarme, sobre todo porque no es la primera vez. Desearía no sentirme así, de veras, pero es lo único que puedo manifestar al pensar que todos mis esfuerzos para cumplir con el trato y volver a mi realidad fueron un trayecto directo a destrozarla.

Más que por Demonio, estoy cabreada conmigo misma.

Porque mi madre tenía razón.

He caído en su mismo agujero.

—Aún estás enfadada —aventura sin mucho esfuerzo—. Lo comprendo. Podríamos hablarlo.

—¿Hablar de qué? Es innecesario, ya se aclaró todo en la cocina.

—E incluso así, no eres capaz de perdonarme.

Aprieto los dientes.

—Escúchame. Creo en ti cuando dices que has cambiado, principalmente porque lo he visto con mis propios ojos. Pero esto no reemplaza el hecho de que intentaste arrebatarme algo importante mediante una estafa. —Mis nudillos se vuelven blancos de estremecerlos—. No consigo asimilarlo, y lo peor es que he sido yo quien ha desenterrado la verdad. ¿No se suponía que teníamos confianza? ¿Es que no te gusto, Demonio?

Este reboza de indignación, las últimas palabras parecen ofenderlo.

—Cómo podrías pensar en esa barbaridad cuando eres lo único que he querido de verdad.

—Siquiera hace unos meses que nos conocemos.

—Corrijo. —Produce una pausa—. Que *tú* me conoces.

Alzo las cejas con intención, pues no sé a qué se refiere.

—¿Cómo que tú…? —Lo pienso por un instante—. Antes del infortunio del callejón, ¿sabías de mí?

Levanta la comisura.

—Nunca he dejado de observarte.

El resplandor del amanecer resalta su cabello azabache, revuelto por el viento de altura. Su atractivo inhumano es innegable, incluso con la rabia alterando mi visión, lo es.

—Continúa. —Aprieto los labios.

—Cuando Dominic me habló de ti, de tu energía, no sucumbí a la tentación de hacer un seguimiento de tu vida hasta el día en el que debiera aparecer en ella. El procedimiento debería haber resultado frío y sin incertidumbres, sin embargo, fue tanto el afecto que hallé en esa pequeña Dalia que llegué a dudar de mis acciones, me pregunté si engañarte por el bien propio era lo correcto. Desconfié incluso de mi identidad demoníaca. —Su tono se ablanda—. Pero al final, no puedes reescribir lo que eres. O eso pensaba, hasta que tú me demostraste lo contrario.

Siento una punzada directa al pecho. La honestidad en su versión no hace más que confirmar una y otra vez que está arrepentido, que quiere reclamar mi perdón más que otra cosa. Ahora mismo, el peso de su sinceridad pesa más que sus acciones. Lo consideraría si no fuera por las quinientas preguntas que siguen ahí, empeñadas en hacerme dudar. Empeñadas en conservar el odio de su engaño.

Evito su mirada y musito:

—Te creo, es que... no creo que pueda perdonarte.

Me siento pusilánime con tanta inseguridad.

Se pasa la mano por el pelo, hastiado de no escuchar lo que desea.

—¿Qué quieres que haga, Dalia? —cuestiona, casi rogando—. ¿Quieres que escriba tu nombre con llamas en el corazón de la ciudad? ¿Quieres que ponga todo el condenado infierno bajo tus pies? ¿Qué tengo que demostrar para que me perdones? Dime la sangre que debo derramar, cuántas almas necesito sacrificar. Lo haré con los ojos vendados si eso significa continuar a tu lado.

Si no fuera por él habría puesto punto final.

No obstante, estamos hablando de Sombra, el jefe recatado de una poderosa organización criminal.

Estamos hablando de Scott, un extranjero carismático con un cúmulo de secretos.

Estamos hablando del Cupido oscuro arrebatador de posesiones, un demonio cruel que anhela el sufrimiento de cada despreciable que se cruce en su camino.

Pero ante todo, estamos hablando de Deymian Black. Que entre tanta identidad, sigue ahí, oculto, demostrando que sigue existiendo un matiz de humanidad en todas esas facetas tenebrosas. Que siguen quedando pasiones y sentimientos.

Lo admito. Yo no quiero perdonar a Sombra.

Quiero perdonar a Deymian.

El único que me ha robado el corazón.

—Hacer eso significaría arrebatar la vida a un montón de inocentes —Esbozo una sonrisa pícara, planteando que he cambiado de idea—. Y tú no haces eso.

Relaja su expresión. Seguro de sí mismo, me sostiene de las manos.

—Sería la única excepción.

«A la mierda.»

Llevada por un impulso irrefrenable, rodeo su cuello con el brazo y me alzo para depositar un beso en sus labios.

Me separo de inmediato, al reconocer que tal vez no era el momento indicado. Lo reconsidero cuando atrae mis caderas con ferocidad y menciona en mi oído:

—Haré que no tengas que volver a perdonarme, te lo prometo.

Reclama mis labios de nuevo y nos sumergimos en un beso del que será muy difícil recuperar el aliento. Nos buscamos el uno al otro como la primera vez que nos besamos, pero esta vez es más intenso, más frenético, como si cualquier roce pudiera ser el último. Se permite una pausa para ponerme un mechón que estorba detrás de la oreja, y después vuelve a fundir su boca en la mía. Una parte de mí no para de gritarme que no es la ocasión, que aquí no estamos seguros. Ethan y su pandilla aparecerán. Nos destriparán. Quisiera poner el *mute* a esta molesta notificación en mi cabeza, porque toda la seguridad del mundo ya la he encontrado entre sus extremidades, cuyas me atesoran como si fuera una reliquia de otra época.

Nos separamos y volvemos a pegarnos, esta vez frente a frente.

—Dalia, marchémonos para siempre —susurra, con un pequeño temblor en la voz—. Sé de una infinidad de lugares donde Ethan nunca nos encontraría.

Estoy a un suspiro de aceptar y decir *sería un sueño hecho realidad*, pues nada me apetecería más. Sin embargo, una avalancha de realismo me pisa los talones. Me muerdo el labio inferior.

—No... no deberíamos.

Despega su frente de la mía a medida que su expresión pasional decae, lentamente.

—¿Por qué no? —Acaricia mi barbilla.

Me dolerá físicamente lo que le voy a recordar, pero los dos sabemos que no podremos permanecer en este cuento de hadas por mucho tiempo. Rehúyo su mirada.

—Olvidas que yo soy una chica humana, y tú... tú estás ligado al infierno. Yo estoy viva y tú hace mucho tiempo que estás muerto.

—Eso nunca ha sido un obstáculo para nosotros.

—Piénsalo mejor. —Me separo a la fuerza—. Yo creceré, me volveré vieja como Catarina y me saldrán arrugas. De lo contrario, tú permanecerás en este aspecto joven y vampírico por la eternidad.

—Sigue sin ser un problema. Te desearía aunque tuvieras una verruga en la nariz.

—No es solo eso —niego—. Es evidente que ser un demonio te duele de innumerables maneras, y estar en la tierra no hace más que atenuarlo. No seré capaz de sobrellevar que la consecuencia de que estés aquí, conmigo, es lidiar con la angustia de verte en constante sufrimiento. Y cuando finalmente muera lo más probable es que acabe en cielo, impedirá que nos volvamos a ver.

Tantas respuestas que tiene para cada tema, para que ahora se quede en completo silencio. Sabe que tengo razón, nos hemos dejado llevar por una fantasía destinada al fracaso.

—¿No hay alguna forma con la que puedas redimirte de verdad? — pregunto, esperanzada de que la muerte no sea el final.

Suspira con brusquedad.

Trata de calmarse haciendo jarras para después revelar:

—Hay una. El Centro de Redención en *Zareth'gor.*

—Centro de redención. —Una sonrisa se apodera de mi rostro.

—Es un paraje dónde tienes la posibilidad de librarte de toda la maldad acumulada. Como un centro de rehabilitación, pero para nosotros.

Me cubro la boca de la ilusión.

—Eso es... ¡Genial!

—No lo es —suelta, frunciendo el ceño—. Podrían pasar decenas de años hasta que no me expiara y no me dejaran salir. Decenas y decenas de años. He causado mucho daño, Dalia, más del que puedas imaginar.

—Lo importante es el resultado final, podrías llegar al cielo y ser feliz. Podríamos reencontrarnos una vez allí.

Aprieta la mandíbula con cabezonería.

—Me rehúso.

—Pero…

—Me niego a dejarte sola.

Abro mis brazos y lo envuelvo en un abrazo reconfortante.

—No estoy sola, así que intenta pensar un poco en ti. —Enredo las manos en su pelo—. Soy capaz de esperar hasta que consigas aceptarte a ti mismo, Demonio.

Tras chasquear la lengua, me devuelve el abrazo con el doble de fuerza, bajando su cabeza para acurrucarla entre mi cabello.

—Deymian. Llámame Deymian.

Continuamos estrechados, dos gotas de agua que desean fundirse en una sola. Un carraspeo de garganta irrumpe, revienta la burbuja que nos protegía de la cruda realidad a la que nos enfrentamos.

—Estaba pensando en separaros de repente, pero hubiera cometido un grave error. El vínculo se está fortaleciendo, la energía es más visible que nunca.

Se me encogen los huesos.

«Ethan.»

Está aquí, a unos metros de nosotros, junto a cuatro verdugos de largos cuernos. Estaba tan cómoda en el cuerpo de mi amante que su presencia era inexistente hasta ahora. Me giro hacia Deymian, su iris se ha vuelto tan escarlata como el poder que orbita alrededor de su puño, listo para desatarse.

Sin nada más que añadir, Ethan se aproxima demostrando seguridad en cada paso. Deymian interpone su brazo antes de soltar:

—Déjala de una vez y consigue otra víctima a la que maldecir.

—Así que no solo querías redimirte a mis espaldas —lo ignora. repiquetea el pie, debe ser un tic nervioso—. Sino que ahora también querías esconderte en la tierra ignorando tu identidad. ¿No sabes lo que les pasa a los demonios que pasan tanto tiempo fuera del infierno? Este no es tu lugar, Dey.

—Al contrario. Estoy justo donde debo estar. —Me mira y su expresión, antes fúnebre, se suaviza—. Me temo que tú serías incapaz de entenderlo.

Me pregunto muchas cosas acerca de su relación; por encima de todo, cómo llegaron a detestarse si se suponía que eran socios de

una organización. De una un tanto peligrosa, sí, pero compañeros al fin y al cabo.

¿Cuál habrá sido la chispa que prendió el fuego?

—Estás cegado por las emociones de tu vida humana. Lo sé, resulta duro, es normal que tengas alguna crisis que no te deje pensar con claridad. —Tan imperceptible, Ethan toma mi brazo—. Si esta mujer te resulta una distracción, la mataré una vez concluido el ritual.

Deymian agarra su brazo para arrancarlo del mío, lo aprieta con fuerza hasta hacerlo temblar.

—No la toques. —Sus palabras salen disparadas como munición.

La atmósfera se ha vuelto tan densa que ni con una motosierra sería posible cortarla, un amanecer en vano. Ethan maldice.

—Antes era *no me toques*, ahora *no la toques*. Decídete de una vez.

—No me obligues a hacer esto. —Los cuernos brotan de su cabeza—No contra ti.

—Nadie te ha obligado a convertirte en un nenaza traidor. Has querido abandonarme, abandonar aquel que te dio un voto de confianza cuando nadie más lo hacía.

—Ethan, vete.

—Primero te lo haré pagar.

—Esto no es justo…

—Lo sea o no, seré yo quien ascenderá al cielo. Seré yo quien te abandonará a ti. —Mueve la mano en señal de aviso—. Vosotros, traedme a su chica.

Antes de que sus secuaces se lancen a mi ataque, Deymian levanta el antebrazo y chasquea los dedos.

De inmediato —junto a un remolino en el estómago— soy teletransportada al barrio donde se encuentra mi bloque de pisos; tengo que hacer equilibrio para no perder la resistencia de las piernas. Tras ubicarme, dirijo mi atención al cielo. Es cuestión de segundos que las ondas de zarpazos y leves explosiones retumben a la distancia. Desearía ser la única que sabe de ellos, desafortunadamente, los residentes de la zona ya asoman la cabeza por las ventanas o buscan por el exterior el culpable de los

estruendos que sofocan Saint Rosette. Algunos incluso se paran en medio de la calle para llamar a seguridad nacional.

Ya que no puedo ver nada gracias a los edificios, apuesto por mi propia seguridad y arranco a correr lo más lejos que se me permita. No puedo ir a mi casa, al trabajo o a un lugar de confianza, los cómplices sabrían dónde encontrarme.

Aprieto los párpados, jadeante.

¿Será todo esto mi culpa? ¿Si hubiera intervenido, de algún modo podría haber evitado el enfrentamiento?

Sea como sea, no puedo victimizarme ahora. No cuando la seguridad de los ciudadanos depende de que dos demonios malhumorados hagan las paces, cosa que es más probable que nos destruyan antes. Me quito el jersey, me lo envuelvo en las caderas y hago un nudo con las mangas, la temperatura se ha elevado desde que han empezado a luchar.

De camino a un destino indefinido, obligo a mis piernas a parar. Diviso mi edificio en el horizonte, además de Emma, Juniper e Ian esperándome inquietos en la entrada.

Estos me señalan y se acercan al avistarme.

—Dalia —Emma toma largas inhalaciones, me agarra los hombros. Tiene pinta de que llevaba un buen rato en mi búsqueda —. ¿Dónde diablos te habías metido?

—Estábamos preocupadas, —Juniper tira el cigarrillo que llevaba consigo y lo aplasta, indicando que realmente lo estaba—. Incluso Ian había venido para saber si estabas bien.

Le dedico un asentimiento suave al chico de gafas, y él me lo devuelve de la misma manera. Respondería a cada una de las dudas que merecen resolver, si no fuera por un par de explosiones nuevas que hacen retumbar la ciudad. Nos cubrimos con el brazo por instinto. El cielo y las nubes han adaptado un color rojizo, denso, como si un renacer incendiario hubiera llegado para no irse jamás.

Mis amigos se dejan llevar por el *shock*, nada en sus cuerpos se mueve a excepción de sus ojos.

Me recuerda a las escenas primerizas de las películas de desastres naturales que nos gustaba devorar acompañada de palomitas dulces y el bizcocho que nos preparaba la señora Castle.

La realidad ha superado la ficción, y es impactante.

Dos toquecitos en el hombro me sacan del ensimismamiento. Me giro del espanto y, al saber quién es, un destello me ilumina.

—Catarina —celebro en silencio—. ¡Estás aquí!

La anciana de túnica oscura esboza lo más parecido a una sonrisa.

Está en su forma humana, con lo cual parece mayor.

—¿Es que tenías tapones en los oídos, chiquilla? Te dije que no le pasaría nada a esta vieja oxidada —afirma, con esa voz que imita el crujido de dos rocas frotándose.

Contengo una carcajada aliviada.

Mi expresión vuelve a decaer, los estallidos son imparables.

—Esto es horrible —menciono, viendo a Ethan recibir un golpe que lo hace impactar contra un edificio cristalizado—. Están peleando como dos águilas con la rabia, y toda la multitud está al pendiente.

—Lo peor no es eso —Inspira—. Lo peor es que la corte celestial no hará nada para intervenir.

Ladeo la cabeza.

—¿Cómo qué no? ¿No le quitaron los poderes a Deymian porque había ocasionado demasiado caos en el mundo mortal?

—Con Sombra es una cosa —cruza los brazos sin quitar la vista del cielo—. Con Ethan otra. Los tiene bien sobornaditos para que no se inmiscuyan en sus planes. No pueden dejarlo entrar en el cielo sin redención, pero tampoco impedirán que haga lo que sea para conseguirla.

Libero un suspiro cargado. La tierra y el más allá no son tan diferentes. Me cabrea saber que en medio de un paisaje angelical las injusticias y los seres corruptos siguen a la orden del día, escondidos, actuando desde las sombras.

Juniper estudia a una de las figuras con los párpados entrecerrados. Agarra una bocanada de aire antes de avisarnos:

—Esperad —señala a una de las siluetas—. Ese de ahí no es... ¿¡Scott!?

Ian se tapa el sol con la mano y se concentra para identificarlo.

—¿Scott? No lo veo bien, está muy lejos. ¿Pero cómo podría ser él?

—No digas bobadas, Juniper, ahora no es el momento —replica Emma.

—¡Que sí! Tiene el mismo pelo, la misma altura, la misma piel, y esa forma de la espalda... Es idéntica, joder. Tiene que ser él.

—Pero tiene dos cuernos. Y está… volando.

Tras decir eso, Emma empieza a tambalearse de un lado a otro. Algo me dice que está a un suspiro de desmayarse como la otra vez. Antes de que suceda, su prima la agarra de la espalda e intenta estabilizarla.

—Tranquila —lo retira—. Se me ha ido la pinza, es evidente que esa cosa no puede ser Scott.

—No. Sí que lo es.

Los tres se giran a la vez. El viento rabioso agita mi cabello y me dificulta la visibilidad, pero sé que tienen cara de no entender nada de lo que está pasando.

No durará mucho tiempo.

Pues ha llegado el momento.

—¿Qué dices? —Juniper frunce el ceño—. ¿Y quién es esta anciana?

Emma se frota los ojos, se esparce el maquillaje.

—No importa —sostiene— deberíamos ponernos a salvo de lo que sea que esté sucediendo ahí arriba.

—Estaremos a salvo —les aseguro, intercambiando una mirada con Catarina—. Aunque antes dejadme que os cuente toda la verdad.



CAPÍTULO 31: ES REAL

Deymian Black

Terminaré con esa repugnante sabandija. Oh, y tanto que lo haré.

La última vez que lo vi, aproximadamente cuando las campanas tocaron las siete de la mañana, él estaba tendido en la bóveda del museo de ciencias naturales tras recibir el impacto de mis nudillos contra su nariz. Un golpe de esa magnitud sería letal para un hombre corriente, sus huesos se romperían y moriría al instante, pero para un demonio que tiene la capacidad de oponerse entre las nubes no es ni una picazón de mosquito.

El dolor no alcanza nuestro cuerpo, pues está compuesto de materia antinatural. No es nada. El único dolor que podemos sentir es el que nos imponemos a nosotros mismos.

Por haber encerrado a Dalia, amenazarla de muerte e interrumpir el preciado momento de estar entre sus brazos... Juro que lo devolveré a la vida y lo extorsionaré hasta la eternidad con las herramientas de tortura que he dejado atrás. Volveré al alcantarillado y recuperaré la navaja con la que cortaba los dedos a bandidos, contrabandistas, pérfidos, y la usaré para cortar los suyos, cuyos han tomado el brazo equivocado.

Cómo se atreve a venir aquí para exigir una felicidad que no le pertenece, con lo que a ella le costó recuperarla. Maldito Ethan. Maldito yo por no haber reconsiderado las consecuencias, conociendo tan bien al hombre que me convirtió en un asesino. De adolescente estaba muy desorientado como para asimilar que siempre me usó, que se aprovechó de mi rabia y vulnerabilidad. Nunca quiso que estuviéramos en el mismo rango.

Nunca fue uno más de los buenos amigos que tenía en Beckenham.

Y eso sí que me hiere.

Reposo mis pies sobre la bóveda y me mantengo alerta al mínimo crujido, frustrado por haber perdido mi sombrero. El cuchicheo de las perdices que huyen de las explosiones resulta una distracción, pero tengo que guardar mi ira para quién se la merezca.

Me peino el cabello meticulosamente hacia atrás, si bien sé que acabará revuelto en un santiamén.

Observo de nuevo el rebaño de párpados rojos. Si fuera una de esas pequeñas aves, tan majestuosas e invisibles a su vez, todo sería más llevadero. Podría ser libre.

Inspiro una bocanada de aire que no llega a ninguna parte.

Es entonces que, beneficiándose de que estoy abstraído en mis pensamientos, sucede: los cómplices de Ethan dan su entrada por detrás y me retienen de los brazos, me los cruzan a mi espalda de tal manera que me resulta imposible contraatacar cuerpo a cuerpo. Mis poderes no quieren salir a la luz, uno de ellos debe ser hechicero, habrá impuesto una retención temporal. Hago uso de

fuerza bruta para intentar librarme, pero me han doblegado hasta quedar de rodillas. Suelto un gruñido. Detesto ser sometido; yo que una vez juré que nunca me arrodillaría ante nadie.

Estoy como Dalia cuando corrí a su rescate.

No obstante, a mí nadie me ayudará. Mucho menos aquí arriba.

Desciendo la cabeza y suelto una carcajada sin ápice de humor.

Al menos sé que, si los cinco demonios están aquí, ella no correrá peligro. Estudio a los hombres con la mirada.

Aguarda.

Uno, dos, tres... Ethan...

No puede ser. Antes eran cinco.

—Ha sido extraordinario —Ethan se ajusta la pajarita antes de aplaudir de forma triunfal—. No recuerdo la última vez que una lucha me salió tan ajustada. Es evidente que siempre hemos estado en el mismo nivel, ¿eh?

Resoplo.

—Cuatro contra uno. Por supuesto, el mismo nivel.

—Trabajando en equipo todos tenemos que colaborar.

—Entonces, bien. Aquí me tienes. ¿Qué piensas hacer? —Elevo la comisura del labio—. ¿Me torturarás con algún conjuro? ¿Acabarás con mi existencia? Después de todo, viejo amigo, nunca te he importado lo más mínimo.

Se retuerce en una mueca fingiendo que no lo comprende, pero sabe perfectamente de qué estoy hablando.

—Desconozco por qué llegarías a esa conclusión. —Cruza de brazos, los otros demonios atienden—. Yo estaba tan perdido como tú cuando te hallé en esa estación de tren.

—¿Crees que no conozco tu huida del orfanato de Westminster? Tuviste una aventura con la hija de la directora, Mariline Rosbelt, la encariñaste y terminó mencionando las salidas secretas más accesibles. Luego acabaste con su vida ahogándola con un cojín en medio del acto para que nunca pudiera revelar tu misteriosa desaparición —observo sus pupilas oscilar—. Al fin y al cabo, eres el rey de tu propio tablón de ajedrez, los demás no somos más que peones cuyo destino es caer tarde o temprano.

He dado en el blanco.

Ethan aprieta los puños, no se lo toma nada bien:

—Siempre actuando como si lo supieras *todo* sobre *todos* —se le complica conservar el juicio—. Es tu fanfarronería la que te condujo a la delincuencia, no yo. Yo te di la elección de volver a tu mansión de las maravillas.

—¿De verdad? —Risoteo—. Que yo recuerde, comparaste esa opción con morir lentamente en una mina.

—Te diré lo mismo que a Dalia: La decisión fue toda tuya.

—Abandona tus reprimendas y dime que me usaste para llegar a la cima. Abre tu *sucia* boca y dime a la cara que nunca he significado nada para ti, que solo era otra Mariline Rosbelt.

Aprieta los puños con desdén.

—Lo pagarás, Dey —escupe.

—Nunca has sufrido como yo. Eres un *jodido* diablo de nacimiento.

Una afirmación errónea, no obstante, la necesitaba. Necesitaba que perdiera el control, que acortara la distancia que nos separaba.

Cuando Ethan se abalanza sobre mí para estrujarme la garganta con las venas palpitantes, me beneficio de la situación: me suelto del agarre y, con un movimiento seco, tomo el hombro de mi viejo compañero y lo lanzo de lleno contra los demonios, quedando así en libertad.

Ethan, tras levantarse hecho un toro, me apunta con el dedo para que vuelvan a por mí. Pero no puedo seguir compitiendo. No ahora mismo. Tras guiñarles el ojo de forma gloriosa, me teletransporto a un lugar aleatorio. Antes lo hice con Dalia y no sé dónde la envié, así que es crucial que la encuentre.

No recordaba la sensación de soportar latidos como balas de plomo en mi pecho. Maldita sea... Si no doy con ella, lo más probable es que acaben conmigo.

Dalia Miller

—Así que al final no había ningún precio. Porque el trato era mentira.

Emma sacude la cabeza, perpleja, sin más remedio que absorber la información que dejo a merced del aire. Estamos los cinco sentados en la acera frente al portal de mi casa, incluida Catarina, ahora en su forma demoníaca para demostrar su identidad a mis amigos. Las hortensias que planté en la entrada bambolean unos metros atrás, ya que el viento es cada vez más rabioso.

Sea como sea, he contado la historia entera.

De cabo a rabo, evitando saltarme los detalles más importantes. Ahora que ya han visto la verdadera naturaleza de mi supuesto primo ya no vale de nada que siga siendo un secreto, así que estrujo el tema hasta la última gota, percibiendo la apertura de sus párpados con el tiempo. Aprovechando el momento, Catarina también nos ha ilustrado sobre el pasado de Deymian. El incidente con su padre, sus años de fama, su encuentro con Ethan, y otros eventos de su vida que no tuvo tiempo de contarme. Hace rato que ninguna explosión retumba la ciudad, y no sé si es buena señal o debería preocuparme. Ojalá tuviera poderes para poder ir a protegerlo, lo cual merecería después de haberme ayudado incontables veces.

—Exacto. —Me rasco la nariz.

Juniper niega con la cabeza, tratando de luchar contra la verdad, sin más opciones que tolerarla.

—Esto es... joder. Si no viera el cielo rojo y la demonio que tengo a mi lado, Dalia, creería que no estás bien de la cabeza. —Tras encender el tercer cigarrillo, le da una calada. Sopla para liberar el humo—. Y yo que pensaba que tenía problemas con mis padres, y tú estás aquí, lidiando con este caos paranormal.

—Tus problemas también son válidos —señalizo—. No los infravalores solo porque sean menos… retorcidos.

—Por favor, no tiene nada que ver. Si nos lo hubieras dicho desde el principio...

—No la hubiéramos creído —estalla Emma, sin ser capaz de aceptar que ha estado enamorada de un demonio—. Tú misma lo

has dicho, Juniper. Esto va en contra de todo lo que nos han enseñado. Va en contra de la vida.

Miro de reojo a mi amiga, quién parece estar cabreada, pero también aterrada y decepcionada. Aunque parezca que el gato le ha comido la lengua, Ian también está entre nosotras, sentado más lejos. Mira al horizonte mientras medita la historia que le he proporcionado.

Hasta la parte en la que digo lo que siento por Deymian.

—Jovencitas. —Catarina se levanta—. Sé que puede resultar chocante, pero no podemos continuar con esta reunión. Ahora mismo somos los únicos capaces de hacer algo para que la ciudad no acabe en destrucción, porque creedme, si no los detenemos, lo hará. Podrían estar centenares de años luchando y nunca quedaría un vencedor.

—Ah, ¿y tenemos que detenerlos nosotras? —se extraña Juni, liberando otra bocanada de humo.

—¿Quién, si no?

—¿Pero qué podemos hacer? Acabamos de enterarnos de que nuestras peores pesadillas de la infancia son reales.

—Catarina es un demonio hechicero. Conoce todo tipo de rituales y conjuros, seguro que si la ayudamos podremos solucionarlo —me animo, irradiando el mínimo positivismo.

—Antes habéis dicho que los demonios no pueden morir. Que ya están muertos —Emma se retuerce, recordándome a cuando Deymian me contó su fecha de nacimiento.

De pronto, la bombilla mental de Juniper se enciende. Abre la boca al percatarse de algo:

—Catarina. —Se gira hacia ella, pensativa—. Si puedes hacer todo tipo de magia, ¿eso también incluye retroceder en el tiempo?

La anciana entrecierra la mirada, nada convencida.

—Entiendo a donde quieres llegar. No obstante, déjame decirte que...

—Podríamos prevenir que Deymian y Ethan se conocieran, o evitar el accidente con el señor Black. ¿Eso no solucionaría su enfrentamiento?

—Es una idea inconcebible —deniega, a lo que mi amiga se encoge de hombros—. El mundo no tendría nada que ver con el que conocemos, uno no puede cambiar las riendas del pasado cómo quién desplaza las agujas de un reloj. Hay cosas que por muy terribles que resulten, deben ocurrir. La más minuciosa modificación lo cambiaría todo —la anciana me dirige una mirada comprensiva—. Empezando con que Dalia y Sombra jamás se hubieran conocido.

—Tiene razón —aporta Ian, quién, aparte de por el universo, también está obsesionado por la física cuántica.

Endurezco la expresión. Me resulta imposible imaginar un escenario futuro en el que no esté Deymian, así que esta opción queda descartada.

Juniper exhala otra nube de humo antes de murmurar:

—Vaya. Ahora entiendo por qué me uní a bellas artes.

El batir de los helicópteros militares ya está sobre nuestras cabezas, buscando los misteriosos culpables de que tres edificios hayan sido agujereados. O nos apremiamos o esto se complicará.

—Entonces... ¿Qué? —digo, repiqueteando el dedo contra el muslo.

Catarina revisa el interior de su capa y, de pronto, su bombilla mental también se enciende.

—Creo que tengo una mejor idea.

Al cabo de un instante, nos lleva al aparcamiento trasero del bloque de pisos —donde al no tener vehículo propio, nunca suelo pasar—. Un pequeño espacio sombreado por dos viejas paredes de ladrillo, decoradas con publicidad antigua y algún banderín solitario de una celebración pasada. Apenas hay dos coches aparcados y los restos de una bicicleta oxidada. Ninguno comprendemos el motivo de habernos traído hasta aquí, Juni se sienta en el capó de un deportivo negro.

Sea lo que sea esta nueva estrategia, ojalá sea una solución rápida, porque no estoy soportando el hecho de que mi demonio podría estar gritando de dolor de mil maneras distintas por culpa de ese maniático con parche.

Si Deymian estuviera aquí, me diría que no lo infravalorara.

Ya que fácilmente podría ser Ethan la víctima del momento. Es difícil saberlo.

Catarina saca una tiza roja y, aprovechando el ancho espacio, dibuja un pentagrama sobretrazado en el asfalto. Los demás nos quedamos atentos a sus instrucciones, pues si nos ha traído aquí es porque no puede hacerlo sola.

Tampoco permitiría que lo hiciera.

—El alma de Ethan, al igual que la de Sombra, no puede ser extraída y poseída por ningún otro demonio. Solo ellos tienen ese nivel de poder, al menos que yo sepa. —Endereza la espalda antes de frotarse las manos—. Pero eso no significa que esta no pueda ser desterrada a otro plano, o dimensión, cómo queráis llamarlo.

Ian levanta las orejas al oír la palabra *dimensión* como un perro al escuchar el abrir un paquete de galletas.

—No es lo que piensas, rarito de gafas. —Se adelanta la anciana, cualquiera pensaría que le ha leído la mente—. No es una dimensión de esas que muestran en las películas de ciencia ficción que tanto os gustan a los empollones. Es un vacío intermedio que existe entre el cielo y el infierno. Las almas de gente perecida que no encuentran el camino se quedan allí, atoradas, inconscientes. Para siempre.

La piel de gallina se asoma en mis extremidades. Rábanos, me parece que he desbloqueado una nueva fobia.

—¿Es algo así como una especie de limbo entre dos mundos? —aventura Ian, subiéndose las gafas.

—Nunca mejor dicho.

El chico traga saliva y reconoce:

—La ciencia ficción debería haberse quedado en las películas.

Catarina sigue con la preparación y abre un saquito de lona con hierbas púrpuras para esparcirlas en cada punta del pentagrama.

—Entonces, ¿qué haremos? —pregunto, escudriñando la gran estrella que ahora forma parte del aparcamiento.

—Nuestro objetivo principal será atraer a Ethan hasta aquí. Cuando no se lo espere, activaré la estrella con los cánticos sagrados y enviaremos su alma directa al limbo. Este es un ritual muy antiguo, bastante rápido de realizar, pero habrá que ir con mucho cuidado.

Ladeo la cabeza.

—¿Por qué?

—Ya lo veréis —esquiva el tema y nos da un frasco a cada uno, uno más colorido que el anterior—. Tomad, para vosotros. Esparcid las hierbas alrededor del dibujo en forma de círculo. Iré a buscar a Deymian, eso si no han llegado ya a las Montañas del Himalaya.

—¡Espera! —Miro el frasco y extiendo el brazo para detenerla.

Pero Catarina se ha esfumado.

Nos miramos entre los presentes con una mezcla de confusión e inseguridad.

—En fin —concluye Juniper, sacando el tapón de corcho—. Quién diría que terminaríamos el día en medio de un ritual satánico, ¿eh? Me pregunto qué diría mi tía tarotista. Estaría decepcionada de mí.

Ian hace lo mismo con su tapón antes de anunciar:

—Tendré que dar una pausa a mi investigación de planetas, esto es mucho más alucinante.

—Y real. Que es lo peor.

Emma niega con la cabeza y, junto a un resoplido, le entrega su frasco a Juni.

—Hazlo tú —le dice de repente—. Necesito pensar.

Se aleja del aparcamiento con los hombros estremecidos. Algo me dice que debería averiguar qué inquietudes rondan en su cabeza, que deben ser muchas. Le entrego mi frasco a Ian y voy tras ella, quién se encuentra apoyada al otro lado de la pared.

Los lúmenes se filtran a través del manzano que la protege.

Titubeo antes de acercarme con discreción.

—Emma. —Toco su hombro—. ¿Estás bien?

Aprieta los labios y niega con un gesto. No es de esas que se guardan los sentimientos, mucho menos a su amiga de confianza.

—Tengo miedo —murmura en un hilo de voz. Su rostro ha palidecido.

—Lo mejor será que vayáis a vuestra casa. Las disputas entre demonios no suelen acabar muy bien —bromeo, intentando animarla —. Pero algo me dice que no es solo miedo lo que te altera.

Se alegra de manera forzada.

—Mierda, cómo me conoces.

—¿Es por lo de Deymian? El hecho de que me guste.

Lo confirma al dirigir la mirada al suelo cubierto de hojas, permite que tome la palabra:

—No podía decirte que me gustaba mi primo, lógicamente. Los sentimientos el uno por el otro nacieron de un modo que, si tengo que serte sincera, todavía no comprendo. Por esto y por muchas más razones que ahora ya sabes, era imposible revelarlo. —Pienso en la fiesta—. ¿Sabes? Cuando me dijiste que te gustaba, yo… Intenté eliminar mis sentimientos por él. No quería que eso fuera una barrera para nuestra amistad. Lamentablemente, sabes más que nadie que...

—Has hecho bien. —Agita la cabeza— Has hecho bien en no seguir escondiéndolo. Y no te preocupes por mí, es un demonio después de todo —se muerde el labio inferior, su expresión decae al momento—. Ya decía yo... que era demasiado perfecto para ser un chico normal.

Ese temblor en su voz me derrumba.

—Emma —musito.

—Sabes, me encontré con él el otro día cuando estaba volviendo a casa. Charlamos un rato y fue ahí donde me dijo que no era tu primo, y que tampoco se llamaba Scott. Lo que nunca imaginé antes de declararle mi falso amor es que su corazón ya latía por alguien más. —Sus ojos se hinchan.

Un machetazo de culpa me corta el aliento.

—Ojalá hubiera sido diferente.

—¿Por qué no me dijiste quién era en realidad?

—Te lo dije, Emma. Es más, lo viste en primer plano, pero te desmayaste y tuvimos que borrarte la memoria. Nunca fue mi intención meteros en esto. —Aprieto los puños—. Era lo último que quería.

Emma me cree, lo entiende a complejidad.

—Entonces pasemos a lo más importante. —Sus ojos abandonan parte de la rojez—. ¿Lo quieres? ¿Él te quiere a ti?

Me sumerjo en mis recuerdos.

Pienso en la mirada de Deymian, de normal densa y siniestra, que se suaviza al entrar en contacto con la mía. Pienso en sus halagos embarazosamente sinceros y en cómo me hacen sentir. En esa

euforia que me brota al pensar en él, esa conexión especial, esa sensación de calidez, comodidad y seguridad.

En las ganas exageradas de verlo entrar por mi balcón con esa sonrisita narcisista que antes me mosqueaba, pero que ahora sentiría un vacío inconmensurable sin ella.

Levanto la comisura.

—Mucho. —Afirmo con la cabeza.

—En ese caso no me importa si es un duende, un hombre lobo o una gárgola. Te apoyaré hasta el final. —Asiente—. A los dos.

Me volteo hacia mi mejor amiga y nos fundimos en un abrazo que relaja cada célula de mi cuerpo. Lo necesitaba más de lo que quería aceptar. Ondea su mano en mi espalda antes de continuar:

—Aunque quiero que sepas que, si algún día usa algún poder sobre ti o vuelve a engañarte con un trato, lo lamentará.

—Olvídalo. —Suelto una carcajada, antes de despegarme de ella —. A propósito, que sepas que te ayudaré a encontrar a un hombre que te sepa apreciar de verdad.

—Paso de este tema. Cuando tenga que llegar, llegará. O que no llegue nunca, ahora tengo asuntos más importantes. —Señala el muro—. Como por ejemplo, echar una mano a ese par que hemos dejado esparciendo las hierbas de Catarina.

Abro los párpados.

—Casi me olvido. Les hemos cargado con el trabajo.

—Tú hacías lo mismo conmigo con los deberes del instituto, así que no te victimices tanto —ríe.

Damos la vuelta por el perímetro hasta llegar al aparcamiento.

Nos detenemos de inmediato al detectar algo fuera de lugar.

—Chicas. —Resuena.

Los frascos de vidrio están rotos, tirados de cualquier manera. Su contenido mancha el terreno. Ian y Juniper están pegados a la pared en contra de su voluntad, horrorizados. Atados de las manos a base de lo que parece ser una especie de hilo rojo centelleante.

Emma y yo nos miramos mutuamente.

Sin esperar un segundo, nos lanzamos a por ellos con el corazón en un puño. No obstante, alguien se interpone en nuestro camino.

«Nos han encontrado. Mierda.»

Retrocedemos dos pasos. Es uno de los cómplices de Ethan.

—Ni se os ocurra —nos amenaza, escondiendo las manos en sus bolsillos—. Cualquier movimiento puede acabar muy, pero que muy mal.

Lo analizo con la gota bajando por mi frente: Es un demonio con una energía bastante diferente a la del resto, aunque su perversidad es palpable. Su cabello cobrizo desordenado se arremolina frente a sus cejas, tiene los dientes laterales más afilados que los de Deymian.

Por su ropa estilo *dandy* intuyo que vivió en los cincuenta.

Actuando por mero impulso, me arrodillo para tomar la tubería suelta de debajo de una rueda y se la apunto como señal de protección. Me impongo delante de Emma.

—¿Qué haces? —susurra esta, con la voz tan temblorosa que casi no la entiendo—. ¡Tiene poderes!

—¿¡Y crees que no lo sé!? —exclamo en silencio.

Me da igual que sea una insensatez. No dejaré que le toque un pelo. El grandullón de músculos definidos se aproxima a nosotras.

—Tenía ganas de verte en persona, Dalia Miller. Eres el tema más controversial en el más allá —menciona mientras avanza—. Se ve que has sido una chica rebelde, ¿eh? Muy, pero que muy rebelde. Has entrado al mundo equivocado.

Son una radio rota, con el mismo guion y la misma sonrisa desproporcionada. Empuño la tubería como si fuera una katana, tratando de impedir su acercamiento, pero solo le basta un movimiento limpio para que esta suba de temperatura hasta obligarme a soltarla para no chamuscarme las manos.

Las agito, no hago más que quemarme.

—Dalia —balbucea mi amiga, agarrándome del tirante.

Chasqueo la lengua. Salir de esta será prácticamente imposible.

—¿Por qué no vas a sentarte con tus amiguitos y esperas a que llegue Ethan calladita en un rincón? Ya me dirá que hacer con vosotras —sugiere con desgana, dirigiéndose a Emma—. O tal vez me adelante, supongo que no le importará.

Predigo lo impredecible y extiendo el brazo.

—¡EMMA, CUIDADO!

El demonio me aparta con sus poderes e impacto contra la pared, la tubería queda reducida a una masa espesa de metal. Antes de que Emma se lance a por mí, este se abalanza sobre ella, dejándola acorralada entre sus brazos. Intenta zarandearse para librarse de él, por supuesto, en vano. La mano bronceada del demonio va directa a apretar su cuello, un grito desgarrador que escapa de mis labios inunda el barrio.

«La he cagado. Debería haberlos hecho marchar. Debería ser yo quien estuviera allí debajo.»

Un torrente de lamentos me oprime desde dentro, hasta que de pronto, estos cesan. Esto se debe a que el demonio no hace nada.

Solo se queda ahí, encima de Emma, observándola con una fijación extraña. Parece que la está estudiando con la mirada sin una pizca de lujuria. Mi amiga, cuyos latidos se aprecian desde mi posición, hace lo mismo que él. Ni yo ni nadie sabe cómo sentirse al respecto, no tengo ni idea de qué está pasando.

El hombre, con el asombro de un prehistórico descubriendo el fuego, le aparta los mechones de la cara para observarla con más detenimiento. Es lo que dice a continuación que nos deja a todos con la boca entreabierta:

—Nunca había tenido la oportunidad de contemplar a una mujer tan perfecta —murmura, con un tono ajeno a su persona.

Todos, destacando a Emma, nos quedamos estupefactos al igual que figuras de cera. No hay un modo cuerdo de explicar esta escena sin olvidar la anterior; es prácticamente surrealista. Sus ojos han dejado de ser volcánicos y han adoptado un color azul más apagado que los de ella. Un azul humano, el que tendría en su mortalidad.

Parpadeo varias veces. Está claro que Deymian no es el único que podría alcanzar la redención. Muchos de estos demonios ni siquiera son tan malos, solo están... cegados. El infierno los ha consumido.

Desafortunadamente, esta imagen reveladora pronto llega a su fin.

El alma del demonio, más brillante que nunca, es extraída de su cuerpo antimateria, arrancada sin un rastro de compasión. Nadie sabe cómo es posible hasta que el autor de mi cautividad aparece a sus espaldas estremeciendo los dedos, atrayendo su alma hacia él.

—Eso ha sido repugnante —suelta Ethan, con una mueca asqueada.

El cuerpo desvanecido se derrumba encima de mi amiga, aunque curiosamente no parece muerto del todo. Sus restos no se convierten en polvo, simplemente está inconsciente.

Emma sube y baja el pecho en exceso.

Ethan se ajusta la corbata y pasa por encima del pentagrama.

—Al contrario, este dibujo es encantador —considera—. Me recuerda al que teníamos que trazar expresamente para ti, Dalia. Estoy convencido de que también nos servirá.

No me da tiempo a reaccionar. Una mano ajena me sorprende tapándome la boca por detrás, veo a los cómplices traer la silla de madera a la que me habían encadenado. La verdad es que a estas alturas ya no siento la necesidad de resistirme o reaccionar. Es como si ya me hubieran despojado de mi energía, como si el destino quisiera que me acostumbrara a esta nueva realidad.

Mi alrededor se torna difuso. Estoy exhausta.

Mis amigos están atados y horrorizados.

Mi mejor amiga gimotea de espaldas al suelo, abrazada al cuerpo del grandullón.

Catarina en busca de Deymian.

Deymian completamente desaparecido.

Pero no me puedo lamentar; pues una vez ya me avisaron...

De que no sabía en dónde me había metido.



CAPÍTULO 32: EL ÚLTIMO FLASHBACK

16 años antes

Deymian Black

No hay peor enemigo del ser humano que el paso del tiempo.

Cuando eres inmortal, este deja de existir o ser relevante. Se forma una escalera sin inicio ni final la cual estás condenado a subir sin expectativas por el resto de tu *eternidad.*

Esta escalera es nuestro vacío existencial.

Debido a eso, husmear en las experiencias de Dalia fue la única manera de sentir algo más que no fuera esa monotonía infinita. Era como si estudiara un animal exótico para un proyecto futuro, pero a la vez me envolvía en su pellejo, en su mortalidad y existencia. Ella

tuvo todo aquello que no pude gozar de pequeño. Yo no tuve un padre deseable que me otorgase tiempo de calidad, o alguien que me deseara las buenas noches con un beso en la frente.

Entonces, ver el mundo a través de sus ojos se convirtió en mi pasatiempo favorito; aunque a fin de cuentas no fuera más que un granjero esperando a que crecieran los polluelos para llevarlos al matadero.

Durante una noche de rigurosa luna llena, se dio un hecho curioso. Dalia tenía cinco años cuando decidí acercarme a la finca de más y reposar en el balcón de su habitación. El viejo huerto donde el señor Miller se manchaba de estiércol se extendía bajo ese paisaje nocturno, alguna luciérnaga cosquilleaba los tulipanes blancos que embellecían el alfeizar de la ventana. Estaba ahí, apoyado en la barandilla, esperando a que se hiciera de día para continuar con mis observaciones y cumplir con mis obligaciones como cabecilla de Los Nocturnos.

Me divertía recordando aquella vez que mi amigo se emborrachó tanto que vomitó en los zapatos de un caballero en el *pub.*

Reí para mis adentros, hasta que una vocecita me interrumpió:

—¿Eres *Slenderman*?

No mentiré, me paralicé al momento. En ningún momento mi propósito fue que Dalia me avistara antes de lo previsto. Por suerte para mí, en ese caso no supondría ningún problema: Su mirada perdida indicaba que estaba somnolienta. Podría decirse que actuaba sonámbula.

Igualmente me desconcertó la pregunta. Ninguna niña de su edad debería conocer ese personaje moderno tan escuálido y perturbador, la comparación me indignó.

—Soy mucho más encantador que ese ente sin rostro —dije, orgulloso—. Vuelve a la cama, pequeña mocosa. La posición de la luna indica que es muy tarde para las crías de tu edad.

Parecía no haber entendido una mísera palabra. Abrazó esa jirafa tan horrenda que tenía como compañera nocturna.

—Pero tengo que dar de comer a las gallinas.

En efecto, su consciencia estaba en huelga.

Aunque esa interacción no resultara un peligro para el plan, era fundamental ponerle fin cuanto antes. Sus padres podrían levantar la cabeza de la almohada.

—Dime. —Tuve la idea de convertir ese escenario en una simple pesadilla—. ¿No te doy miedo?

Subió y bajó de hombros.

—Pareces amable.

Decidí cambiar esa impresión, transformándome en mi forma original.

—¿Y ahora? —Eliminé mis pupilas con intenciones de parecer más aterrador.

Para mi sorpresa, esta solo estalló a risas cual si hubiera contado un chiste malo.

—¡Eres gracioso! —exclamó, divertida, mostrando los agujeros en su dentadura temprana.

Mi cara se volvió un cuadro, arqueé una ceja. ¿Tan ocurrente se le hacía mi presencia? Con ella había atemorizado a los hombres más despiadados y viles, no lo entendía. Nunca llegué a comprender que se cruzaba por las neuronas de esa mocosa campestre.

Pero me hizo recordar las veces que hacía reír a mis hermanas menores con las jugarretas que les gastaba a los mayordomos, por lo cual, sonreí.

—Gracioso —repetí.

—¿Quieres ser mi amigo? No tengo muchos amigos.

Presioné la mandíbula.

—Me encantaría, pequeña. —Me reacomodé la corbata—. Lamentablemente, me temo que debo volver a mi hogar.

—¡No! ¡Espera!

Empezó a dar vueltas por la habitación, estaba buscando algo. Se alzó de puntillas para abrir el baúl de los juguetes y siguió hurgando de manera impaciente. Produjo un *¡aha!* tras encontrar lo que quería y volvió acelerada, estando a un suspiro de desplumarse por su somnolencia.

—Ningún invitado se va sin un regalo. —Me mostró una rosa de tallos suaves—. Perdón si es de plástico. Las de verdad se mueren rápido.

Bajo el fulgor de la luna llena, la tomé. La pequeña se giró para agarrar un tiesto que había hecho caer.

—Gracias, Dalia. —Me guardé la flor.

Se desconcertó.

—¿Cómo sabes mi nombr...?

Pero cuando volvió a voltearse, yo ya había desaparecido.

Ese contacto directo me hizo replantear muchas cosas. Por supuesto, nada serviría para hacerme cambiar de opinión. La empatía y el cariño no eran propios de un emonio, y mucho menos de uno de mi rango. Concluí que las múltiples crisis que sufría me habían provocado ilusiones.



A la mañana siguiente, les contó a sus padres que tuvo un sueño de lo más emocionante. Describía a un ente de largos cuernos que le hablaba sobre la luna.

Por mi parte, seguí planificando mi ascensión y pensando en el día decisivo. Me repetí una y otra vez que el destino de esa muchacha siempre estuvo agrietado.

Pero nunca dejé de atesorar esa dichosa rosa.

A día de hoy

Si mis estimaciones fueron correctas, Dalia debería estar en el ala oeste de la ciudad. Es curioso cómo, después de estar más de ochenta años en el inframundo, sigo sin dominar algunas de las muchas habilidades que me otorgaron. Supongo que fue demasiado poder para alguien que se vio obligado a renunciar a una vida, una vida demasiado joven. Y sea como sea, la teletransportación es uno de mis puntos débiles, lo descubrí la vez que traté de transportarme a un almacén gubernamental y terminé apareciendo en un bufé de comida chatarra.

Alterado, sobrevuelo los rascacielos rastreando a Dalia, si bien lo más probable es que se haya escondido o mezclado entre la multitud. Necesito encontrarla y saber que está bien. Necesito comprobar que nada ni nadie se ha atrevido a hacerle daño. Necesito volver a poseerla entre mis brazos, presionarla más contra mi pecho. Necesito... Necesito tenerla. Ahora mismo.

Qué estupidez la anterior. ¿Encerrarme en el Centro de Redención y separarme de ella por decenas de años? Entiendo su posición, y tal vez tenga razón, pero por desgracia no será posible.

—Sombra. —Aprecio mi nombre Nocturno en el tejado de un hotel abandonado.

Enfoco la vista, molesto por el viento. Es mi vieja compañera, Catarina. Me acerco sin tocar la plataforma.

—Me alegra ver que entre tanto disturbio se encuentra bien.

—Te he estado buscando por toda la ciudad. Vuestra pequeña disputa os hará pagar factura. —Se cierra la capa, gruñona—. Sea como sea, tenemos un plan para acabar con Ethan. Así que ya más vale que te dejes de rabietas y nos ayudes.

Miro a un lado, luego al otro, antes de preguntar:

—Hablando de él. ¿Lo ha visto?

—En absoluto, pensé que aún estaría contigo.

Arrugo la frente. Su rostro está completamente plácido, pero algo me huele a putrefacción.

—He dejado de bando nuestra disputa, pues uno de sus cómplices estará intentando localizar a Dalia.

—Ethan me contrató para ejecutar su Ritual de Extracción —confiesa de repente, liberándose de una carga— al momento en el que me lo propuso desconocía quién era la víctima. Cuando nos dejaron solas, fui yo quien la liberó.

Agradezco con un asentimiento de cabeza. A fin de cuentas, no ha cambiado, sigue siendo la misma adolescente hospitalaria que preparaba remedios para los Nocturnos heridos o afectados; solo que un poco más arrugada y malhumorada.

—Confío en que la habrás dejado a salvo en algún escondrijo. —Me peino el cabello con los dedos.

—Ya, en cuanto a eso... —Se rasca la nuca—. Está en un aparcamiento ayudándome con el ritual con el que aniquilaremos a Ethan. Le he dicho que volvería contigo.

Mis expectativas sobre su bondad caen en picado, desciendo mis pies al tejado de manera brusca.

—¿¡La ha dejado sola en un paradero descubierto!? —espeto.

—Está con sus amigos.

Si no fuera Catarina le arrancaría la cabeza.

—No la recordaba tan irresponsable. —Aprieto el puente de mi nariz—. Ethan está en su búsqueda, si la encuentra *se acabó.*

—No te atrevas a culparme, Sombra. —Endurece el tono—. Te hago memoria de que fui la primera en decirte que no me metieras en tus mierdas, y mira donde estoy. Eres tú quién está en conflicto con Ethan, eres *tú* quien ha empezado todo esto. Dalia es tu responsabilidad.

Mi vieja compañera... Tan acertada como siempre. Nos ayudó a pesar de que sigue molesta conmigo, el tema de la promesa rota es algo que nunca tuvimos la ocasión de resolver.

—Tiene razón. —Asiento—, disculpa si me he excedido. Pero necesito que me diga donde está.

Libera un soplido.

—En el aparcamiento detrás de su bloque de pisos.

Menuda plaga de infortunios, mis cálculos eran incorrectos. Es justo la dirección contraria de donde creí haberla dejado.

La habrán encontrado.

Maldita sea, maldita sea, maldita sea...

«¿Y cómo puedo estar segura de que vendrías si... Me pasara algo?»

¡Maldita sea...!

Irrumpo en la entrada del aparcamiento y el escenario que se muestra ante mí suspende cada partícula de mis huesos. Aprieto tanto los puños que en situaciones mortales me cortaría la piel con las uñas, cuyas están afiladas como cinceles. Dalia está atada a una silla sobre un pentagrama cubierto de hierbas púrpuras y cachivaches satánicos. Presiona los párpados, vencida, mientras el demonio hechicero del grupo de Ethan recita los cánticos del *Necronomicon* abrigado con una túnica.

Sus amigas, incluso Valentine, humedecen la venda que cubre sus bocas con lágrimas salvajes. Uno de los cómplices yace inconsciente al costado de Emma, quien está tratando de desatarse con un clavo oxidado que sobresale de los ladrillos. Me dedico a pensar sobre el estado del demonio; aunque Ethan pueda arrancar almas, su poder se centra principalmente en el control mental y la manipulación. Las almas que colecciona terminan huyendo tarde o temprano, pues no tiene el suficiente alcance para mantenerlas. Cada demonio y sus poderes son un mundo, aunque es menos aleatorio de lo que pensamos.

Me encojo de hombros. Qué escenario más perturbador.

Hasta qué punto ha alcanzado mi negligencia.

Antes de que Ethan coloque su propio cráneo en los muslos de Dalia, doy el esperado acto de presencia. Los verdugos se dan cuenta y flexionan las caderas con intenciones de atacar sin vacilar, sin embargo, Ethan los detiene con un movimiento seco.

—Deymian —balbucea Dalia cuando este se apoya en sus hombros. Mi mirada se enciende.

Si tuviera sangre, herviría hasta detonar.

—Ya era extraño que no dieras la cara —dice él, masajeando su clavícula—. ¿Tan poco quieres a tu amada que la dejarás en mis manos?

No pierdo ni un segundo más, me disparo al interior del pentagrama. Lamentablemente, cuando intento traspasar el círculo,

una descarga eléctrica atraviesa mis extremidades, me lanza hacia atrás a la fuerza. Provoca un ardor inhumano, incapaz de describir.

—Me temo que has llegado un pelín tarde. —Apunta el dedo a sus pies—. Charles, nuestro compañero, ya ha puesto su barrera anti demonios. Eso significa que no saldré de aquí hasta conseguir el objetivo.

Tras recuperar la postura, caigo en cuenta. El círculo está sellado con un sigilo *Aegis*, un folio con escritos esotéricos que impone una barrera eléctrica contra seres infernales.

Mis venas se hinchan. Me la ha jugado.

Y la mirada de Dalia no es suplicante, de hecho, todo lo contrario. Está apagada. Como si ya nada fuera relevante, como si su brillo se hubiera esfumado antes del ritual. Mis dedos vuelven a cerrarse con fiereza, crispando en llamas, antes de amenazar:

—Te descuartizaré como a un cerdo, y no sabes cómo disfrutaré contemplar tu sufrimiento.

—Aquí tenemos a *Deymian el imperturbable* —ríe, junto a los cómplices—. Es bastante adorable.

—Te perseguiré hasta el resto de tu maldita existencia.

—Desafortunadamente para ti no dejan entrar demonios al cielo. —Le acaricia el cabello a Dalia—. ¿Lo has olvidado? De aquí a unos instantes habré ascendido a los confines celestiales y habré alcanzado la paz eterna. Intentaré mandarte una postal.

—No importará dónde te escondas, lo lamentarás. Juro que lo harás.

—Ella también. —Sigue masajeándole los hombros.

Cada fibra de mi ser grita en agonía cada vez que sus dedos la rozan, siento mis nervios palpitar. Ethan se aprovecha:

—Oh, ¿te molesta que la toque? No me acordaba. Pero ella no niega mi contacto, supongo que de eso se trata el consentimiento.

Pasa las manos por su clavícula, bajando y subiendo por sus brazos. Es insoportable. Insufrible. Desquiciante. Quiero que deje de tocarla. Quiero que deje de tocarla cual si fuera un artefacto de su propiedad. Necesito acceder allí y, luego de exprimir hasta la última gota de su maldita naturaleza, llevarme a Dalia conmigo a lo desconocido para que nadie pueda tocarla como lo hace Ethan.

Mis garras se vuelven robustas. Mis ojos centellean con más intensidad y todo enerva a mi alrededor, los coches, los demonios que ríen ante mi cólera, todo.

Ethan pretende provocarme y lo está consiguiendo.

—Relájate, Dey —continúa, Dalia libera un soplido cuando despega las manos de sus hombros—. Voy a dejar de tocarla, solo te pido que te calmes. Puedes sentarte con tus amiguitos y disfrutar de este maravilloso espectáculo de magi…

De pronto, su sonrisa decae en la desgracia.

Los amigos de Dalia no están en el rincón. Las ataduras y vendas están esparcidas sobre el moho.

Tras eso, escuchamos el crujido de un papel.

La barrera que emborronaba el interior vuelve a su nitidez inicial, de manera que desaparece. Juniper ha roto el sello *Aegis* con las manos temblorosas como ramas al viento, lo que indica que Emma ha conseguido librarse con el clavo y salvar a los demás. Los cómplices estaban tan enfocados en mi presencia que no se habían dado cuenta: Son humanos, ellos pueden atravesar la barrera.

Dispongo de vía libre.

Lo noto, la rabia que tengo hacia Ethan ha incrementado mi poder. Mis cuernos están más brillantes, me siento alguien diferente. Incontrolado. Únicamente ansioso de exterminar al hombre que tengo delante. Quiero saborear su dolor; cuánto lo deseo...

Cuando Ethan envía a los cómplices a por los humanos, los retengo con un movimiento duro desde mi posición. El amplio poder me permite arrancar todas sus almas y conducirlas hasta mi pecho, provocando que los cuerpos se desplomen de forma consecutiva.

Al terminar, dirijo la mirada al miserable número uno.

—Tú. —Mi voz reverbera.

Y así es como me abalanzo sobre él y, en vez de hacer uso de mis poderes, le doy tal golpe en la sien que lo hago volar hacia el próximo barrio. Con este poder acumulado podría haber hecho más, mucho más.

Pero debo empezar a pensar con la cabeza y no con la fuerza.

Tras agitar la mano, observo por el rabillo del ojo cómo desatan a Dalia. Esta se endereza tiritando y me reclama con una mirada

ausente.

—Deymian —masculla, con el rostro sudoroso de la opresión.

Me acerco veloz e inundado de alivio y la sumerjo en mis brazos.

El abrazo es breve, ya que Ethan no tardará en volver.

—No tenemos mucho tiempo, Dalia. —Limpio sus mejillas con las yemas—. Ahora más que nunca es esencial que te pongas a salvo.

—¿Podemos hacer algo para ayudar? —se ofrece Juniper, aireada.

Ha recogido su cabello en una coleta alta.

Niego con la cabeza.

—Ningún humano debería estar involucrado en lo que está a la vuelta de la esquina. Debéis marcharos.

—Tenemos un plan —destaca Dalia, seria—. Catarina dibujó este pentagrama para poder enviar el alma de Ethan al vacío, y las hierbas siguen intactas. Todavía es posible ejecutar el ritual.

Si eso es cierto, el tiempo apremia. No tardo demasiado en crear una estrategia para atraerlo hasta la ratonera, conozco los puntos débiles de Ethan como el afilado de mis garras.

En viceversa, yo soy el único que puede provocarlo. Dirijo la atención a los presentes antes de preguntar:

—¿Alguien tiene un bolígrafo?

Valentine se muestra voluntario.

—Tengo el del observatorio. —Busca en su bolsillo y saca uno de color azul metálico—. Trátalo bien, es de Huelva.

Sin saber que significa esa afirmación, tomo el antebrazo de Dalia. Escribo la invocación de Catarina mientras la piel de gallina sobresale a mi contacto.

—Recita estas palabras juntando las manos, ella sabrá qué hacer. Todo seguido ve con ellos, ¿de acuerdo? Entretendré a Ethan y lo traeré hasta aquí.

—Deymian. —Frunce el entrecejo—. No...

—Confía en mí.

Dalia asiente, más su seguridad no termina de convencerme.

La gruesa voz de Ethan irrumpe al otro extremo de la calle. La gente de su alrededor huye. Los que están en casa, cierran las persianas con temor. Es el primer impacto que recibe que le ha dejado marca, arrastra su pierna derecha como un saco de grava.

Sin esperar a que se acerque más de la cuenta y después de agarrar una bocanada de aire, me abalanzo hacia él: Lo agarro por los cuernos y lo arrastro hasta estamparlo contra la pared de un campo de baloncesto, se forma un agujero amenazante de destruirse. Ignoro los restos de tierra que se desprenden y lo asfixio del cuello para volver a azotarlo sin piedad. Una vez más.

Y otra.

Y otra.

Hasta que la pared termina por derrumbarse sobre él, lo engulle por completo. Observo el montón de hormigón sin bajar la guardia. Como era de esperar, este no dura mucho bajo los restos. Se deshace de la ruina usando la levitación y, junto a un rugido de guerrero, impacta su pierna contra mis costillas y me catapulta hasta la ventana abierta de un edificio, varias de las pertenencias ajenas se rompen o se agrietan. Suelto un gruñido, un cuadro falsificado de Da Vinci cae sobre mi cabeza. Tras recolocarme la columna vertebral, convierto la pieza en llamas para saciar mi ira.

Encuentro a Ethan esperándome en el cielo y saco mis garras, buscando rajarle ese rostro insensible. Extiendo el brazo para atacarlo, no obstante, él lo esquiva y como contraataque trata de hacerme lo mismo en el abdomen. Ya que no hay helicópteros el conflicto cobra fuerza, las colisiones son cada vez más veraces, más rabiosas. Lo ataco de distintas maneras sin ninguna estrategia, ya no hay control que valga. Se suponía que esta lucha improvisada sería para entretener a Ethan y hacer tiempo, pero sin darme cuenta dejo salir la bola de odio que llevaba arrastrando desde 1938.

¿Cuánto hacía que no nos peleábamos? Es más, ¿lo habíamos hecho alguna vez? Si todo hasta ahora fueron meras discusiones profesionales.

Me tomo un momento para volver al plan. Giro la cabeza, con el tiempo que llevamos aquí arriba Catarina debe tenerlo listo. Abandono a Ethan en un santiamén y me dirijo a comprobarlo.

—¿¡Adónde vas!? —exclama él a la distancia, con la camisa empolvada y desgarrada—. ¿¡Ya no puedes más, Dey!?

Inspiro. Sus palabras no volverán a provocarme.

Sobrevuelo el barrio y encuentro el aparcamiento, debo decir que estoy empezando a memorizar la distribución de esta ciudad. Elevo la comisura al comprobar que Dalia lo ha conseguido, ha invocado a Catarina, quién está por terminar la preparación.

Y hay alguien más…

Frunzo el ceño.

Es la misma Dalia, cómo no.

Eleva el pulgar con seriedad indicando que pase al siguiente paso.

—No —murmuro, pues sigue en medio del peligro.

Lo de ella es increíble. Dice que evade los problemas, que es la supuesta fan de la serenidad, pero a la hora decisiva siempre se enreda con sus propias decisiones. No tengo tiempo de hacerle una seña para que se esconda que Ethan me embiste por la espalda y, con otro golpe de valor, lo reviento contra el asfalto de un puñetazo.

Al recomponerse, este suelta un escupitajo y se limpia el labio.

Estamos de nuevo en la calle donde lo dejamos.

El cartel azul de la «P» está a pocos metros, me subo las mangas de la camisa, asimismo rasgada del pecho, y espero a que se ponga de pie. Nos quedamos los dos ahí, concentrados en los movimientos del otro, fulminándonos como pandilleros desconocidos. Meditando hasta donde hemos llegado.

Me muevo hacia atrás, paso a paso, para que me siga.

—Es extraño, casi es como si estuvieras huyendo de mí —gruñe Ethan, a la zaga de mis pasos—. Mira a la gente. Mira a esa mujer que sale corriendo. Mira a tu alrededor. Nos tienen miedo, Dey. Y pretendías quedarte para... ¿Para qué? ¿Para vivir una vida de ensueño junto a tu amada? ¿Cuánto crees que hubieran tardado en encender las antorchas?

Continúo caminando, el destino está cruzando la calle.

—El chico astuto que yo conocía nunca metía las narices en mis asuntos —añado— me dejaba aventurar con tal de que no afectara a la organización.

—Es curioso que lo digas, pues justamente estoy tratando de evitar que esta se quede sin líderes.

—Estamos muertos, Ethan.

—No me digas.

—El negocio debería haber cerrado hace tiempo. Además, qué importancia tiene si deseas abandonarlo tanto como yo.

—Parece que todavía no entiendes que hago esto por tu bien —dice, intentando suavizar el tono—. ¿Cómo sabes que esa humana está realmente enamorada, eh? Podría querer algo de ti de la misma forma en la que tú querías algo de ella. Algo que *no* es amor.

—Puedo ser obstinado, pero no necio. Sé distinguir entre conexión y puro interés, tú me has ayudado a comprenderlo más que nadie.

Chasquea la lengua con irritación, pero no deja de caminar en mi misma dirección.

Poco conoció esas sensaciones, el acoso brutal que sufrió en el orfanato fue suficiente para eliminar hasta el último rastro de empatía, no sentía nada por nadie.

Ojalá hubiera sido diferente.

—Estás empezando a hartarme —suelta—. No quiero seguir peleando, déjame trabajar de una vez. Yo tampoco me he interpuesto nunca en tus planes.

—Porque no suponían involucrar a Dalia.

Llegamos al aparcamiento, todos han desaparecido. Me acelero con discreción y doy la vuelta a la estrella. Espero que pique el anzuelo.

Ethan se pasea sin quitarme la vista antes de mencionar:

—Hablando de ella, buscaré otro demonio hechicero para que realice el ritual. No me detendré hasta conseguir la energía que necesito.

—No necesitas ninguna energía, viejo amigo, necesitas ayuda profesional.

—¿De verdad vamos a tener esta conversación ahora?

—Para nada. —Veo a Ethan a punto de cruzar la estrella—. En tu situación actual, sería una pérdida de tiempo.

Está a un solo paso de rozar la punta del pentagrama.

A un solo paso de enviar su alma al vacío.

A un solo paso de poder vivir en paz con Dalia.

A un solo paso de nuestra victoria.

No obstante, se detiene justo ahí, y... desciende la mirada.

Al darse cuenta, suelta una risotada tenebrosa.

—Estoy convencido de que te hubiera encantado —dice, refiriéndose a pisar la tiza—. ¡Te hubiera encantado, joder! Pero has olvidado un pequeño detalle, el que tiendes a pasarte por la punta de los huevos: Siempre voy dos pasos por delante de ti.

Apago la expresión. Tal vez sea cierto. Ante todo, él ha sido como un maestro. Me facilitó los medios para dejar atrás un mundo que me juzgó, y me abrió las puertas a uno nuevo en el que era respetado. Ethan Garret siempre será el verdadero jefe de los Nocturnos del Támesis.

Yo solo he sido su **Sombra.**

Él tomaba la iniciativa, llevaba las riendas de las negociaciones, era el más perspicaz y calculador. Yo era el menor, el segundo, el más vulnerable.

Sin embargo, si algo he aprendido estos últimos meses en la tierra...

Es que, a diferencia de él, yo no estoy solo.

Una sonrisa malévola se asoma en mis labios al percatarme de algo en particular.

—No. Ciertamente, vas dos pasos por detrás.

Dalia saca la cabeza de detrás del deportivo negro.

—Por detrás de la barrera anti demonios —dice, satisfecha.

Es evidente que ha sido su idea.

Maldita sea. Lucifer sabrá cuánto la quiero.

Catarina da su aparición por la izquierda y activa el sello *Aegis*, una barrera reforzada y transparente se eleva alrededor de mi viejo compañero. Si está encerrado, aunque él no toque el pentagrama, la magia del conjuro buscará un alma a la que llevarse.

La única que está dentro de la barrera.

Ethan no reacciona, no puede. Remueve el parche de su rostro y lo lanza, dejando su cicatriz al descubierto. Se queda inmóvil, procesando lo que acaba de pasar, y poco a poco apaga su mirada hasta que la luminosidad en ella se extingue. Todo en él, incluso esa sonrisita que usa como escudo, indica una sola cosa: Derrota.

Cae de rodillas y se despeina a voluntad. Me recuerda al día que lo vi por primera vez en la estación de ferrocarriles de Beckenham:

Desamparado, perdido y solo.

En un breve suspiro la ira que sentía se queda en el olvido.

—Somos enviados al infierno por una razón, Ethan —empiezo, detrás de la barrera—. Nos someten a un castigo para que nos arrepintamos de nuestros pecados, pero sobre todo para que reflexionemos sobre ellos. En mi caso, fue para aprender que siempre hay otras opciones. Y no tienen por qué ser peores.

—Cállate. —Se aprieta la cabeza—. Cállate, cállate, cállate…

—Tú más que nadie crees en la justicia.

—Lo único que he hecho es repartirla a quién se lo merecía. No merezco esto. Merezco descansar de una maldita vez. Suéltame y juro que me redimiré de forma moral, ética o lo que sea, yo... Haré lo que sea, pero sácame de aquí.

Catarina empieza a recitar las oraciones, unas llamas azules orbitan dentro de la barrera al igual que peces luminiscentes.

—Has tenido más de noventa años para escoger tu camino —dice ella, haciendo volar un grimorio de escrituras ocultistas—. Bien, hasta aquí te ha llevado.

—¿Acaso vosotros habéis escogido un buen camino!? —espeta—. ¿¡Sois unos santos!? ¿¡Creéis que podéis pasar página después de vuestros crímenes!? ¿¡Después de tantas víctimas!? ¿¡De tantos errores!? ¡Somos iguales, joder!

—No es ningún error que seamos de la misma especie —continúo, me acerco—. No obstante, a diferencia de ti, yo deseo cambiar. *Quiero* cambiar. Porque no es el hecho de estar en el cielo lo que te otorga la paz eterna, sino aceptarte y quedar satisfecho con tus vivencias. Dime... ¿Tú lo estás?

Se queda un momento en silencio. Chasquea la lengua.

—Tu vida era una porquería hasta que te encontré.

—Mi vida nunca fue un desastre. Tenía una pasión que amaba, unos grandes amigos y alguna complicación que resolver. Fui yo mismo el que la echó a perder. —Busco la mano de Dalia, quién permanece a mi lado—. Volver a sentir me ha abierto los ojos. No necesito estar en lo más alto, Ethan, de verdad. Ya tengo todo lo que necesito.

De pronto, su cuerpo empieza a tambalearse de un lado a otro, las llamas lo atraviesan del corazón.

—Dey. —Inspira—. No me hagas esto, somos un equipo.

—Tal vez exista alguna forma de escapar del vacío, viejo compañero. Cuando uno se encuentra a sí mismo encuentra las respuestas que necesita.

—Yo también quiero una oportunidad…

—Cuando eso sea verdad, ahí estaré.

El suelo retumba, una fuerza del nivel de un terremoto hace menear el aparcamiento. Ethan está al filo de caer. Sin embargo, antes de eso, deja a merced del viento unas últimas palabras:

—No me arrepiento de nada, Deymian. *De nada.*

Me quedo inmutable. Finalmente, las llamas de su pecho crecen hasta que su cuerpo desaparece devorado por las mismas. Podemos divisar las almas que encarceló volviendo a donde pertenecen, siluetas translúcidas farfullando y ondeando libres por el aire. Al recuperar su alma, el demonio tumbado despierta y se marcha sin decir nada más, viendo a Emma por última vez.

Dalia y yo intercambiamos una mirada. ¿Se habrá acabado?

El suelo retumba. Pronto descubrimos que no.

El cúmulo de magia concentrado sobre el pentagrama se expande como el miasma, la presión es voraz incluso si esta se queda condensada dentro de la barrera. Destellos fugaces surgen en su interior, ocasionan pequeñas explosiones que se expanden de forma caótica. Las llamas empiezan a dar vueltas sobre sí mismas, dan vueltas, y vueltas, y vueltas…

Hasta que al final… Rompen la barrera.

La onda del impacto nos lanza hacia la pared, si bien no sufrimos ningún daño. Subimos la guardia, pues no se puede ver nada, el exceso de luz quema nuestras retinas.

Entre tanto, Dalia se agarra a una farola y voy tras ella para cubrirla con mi cuerpo. Los plásticos de basura que reposaban en una esquina ahora revolotean a nuestro alrededor hasta rasguñarnos.

Sin dejar de protegerla, giro la cabeza al percatarme de una voz. Catarina grita algo, pero no logro descifrar el qué.

Es cuando intentamos teletransportarnos del lugar, que algo me lo impide. Las llamas azules se han apoderado del cúmulo, transformándose en un torbellino resplandeciente y cargado de energía; la diferencia es que este no engulle nada, solo almas demoníacas. El atractor es tan fuerte y poderoso que me olvido de cómo gesticular, de cómo hacer uso de mis poderes.

Intenta arrancarme del suelo con intenciones de llevarme al vacío.

—¡Agárrate bien! —exclama Dalia con valentía, reteniéndome.

Reacciono de inmediato agitando la cabeza. Con una mano se aferra a la farola, y con la otra a mi brazo. Si continúa tan cerca del cúmulo su alma podría ser absorbida por error.

—¡Dalia, vete! —Sacudo la extremidad, prefiero que sea yo quien termine en ese vacío entre el cielo y el infierno.

Cómo respuesta a mi obligación me agarra del brazo con más vigor hasta dejar un surco en mi piel.

—¡No! —se niega, presiona los párpados mientras las fuertes ráfagas revolotean su cabello ondulado.

—¡Te va a engullir conmigo!

—¡Digo que no pienso soltarte!

Intento deshacerme de su agarre, pero es imposible.

No me dejará ir por nada del mundo.

—Deymian, mírame —balbucea, sus labios tiemblan cuando trata de sonreír—. Deja que sea yo quien te salve esta vez, ¿¡de acuerdo!?

Cedo ante ella.

Mi querida señorita Miller...

Si supiera que ya lo ha hecho desde el principio.

Reúno toda la fuerza que me queda para aferrarme yo mismo a la farola y sostenerla con ella entre mi cuerpo. Mis brazos arden, mis músculos luchan para mantenernos a los dos en tierra firme.

Los segundos parecen una eternidad, el tiempo se ralentiza. Al menos hasta que la magia del ritual agota su poder y se comprime en una pequeña esfera, que acaba estallando a gran magnitud en cuestión de segundos.

El viejo aparcamiento, los vehículos, parte de las paredes, las señales de tránsito, cada elemento inanimado en torno a nosotros

sufre el impacto de una sutil pero letal explosión.

Alguna mata de polvo me hace toser, aunque pronto me doy cuenta de que no me ha afectado tanto como pensaba. Incluso llego a pensar que el efecto ha sido más visual que físico, pues apenas he impactado contra la pared. Una barra de hierro se ha clavado en mis caderas, me la arranco de un tirón y la lanzo al horizonte empolvado.

Al principio creo que nada ha salido perjudicado, pero mi percepción da un vuelco cuando observo a mi alrededor, completamente devastado.

Y a Dalia...

Yaciendo en el suelo, aún con sus brazos pegados a mi abdomen.

Mi corazón me vuelve a latir por unos instantes para darme un mini infarto.

No puede ser. No puede ser.

—Dalia. —La agito con desespero—. ¡Dalia!

No.

No.

No.

Inquieto, acerco el dedo a su tráquea para comprobar su pulsación. Me aprieto el escote con las dos manos en señal de alivio.

Está viva, sumida en la inconsciencia.

Su ropa, al igual que la mía, está manchada y hecha jirones; tiene varios cortes de garras en la clavícula y una herida profunda en la cabeza, la más reciente.

Me recompongo y la recojo de entre la ruina, veo que por la gravedad del golpe no despertará sin intervención médica.

Aprieto los labios, arrepentido. Nunca quise que esto derivara en semejante desastre, y no podré soportarlo si le ha ocasionado algún daño irreparable. Desde que llegué a su vida no he hecho más que darle dolores de cabeza, incluso cuando ella estaba tratando de reconstruirla pieza a pieza. La he engañado y la he involucrado en un mundo que no le corresponde.

Esto no puede seguir así.

Se ha acabado, maldita sea.

A partir de este instante juro que jamás volverá a cargar con los errores de un demonio*. Jamás.*

Catarina, escudriñándome a través de una ventana rota del apartamento, asiente complacida antes de desaparecer. Subo la vista, el cielo poco a poco va recuperando su azul mañanero.

De pronto, Emma y los demás emergen por la entrada.

No tardan nada en esbozar una mueca de terror.

—¡Oh, Dios mío! —La primera esquiva los restos de cemento hasta llegar donde nosotros. Aparta unos mechones del rostro de la mujer que reside entre mis brazos—. ¿¡Qué ha pasado!? ¡Me dijo que se iba por otro lado, me aseguró que no volvería a...!

Antes de que continúe, le entrego a Dalia con gentileza. Valentine se sube las gafas con preocupación y la ayuda a sostenerla.

—Llevadla al hospital más cercano —digo, antes de voltearme—. Creo que es el de Evermere.

Emma jadea, confundida.

—¿Y tú adónde vas? ¿No la acompañarás?

Nada anhelaría más que acompañar a esta humana el resto de su vida. Continuar con el seguimiento de sus experiencias, descubrir nuevas manías, nuevos intereses, puntos fuertes, verla conseguir sus objetivos. Brindarle mi cercanía en los momentos favorables y menos favorables, ayudarla a escalar todas las etapas de su agraciada existencia.

Sin embargo, porque la quiero, las cosas deben ser diferentes.

Lo he hecho: He tomado una decisión.

Una decisión que odio con mi ser, pero que debería haber tomado hace tiempo.

O no. Puede que sea el momento justo. Nunca lo sabremos, pues el tiempo para un ser inmortal es inexistente. Un término que escapa de nuestra naturaleza, un concepto que, personalmente, quisiera redescubrir y apreciar.

Tan solo espero que ella acceda a acompañarme en el proceso.



CAPÍTULO 33: QUERIDA DALIA

¿Por qué cada vez que despierto, estoy en cualquier lugar menos en mi casa?

Aunque la cama sintética de un hospital sea más cómoda que una silla de madera con grabados satánicos, sacrificaría un riñón por acurrucarme bajo mis sábanas con olor a limpio, calentita y arropada junto a...

Me incorporo de golpe. No eran imaginaciones mías, estoy en la habitación de un hospital. Devuelvo la cabeza a la almohada tras liberar un gemido de dolor, tengo la sensación de que un meteorito ha estrellado contra mi cráneo. Mi cabeza está vendada, el hombro protegido con un parche médico, y mis extremidades tienen algunas tiritas de algodón. Estoy débil, por no contar que tengo el desierto del Sáhara enroscado en mi garganta.

Sé que es de día porque la luz escapa de los minúsculos hoyos en las persianas. De repente, la puerta chirría, una enfermera de rizos

dorados entra para ventilar la habitación. Me siento como un vampiro cuando abre las ventanas.

Esta se sorprende al girarse.

—Anda, si estás despierta. —Va rápidamente a comprobar el monitor cardíaco—. ¿Todo bien? ¿Me escuchas correctamente?

Tardo antes de responder, me cuesta procesar la información.

—Mi cabeza no para quieta. —Miro el techo.

—Tranquila, no trates de incorporarte. ¿Recuerdas tu nombre? ¿Sabes dónde estás?

Por supuesto, ya que me he dado un golpe en la cabeza debe evaluar el estado de mi consciencia. Respondo un sinsentido:

—Me llamo *Pipi Calzaslargas* y estoy en el vestíbulo de un burdel.

La enfermera levanta las cejas, pero cambia a risas al captar mi intención.

—Veo que conservas el humor, eso es buena señal. —Sonríe—. Ahora vendrá el doctor a explicarte tu situación a detalle, pero puedes estar tranquila. Has estado dos días inconsciente debido a una conmoción cerebral moderada, afortunadamente no hay daños graves; has tenido suerte de resistir a la explosión.

—Sí. —Subo la comisura—. Suerte.

Ahora lo recuerdo con claridad, al final derrotamos a Ethan.

Me alegra volver a sentirme totalmente segura.

Al cabo de más preguntas y respuestas, el doctor llega para informarme sobre mi conmoción a profundidad. Me han hecho unas pruebas mientras estaba inconsciente y por lo general bastará con descansar, asistir a unas cuantas citas con el neurólogo y tomarme los siguientes días de baja del trabajo y los estudios —como si no lo estuviera ya—. Si no presento dolores secundarios, me darán el alta mañana.

Las enfermeras no tardan en llamar a las chicas que me han traído hasta aquí, y estas tardan menos en llegar. Emma abre la puerta con mesura y me saluda con la mano. Pensé que se pondría a bramar y a llorar cual dramática que es, pero respeta mi condición entrando en silencio. Juniper la sigue por detrás, se ha teñido el cabello de su color natural: Castaño avellana.

—Bienvenida al planeta tierra. —Emma se acomoda en la silla que acompaña la cama, me toma de la mano—. Ya nos han dicho que te recuperarás pronto. Y no sabes *cuánto* me alegro.

Finjo quedarme pensativa.

—No me lo digas. Te has preocupado mucho por mí.

—Tuve que tomarme un somnífero para conciliar al menos un par de horas —dice, y con eso lo dice todo—. He tenido el pensamiento constante de que no despertarías.

—Bueno, pues ya puedes dejar tu mente en paz, porque he vuelto para quedarme. —Le guiño el ojo.

Juniper carraspea con intención.

Su lenguaje no verbal es un libro abierto.

—Espero que te recuperes pronto —desea, evitando el contacto visual.

Entrecierro la mirada antes de preguntarle:

—¿Por qué tienes el pelo tan mojado? ¿Te has tirado al Río Arven antes de venir?

—Ah, eso. —Juguetea con un mechón—. Es porque acababa de salir de la ducha cuando nos han llamado. La ventana abierta del coche no ha sido suficiente para poder secarlo.

—Te queda bien ese tono.

Aprieta los labios para evitar sonreír. Hay personas que demuestran más de lo que cuentan.

Guardamos silencio durante un breve instante.

—Espero no ser la única que aún sigue sin creerse lo del otro día —se deshincha Juni, alguien tenía que sacar el tema.

—¡Lo tenía en la punta de la lengua! —Emma tampoco se corta—. Cuanto más lo pienso, más creo que fue una histeria colectiva. Demonios, chicas. ¡Los demonios son reales!

—Baja el volumen, ¿quieres? O querrán ingresarte a ti también.

—A propósito, Emma. —Arqueo la ceja de forma provocativa—. Vi al demonio que se enamoró de ti a primera vista recuperar su alma y largarse. Aún debe estar por ahí buscando a la chica que le ha robado el interés.

—De hecho, ya se me ha aparecido varias veces en el balcón. —Hace jarras con los brazos—. Es una pesadilla, Dalia. Creo que tiene

alguna extraña obsesión conmigo.

—Los demonios tienen una forma retorcida de expresar su amor.

—No sé cómo has podido aguantarlo, de verdad.

—A eso. —Busco a mi alrededor—. ¿Dónde está Deymian?

«Pensé que sería el primero en venir.»

Emma desvanece la expresión, intercambia una mirada rápida con su prima.

—Quería decírtelo al llegar. Te entregó a mis brazos y se fue sin...

—¡Leche con chocolate!

Un escalofrío mortal me recorre la espina dorsal.

«Oh, no.»

Casi me olvido de que las pesadillas dejan secuelas. El niño de rizos amarillentos y pequitas que tengo en mi lista negra entra saltando como si fuera un grillo, Ian le sigue por detrás pidiendo disculpas. El mismo viste un polo azul de líneas blancas, esta vez se ha puesto un hilo en las gafas.

—Perdonad el alboroto —se excusa, acercándose a nosotras—. Mi intención no era traerlo, pero mis padres han tenido una operación de emergencia y no podía dejarlo solo en casa. Además, su niñera está aquí.

—No pasa nada. —Sonrío forzosamente, vigilando que el niño no se me acerque más de lo que me conviene.

—¿Cómo estás?

—Mucho mejor.

Queremos seguir conversando, pero Oliver no para de manosear los trastos de la habitación. Le dirijo una mirada intencional a Juniper, pues ella es buena con los niños, y necesito hablar con mi amigo a solas.

—Pero bueno, —Juni se arrodilla ante el rizado—. ¿Quién es este niño tan guapo?

Frunce el ceño con exageración.

—Me llamo Oliver, y ya no soy ningún niño.

—Vaya. Perdóneme por haberle ofendido, señor Oliver —sostiene en modo teatral—. Le iba a comprar unas galletas de chocolate que he visto en la máquina expendedora, pero como ya tiene una edad, mejor le traigo el periódico del día.

El rostro del niño cambia de un momento a otro.

—¡No! ¡No soy un señor, no sé cómo se hacen los bebés! —Le tira de la mano para llevarla donde la máquina, Juniper no tiene más remedio que seguirle.

Tras suspirar, Emma se levanta.

—Será mejor que acompañe a mi prima. —Sube y baja los hombros bronceados—. Ya hablaremos más tarde. Todavía hay mucho que debo saber.

—Claro, hasta luego. Y bienvenida al club —digo, refiriéndome a su nuevo enredo con el demonio.

Las chicas se dirigen al pasillo y me quedo a solas con Ian, sus gestos delatan clara incomodidad. Intento subir el respaldo de la cama para verlo mejor. El chico vacila antes de subrayar:

—No quiero entretenerte mucho. Estarás deseando descansar.

—Tengo tiempo —clarifico, cual alguien que yo conozco.

—Me alegra que al fin tengamos la oportunidad de hablar. Supongo que la quedada del observatorio no acabó tan bien como esperábamos. Te llamé varias veces, pero seguramente al estar de viaje no lo oíste, aparte de que estabas enfocada en otras cosas. O debería decir... En otro ser.

Aprieto los labios. Me hace sentir horrible haber utilizado sus sentimientos hacia mí para sacarme de una o varias complicaciones de encima, no es justo. Ian no se lo merece.

—Lo siento. —Bajo la mirada—. Siento no haberte dicho nada y haberte enredado en esto a ti también.

—Venga ya, Dalia, eres mi amiga. Soy yo el que malinterpreté la situación.

—No, tú me interesaste desde el principio. Deberías saberlo: Deymian se acercó a mí con la excusa de ayudarme a conocerte. Sin embargo, tú más que nadie sabes que el objetivo puede cambiar de rumbo con la mínima alteración.

—Alteración de la trayectoria. —Me adentra en su lenguaje—. Así se llama cuando un meteorito elige, o se ve obligado a tomar otra dirección.

Elevo la comisura del labio.

—Eso mismo. —Me rasco el cuero cabelludo.

—Como científico sigo sin creerme la naturaleza de Deymian. —Su semblante refleja que no se ha tomado mal lo ocurrido, detalle que me tranquiliza—. Pero no cambia el hecho de que estoy emocionado de haber descubierto un mundo tan fascinante. Además, ahora tengo con quién explorarlo.

—¿No estás enfadado por haberte usado para cumplir el trato?

—Todo en el universo pasa por alguna razón, Dalia.

Alguien toca la puerta.

Sonrío al considerar que podría tratarse de Deymian.

—Me olvidaba de que alguien más ha venido a verte —recuerda —. Los dos preguntamos por ti en recepción.

—¿Qué? ¿De quién estás hablando?

«Mamá.»

La mujer blanquecina que fue privada de su esencia se abre paso, con el mismo rostro inexpresivo y las mismas ojeras enfermizas. Se desabrocha la chaqueta de primavera y la deja en la butaca de la esquina.

—Será mejor que vuelva en otro momento. —Ian se yergue—. Cuídate mucho, Dalia.

Mi amigo abandona el cuarto y mi madre toma su lugar. No esperaba en absoluto verla llegar preocupada por mi salud, cuando papá murió apenas se enteró de que tuve una depresión tan fuerte que casi acaba con mi vida. Es la última persona viva con la que desearía compartir un espacio común.

Aunque no negaré que la justificación en su casa me dejó mal sabor de boca.

—Este chico me habló de ti al saber que era tu madre —empieza, con esa voz tan frágil—. Estaba viendo noticias de lo sucedido en el móvil. Todos creen que la explosión ha sido por culpa de una tubería de gas, y que los demonios en el cielo no eran más que proyecciones del estado. La gente se mete cualquier estupidez en la cabeza para no creer en lo que ven, pero es mejor así.

Me quedo en silencio antes de soltar:

—Mamá, a qué has venido.

—Mi hija ha tenido un accidente. —Mira por la ventana—. Y todavía no acabamos la conversación.

Algo más tenía que haber.

—No es un buen momento. Podría decirse que estoy mal de la cabeza.

—Sé que nunca me perdonarás por lo que le hice a la familia. Aun así, tienes que saber que fui víctima de una manipulación, mi propósito siempre fue protegerte, aunque no estuviéramos tan unidas. Eres mi hija, Dalia. —Arruga la frente—. Tu amigo me ha contado lo de tu demonio. Y aunque te crea, aún me cuesta creer que ese ser tuviera buenas intenciones.

—Deymian no tenía buenas intenciones —afirmo—. Pero eso era al principio.

—Lo sé.

Presto atención.

—¿Lo sabes?

—Toma. —Me entrega un papel doblado—. No lo he abierto, es de tu demonio. El maldito apareció en mi casa y estuve a punto de prenderle fuego, pero al ver que no tenía opción permití que se explicara. Gracias a él he sabido que estás aquí.

Acepto el trozo de papel, espero a desdoblarlo.

—Gracias... —Aparto la vista de ella—. Supongo.

—Quizá no haya sido una buena madre, ni siquiera una madre. Sin embargo, al igual que Deymian Black, yo también quiero cambiar y compensar los errores que cometí. Así que si algún día me necesitas, ya sabrás dónde encontrarme.

Mi madre se va al cabo de un rato y vuelvo a quedarme sola en la habitación de hospital, libero un largo suspiro. El tema respecto a los demonios se ha acabado, aunque aún me quedan algunos cabos por atar. Cabos que llevaban mucho tiempo sueltos.

De momento, espero poder recuperarme del golpe y poco a poco restablecer el equilibrio de mi realidad, embarrada con sangre y cenizas. Abro el papel para leer una sola frase:

Algo te espera donde la nostalgia sigue presente entre las ruinas.

Nostalgia y ruinas.

No me cabe duda, habla de mi vieja finca en Sargen.

Entre tanto, ya han pasado tres días desde que me dieron el alta en el hospital. La pared trasera de mi piso quedó devastada por la explosión, de manera que los he pasado reposando en casa de Emma mientras los obreros cumplían con su trabajo. Hemos estado jugando a juegos de mesa y devorando películas distópicas, así que tampoco voy a quejarme.

Pero que debo decir: echo de menos a mi demonio encantador.

Me he estado planteando que estará arreglando en el subsuelo y qué querrá decir con ese mensaje. Y ya que el acertijo no se resolvería solo, he esperado a que pudiese recuperar la compostura mental para visitar mi hogar en el pueblo de campos inmensos.

Esta vez le he pedido al taxista si podía dejarme más cerca, pues mi sentido de la orientación sigue un poco dormido. Paso cerca de los arbustos de ortigas y de los pinos enormes que me protegen de este sol sofocante. El verano ya se siente en el ambiente; y en el sonido, pues el zumbido de las cigarras me acompaña en el camino.

Me muevo a zancadas a medida que me voy aproximando a mi destino, pero el horizonte parece engañarme. Enfoco la vista.

«¿Me habré equivocado de dirección?»

Al fondo, donde solía estar mi casa hecha despojos, hay otra en un estado formidable. Miro a mi alrededor para asegurarme de que era por aquí. Hay las mismas madrigueras, los mismos campos de viñedos y los mismos árboles de siempre.

Ladeo la cabeza, qué extraño.

Me quedo plantada delante de la nueva construcción. Es imposible que hayan construido una en tan poco tiempo, y ahora que me fijo, se parece demasiado a mi antigua casa del campo, tiene las contraventanas de madera y el techo inclinado de la misma forma. En medio de la confusión y el desconcierto, advierto una carta pegada al marco de la puerta.

Lo veo, tiene mi nombre escrito en la solapa.

Abro el sobre y leo el contenido escrito en letra cursiva.

«A ver qué pone… Querida Dalia Miller. Escribo esta carta porque aún no descubrí cómo manipular el aparato moderno que me diste

para poder comunicarnos…»

Mis labios esbozan una sonrisa. Está claro, esto es obra de Deymian.

Nadie podría escribir cartas románticas tan bien como él.

Sin embargo, a medida que voy descendiendo la mirada, a medida que comprendo cada frase, esta se deshace al igual que un glaciar.

«… Pero no al lado de un demonio. ¿Qué significa esto?»

Es cuando termino de leerla, que lo entiendo; se está despidiendo.

Entre tantas palabras preciosas y dolorosas me cuesta entender a qué se refiere, ¿dónde se ha ido mi demonio de traje y sombrero? No tardo mucho en darme cuenta de que Deymian ha escogido la vía que le sugerí. Ha elegido asistir al Centro de Redención de Ascensión al cielo. No solo eso, antes de irse... Ha reconstruido mi casa, mi casa de verdad.

La aprecio de arriba abajo. Madre mía, ¡es idéntica a tal como la recordaba! Incluso tiene la misma caseta de pájaros granate colgando del porche. No sé cómo se las habrá arreglado —ni quiero saberlo—, pero sin duda alguna es una réplica exacta. Qué narices, no podría estar más orgullosa de su decisión. Pronto dejará de ser un demonio perturbado para descansar en paz como un humano incandescente.

Aunque…

Si tan feliz estoy por él... ¿Qué son estas lágrimas que salpican el papel? ¿Por qué no puedo sujetarlo sin temblar?

A lo mejor es porque, cual me advirtió, el efecto secundario de su redención es que ya nunca más volverá a pisar la tierra. Ya nunca volverá a acceder por mi balcón sin mi permiso, ni me acompañará a las excursiones, y el sabroso olor de sus platos quedará en el olvido. Por supuesto, tampoco volverá a meterme en líos paranormales.

Significa que nuestra primera cita habrá sido la última.

Significa que ya no podremos escaparnos a un lugar lejano o seguir redescubriendo su identidad.

Significa que no podrá estar conmigo hasta que me *muera*.

Y si por algún motivo inédito no consigue su propósito y no nos encontramos en el cielo, ya no me dedicará más besos. No habrá más abrazos reconfortantes, ni más halagos del siglo veinte. Ni más historias del pasado. Ni más melodías de violín. Ni más de las experiencias más emocionantes que han cambiado el color de mi alrededor.

Quisiera estar completamente feliz, celebrar que ha apostado por hacer las cosas bien por mí y por él mismo. No obstante, todos estos pensamientos colisionan en mi pecho hasta conseguir que empape el papel de lágrimas salvajes.

¿De qué me sirve un hogar si no puedo compartirlo con la persona a la que quiero?

Aún nos faltaba mucho por hacer. Demasiado.

No estoy preparada para despedirme. Tiene que haber algún otro papel que me proporcione algo más de información.

Encuentro las llaves debajo del felpudo, dónde antes había las de recambio. Conociendo la casa como la palma de mi mano, subo las escaleras del recibidor para comprobar si hay alguna otra nota en el balcón. Pero no. Solo hay una maceta con los tulipanes blancos.

Aprieto la mandíbula, frustrada.

«Se ha ido, Dalia.»

No me queda otra que rendirme. Inhalo el oxígeno puro y me fundo con el paisaje. Dejo que la calidez del aire deshaga mis lágrimas, estoy hastiada de llorar. Deymian no querría que lo hiciera, y yo tampoco.

Pretendo dejar mi mente en blanco hasta que irrumpe el repentino crujido de una hoja a mi derecha.

—Al fin unas vistas aceptables. Las que tienes en tu piso son muy urbanas, no me gustan.

El susto me estremece de arriba abajo.

—Catarina —mascullo, pues ha surgido a mi lado.

Detecto una mirada comprensiva en los ojos negros de la anciana con capa.

—Sombra quería decirte todo eso en persona —subraya, señalando la carta que conservo en mi mano—. Pero las plazas de entrada al centro cerraron sus puertas mientras estabas

inconsciente. Lo cabreó de una forma nunca vista. Y menuda mierda lo de tu conmoción, espero que estés mejor.

—Tranquila. —Me apoyo en la barandilla—. Ahora ya es lo de menos. Me hubiera gustado poder abrazarlo una última vez, pese a eso, estoy contenta de que haya tomado la decisión.

—Ha hecho lo correcto.

Doblo la carta y la escondo en el bolsillo trasero del pantalón.

—¿Crees que lo conseguirá? —pregunto, deseosa.

—Que no se te pase por la cabeza, es tozudo como una mula. No se detiene hasta conseguir lo que quiere.

Asiento, es una bendición y una maldición al mismo tiempo.

—De todas formas, lo echaré muchísimo en falta. —Las manos vuelven a temblarme, agitan un poco la barandilla—. A estas alturas ya no me imaginaba un futuro sin él, no te haces una idea de cómo me ha enamorado, Catarina, yo… no sé cómo seguiré adelante.

Aclara la garganta con intención, capta mi atención.

—Quizá algo pueda ayudarte. Deymian y yo conversamos antes de su ida. —Se frota la cabeza—. Se ve que aparte de ser chófer y enfermera, ahora también debo ser mensajera.

Ladeo la cabeza.

—Creo que no te sigo.

Catarina se gira completamente en mi dirección.

—Deymian no puede comunicarse contigo, pero tú si puedes hacerle llegar lo que quieras. Es complejo, hay servicio de mensajería. Por eso me hizo prometer que le llevaría las cartas que le escribieras, así podrá ponerse al día de tu vida.

Sin decir nada más, acorto la distancia entre nosotras y le doy un abrazo afectuoso en forma de agradecimiento. Catarina no me lo devuelve, pero tampoco lo deniega. Hace que me pregunte qué expresión tendrá en este momento.

Nos separamos, su rostro reboza de sorpresa.

—No recuerdo la última vez que alguien me abrazó. No es algo que suelan hacer con los seres del infierno.

—Tú también deberías redimirte. —Le doy dos palmadas el hombro.

Niega con contundencia.

—Estoy bien. Además, alguien tendrá que dirigir a esa panda de criminales marginados con cuernos.

—¿Cómo? —Sonrío—. ¿Eso significa que...?

—Sombra me ha dejado al mando del grupo. —Resopla—. pensó que sería una recompensa, pero no sabes la pereza que me da. Lo normal sería que al morir ya no tuvieras más responsabilidades, menudo coñazo.

Es inaguantable, me provoca risa imaginarla como la cabecilla suprema de una organización criminal. Eso sí, con su mal humor seguro que se ganará a cada uno de los miembros.

—Seguro que lo harás genial, Catarina. O debería decir jefa de Los Nocturnos del Támesis.

—Condenaré a Sombra por esto. —Niega con la cabeza—. En fin, me voy al bosque a cazar lagartijas para un nuevo conjuro. Invócame cuando quieras hacerle llegar algún mensaje.

—Hecho. —Asiento.

—Y disfruta de los momentos, chiquilla, porque serán lo único que te llevarás a la tumba. ¿Escuchas?

Catarina espera mi respuesta.

—Lo haré.

Es inmediato, la anciana desaparece al pestañear. Me recuerda a un sueño que tuve en mi infancia, sucedía en este mismo balcón.

El terreno del jardín está aplanado, la hierba que me llegaba a las caderas ahora está por los suelos. Tendré que reconstruir la zona del huerto y montar el gallinero, también me encantaría volver a disfrutar de un estanque con peces. Posiblemente Leonie pueda ayudarme, se le ve una chica dispuesta a echar una mano con tareas de la tierra. Se le pediría a Emma también, pero tiene alergia a las gramíneas, y a Juni le da pereza hasta respirar.

Me muerdo el labio de la euforia.

Son tantas las ideas que aspiro a poner a prueba… Deymian ha fabricado la bicicleta perfecta para seguir pedaleando de frente, y ahora es mi turno para que esto funcione.

No sabría identificar la causa...

Pero de pronto, tengo muchas ganas de hacer cosas nuevas. Descubrir nuevos parajes, conocer a nuevas personas, vivir la vida

prometida a tus veintiún años de edad. Es al pasar por un acontecimiento extraordinario, que te das cuenta de que una rutina no tiene porqué suplantar tu humanidad. Mi existencia es efímera, pasajera. Estoy decidida a hacer que valga la pena.

«Me temo que serás tú quien tendrá que esperarme, Demonio.»

El auténtico caos no ha hecho más que empezar.



CAPÍTULO FINAL: ETERNOS

Carta 1

Querido Deymian Black,

No ha pasado mucho tiempo desde que tomaste la buena decisión de asistir al Centro de Redención. Dos meses pasan volando... ¿No es así? Espero que la terapia demoníaca haya empezado con buen pie.

No te mandé una carta antes porque no tenía mucho que contar. Siento que no ha cambiado nada, y a la vez, ha cambiado todo. La mudanza a Sargen ha sido larga y calurosa, no recordaba que hubiera tanta humedad en este pueblo. Suerte que las chicas me han ayudado, aunque las primas prefirieron tomarse un refresco bajo la sombra mientras Leonie y servidora hacíamos el trabajo duro.

He retomado el contacto de gente que dejé atrás.

¿Y sabes qué? Me estoy sacando el carné de conducir. Ahora que tendré que ir de un lugar a otro a diario no me basta con el transporte público.

En resumen, he conseguido recuperar mi vida. A medias.

Te echo de menos. Aunque muchos lo intenten, nadie consigue hacerme reír como tú. Añoro despertarme con tus platos recién hechos, he aprendido mucho gracias a ti.

Espero que estés bien. ¡Te animo a seguir así!

Atentamente,

Dalia Miller.

PD: Ya que no sabía cómo hacerle entender a Oliver que no tenía poderes, le enseñé trucos de magia que encontré en internet.

Carta 2

Querido Deymian Black,

Ya ha pasado un año y medio desde nuestro último contacto. Catarina me aseguró que todo va bien ahí abajo, así que me ahorraré las preguntas. Me alegro un montón.

Tres, dos, uno...

Al fin me he graduado de la universidad. Tengo un título, y pronto empezaré mis prácticas en la academia más cercana a Sargen, en Alderwick.

Dicho así suena fantástico. Y estoy satisfecha que mis años de esfuerzo hayan dado sus frutos. Aun así, llevo una temporadita un poco decaída. Hace ya bastante que me he mudado definitivamente a la finca, y aunque he sabido adaptarme, me siento bastante sola. Voy muchas veces a Saint Rosette para visitar a mis amigos, pero el vacío que ha creado la ausencia de mi padre es palpable. Me entusiasma estar aquí, cómo no. Pero no dejo de recordarme que sin él no es lo mismo.

Me gustaría que estuvieras aquí y me dieras tus consejos. Intentaré recomponerme, como siempre he hecho.

Te lo prometo. Atentamente,

Dalia Miller.

Carta 3

Querido Deymian Black,

Ya era hora de actualizarte teniendo en cuenta la forma en la que acabó la carta anterior; la que te escribí hace aproximadamente dos años.

¡Feliz año nuevo!

Te alegrará saber que mi vida dio un giro de ciento ochenta cuando, hace solo unos meses, yo también tomé una decisión muy meditada:

He adoptado una niña.

¡Sí, como lo lees!

Tiene tres años, se llama Blair. Esta niña es preciosa, tiene el pelo tan negro como el tuyo y unos ojos tan azules como los de Emma. Es astuta, le encanta ayudarme en la cocina y echarme una mano con el huerto. Necesitaba compañía, pero ella se ha convertido en mucho más. Se ha convertido en mi hija.

Tendrías que verla, Deymian... Le encanta escuchar nuestras historias antes de irse a dormir. Nos acurrucamos en la cama y le cuento nuestras experiencias más electrizantes. ¿Recuerdas cuando me recogiste en las montañas tras haber caído del acantilado?

Esa es su favorita.

No solo eso. ¡Juniper y Leonie se han casado!

Y ya tengo un puesto fijo en la academia. Hoy una alumna me ha regalado un tiesto con jazmines, los tengo aquí, en la mesa de la cocina mientras escribo esta carta.

En fin, espero que estés bien. Porque como puedes apreciar, yo estoy genial.

Atentamente, Dalia Miller.

Carta 4

Querido Deymian Black,

No creas que me he olvidado de ti, demonio egocéntrico.

He estado tan ocupada estos últimos años que no había pensado en actualizarte. Hoy es mi aniversario número treinta y dos. Blair

está por terminar el colegio, un año más y se abrirá las puertas a secundaria. Ha crecido mucho, casi me llega por la clavícula.

¿Cómo estás tú, Deymian?

Yo no puedo pedir más. Volvimos a las Islas Selmor por el aniversario de Emma y fue una velada digna de recordar. Me llevé el famoso cúter porque, ya sabes, nunca se sabe.

Apuesto a que te gustaría, eh...

Ahora tengo vecinos. Han construido un grupo de casas por aquí, la gente es considerada y respeta el medio ambiente. Quedamos de vez en cuando para tomar unas birras.

Otra vez, espero que estés bien y que empieces a sentirte en paz. Te animo desde las alturas.

Atentamente,

Dalia Miller.

Carta 5

Querido Deymian Black,

Han pasado ocho años desde mi última carta.

Es de noche, la tormenta no me dejaba dormir y me he puesto a pensar en ti. Me pregunto si se aprecian los relámpagos desde el infierno... Es curioso pensarlo.

Blair ha terminado bachillerato, pretende hacer una carrera de contabilidad. Ya es una niña mayor, Deymian, y aún le encanta escuchar nuestras aventuras. Es una pena que hoy hayamos discutido en motivo de sus relaciones; se le está yendo de las manos. Ha tenido una adolescencia un tanto complicada, pero estamos en ello.

Hoy me he encontrado con Ian, hacía mucho tiempo que no lo veía. Trabaja en el observatorio municipal de Saint Rosette. ¿Y te acuerdas del pequeño Oliver? Está en prisión, vete a saber por qué. Bueno... no sabría qué añadir.

Supongo que seguiré adelante. Te mando besos.

Atentamente,

Dalia Miller.

Carta 6

Querido Deymian Black,

Han pasado seis años desde mi última carta.

Hay poco que comentar. Hace un mes que Blair abandonó el nido para irse a vivir a un rascacielos de Bellhaven. No es muy de su estilo, pero está de maravilla con su novio, Julián Pillsbury.

Estar sola en casa de nuevo me impactó al principio, pero he sabido apreciar la solitud.

Ser cuarentona no está mal. En el trabajo todos me respetan y me escapo a diario para hacer ejercicio; estoy llevando una vida sana. Hay bastantes dilemas entre vecinos, y sea como sea, eso hace de mi estancia más trepidante.

Espero que estés bien.

Atentamente,

Dalia Miller.

Carta 7

Querido Deymian Black,

Recuerdo aquellos días de juventud como los mejores de mi vida.

A veces anhelo volver a los momentos que compartía con mi demonio, correr tomados de la mano cometiendo locuras. Catarina ha venido hoy, así que escribo esta carta junto a ella. Ya somos hermanas de pelo plateado. ¿Te lo puedes creer?

El asunto es... que ella ha decidido redimirse.

Eso significa que será la última actualización de vida, la última carta que recibirás procedente de mis manos mortales.

Todavía no me jubilo, sigo dando caña en el trabajo. La misma Blair que hace pocas cartas era una niña con ganas de comerse el mundo, ahora tiene una hijita. La ha bendecido como Elaine, es el retrato en vivo de Julián. Suelen venir a visitarme a la finca, pero es complicado con el cochecito y los caminos pedregosos. La pequeña tiene una extraña fijación por los caballos.

Si vieras la cantidad de tecnología que ha surgido... Cada vez que veo una de esas pantallas, pienso en como las odiarías. Soltarías algo como «estos jóvenes de hoy no sabrán hacer nada por su

cuenta». Estoy deseando volver a verte, Deymian. Pero antes tengo que seguir desenvolviéndome en el mundo terrenal. Incluso a mi edad, aún me falta mucho por aprender.

No olvides tu meta, recuerda qué te mueve a seguir luchando. Nos veremos en el cielo.

Atentamente,

Dalia Miller.

Trato de alzar el cuello para escudriñar a través de mi ventana.

El invierno gélido ha rociado los campos de trigo, los ha convertido en pistas de hielo rugosas. Un frío abominable traspasa las paredes; una suerte tener una chimenea en mi habitación con la que poder calentarme los pies descalzos.

Oigo cuchicheos en el pasillo, me pregunto que estarán tramando esas tres. Se me dificulta girar la cabeza o mover siquiera la parte más insignificante de mi cuerpo, así que sabiendo qué día es hoy, trato de imaginármelo. Entrelazo mis dedos arrugados.

De pronto, abren la puerta.

Son las mujeres más importantes en mi vida, cantándome una canción al unísono:

—Cumpleaños feliiiiz, cumpleaños feliiiiz, te deseamos tooodas... ¡Cumpleaños feliiiiz!

Elaine me acerca un pastel de naranja y frutos silvestres, se ha puesto el cinturón plateado que tanto me gusta. La tarta tiene las velas con el número «101» crepitando en la mecha. Blair está detrás de ella con un sombrero de celebración, y la hija de Elaine, Isabela, canturrea felizmente con un globo amarillo en cada mano. La pequeña se ha arreglado el pelo para la ocasión, lo tiene trenzado.

—¡Vamos! Sopla las velas, bisabuela Dalia —me anima, impaciente. Sin mucho que poder decir, las apago de un soplido mesurado.

Mi familia estalla en aplausos eufóricos.

—Muchas felicidades —me elogia Elaine, dejando caer la mano en mi hombro—. Hay que ver cómo pasa el tiempo. Ya superas el siglo, abuelita. ¿Cómo te sientes?

Localizo las gafas escarlatas en la mesilla de noche y me las pongo antes de responder:

—No sé cómo debería sentirme, la verdad. Me falta un último aliento para pasar al otro barrio.

—Es triste que lo veas de esta manera. —Elaine pone el pastel en la cama y lo corta en pedazos desiguales—. Que hayas traspasado los cien significa que has tenido una vida larga y plena. Muchos matarían por llegar a tu edad con esa quietud.

—Pero no estoy triste —rectifico—. Al fin podré reencontrarme con mi demonio.

Nunca he dejado de pensar en él, calcular los segundos que me quedan se ha convertido en una distracción desde que no puedo levantarme sin ayuda. Tras tanto recorrido ya no me quedaba mucho más por hacer.

Elaine resopla.

—Otra vez con tus cuentos. Ya hemos hablado de esto.

—Hija, deja que se explique. —Blair se sienta en el sillón y me coge de la mano. Las arrugas también han marcado su rostro—. Después de todo, es su cumpleaños. —Se dirige a mí—. ¿Quieres contar alguna de tus aventuras a Isabela mientras comemos el pastel?

Isabela deja ir los globos antes de exclamar:

—¡Sí! ¡Quiero escuchar historias de la yaya!

La pequeña se acomoda sobre la cama, se acercan al máximo porque no me queda mucha voz. Elaine vacila al principio, pues nunca me ha creído en absoluto, pero tras repartirnos un trozo de pastel a cada una se suma a la conversación.

—Era un día gélido como el de hoy en las nocturnas calles de Saint Rosette, salía de la biblioteca con un largo abrigo. Unos hombres malos intentaron hacerle daño a tu bisabuela, y créeme, no podía hacer nada para evitarlo. O eso creyó; hasta que un extraño demonio muy elegante apareció en su rescate.

Isabel se chupa los dedos y ladea la cabeza.

—Pero los demonios son malvados —afirma, convencida.

Subo la comisura.

—Este era diferente. Tenía algo especial.

Catarina me dijo que los momentos son lo único que nos llevamos a la tumba.

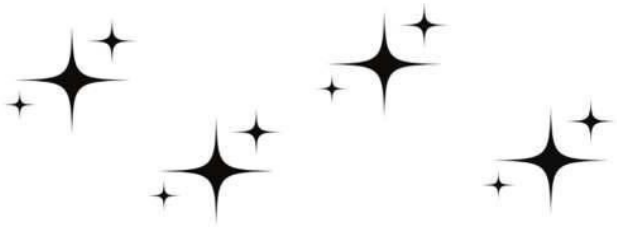
Muchos quieren dejar su huella en el mundo rebozando de riqueza, fama o poder. Creen que así habrán cumplido con su cometido, sea por una fantasía personal o por lo que alguien espera de ellos.

Es hasta que empieza tu cuenta atrás, que te das cuenta de que la vida no tiene por qué ser tan compleja.

Tú eliges: Ser recordada por un puñado de personas que te olvidarán a la larga, o ser recordada por pocas que te llevarán en el alma incluso después de la muerte.

Yo he hecho lo que tenía que hacer para ganar en la vida.

Y con eso ya he asegurado mi victoria.



Qué raro.

Tengo el presentimiento de haber vuelto al punto de partida.

El aire acaricia mis pulmones en vez de llenarlos, me siento liviana al igual que la pluma de un gorrión. ¿Cómo habré llegado aquí? Me observo: Estoy vestida con un fino vestido blanco que me llega hasta las rodillas. Abro y cierro las manos, las deslizo por mi rostro. No advierto el tacto de ninguna arruga o cicatriz, creo encontrarme en la piel de mi yo veinteañera. Tampoco tengo zapatos, mis pies desnudos caminan sobre un pasto sin zarzas.

Los árboles frondosos permanecen quietos, también las múltiples flores o el agua fluvial.

Doy la vuelta entera. Este paisaje irreal está paralizado, como si aquí el tiempo fuera inexistente, una simple ilusión.

La última vez que estaba consciente, residía plácidamente en mi cama una semana después de mi aniversario número ciento uno. Si antes de ir a dormir me sentía mal, eso puede significar qué...

«He muerto.»

«He llegado al cielo.»

Y es más extraño de lo que creí. Se trata del paraíso, sin duda lo es. No siento ningún tipo de ansia, miedo o motivación. Mi alma ha llegado a puerto y calma absoluta es lo que requiere, nada más. Lo demás ya es agua pasada. He vivido las experiencias necesarias para hallar la paz. No existen los dolores físicos o mentales, los traumas del pasado, no hay lugar para ellos en terreno celestial.

Se acabó.

Siento que no me falta nada, pero sí que me falta algo.

Es la pieza que no acabo de encajar. Una inquietud impropia de un alma que debería estar en descanso. Me acerco el dedo a la barbilla, pensativa. Recuerdo estar deseando subir al cielo por una razón, me pregunto cuál sería…

De pronto, los pasos de alguien a mis espaldas me sacuden.

—¿Se ha perdido, bella dama?

Una sonrisa se dibuja en mis labios instintivamente.

Giro la cabeza y lo veo: Un hombre de brillante cabellera negra, vistiendo una camisa blanca de cuello abierto. Un iris marrón almendra absuelto en una mirada anegada de paz. No me lo puedo creer, ¡es él!

—Deymian. —Rezo para que mis ojos no estén engañándome.

—Temía que no me reconocieras sin mis cuernos o dientes afilados, pero veo que mi encanto ha perdurado.

Es él quién me faltaba.

—¡Lo has conseguido! —exclamo rebozando de entusiasmo.

No espero más y me lanzo a mi caballero, este agarra mi cintura y me hace girar en el aire haciendo ondear mi vestido. Cuando me devuelve a tierra, sus labios buscan los míos intentando resarcir la interminable espera que han permanecido separados. Ya no arden, solo están cálidos como una hoguera recién apagada.

Llevaba tanto tiempo esperando esto.

—Dalia —murmura, apoyo la mejilla en su mano—. Mírate, no has cambiado en absoluto. Sigues siendo la mujer más deslumbrante del cielo y del infierno.

Llevaba tanto tiempo esperándole.

—Si crees eso, deberías haberme visto en mi aspecto mortal. Parecía una caja de cartón húmeda y vieja.

Carcajea y niega con la cabeza.

—Apuesto mi inmortalidad a que no. Te doy mis felicitaciones por haber llegado tan lejos, Dalia, haber tenido una vida longeva y gratificante es el mayor logro de un ser humano.

—Soy yo quien debería felicitarte. ¡Has alcanzado la redención! —lo celebro—. Estoy muy orgullosa de ti.

—No ha sido tarea fácil —admite—, apenas hace unos años que una luz misteriosa me guio hasta aquí. Pero ahora entiendo por qué todos lo anhelan.

Envuelvo su espalda con mis brazos.

—Te he echado tanto de menos… —Lo presiono con fuerza—. Ojalá hubiéramos hecho más cosas juntos. Ojalá pudieras haberte redimido mientras estabas conmigo. Has hecho falta en mi vida, Deymian.

Me estrecha con tanta intensidad que parece no querer soltarme jamás.

—Yo también desearía haber creado más experiencias contigo. Pero me ha bastado con saber que estabas bien y rodeada de una buena familia.

—¿Has recibido mis cartas?

—Fueron mi mayor aliciente. Leer cómo crecías y evolucionabas era la cuerda que me ayudaba a descender por una pendiente llena de obstáculos. Si tengo que serte sincero, he tenido que enfrentarme a lo peor: a mí mismo. Superar el resentimiento, controlar mi rabia, dar punto final a mis miserias. Un completo desastre, pero eh, aquí estoy.

Lo dejo ir de entre mis brazos.

—Eres valiente —declaro.

—Nunca podría haber tomado esta decisión sin ti.

—Yo creo que lo hubieras hecho igualmente. Eres el maldito niño prodigio de Beckenham. —Le guiño el ojo—. Sabes lo que haces.

Confirma con un sonido asertivo y nos centramos en el paraje donde podremos descansar. Había fantaseado centenares de veces pensando en cómo sería este momento, y aun así, me resulta difícil tratarla como mi nueva realidad.

—Así que esto es el final —menciono tras liberar un suspiro.

—Yo no lo veo de esa forma. Una de las cosas que me ha enseñado mi identidad demoníaca, es que nada tiene un desenlace fijo. Formamos parte de un ciclo. Aquello que empieza debe acabar para que algo nuevo pueda volver a empezar.

—¿Y eso qué significa?

—Pronto lo averiguarás. —Eleva la comisura del labio.

Antes de que vuelva a preguntar, Deymian se prepara para algo.

—Antes de nada, quería darte un detalle. —Se arrodilla ante mí—. Y es que tal como he dicho, para empezar con un nuevo ciclo hay que acabar con el anterior.

Rebusca en el bolsillo interior de su camisa y saca una flor.

—Deymian. —Me tapo la boca—. Eso es...

—Me diste una rosa de plástico para poder preservarla. Esta vez yo te doy una de verdad, porque aquí nunca perecerá.

«Imposible.»

—Siempre pensé que había sido un sueño. No lo era. Eras tú.

Eleva la comisura al asentir. Me entrega una rosa de pétalos sedosos y tallo espinoso. La acepto sin titubear, aquí no me dolerá su tacto.

—Puedes ponértela en la oreja. Te quedaría bien.

—Odio cuando te pones tan empalagoso —digo, pero me la pongo en el pelo igualmente—. ¿Qué hiciste con la que te di?

—¿Hablas de esta? —Abre el otro bolsillo para revelar que la ha guardado ahí todo este tiempo—. Esta es mía.

Tras esconderla de nuevo, Deymian se yergue.

Aprieto los labios antes de preguntar:

—Y bien. ¿Ahora qué?

—Te alegrará saber que visto a alguien en mi llegada. —Coloca la mano en su nariz para indicar una altura en concreto, está al tanto

de mi reacción—. Un hombre un poco esmirriado, de tez morena. Su mirada oscura brillaba por encima de las demás.

Es innecesario que continúe, sé perfectamente de quién está hablando. Mi boca se entreabre.

—Mi padre —murmuro.

—No le he dicho nada, esperaba que tú lo hicieras primero.

Ha pasado tanto tiempo desde su trágica muerte... Desconozco de qué manera lo veré a la cara después de ochenta y dos años. Sin embargo, lo que sé con certeza es que me estará esperando, anhelante de que le cuente todo lo que no ha podido estar allí para presenciar. Necesito abrazarlo, decirle que mi infancia fue la mejor gracias a él. Lamentablemente, no tengo el valor de hacerlo sola.

—¿Tú me acompañarías? —pregunto, mirándolo por el rabillo del ojo.

A juzgar por cómo sonríe con esos aires de superioridad, está claro que estaba esperando a que se lo preguntara.

Me toma de la cabeza con ambas manos y deposita un beso en mi frente.

—La acompañaría hasta las profundidades del infierno, señorita Miller.

Extiende su mano.

Yo la tomo con firmeza.

Nos adentramos en este jardín infinito.

Cada herida, cada error y cada elección nos ha traído hasta aquí. No es tan descabellado pensar que nuestro destino está escrito cuando gracias a las circunstancias que han tenido lugar, anormales o no, tengo la oportunidad de pasar la eternidad con el hombre de mis sueños. Aunque *eternidad* es una palabra bastante terrorífica.

Voy a tener que acostumbrarme.

A lo largo de nuestro trayecto a la posada de mi padre, me parece ver un ángel tendido en el suelo como por obra de una maliciosa jugarreta. Por primera vez, decido pasarlo por alto. No es novedad que ocurran sucesos extraños desde que el demonio que me rescató en un callejón puso mi vida patas arriba.

Mi perdición comenzó con una propuesta que nunca debí aceptar.

Y, sin embargo, si tuviera la oportunidad, me volvería a arriesgar.

Fin

AGRADECIMIENTOS

Mi primer libro escrito: Una nueva etapa de mi caótica vida.

Todavía recuerdo cuando le aseguraba al mundo que, incluso si sabía desenvolverme en la escritura y tenía imaginación para dar y repartir, nunca iba a ser escritora. Decía que era un trabajo aburrido, que no iba a pasar mis días calentando la silla del escritorio. Y mucho menos que iba a autopublicar.

Bien, ¿cómo se lo decimos…?

Pero en fin, esto es el apartado de agradecimientos, no una biografía. Principalmente, me gustaría agradecer a mi familia. A mi madre Gemma por impulsarme a escribir y autopublicar, a mi padre Biel por interesarse en mis historias, aunque a fin de cuentas se quede tan ancho con ellas, y a mi hermana Nina por aguantar mis fantasías de personajes que yo misma he creado. Mis condolencias, de verdad.

También me gustaría agradecer a mis colaboradoras de Instagram y Tiktok, a mis amigas y a mis fieles lectoras de Wattpad. A aquellas que estuvieron esperando nuevos capítulos cada semana aunque les carcomiese la intriga.

Asimismo, muchas gracias a Matie D'Córdova por tremendas ilustraciones, a Fabián Tapia Quintero por el gran trabajo de maquetación y, por último, pero no por ello más importante, a mi cabezonería y dedicación, por no dejar que me rindiese incluso si el proceso fuera una montaña rusa de emociones.

Esto ha sido solo el principio, y aún me falta mucho por aprender, así que estaré encantada de leer tu opinión/reseña en Goodreads, Amazon, Instagram o TikTok. Me encantaría que siguieras formando parte de esta aventura. :)

¡Muchas gracias, querido/a lector/a!

PD: ¿Qué crees que pasó con Emma y el secuaz de Ethan?

Y por favor, no digas que vivieron felices y comieron perdices, o pensaré que te estoy consintiendo demasiado.

Instagram: @fannyautora

TikTok: @fanny.autora